VALERA

CORRESPONDENCIA

2

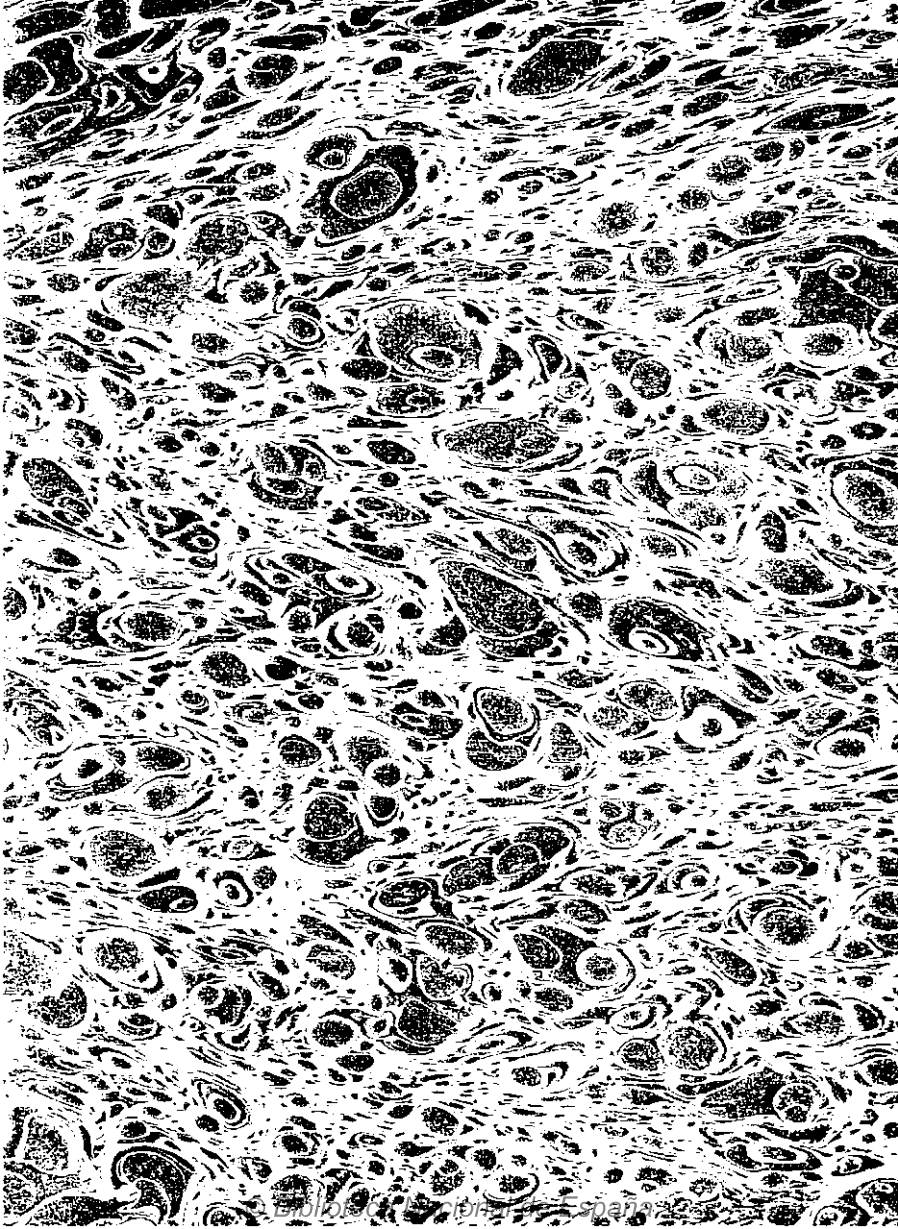
1

65984

© Biblioteca Nacional de España

1
65.084

Biblioteca Nacional de España



© Biblioteca Universitaria Sparta

ENCUADERNACIÓN
ENRIQUE García
S. Mateo, 15, cuad.º

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

22383

JUAN VALERA

CORRESPONDENCIA

II

(1887)

Carmen Valera de Serrat

Francisco de A. Serrat

OBRAS COMPLETAS

DERECHOS RESERVADOS
COPYRIGHT 1913, BY CARMEN VALERA DE SERRAT

36526

© Biblioteca Nacional de España

OBRAS COMPLETAS
DE
DON JUAN VALERA

De venta en todas las librerías, á tres pesetas tomo.

TOMOS PUBLICADOS

DISCURSOS ACADÉMICOS

I. La poesía popular como ejemplo del punto en que deberían coincidir la idea vulgar y la idea académica sobre la lengua castellana. – Sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle. – La libertad en el arte. – Sobre la ciencia del lenguaje. – Las Cantigas del Rey Sabio. – Del influjo de la Inquisición y del fanatismo religioso en la decadencia de la literatura española. – Elogio de Santa Teresa.

II. Del misticismo en la poesía española.* – Sobre el Diccionario de la Real Academia Española*. – El periodismo en la literatura*. – Renacimiento de la poesía lírica española*. – La novela en España*. – La labor literaria de D. José Ortega Munilla*. – Elogio del Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce*. – Elogio del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo*. – Consideraciones sobre el Quijote*.

NOVELAS

III. **Doña Luz.**
IV. **Pepita Jiménez.**
V y VI. **Las ilusiones del doctor Faustino.**
VII. **El Comendador Mendoza.**
VIII. **Pasarse de listo.**
IX. **Juanita la Larga.**
X. **Genio y figura...**
XI. **Morsamor.**
XII. **Dafnis y Cloe.** – **Leyendas del antiguo Oriente***.
XIII. **Mariquita y Antonio*.** – **Elisa la Malagueña**.** – **D. Lorenzo Tostado**** (fragmentos).

CUENTOS

XIV. Parsondes. – El pájaro verde. – El bermejino prehistórico. – El espejo. – El pescadorcito Urashima. – El hechicero. – La muñequita**. – La buena fama
XV. El caballero del azor. – El doble sacrificio. – Los cordobeses en Creta. – El duende beso. – El último pecado. – El San Vicente Ferrer de talla. – El cautivo de Doña Mencía. – El maestro Raimundico. – Garuda ó la cigüeña blanca. – CUENTOS Y CHASCARRILLOS ANDALUCES.

* Coleccionado por primera vez.
** Inédito.

© Biblioteca Nacional de España

TEATRO

XVI. La venganza de Atahualpa. – Asclepigenia. – Lo mejor del tesoro. – Gopa. – Los telefonemas de Manolita. – Estragos de amor y celos. – Amor puesto á prueba**.

POESÍAS

XVII y XVIII.

CRÍTICA LITERARIA

XIX. (1854-1856). – Del romanticismo en España y de Espronceda. – Sobre los cantos de Leopardi. – De la poesía del Brasil*. – Las escenas andaluzas de El Solitario. – Obras poéticas de Campoamor. – La Bola de Nieve, de D. Manuel Tamayo y Baus *. – Consideraciones sobre el Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana, de D. Felipe Monlau*. – Revista de Madrid*.

XX. (1857-1860). – La Señora Ristori*. – Obras poéticas del Marqués de Molins*. – Observaciones sobre el drama titulado «Baltasar», de D.ª Gertrudis Gómez de Avellaneda – «De Villahermosa á la China», por D. Nicomedes Pastor Díaz*. – Poesías de D. Francisco Zea*. – Reflexiones críticas sobre los discursos de Cañete y Segovia*. – El «Anfitrión», de Plauto y la «Andriana», de Terencio*. – El tío Juan y el tío Pedro*. – Revista de Madrid*. – La historia de la literatura española en la Edad Media*. – De un poema y de una crítica*. Revista de teatros*.

XXI. (1860-1861). – De la naturaleza y carácter de la novela. – «La poesía popular», de D. M. Milá y Fontanals*. – «Cuentos y fábulas», de D. Juan Eugenio Hartzenbusch. – Biblioteca selecta de autores antiguos españoles que escribieron en lengua latina y árabe desde la dominación romana hasta el siglo XIV de nuestra era. – «Francisco Pizarro», drama de D. Antonio Ferrer del Río*. – Qué ha sido, qué es y qué debe ser el arte en el siglo XIX. – «Orientales» de D. Pedro Lahite. – «El tanto por ciento», de D. Abelardo López de Ayala*. – Obras completas de Fernán Caballero*. – Poesías de D. Julián Romea*. – Revista dramática*.

XXII. (1861-1863). – El «Manfredo» de Lord Byron. – De la protección de los gobiernos á la literatura dramática. – La Universidad de Salamanca. – Sobre la «Estafeta de Urganda». – Sobre los discursos leídos en la Real Academia Española en la recepción pública de D. Ramón de Campoamor. – «Los Miserables», de Víctor Hugo. – Una excursión de cuarenta y cinco días por Alemania*. – Cartas á D. Francisco de Paula Canalejas. – Consideraciones acerca del drama religioso español. – Necrología de D. Nicomedes Pastor Díaz*. – «La Muerte de César», de D. Ventura de la Vega*.

XXIII. (1864-1871). – Prólogo á «Poesías hasta cierto punto», de don Carlos Mesía de la Cerda*. – Prólogo á «Ensayos críticos» de D. Gumersindo Laverde*. – Sobre Shakespeare. – Poesías líricas de D.ª Gertrudis Gómez de Avellaneda. – Poetas líricos del siglo XVIII. – Obras del Doctor Fastenrath*. – «Tragedia llamada Josefina», sacada de la profundidad de la Sagrada Escriptura, y trovada por Micael de Carvajal.* – «Fuero de Salamanca»*. – «Poesías serias y humorísticas»,

© Biblioteca Nacional de España

de D. Pedro A. de Alarcón*. – Glosario de palabras españolas y portuguesas derivadas del árabe*. – De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente.

XXIV. (1873-1878). – „Vida de Lord Byron", por D. Emilio Castelar. – Consideraciones críticas sobre „Gritos del combate", de D. Gaspar Núñez de Arce.* – La originalidad y el plagio. „Sentir y Soñar", versos de D. Enrique R. de Saavedra, duque de Rivas.* – „Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal", por D. José Amador de los Ríos.* – „Il cancionere portoghese della biblioteca vaticana".* – Sobre el „Amadís de Gaula". – „Horacio en España", por D. Marcelino Menéndez y Pelayo. – „Soledades", por D. Eusebio Blasco.* – „Rimas", de D. Vicente W. Querol. – De la moral y de la ortodoxia en los versos. – Prólogo á „Una docena de cuentos", de D. Narciso Campillo.*

XXV. (1878-1882). – Sobre el „Fausto" de Goethe. – Poesías de don José Amador de los Ríos.* – „Historia de los heterodoxos españoles", por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.* – Ventura de la Vega. Estudio biográfico crítico.* – Poesías de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

XXVI. (1886-1887). – Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas.

XXVII. (1887-1889). – Poesías del Duque de Almenara Alta.* – Con motivo de las novelas rusas.* – Figuras de la Alemania contemporánea.* – D. Angel R. de Saavedra, Duque de Rivas.* – D. Pedro Calderón de la Barca.* – Cancionero.* – „El gusano de luz", novela andaluza de D. Salvador Rueda.* – La poesía española contemporánea en Francia.* – Antología de poetas líricos italianos.*

XXVIII. (1889-1896). – „Morriña", por doña Emilia Pardo Bazán*. – „La filosofía platónica en España", por D. Marcelino Menéndez y Pelayo*. – Del chiste y de la amenidad del estilo*. – Sonetos de D. Matías de Velasco y Rojas.* – Poesías de D. Juan Antonio Cavestany*. – „El renacimiento clásico en la literatura catalana", por D. Antonio Rubió y Lluch*. – „Portugal contemporáneo", por D. Rafael María de Labra.* „Viagems na Galiza", por D. I. F. Silveira da Motta*. – „Verdades poéticas", por D. Melchor de Palau*. – „El verbo de Dios", por D. Pedro Sala y Villaret*. – „La sed de oro", por D. José Manuel Hidalgo*. – De los autores portugueses que escribieron en castellano. – Disonancias y armonías entre la moral y la estética. – „Pequeñeces...", Currita Albornoz al Padre Luis Coloma. – Las mujeres y las Academias. – Colección de manuscritos y otras antigüedades de Egipto, pertenecientes al Archiduque Raniero. – Las rarezas del „Fausto". – Teatro libre.

XXIX. (1896-1898). – „La literatura española en el siglo XIX", por el P. Blanco García*. – „Antología de poetas líricos castellanos", por D. M. Menéndez y Pelayo. – La obra póstuma de Juan Montalvo. – El regionalismo filológico en Galicia. Fines del arte fuera del arte. – La moral en el arte. – „El Extraño". Ultima moda de París. – „El procurador Verbabuena" y „El Tesoro de Gastón"*. – Sobre la novela de nuestros días. – Del progreso en el arte de la palabra. – El superhombre. – Sobre la primera representación de „Cleopatra". Tres recientes representaciones teatrales. – „La duda", drama de D. José Echegaray*. – Primera representación de „El padre Juanico". – Prólogo á la traducción de „La Eneida",

© Biblioteca Nacional de España

de D. Luis Herrera*.—Sobre la edición del „Quijote" que se publica en Edimburgo.—Pleito literario.

XXX. (1899-1901).—Homenaje á D. Marcelino Menéndez Pelayo*.—„Girones", poesías de D. Ramón A. Urbano*.—La irresponsabilidad de los poetas y la purificación de la poesía.—D. Ramón de la Cruz.—D. Juan Meléndez Valdés*.—„Don Cristóbal de Moura, primer marqués de Castel-Rodrigo", por D. Alfonso Danvila.—El espectáculo más nacional.—Nueva edición de „La Celestina".—Biblioteca de filosofía y sociología.—„El filósofo autodidáctico", por Abubequer Abentofail.—Sobre la duración del habla castellana, con motivo de algunas frases del Sr. Cuervo.—El regionalismo literario en Andalucía.—Las inducciones del Sr. D. Pompeyo Gener.—„El buen paño...", por D. J. F. Muñoz Pabón.—„Las novelas ejemplares de Cervantes", por D. F. A. de Icaza.—„La Goletera", por D. Arturo Reyes.—Poesías de D. J. L. Estelrich*.—„Lully Arjona", novela por D. Alfonso Danvila*.—„Mariquita León", novela original de don José Nogales.—„Huella de almas", por D. Francisco Acebal.—Discurso pronunciado por doña Emilia Pardo Bazán en los Juegos florales de Orense en la noche del 7 de Junio de 1901.—„Isaac", por D. Javier Lasso de la Vega.—„Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox", novela de D. Pío Baroja.—Poesías de D. Juan Alcover*.—„El último patriota", novela por D. José Nogales.

XXXI. (1901-1905).—„Laureles", poesías de D. Angel del Arco*.—„Cartas de mujeres", por D. Jacinto Benavente*.—„La conquista de la elegancia", novela de D. A. Danvila*.—Novelas recientes.—La Sociedad Helceno-latina*.—Sobre „Cuestión de ambiente*.—Prólogo á „Reminiscencias tudescas", de D. Santiago Pérez Triana*.—Prólogo á „Geometría moral", de D. Juan Montalvo*.—„La España literaria", por Boris de Tannenberg.—Una poetisa hitalo-hispana.—La terapéutica social y la novela profética.—„Al través de la España literaria", por D. José León Pagano.—Sobre la juventud intelectual.—Desde el castillo de Mos.—Homenaje á D. José Echegaray*.—La gramática histórica**.

XXXII y XXXIII. (1901-1905).—La poesía lírica y épica en la España del siglo XIX. Con notas biográficas y críticas.

(Sin numeración). (1847-1857) Correspondencia I**.

EN PRENSA

ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

XXXIV. (1855-1862).—„Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo considerados en sus principios fundamentales", por D. Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas.—De la doctrina del progreso*.—Obras de D. Francisco de Quevedo y Villegas*.—El dios Yo*.—Carta de Roque á Petra*.—Fragmentos filosóficos*.—Recepción de D. Pedro de Madrazo en la Real Academia de la Historia.—Sobre la definición de Dios, del Sr. Castelar*.—La enseñanza de la filosofía en las universidades.

© Biblioteca Nacional de España

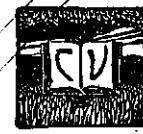
33891

JUAN VALERA

CORRESPONDENCIA

II

(1872)



OBRAS COMPLETAS

DERECHOS RESERVADOS
COPYRIGHT 1913, BY CARMEN VALERA DE SERRAT

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

San Petersburgo 16 de Enero de 1857.

Mi querido amigo (1): no sé si diga á usted que deseo ó que siento irme de esta gran capital. La gente no puede ser más amable ni más fina, y el duque y yo y todos estamos contentísimos: pero nada tenemos que hacer aquí, y es preciso trasponer el día menos pensado. Para dar noticias serias é interesantes de este país, que puedan publicarse, en llevándome conmigo á Madrid las obras de Schnitzler, de Tengoborski y de Haxthausen, que tengo ya compradas, y aun leídas, podré extractar de ellas las cosas más sustanciales, publicarlas en los periódicos y lucirme á poca costa, sobre todo entre el *servum pecus* de los lectores. Pero las propias observaciones mías deben pecar de ligeras, no sabiendo yo, como no sé, la lengua de este pueblo y haciendo sólo un mes que vivo aquí. Y como estas observaciones, sin poderlo yo

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

remediar, pecan á veces de malignas, y ya pueden rayar en chistes, ya en frialdades, conceptúo, después de haberlo reflexionado maduramente, que será mejor que no se publiquen. Hubo un momento, ó por mejor decir, hubo una semana entera en que me dejé arrastrar por el demonio de la vanidad literaria, uno de los más tentadores y peligrosos que hay en el infierno, y escribí tres ó cuatro cartas más peinaditas y como aderezadas ya para salir en público. De aquí adelante espero que no salgan, y las escribiré con el desenfado antiguo, único atractivo que pueden tener y que, publicadas y mutiladas, perderían.

Para ocuparme yo seriamente de las cosas moscovitas, sería menester que Dios me devolviese la inocencia que he perdido, y entonces, por ejemplo, á propósito de cosacos, cuyo cuartel visitamos anteayer, me pondría á copiar la historia de ellos, escrita en mil libros; diría quiénes fueron los zaporogos, los del Dnieper y los del Don; referiría sus hazañas y correrías y navegaciones, desde los tiempos de Constantino Porfirogeneto, que por primera vez los nombra, hasta la época presente; hablaría de las guerras que sostuvieron contra los tártaros, los polacos y los rusos; de cómo combatieron á las órdenes de Sobieski contra los turcos que estaban sobre Viena; de cómo conquistaron la Siberia, emulando la gloria de

© Biblioteca Nacional de España

Cortés y de Pizarro; de cómo se apoderaron de Azoff, etc., etc. También explicaría su organización y género de vida, en lucha siempre con los fronterizos, como nuestros gloriosos almogábares, y contaría cuanto hay que contar de Mazeppa, de Tarass Boulba y de otros héroes, ya históricos, ya fantásticos, de que las crónicas y las leyendas, en prosa y en verso, de Byron, de Gogol y de Pouschkine dan larga noticia. Con esto me creería yo mismo que decía algo nuevo. Sólo Haxthausen trae 60 ó 70 páginas sobre las vicisitudes y manera de ser pretérita y presente de la cosaquería. Figúrese usted si hay tela cortada.

De la literatura de esta gente hablaría yo, fiado en las traducciones, extractos y juicios críticos de franceses y alemanes; y de su riqueza, fiado en los minuciosos datos estadísticos que dan los libros que he leído y que hacen de este país el Eldorado, si bien acaso haya que conjurar estos libros diciendo, con el célebre romance:

Por la Santa Trinidad,
Que me niegues la mentira
Y me digas la verdad.

Tengoborski da á Rusia 68 millones de habitantes, y un aumento de población tal, que hace esperar, ó temer, según á cada uno le parezca, que dentro de medio siglo habrá otros tantos millo-

© Biblioteca Nacional de España

nes: 17 de caballos, 66 de ganado lanar y vacuno, y así de lo demás. Y, sin embargo, alguna fe se ha de prestar á Tengoborski, que todo lo especifica en cuatro gruesos volúmenes, que todo lo funda en documentos oficiales, y que por sí mismo es una persona autorizada y del Consejo del Imperio. La principal consecuencia que saca uno de su obra, es que, mientras en otros países es ya un mal el aumento de población, aquí es un bien que se espera con certeza y que traerá consigo el mayor desarrollo de la riqueza pública y del poder de este Imperio, sin que para eso sea menester la guerra, sino la paz, ni que el dios Término avance, con tal de que no retroceda.

Schnitzler apenas lleva publicada la cuarta parte de su obra, que se titula *El Imperio de los Tzares*. Hasta ahora se limita á hacer la descripción física de este Imperio y de sus producciones. Hay en este primer libro grande orden y claridad, y no menor copia de noticias, fecundo resultado de una larga vida de estudios. ¡Dichoso Marco Polo y mil veces dichosos el gran portugués Méndez Pinto y nuestros pasados misioneros y viandantes, que tenían que describir regiones inexploradas y nunca descriptas, y que, sin meterse en honduras, se hartaban de contar novedades y maravillas inauditas!

Nosotros, como ya creo haber dicho á usted, y

© Biblioteca Nacional de España

si no se lo he dicho se lo digo ahora, hemos visitado los colegios de ingenieros militares, de ingenieros de minas, de guardias marinas, y otros establecimientos de educación, los cuales están montados con tanta elegancia, con tanto lujo, y con orden y aseo tan maravillosos, y que contienen tal multitud y variedad de máquinas, artificios é instrumentos concernientes á lo que allí se enseña, que pueden y deben servir de estímulo y de pauta á los demás de Europa. Pero Krusenstern ha escrito un libro muy sabio sobre la instrucción pública en Rusia, donde todo esto viene menuda y profusamente explicado, y yo no he de copiar, por ahora, al menos, á Krusenstern, ni me siento con fuerzas suficientes para enmendarle la plana, ni para añadir nada á lo que él ya ha dicho.

¿Y qué podré decir de la fuerza militar y de la marina rusas, si no copio á tantos como han escrito, ó por lo menos al almanaque de Gotha? Anteayer, v. g., nos dijeron que en el Don había organizados 94 regimientos de cosacos, que, á 1.000 hombres, la cuenta es clara, hacen 94.000. Pues luego he visto que Haxthausen no cuenta sino 54 regimientos á 800 hombres cada uno, y Haxthausen exagera mucho. ¿Tendré yo, sin embargo, bastante atrevimiento y fuerza en el brazo para destruir aun de una sola plumada 24 de estos regimientos de aguerridos caballeros, y re-

© Biblioteca Nacional de España

ducirlos á 30 regimientos no más? No, yo no soy capaz de acometer tan descomunal empresa. Los cosacos, por más que se diga, valen tanto organizados á la moderna, como valían con su indómito valor primitivo cuando eran tropas irregulares. Los tártaros, antiguos dominadores de la Crimea, se organizan del mismo modo y forman regimientos: pero hay la misma dificultad para averiguar su número. En el cuartel que visitamos había de estos tártaros, que siguen la religión de Mahoma, y cosacos del Don y del Mar Negro. Sus trajes son pintorescos y ricos, y ellos de muy gallarda presencia y aventajada estatura. Algunos oficiales, cosacos ellos mismos, son muy elegantes y amables muchachos, que hablan francés como otros tantos parisienses, que gustan más de las trufas que del sebo, y que tienen más traza de conquistar los corazones femeninos con rendimientos y halagos, que á torniscones y á coces.

Además de estos cosacos ya citados, y de que he visto parte en el cuartel, los hay del Ural, del Danubio, de Siberia, de Astracan, del Cáucaso, de Oremburgo y de las fronteras de la China. Entre todos, se supone, según los cálculos menos exagerados, que podrán reunirse 100.000 de á caballo y 30.000 infantes. La mayoría conserva algunas, cuando no todas, sus antiguas prerrogati-

© Biblioteca Nacional de España

vas, y muchos están aún sin la moderna organización regular, y conservando la propia.

Los baskires, los metscheriacos, los buriatas y los tungueses, los moradores del Cáucaso y de las provincias transcaucásicas, y otras varias gentes y tribus que reconocen la soberanía del Tzar, suministran también á este Imperio guerreros más ó menos selváticos y extraños. Ya he hablado á usted de la escolta del Emperador, donde dan lucida muestra de sí la flor y nata de estas belicosas naciones. En los colosales gimnasios ó picaderos destinados á paradas y ejercicios militares, han visto el duque y Quiñones á los circasianos, con sus tocas y túnicas de malla, acreditar su destreza en el manejo de la bien templada cimitarra; al cosaco perseguir al enemigo con la lanza en ristre, el rostro encendido de aparente furor, y el caballo á todo escape, y al tártaro disparar, huyendo, sus agudas y silbadoras flechas, y clavarlas en el blanco con difícil y certera puntería. El Emperador estaba presente á este simulacro.

Al par de estas diversiones instructivas, tenemos otras de más agrado, en las cuales, si hay menos que aprender, no hay menos de que admirarse. Hablo de los bailes y tertulias, que empiezan á menudear y á estar cada vez más animados. El Emperador asiste también á ellos y se mezcla con todos, y habla con las personas que más le agra-

© Biblioteca Nacional de España

dan, sin ceremonia alguna y como si fuera un particular.

Doch eine Vürde, eine Höhe
Entfernte die Vertraulichkeit.

La dignidad señoril de su persona, el rostro blando al par que severo, y la misma idea elevadísima que aquí tienen todos de S. M., valen más que todas las pompas, etiquetas y ceremoniales de Palacio, para infundir respeto.

Un Príncipe Dolgorouky ha dado últimamente un baile precioso al que asistió el Emperador; otro baile la Asamblea de la nobleza, que seguirá dando muchos más en hermosísimos salones que tiene destinados al efecto; y otro baile la Princesa Youssoupoff, cuyo palacio, aunque no he visto aún ni la capilla, ni el teatro, ni la galería de pinturas, ni la mitad de los salones que hay en él, me ha parecido esta vez más espléndido que cuando le ví por vez primera.

Hay en la sociedad mujeres hermosísimas y de gran distinción aristocrática. Las más gastan en el vestir notable riqueza y elegancia, y llevan perlas y diamantes bellísimos.

Hoy ya ve usted que mi carta se vuelve toda panegíricos. Prueba de que las últimas impresiones han sido buenas y de que estoy contento. Confieso que me dejo llevar de las impresiones

© Biblioteca Nacional de España

momentáneas; pero, ¿qué hombre no tiene debilidades? Usted, con su sana crítica y mucha perspicacia, sabrá poner en su punto lo cierto y desapasionado, separándolo de aquello que la pasión me dicte.

Sé ya de cierto que estas cartas mías se leen aquí, no mutiladas, como salen en los periódicos, sino por completo. Varias personas me lo han dado á entender, y una señorita inocente me lo ha dicho á las claras. Mas esto no impediría que yo criticase y murmurase cuanto me viniera en voluntad; porque de un amigo á otro todo puede decirse, y nunca habría razón para que me pusiesen mal, ó al menos para que me lo mostrasen, aunque los llamara yo perros judíos. Por otra parte, yo entiendo que si han leído aquí mis cartas todas, han de haber visto que del conjunto de ellas resultan más elogios que censuras, y nace una idea más favorable que adversa á este país y sus habitantes.

No recuerdo si he dicho á usted que el Gran Duque Constantino, almirante y director supremo del Ministerio de Marina, ha enviado de presente al Duque de Osuna varias cartas hidrográficas de este Imperio; el Director del cuerpo de Estado Mayor una hermosa colección de mapas de diversas provincias y regiones, y el Director del Colegio de Ingenieros de Minas una copia, en

© Biblioteca Nacional de España

yeso, de la extraordinaria pepita de oro hallada en el Ural, distrito de Zlatoust, y que pesa 87 libras rusas y 92 zolotnik, ó sean 36 kilogramos de Francia. También le han regalado al Duque un uniforme completo de cazadores; todo lo cual el Duque lo destina para los establecimientos militares de España. Trata, asimismo, de hacer retratar en fotografía á un individuo de cada cuerpo, con uniformes de gala unos, otros en traje de campaña. De estas fotografías se sacarán varios ejemplares, y el Duque presentará una colección á Su Majestad el Rey y otra al Duque de Valencia. Los retratos de la escolta del Emperador, para mí que no soy militar sino algo poeta, han de ser los más curiosos. No creo que haya dificultad en que el príncipe que los manda, cuyos mayores reinaron antiguamente en Georgia, y que debe estar satisfecho de que se luzcan por esos mundos los que fueron en otros tiempos vasallos de su casa, nos los deje copiar todos, si así nos conviene. Los mismos regimientos de línea suelen ser curiosísimos y ofrecen variedad, no sólo en el vestir, sino en la fisonomía de los soldados que los componen, á menudo de diversa raza y lengua, y venidos de tierras entre sí muy apartadas. Hay, además, regimientos compuestos sólo de soldados que tienen una cierta fisonomía, que concuerda con el vestir y con el recuerdo histórico que debe despertar.

© Biblioteca Nacional de España

Así es que el regimiento de granaderos del Emperador Pablo está todo formado de hombres altísimos, de pómulos salientes, nariz respingada, empinados bigotes y desaforadas patillas. Estos llevan en la cabeza como una tiara, ó pan de azúcar al que le falta un cacho por detrás. Cuando están de centinela en el teatro, ni pestañean siquiera, y están tan tiesos, que parecen hechos de cartón ó de madera pintada.

En fin, aun hay aquí mucho que ver, y sólo con lo que ya hemos visto estamos pagados del trabajo de haber venido.

Adiós. Suyo

JUAN VALERA.

San Petersburgo 20 de Enero de 1857.

Mi querido amigo: (1) cada día me encuentro peor de salud en este clima, y sin embargo, la curiosidad bastaría á detenerme aquí si el deber no me detuviera. Esta nación es tan digna de estudio que, á pesar de lo mucho que se ha escrito sobre ella, aun tiene más que ver y que notar de nunca visto ni oído.

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

Anteayer, día de Reyes, según el estilo ruso, tuvo lugar la ceremonia de la bendición de las aguas del Neva. Multitud de gente asistió á esta fiesta popular y religiosa. El cuerpo diplomático, las damas de la corte y los altos funcionarios vieron la función desde los balcones de Palacio, al lado de SS. MM. No me atrevo á describirla porque no la ví. Un fuerte constipado me detuvo en casa.

He conocido á varios literatos y periodistas rusos, entre ellos á Botkine, que estuvo en España durante todo el año de 1840, y luego ha publicado, en cartas, sus impresiones de viaje. Botkine me mostró su obra sobre España, mas, como está en ruso, no pude entender una sola palabra. Sólo noté que había traducido en ella algunos de nuestros antiguos romances, como, por ejemplo, uno de los que relatan la muerte de Don Alonso de Aguilar. En la larga conversación que tuve con él, observé, asimismo, que era hombre de buen gusto literario y de varia erudición; pero que de las cosas de España, y en especial de nuestra literatura, que fué de lo que más hablamos, sabía poquísimo, disculpándose él de esta ignorancia, en mi entender indisculpable para quien ha estado un año en España, ha escrito un libro sobre España y dice que sabe el castellano, con decir que nuestros libros no se encuentran en parte alguna.

© Biblioteca Nacional de España

Ello es que ni siquiera sabía el nombre del Duque de Rivas, que siendo, como es, el regenerador de nuestra literatura romancesca y uno de los poetas más originales y fecundos que España ha producido, no debiera estar tan olvidado de propios y extraños: y digo olvidado, porque escribiéndose hoy día tantos artículos de crítica sobre obras que muy á menudo están por bajo de la crítica, ni en revistas nacionales ni en revistas extranjeras he visto aún una crítica seria y digna de las obras completas de nuestro Duque. Lo menos malo, aunque anterior á la publicación de las obras completas, es un articulejo de Mazade. Yo hablé á Botkine de estas obras completas, y muy singularmente del *Don Alvaro*, cuyo argumento referí punto por punto, con el mayor primor que pude, y procurando hacer resaltar todas sus bellezas. También le prometí un ejemplar de las mencionadas obras, y espero de la bondad de usted que me le envíe, ó se le envíe, á la mayor brevedad posible.

Ya creo haber dicho á usted, que si el Duque de Osuna estuviese autorizado para ofrecer á este Gobierno que los buques rusos serán igualados en España á los de la nación más favorecida, y eximidos, si se puede, del derecho diferencial de bandera, cuyo mínimum es un 20 por 100, aquí nos eximirían en seguida del derecho adicional,

© Biblioteca Nacional de España

que importa 50. Nuestro comercio con Rusia es ya considerable, podrá serlo más cuando se haga bajo bandera española, y merece bien que el arreglo indicado se verifique pronto. Sólo en el puerto de San Petersburgo hemos importado en 1856, 25.758 cajas de azúcar, 2.481 pipas de vino de Jerez, de Málaga y de Benicarló, sin contar los toneles, botellas y otras vasijas que han entrado también con el mismo líquido, y 4.248 barras ó galápagos de plomo. El plomo manufacturado creo que no puede entrar aquí, reservándose el Gobierno el derecho de hacer las municiones. Aunque las minas del Altaí producen anualmente de 700 á 800 toneladas de este metal, dista mucho esta cantidad de ser bastante para el consumo, y nuestro comercio de plomo podría aumentarse notablemente en este país. Del de vinos no digo nada. Esta gente es aficionadilla á empinar el codo y á tener caliente el estómago, para lo cual no hay como nuestros vinos, á los cuales, más que á ninguno, se les puede aplicar aquello del Dante, de que los mismos rayos del sol se condensan y toman cuerpo en las uvas, para que los hombres se los beban. También han entrado en San Petersburgo, durante el último año, de 200 á 300 pipas y muchos botijas y pipotes de aceite: higos, pasas, limones, naranjas, almendras, cebollas y otras frutas frescas, secas y en dulce. Cosas

© Biblioteca Nacional de España

de más peso y sustancia como, v. g., jamones de Galicia y de Trévelez, empiezan ya á apreciarse aquí; pero la importación es hasta ahora insignificante. Yo, sin embargo, estoy completamente persuadido de que si algún mercader se aventurase á enviar por aquí los tales jamones y otras golosinas de cerdo, como chorizos, salchichas y embuchados, lo vendería todo á muy alto precio, y aquí se lo manducarían para hacer boca, en aquella especie de prolegómenos que hay antes de toda comida. Cigarros de la Habana se consumen aquí bastantes, y todos, ó los más, deben venir de Hamburgo. Los derechos que adeudan han de ser enormes á juzgar por lo caros que están los cigarros. El que estoy fumando en este momento me sale por más de tres reales, y no es de los mejores ni de los más gordos. Lo que aquí fuman por lo general, y lo que hace las delicias de las damas, son los cigarritos de papel, muy cucamente confeccionados, que llaman *papirós*. El tabaco de que están rellenos estos *papirós* viene de Turquía, de Egipto, de Persia y del Sur de la Rusia. La Besarabia, la Ukrania, la provincia de Saratoff y otras, producen hasta 49 millones de hectólitros. Ya ve usted cómo, á propósito del comercio de España con San Petersburgo, me he entregado á las más graves reflexiones, y no habrá quien me acuse de insustancial. Con Riga, con Odessa y

© Biblioteca Nacional de España

otros puertos debe ser nuestro comercio más importante aún; pero siempre bajo bandera extranjera. Del Gobierno sólo pende ahora el que no haya obstáculos para que prospere y se haga bajo el pabellón nacional.

Siguen aquí los bailes y otras diversiones á que somos siempre convidados. Esta gente, amabilísima con el Duque y, por él, con nosotros. Han incluído oficialmente al Duque en la lista del cuerpo diplomático, y el Duque y su comitiva asisten á todas las funciones de la corte, ocupando siempre muy preferente lugar.

En estos días no hemos ido á ver ningún establecimiento público, si no se tienen por tales las tiendas, donde hemos visto curiosisímos y ricos productos de la industria rusa y de los pueblos sujetos á su imperio. Allí puñales, cimitarras y pistolas persas, circasianas y georgianas; tapetes, gorros y babuchas primorosamente bordados; vasos, cajas y otros objetos de malaquita; joyas, que por el arte con que están hechas compiten con las de Mortimer y que, por la invención y la originalidad, les son superiores; ricas telas de seda, tejidas en Persia y en Georgia, y qué sé yo cuántas cosas más que sería largo enumerar y muy costoso comprar, aunque algo llevaré siempre para muestra.

A todo esto, sin embargo, no conocemos más que la alta sociedad de Rusia, que indispensable-

© Biblioteca Nacional de España

mente se asemeja á la de los otros pueblos, é ignoramos lo que éste es, á no llevarnos de ligero ó guiarnos por lo que dicen los libros. Yo entiendo, con todo, que los habitantes de la Grande Rusia, que componen el núcleo de este Imperio, y son más de cuarenta millones, que hablan todos la mismísima lengua, desde el más rico al más pobre y desde el siervo al señor, son ágiles, robustos y sufridos en los trabajos, y ni muy feos ni muy bonitos, aunque tanto su hermosura como su fealdad nos choca más que la que por ahí se usa, porque no está hecha la vista á considerarla, y nos parece más peregrina y maravillosa. Creo, además, que esta gente tiene más entendimiento para las cosas prácticas de la vida, que para las altas especulaciones metafísicas; que comprenden mejor lo que ven que lo que oyen, y lo que tocan que lo que ven; que imitan más que inventan; y que son, en el fondo del alma, más sensualistas que espiritualistas. Es tal su entusiasmo y su amor por la patria, que hacen de él una religión, de que el Emperador es el ídolo. En cambio, materializan y achican algo la religión, para que quepa dentro de los confines del Imperio. Hay aquí un dios ruso, un dios nacional, como entre los antiguos pueblos de Asia. El pueblo practica más la moral que entiende los misterios del cristianismo. El clero predica poco y es menos activo en su ca-

© Biblioteca Nacional de España

ridad que el clero católico. El clérigo que, como aquí, tiene hijos y mujer, según la carne, se cuida menos de sus hijos espirituales. Los monjes rusos que guardan el celibato, se nota que son, por lo general, más instruídos y *devoués*. Aquí los clérigos se dejan crecer la barba y la cabellera, y tienen muy respetables cataduras. Algunos hay grandes, hermosos y robustos á maravilla. El ropaje ancho y pomposo que llevan encima, les da un aspecto más importante aún. No son tan ignorantes como se ha dado en suponer, y cuentan muy doctos teólogos entre ellos.

Esta gente, como ya he dicho á usted, me parece más sensual que abstrusa, y entiende y se apropia mejor las ideas francesas que las alemanas. Moscou es la Ciudad Santa del vulgo: París la Ciudad Santa de la civilización, donde tiene fija la vista todo oficialete y toda dama elegante de esta tierra. Por agradar á los gárrulos ciudadanos de Atenas, fué Alejandro el macedón contra la Persia y contra la India. Dios sabe lo que podrá hacer algún Alejandro ruso, cuando no por agradar por espantar á los ciudadanos de Paris, y conseguir que algún francés escriba algún libro en su elogio. La vanidad y presunción de esta gente es inaudita, y entiendo que mira con desprecio á todas las naciones de Europa. Sólo aborrecen de todo corazón la Inglaterra, estimándola

© Biblioteca Nacional de España

en mucho. Se admiran de lo francés, estimándolo acaso menos, pero entendiéndolo mejor y simpatizando con ello. De los turcos hablan aquí peor que Mahoma del tocino. De los persas, de los compatriotas de Hafiz, de Firdusi y de Saadi, dicen aquí, en confianza, que son sucios, ignorantes, malos soldados y otras cosas que callo. De los austriacos, lo menos que dicen es que son ingratos y falsos como Judas. De Italia, que es un país degenerado y hasta sepultado en la barbarie. Pocos saben aquí que en Italia aun hay sabios, poetas y artistas. De España creen que hay muchos ladrones, una anarquía completa y ninguna esperanza de que un Gobierno cualquiera se consolide y dure más de uno ó dos años. Esto, ó más extrañas cosas aún, son las que creen las gentes vulgares, entre las cuales se pueden colocar no pocas de las más cogotudas y autorizadas por su posición. Claro es que en Rusia hay, como en todas partes, personas muy instruídas que piensan de otro modo: pero el sentimiento instintivo es idéntico.

A pesar de este menosprecio de todo lo extranjero, tienen los rusos un ardiente deseo de parecer bien á las naciones extrañas, y nada los aflije y pica más que cualquier satirilla, por ligera que sea. Así es que se muestran afables, serviciales, y en extremo políticos y finos, y no hay joya que posean y que no enseñen, ni habilidad de que

© Biblioteca Nacional de España

no hagan gala, ni riqueza propia que no ponderen, ni flaqueza que no traten de encubrir. Todo para maravillarnos. Cuando nos dan de comer, parece que dicen: „quiero que creas y pregones que nunca comiste mejor en tu vida"; cuando nos reciben en sus casas, se diría que exclaman: "asómbrate, que nunca viste cosa más soberbia en tu vida", y cuando nos enseñan cualquier establecimiento público, quisieran tenernos siempre con la boca abierta y perpetuamente henchida de interjecciones de asombro. En fin, cada uno de los príncipes de por aquí puede ser comparado á aquel célebre Abul-Casen, cuya vida y costumbres habrá leído usted cuando muchacho, en los *Mil y un días*, y cada individuo de la plebe á un ciudadano de no recuerdo qué tierra, donde se imaginaba que, sólo para iluminarla, salía el sol, y que lo demás del mundo estaba siempre á obscuras. La clase elevada y aristocrática cree, sin embargo, como ya he dicho, que la luz viene de Francia. San Petersburgo es la ventana por donde entra la luz. La censura, que impide la entrada de libros y periódicos *non-sanctos*, ó mancha de negro sus páginas pecaminosas, es el crisol donde esta luz sólida se purifica de toda materia demasiado combustible. La lengua francesa es el cristal clarísimo y hermoso y diáfano, al través del cual se ve la luz. Es asimismo la línea divisoria entre

© Biblioteca Nacional de España

el caballero y el hombre del vulgo; el medio, sin duda, de que se valen con gusto para que los criados y los siervos no los entiendan, cuando hablan, y para que no tengan con ellos comunión de ideas. Mas, las ideas, buenas y malas, deben ir penetrando, á pesar de todo, porque son de naturaleza sutilísima. Además de esto, ya sabe usted que por estéril que sea un pueblo, no todas las ideas le vienen de fuera, sino que muchas se engendran y nacen en él, y otras son ingénitas y como existentes desde *ab initio*. De esto quisiera yo saber algo; pero ¿cómo saberlo sin aprender el ruso? En ruso no sé decir hasta ahora más que *na prava, na leva* y *stoi*, „á la derecha, á la izquierda, párate". Leo, sin embargo, algunos autores rusos, traducidos en alemán, y un día de éstos le escribiré á Campoamor una larga carta que me pide, con noticias de aquí, dándoselas muy circunstanciadas del príncipe de los poetas moscovitas, y de sus obras: de Pouschkine, que apenas se conoce en Francia.

Entre tanto, tengo que decir á usted que estas cartas que á usted escribo, y que están escritas, sobre todo hasta que ví las dos primeras publicadas en los periódicos, sin pararme en respetos, sin atender al estilo, y sin imaginar siquiera que pudieran leerse sino por usted y por el señor Marqués de Pidal, me han causado un gran disgusto con

© Biblioteca Nacional de España

que hayan sido divulgadas. Acaso yo, aunque no recuerdo bien hasta qué punto, haya tratado de decir en ellas algún chiste á costa del Duque y de mi compañero Quiñones. Del Duque he hecho también en mis cartas grandísimos y merecidos elogios; pero éstos no se han tenido en cuenta. Sobre Quiñones habré dicho acaso alguna majadería, por hacer reir, y sin el menor intento de ofenderle. Mi convicción es que Quiñones es un excelente oficial de Estado Mayor, que no tiene mis gustos, que no se entiende bien conmigo; pero que no tiene ni un pelo de tonto. Si Quiñones fuera tonto, no hubiera yo hecho parodia de ninguna de sus calidades. Los tontos no me divierten, ni para hacer burla de ellos. Jamás he encontrado yo cómico en los tontos, sino aquella mínima parte que tienen de discretos. De lo que resulta que, mientras más discreto es un hombre, más tonterías graciosas suele hacer, y yo, que no me creo tonto, he hecho muchísimas en mi vida, y estoy pronto á reirme de mí mismo. Mil veces me he reído de Ligués y de otros mil á quienes creo muy capaces, en esa Primera Secretaría, y nunca jamás me he reído de Biedma, ni de otros de que el vulgo se ríe. La risa es un movimiento jubilador y simpático de los nervios, que sólo deben inspirar los amigos ó las personas de imaginación y de otras buenas calidades. Pues qué, ¿no encuentra

© Biblioteca Nacional de España

usted absurdo que una cosa tan humana como la risa, una cosa que nos distingue de los demás animales, porque no le hay irracional que sepa reirse, pueda infundírnosla el que lo es de todas veras? Por desgracia, el *profanum vulgus* no alcanza estas filosofías, y es, además, mal intencionado y propenso á malquistar á la gente, y á abultar lo malo y á encubrir lo bueno. A Ligués le escribí una carta poniendo al Duque de Osuna actual más alto, aunque ni con mucho con tanto ingenio, que Quevedo pone á su antepasado. A usted también le he dicho mil encomios de S. E. Pues bien, de esto nadie se ha dado por entendido, ni nadie le ha escrito al Duque diciéndole: „amigo mío, mucho y merecidamente le elogia á usted Valera". En cambio, á él y á Quiñones les han venido con el chisme de que yo los trato con dureza atroz en mis cartas. El Duque no me ha dicho una palabra; pero Quiñones me lo ha dicho, y como ambos se muestran desde entonces, si más fríos y reservados conmigo, más atentos y finos que antes, á la verdad, aseguro á usted que me castigan de este modo y me tienen avergonzado y contrito. Porque si hubieran sido gente menos seria y formal, ya nos hubiéramos comunicado las bromas, y las bromas hubieran ido ahí sabidas por ellos, y las hubiera habido más á menudo en contra mía, escritas por mí mismo, para que no se dijese que

© Biblioteca Nacional de España

daba lo peor á mi compañero y á mi jefe. Pero, como nada les he dicho, ni podía decirles, porque no era en el carácter de ellos y en el modo con que me trataban, ahora imagino que han de creer lo que he hecho, el uno traición, el otro traición é ingratitud á la vez. En fin, Dios me lo perdone, y á usted el haber divulgado tanto mis cartas. A quienes no quiero que perdone Dios es á los que al dar el soplo pusieron en ellas más hiel de la que tengo yo en todo mi corazón, por muy amargado que esté y por mucho que se exprima. Estos chimosos me inspiran á veces compasión, y, á pesar de cuanto queda apuntado, también deseo á veces que Dios los perdone. *Pedonadlos, Señor, que no saben lo que se hacen.* ¿Qué pueden ellos comprender de mis teorías sobre la broma y la risa, en que está basada, y por lo tanto, disculpada mi conducta?

Adiós. Póngame á los pies de su señora y de sus hijas, y créame suyo afmo.

J. VALERA.

———

© Biblioteca Nacional de España

San Petersburgo 23 de Enero de 1857.

Mi querido amigo (1): razones que usted debe adivinar por los antecedentes que tiene, hacen mi permanencia en este país cada día más difícil y menos agradable; y es tanto, sin embargo, lo que este país me agrada y me interesa, que á veces deseo permanecer aquí, estudiar la lengua y la literatura rusas, viajar por todo el Imperio y hasta escudriñar sus más apartadas y desconocidas regiones. Cuando San Petersburgo, pareciéndose, según afirman, aunque no soy yo de esta opinión, á las demás grandes ciudades de Europa, es tan original á mis ojos, ¿qué no serán Kiew, Moscou, Novgorod, el Cáucaso y la Crimea? Mas el hombre pone y Dios dispone, y al cabo habré de resignarme á ver mal y deprisa esta capital, y á dar un rodeo por Moscou, antes de volver á esa villa y corte.

Entre tanto, procuro aprovechar el tiempo. Ayer, mientras el señor Duque y Quiñones estuvieron en una fábrica de cohetes á la Congrève, y de otros proyectiles y diabluras por el estilo, yo, que no soy muy docto ni en la balística ni en la pirotécnica, fuí á ver el Palacio de mármol,

(1) D. Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

obra famosa de Rastrelli, y que tiene merecido el nombre que lleva. El Gran Duque Constantino habita en este palacio, cuando está en San Petersburgo, y como el Gran Duque es un príncipe sabio y artista, el palacio se ha convertido en un museo curiosísimo é instructivo. La escogida biblioteca que contiene, pasa de 40.000 volúmenes. Hay allí preciosos modelos de barcos, de máquinas de guerra y de otros artificios; multitud de armas ricas de todos los pueblos, y hermosas pinturas y estatuas. Pero, lo que más llamó mi atención fué el gabinete donde dicen que ha estudiado el Gran Duque las lenguas orientales, en las que es muy docto, según afirman. Este gabinete está construído y amueblado según el gusto y la arquitectura de los persas. Los divanes, forrados de las más costosas telas que en Teherán pueden tejerse; los muros, cubiertos de mil arabescos prolijos y de sentencias del Corán; lámparas extrañas, de vivísimos colores, penden del techo alicatado; esbeltas y airosas columnas y graciosísimos arcos le sostienen, y en el centro de la estancia, una torre á manera de pagoda, puesta sobre los lomos de cuatro pequeños elefantes de bronce dorado, derrama copiosa y cristalina lluvia en una redonda y blanca taza de marmol. Al blando murmullo de estas aguas, y en el apartamiento de este encantado lugar, bien se podría

© Biblioteca Nacional de España

entregar uno á la lectura del *Chah-Nameh* de Firdusi, ó á la difícil interpretación de los poetas y de los filósofos de la India y de la Arabia.

Tiene también el Gran Duque una sala construída y amueblada al estilo ruso, que, si no tan bonita, es más ligera y más digna de verse, acaso, que el gabinete persa. Dejo de enumerar las columnas de mármol, los jaspes de todos colores, los vasos de porcelana, de malaquita y de bronce, y las demás riquezas que encierra el Palacio de mármol.

Ayer estuve también en el palacio de la Gran Duquesa María, y la magnificencia, el buen gusto, la novedad y los tesoros artísticos de este nuevo palacio, me hicieron olvidar y casi tener en menos las maravillas del primero. La Gran Duquesa María posee una riquísima colección de pinturas con que adorna los muros de su vivienda. Los mejores pintores flamencos antiguos y modernos han contribuído á enriquecerla. De Murillo hay cuatro originales, sobresaliendo, entre todos, un *Divino Pastor*. De Velázquez, dos cuadros; y una *Virgen*, de Morales, que tiene á Cristo muerto en sus brazos, y que es una de las más bellas y melancólicas pinturas que un artista despreciador de la hermosura física y enamorado de la espiritual é interna hermosura ha podido concebir jamás. Al mirar el rostro lívido, desfigurado y

© Biblioteca Nacional de España

horriblemente cubierto de heridas del Salvador, vuelve uno los ojos con espanto; pero al fijarlos en los de la Madre Dolorosa, se siente en el alma una piedad infinita, y se comprende y se lee en el semblante pálido y desencajado de la Virgen, todo lo que su corazón debió padecer. El efecto que produce este cuadro es tal, que más vale que le tengan tapado como le tienen. Al hombre religioso puede llevarle á considerar con hondo recogimiento el misterio temeroso de la redención: al que no lo sea le debe poner grima. Por lo demás, el cuadro está, no en una devota y severa capilla, sino en medio de los más elegantes y voluptuosos salones. Otras pinturas profanas y alegres le rodean, y parece que la de Morales viene á turbar la fiesta. *Psíquis y Cupido* se abrazan y se besan no muy lejos de aquel sitio. *Las tres Gracias*, de Canova, se muestran allí en toda su desnudez, y la *Magdalena*, del mismo autor, aunque contrita y penitente, luce aún todos sus peligrosos y seductores encantos. Graciosos paisajes y mil cuadros de la escuela italiana, entre los cuales los hay de Rafael, de Leonardo da Vinci, de Francia, de Guido Reni y del Veronese, no son tampoco muy devotos, aunque tengan la intención de serlo. Escultores y pintores han procurado á porfía representar la extraordinaria hermosura de la Gran Duquesa, y no han

© Biblioteca Nacional de España

podido conseguirlo. La Gran Duquesa es una criatura celestial. Tennerani la ha representado de cuerpo entero en mármol de Carrara, y éste, á mi ver, es el mejor retrato que hay de Su Alteza.

Los jardines de invierno de este palacio parecen un sueño de hadas. Yo imaginé que, por arte de encantamiento me había trasladado, sin saber cómo, á los risueños bosques del Brasil. Árboles y plantas exóticos y olorosas flores cubren aquel recinto; fuentes y cascadas y altos surtidores le dan música y frescura; grutas y peñascos cierto aspecto rústico y misterioso. Detrás de un lienzo de agua que cae con sonora majestad de una elevada roca, y que vela completamente la entrada de una caverna, se ve algo como las fraguas de los cíclopes ó el fuego del infierno; se ve, en fin, la más poética chimenea que hay en el mundo. Después de recorrer los jardines, entramos en los salones donde la Gran Duquesa suele estar de contínuo y donde tiene sus pinturas favoritas, obras maestras, las más, de la escuela italiana. No sé cómo pintar lo aristocrático de este retiro. Parece la morada del hada Parabanú. Hay allí un gabinetito, donde, si yo hubiese entrado solo, acaso hubiera imaginado que todas las ondinas y las peris y las huríes iban á venir en mi busca, y que se iban á animar y á enamorarse de mí las ocho lindas é inocentes muchachas que

© Biblioteca Nacional de España

Greuze ha pintado y que adornan las paredes del mencionado gabinetito. Y dejo en este punto la descripción del palacio de la Gran Duquesa María, aunque me temo que lo mejor se quede por decir. Tantos primores, ni se pueden ver en un momento, ni referir en una carta. Para verlos, me sirvió de *cicerone* una *demoiselle d'honneur* de la Gran Duquesa. Yo estaba tan lisonjeado y tan confuso de este favor, que no sabía cómo agradecerle. La *demoiselle d'honneur* es la más bachillera y leída *demoiselle* que he conocido desde que ando por estos mundos. Se diría que es una druidisa ó una norma, ó sibila boreal. Las damas de Calderón no discretearon nunca tanto como ésta discretea; y es, además, un Mezzofante femenino, sin que por eso me atreva yo á decir, ni á imaginar siquiera de ella, lo que de Angélica dijo Ariosto, que

Spesso avea piú d'una lingua in bocca.

Anteayer estuve en la Biblioteca pública imperial, que cada día se aumenta y contiene hoy cerca de 700.000 volúmenes. Todo lo vimos á galope, y mal, por consiguiente. Para ver bien aquella biblioteca es menester un mes. Hay una gran sala donde están solamente cuantos libros se han escrito sobre Rusia en todas las épocas y en todos los pueblos. Español hay algo, y uno de los bibliotecarios me dijo que hace tiempo que anda

© Biblioteca Nacional de España

buscando y que no puede dar con una comedia que escribió Lope de Vega sobre el falso Demetrio. Otra sala contiene los manuscritos, en número de 20.000: latinos, griegos, árabes, persas, armenios, rusos, polacos, alemanes, franceses y españoles. De los nuestros ví, de pasada, un libro lleno de cartas autógrafas de Felipe II y la traducción española del Evangelio apócrifo de San Bernabé apóstol, que un tal Juan Maxin tradujo también en italiano. Ignoro si el traductor español supone que este Evangelio se halló en la sepultura y sobre el pecho del apóstol, en la isla de Chipre ó en las cuevas del Sacro Monte, cuando se descubrieron allí los huesos de los mártires y primeros evangelizadores de España. Dice el traductor, en su prólogo, que en dichas cuevas se hallaron asimismo los cien consejos ó sentencias que dictó la Virgen y que escribió Tesifón, su secretario; la vida, predicación y milagros del apóstol Santiago; las ocho preguntas de Pedro, y otros libros por este orden. Uno de los bibliotecarios, Mr. Muralt, ha escrito y publicado una descripción en francés de este Evangelio; pero á la verdad que deja muchos puntos oscuros ó al menos yo no llego á aclararlos. Así, por ejemplo, yo no sé de cierto si el Evangelio traducido por Juan Maxin es el mismo que traduce el español, ó es otro, si existe en árabe ó en alguna lengua

© Biblioteca Nacional de España

sabia el original del uno ó de los dos Evangelios, dado que haya dos; y si el traductor español le inventó ó le tradujo con intenciones meramente literarias, ó con el fin de seducir á las gentes y de inclinarlas al islamismo, porque el falso evangelista llama á Cristo profeta, y no Hijo de Dios, y predice la venida de Mahoma y defiende la circuncisión y la abstinencia de ciertos manjares y bebidas.

Otro día, cuando haya visto yo más detenidamente la biblioteca, le volveré á hablar á usted de ella, si mis cartas no le aburren y á mí no me cansa el escribirlas.

He leído en los periódicos españoles no sé qué sobre un ukase imperial, que no me parece que han entendido muy bien. Aquí la aristocracia, esto es, la nobleza, porque una aristocracia en el sentido estricto de la palabra ni la hay ni sería compatible con la autocracia del Tzar, no estaba llamada exclusivamente á los empleos públicos; antes bien, los empleos públicos son los que daban y dan inmediatamente la nobleza personal á quien los desempeña. En el momento en que un ruso, aunque sea de la familia más humilde, puede vestir un uniforme y ceñir una espada, ya es tan noble como el que más. En el momento en que obtiene el título de consejero, equivalente á brigadier en el ejército ó, por mejor decir, á ge-

© Biblioteca Nacional de España

neral, porque Brigadieres no hay, ya trasmite la nobleza á toda su generación. Antes bastaba ocupar un puesto equivalente al de coronel en el ejército; y esto es lo que el emperador Alejandro II ha modificado. La causa ha sido que se iba creando una numerosísima nobleza de empleados sin rentas y con los humos y el amor á la ociosidad y á la *vita buona* de la nobleza antigua y rica. También ha modificado el emperador la división de los empleados en tres clases; primera, los que entran á servir con diploma universitario; segunda, los que han estudiado en los colegios; y tercera, los que han estudiado privadamente. Según era un empleado de primera, de segunda ó de tercera clase, podía ascender con más ó menos prontitud en su carrera, sin que el mérito más extraordinario fuera bastante á quebrantar esta ley. En el día, y de acuerdo con la última disposición del emperador Alejandro, puede elevarse más pronto á los primeros honores el que tiene mérito, aunque no tenga título universitario. La diferencia está sólo ahora en que entra á servir desde luego en un empleo de superior categoría el que ha estudiado en alguna Universidad.

La muerte del conde Gregorio Strogonoff, del Consejo del Imperio, y uno de los personajes más respetados y queridos de esta corte, y en toda la Rusia, va á desanimar por algún tiempo á la alta

© Biblioteca Nacional de España

sociedad. El conde, por su mucho saber y experiencia, por su amena conversación y por sus elevadas prendas de carácter, era también muy estimado de Su Majestad. Hoy se hará con gran pompa el entierro del conde, y creo que asistirán en él cuantas personas notables hay en Petersburgo, y el emperador mismo.

San Petersburgo 26 de Enero de 1857.

Mi querido amigo (1): esta carta empieza muy triste; empieza con un entierro, el del conde de Strogonoff. Las honras y cantos fúnebres tuvieron lugar en el famoso monasterio de San Alejandro Newski, fundado por Pedro el Grande en el mismo sitio en que el santo ruso ganó, en tiempos antiguos, una gran batalla á los suecos. Pedro el Grande, para santificar la nueva ciudad que levantaba, hizo venir á las orillas del Volga, los restos del héroe santo y colocarlos allí. Según dicen, el santo no se encontró á gusto en su nueva habitación y se volvió milagrosamente á la antigua; pero el Tzar le hizo venir de nuevo, rogándole que no se largase otra vez si no quería que

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

sus frailecitos padeciesen el martirio. Desde entonces el santo no se mueve. Verdad que su habitación se torna cada día más agradable. Oro, jaspe, bronce, pinturas y diamantes y perlas adornan la morada del santo. Los más grandes señores del Imperio van á enterrarse allí para hacerle compañía; y le custodian sesenta frailes, tan membrudos, colorados y gigantescos que, más que frailes, parecen jayanes. Al verlos se acuerda uno de los sesenta valientes de los más fuertes de Israel, que rodeaban el lecho del rey Salomón, todos con la espada sobre el muslo por temor de los rumores de la noche. Estos frailes tienen todos voz de bajo profundos. Hacen de tiples, é imitan á los angelitos del cielo, una turba de muchachos cuya suerte envidiaría el marqués de Custine. Los trajes y las ceremonias de la iglesia no pueden ser más solemnes y pomposos. Se cuenta que cuando el Tzar Wladimiro, después de haber tenido un disgustillo con Pernn, se decidió á plantarle y á tomar otro dios para los rusos, los búlgaros, aquellos terribles guerreros que dieron nombre á cierto vicio abominable en muchas lenguas de Europa, trataron de que se hiciera mahometano como ellos; pero la falta de pompa en el culto, la necesaria abstinencia del vino y, sobre todo, la circuncisión, disgustaron á Wladimiro de la religión de Mahoma. Entonces envió á Constantinopla emisarios

© Biblioteca Nacional de España

que volvieron maravillados de la grandeza y suntuosidad que habían visto en el templo que levantó Justiniano á la Eterna Sabiduría. Wladimiro, al oirlos, determinó bautizarse y que se bautizasen sus súbditos, y desde entonces son los rusos cristianos. Hay quien supone que, salvo la pompa del culto, el beber vino y el no circuncidarse, han conservado algo de la primera intención y son un tanto cuanto musulmanes. Pero éstas son hablillas necias. Lo cierto é indudable es que, desde que no hay patriarca y el Emperador es jefe de la Iglesia, no tiene ésta aquella independencia, ni los clérigos aquella respetabilidad que convendría que tuviesen; pero, en cambio, hay más unidad en todo y el Gobierno dispone, según sus miras políticas, de un poderoso instrumento. Si los clérigos ó frailes de las otras sectas ó religiones no andan derechos, se les envía á tomar aires fuera del país, como hicieron pocos años há con los capuchinos de Georgia, allí establecidos desde mediados del siglo XVII. Los georgianos católicos, ovejas sin pastores, se acogerán probablemente al redil ruso.

Pero volvamos al entierro. Todo el Cuerpo Diplomático aquí residente, y los magnates y altos dignatarios de esta corte, asistieron de uniforme. El Emperador mismo y el Gran Duque Nicolás le honraron con su presencia. Mientras se cantaron ciertas oraciones, rogando á Dios por el alma del

© Biblioteca Nacional de España

difunto, tuvo cada individuo una vela de cera encendida en la mano. El féretro estaba en medio de la iglesia, sobre un catafalco al cual se subía por escalones. Le cubría un palio primoroso de terciopelo negro bordado de oro. Los padres le rociaron con agua bendita y le zahumaron con incienso. Uno dijo allí, dirigiéndose á todos nosotros, una infinidad de cosas que no entendí. Terminado el canto, se verificó un acto solemne y conmovedor. Todos los parientes y amigos del difunto, con lágrimas en los ojos, ó aparentando llevarlas, y vestidos de luto riguroso, subieron lentamente hasta tocar el féretro y besaron su cubierta. El féretro, como ya indico, estaba cerrado, y este último beso, de eterna despedida en el mundo, se dió al través de la madera. Alrededor del túmulo estaban colocadas, en sendos taburetes, las grandes cruces con que honraba su pecho el conde durante su peregrinación por este valle de lágrimas. Las grandes cruces del conde eran muchas, lo cual para los rusos y entre los rusos es de más importancia que en otro pueblo cualquiera. Para ellos una cruz es la joya

> que sobre el oro del alma
> es el más bello realce;

que es lo que en España se pensaba de las cruces en tiempo de Calderón.

© Biblioteca Nacional de España

Hemos visitado en estos días el nuevo y el antiguo Almirantazgo. En el antiguo hay una multitud de oficinas. El palacio es inmenso. Su biblioteca contiene mapas hidrográficos, historias de viajes y otros libros científicos y atañaderos al oficio de marino. Hay una imprenta, prensas litográficas y prensas para grabar en acero y en cobre. Un depósito hidrográfico donde se venden los libros y los instrumentos necesarios á los navegantes; y una Academia de arquitectura naval que, si no estoy equivocado, me parece que no tenemos en España, y es un dolor que no la tengamos, para que los que saliesen de ella construyesen los barcos y fuesen responsables de que las maderas estaban sanas y no podridas. En el nuevo Almirantazgo hay varios diques cubiertos, que comunican con el Neva, y donde se pueden construir barcos durante el invierno. Ahora construyen un navío inmenso, de 150 cañones. Ya está muy adelantado. Será de vapor á hélice. El oficial que nos enseñaba todo esto me dijo que las máquinas de vapor se construyen aquí, y que no vienen, ni de Bélgica, ni de Inglaterra, como yo imaginaba; que durante esta guerra de Crimea han fabricado ellos 14 barcos de vapor, de 250 caballos de fuerza cada uno. y todo hecho aquí, y qué sé yo cuántas cosas más me dijo, que todas, con el debido respeto, se pueden poner en cuarentena. Aquí tratan siempre de

© Biblioteca Nacional de España

dejarle á uno espantado, aunque sea á costa de una mentirijuela, ó de varias.

En cuantos establecimientos visitamos, se dispone todo con tiempo para nuestra llegada, como si fuese á representarse una comedia. Aunque nada haya por imprimir, se imprime aquel día; aunque nada haya que grabar, aquel día se graba; aunque nada haya que escribir ó que pintar, aquel día se escribe y se pinta; y por donde quiera reina la más grande actividad, buen orden y movimiento. Todo está zahumado y aljofifado como una plata. Pero esto no es de extrañar y sí de agradecer. Lo que yo extraño es que muchos de nuestros *ciceroni,* empleados de los mismos establecimientos, suelen, á veces, no entender lo que nos enseñan, ni aun siquiera levemente.

Las entendederas de los rusos no están por lo general, muy abiertas, ni creo que sea menester que lo estén. Aquí todo marcha divinamente, sin necesidad de una ilustración muy difundida. Escuelas debe haber aún de las que fundó Pedro el Grande, donde nadie va á aprender nada. En cambio, los alemanes aprenden, saben y sirven á este país, ya sean súbditos naturales del Emperador, ya se hayan puesto á su servicio voluntariamente. Generales, sabios, literatos, médicos cirujanos, boticarios y hasta panaderos, porque los rusos se asegura que tienen especial afición á

© Biblioteca Nacional de España

mezclar la arena con la harina, para dar más peso al pan, son, en su mejor y mayor parte, de raza germánica. El ruso castizo aborrece al alemán de todo corazón, y quisiera verle ahorcado. Las ninfas movilizadas, ó dígase en circulación, son también tudescas. Ó las rusas son más castas, ó no tienen arte ni gracia maldita para ejercer el oficio. No es esto decir que no haya cidalisas rusas, pero han de ser de la ínfima clase, que caballeros como yo no visitan. En fin, este punto no lo tengo aún puesto en claro, y siento haberle tocado.

Sentiré que abran aquí esta carta y que la lean. Pero, ¿qué hemos de hacer?

Adiós. Su amigo afmo. y s. s. q. b. s. m.

JUAN VALERA.

San Petersburgo 28 de Enero de 1857.

Mi querido amigo y jefe (1): escritas ya y cerradas mis dos cartas del 25 y del 26, recibí las dos de usted del 13 y del 14, en que se autoriza al señor Duque para ofrecer los dos toisones, esto es, para ofrecer el toisón al Príncipe Alejandro Gortchakoff. Ahora hablará el Duque al Príncipe,

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

ó acaso le haya hablado ya anoche en una tertulia donde yo no asistí por hallarme muy cansado, y creo que habrán decidido ó decidirán lo que conviene, que es, en mi entender, que aquí digan darnos desde luego los dos San Andrés y la Santa Catalina, y el Alejandro Newski para el Marqués de Pidal y el Aguila Blanca para usted. Estas gracias aparecerán en el *Diario de San Petersburgo* el día 25 de Febrero, tiempo suficiente para que, advertidos ustedes por el correo, y sin necesidad de telégrafo, hagan aparecer el mismo día en la *Gaceta* las gracias correspondientes. Los títulos é insignias para los rusos los traerá don Javier, y Galitzine llevará los títulos é insignias para los españoles. Esta es la composición de lugar que yo hago y en este sentido quisiera disponerlo todo.

Ya estamos instalados en la lindísima casa que, amueblada con gran elegancia, ha alquilado el señor Duque por 1.200 rublos mensuales. Hay en ella magníficos salones de baile, hermosa escalera, jardín de invierno al lado del comedor, que parece un precioso patio de Sevilla, con su fuente en medio y un alto surtidor, y flores y plantas y frondosos arbustos, que se multiplican en los espejos que forman las paredes, en parte cubiertas de hiedra y otras plantas enredaderas.

La habitación del señor Duque es muy espaciosa y confortable. La de la señora, como no hay se-

© Biblioteca Nacional de España

ñora, está desierta; pero no puede ser más cuca y graciosa. Consiste en una serie de estrados, gabinetitos y *boudoirs*, donde hay muchos vasos de porcelana con flores, muebles cómodos y elegantes, cierto misterio voluptuoso, y otras mil cosas y circunstancias apetecibles. La alcoba da sobre el jardín de invierno, quiero decir está al lado, en el mismo piso principal, y parece un nido de amores, según la expresión con que Quiñones se la ha celebrado al Duque: expresión que sin duda él ha oído á alguien, porque no se le ocurren cosas tan poéticas y mitológicas; así es que la repite en francés, imaginando tal vez que en España y en español no hay más que nidos de chinches ó de golondrinas en las casas. Mi cuarto de dormir es también muy bonito, da sobre el jardín y está sobrepuesto al nido de amores. Recibe la luz por el doble techo de cristales que cubre el jardín tantas veces ya mencionado. Tenemos en este segundo piso una multitud de salones á nuestra disposición; una sala con juego de billar y vistas sobre el Neva. Delante de la casa está el puente Nicolás, que es una bella obra en su género, y que une á Vasiliostroff con esta otra parte de la ciudad. En medio del puente se levanta una elegantísima capilla dedicada al santo que le da nombre, y cuya imagen allí se venera y se parece en un mosaico rico, hecho en San Petersburgo mismo.

© Biblioteca Nacional de España

Aquí puede uno vivir como el pez en el agua, y sospecho que el Duque no dejará San Petersburgo tan aína. Acaso dé bailes, y de seguro dará comidas en esta casa. Acaso haga venir á ella, con cierto recato, á la comedianta francesa que le ha pillado ya doce ó trece mil francos, y que no ha logrado aún y logre al cabo. Acaso en el nido de amores se celebre este erótico ayuntamiento, y nazca de él un Gironcillo que herede más de la bondad y excelentes prendas del padre que de la tunantería materna. Entonces podremos decir de la comedianta lo que de Mesalina dijo el profano, cuando ella se remangaba las faldas,

ostenditque tuum, generose Britanice, ventrem.

Ya tenemos muchos más amigos que vienen á comer con el Duque á menudo. Todos le aconsejan que dé un baile, y muy particularmente cierta dama que le tiene frito y achicharrado. Da la casualidad de que esta dama es la misma que yo ví por vez primera en Petersburgo, que me causó tanta admiración y que fué causa involuntaria de que me rompiese una espinilla. Su hermosura calmuca sigue asombrándome; pero no me enamora, por dicha mía. Ella no gusta sino de las personas muy empingorotadas; Tolstoi la pretende y no sé hasta qué punto habrá llegado. Pero si el Duque quisiera y no fuera tan cándido, la

© Biblioteca Nacional de España

dama plantaría á Tolstoi por él. Ella es mujer de un capitán, y aunque es, así como su esposo, de muy buena familia, no está muy sobrada, si no es de aquellos tesoros naturales, que deben ser incomunicables, ó al menos introcables.

En medio de estos jolgorios conozco que estoy yo de más, y que maldito lo que hago ni para qué sirvo.

Al Duque le seguirán siempre considerando como un gran señor y noble y espléndido caballero; pero no pueden considerarle seriamente como el Embajador ó el Ministro de España en esta corte. ¿Cómo han de considerarme, pues, á mí como un secretario de una Legación de España que no existe? Quedarme aquí como amigo del Duque y comensal suyo no puede ser, porque el Duque no me honra, por desgracia, con su amistad, y yo le fastidio. Por otra parte, yo deseo volver á esa Primera Secretaría, y que usted me emplee en algo de importancia. Yo pondré mis cinco sentidos en hacerlo bien; y espero que usted y el señor Marqués de Pidal me querrán más que el Duque, á pesar de mis defectos. No me parece que soy tan mala lengua, y creo que del Duque mismo he hecho grandes elogios, en cuanto hay en el Duque que se pueda elogiar. A este país le he elogiado también más de lo que se merece, y cuando veo mis cartas publicadas me suelo aver-

© Biblioteca Nacional de España

gonzar de tanto elogio, porque creerán que yo no he visto nada en mi vida. Yo soy muy hiperbólico, como buen español; pero lo soy más en el elogio que en la censura. De Quiñones no he dicho más que cuatro chistes fríos, con la intención de hacer reir sin ofenderle. Si yo fuera capaz de tenerle rencor, se le podría tener, sin embargo. Si él no hubiese venido, estoy seguro de que el Duque y yo estaríamos á partir un piñón; estoy seguro de que el señor Duque de Osuna me querría como á un hermano, y hasta el mismo favor y confianza del Duque me hubiera granjeado en San Petersburgo mejor acogida en la sociedad, más distinciones y favores de los que me han hecho.

En fin, sea como sea, yo no puedo permanecer aquí más largo tiempo. Mi salud tampoco es la mejor. Estoy mimado en mi casa y aquí ni me sirven, ni me cuidan, ni me preguntan siquiera si me llevan ó no me llevan todos los diablos. Me parece que si me diera alguna enfermedad grave me cuidarían como á un criado de la casa; pero no me atenderían como á un compañero.

Adiós. Pronto nos veremos, porque, á pesar de los inconvenientes del viaje solo, me parece que le haré al cabo. No puedo dormir bien, me aburro maravillosamente y padezco de los nervios y del estómago. Me desespera que nadie se compa-

© Biblioteca Nacional de España

dezca de mis males, y soy capaz de hacer la tontería de contárselo á las damas más amigas para que me tengan lástima. Antes de que llegue este extremo, lo mejor será irse y, sobre todo, repito, estando la misión terminada y no teniendo yo aquí motivo oficial de permanencia.

Soy su amigo afmo. y s. s. q. b. s. m.

JUAN VALERA.

San Petersburgo 31 de Enero de 1857.

Mi querido amigo (1): mañana ó pasado tendrá el Duque una entrevista con Gortkschakoff para hablar de lo de las cruces. Ojalá se logre que al Marqués y á usted les den el Alejandro Newski y el Aguila Blanca, al mismo tiempo que se den los dos San Andrés.

En una tertulia que anteanoche dió en su casa el Príncipe-Ministro, hablé algo de esto con él y me dijo, y á lo que parece al Duque le dijo lo mismo, que haría lo posible porque se lograra, pero que todo dependía del Emperador. Debo advertir que las pocas veces que he hablado al

(1) D. Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

príncipe de cosas graves, ha sido porque él se ha prestado á ello muy gustoso y me ha llamado á sí. Cuando no, me contento con saludarle cortésmente. No me gusta hacer del entremetido ni asediar á nadie, y conozco muy bien mi posición oficial, tan inferior á la suya. Tiene, además, ó finge tener el Príncipe una opinión tan subida de su nación, y deja traslucir, á pesar de su extremada finura, un aire tan cargante de protección y benevolencia por las otras naciones, que no sé cómo no le suelta uno alguna papa de las mayúsculas. Anteanoche me dió á entender, con estilo diplomático, rodeos y delicadezas, que Narváez (y no sé de dónde lo ha sacado) quiere el San Andrés como balancín para no caerse. En el mismo estilo, aunque más claro, contesté yo, y espero que conteste el Duque, si Gortchakoff repite semejante tontería, que no había tal cosa, y que si la Reina y el pueblo de España quieren á D. Ramón, le sostendrán en el Gobierno, sin San Andrés; y que sino le quieren, le dejarán sin Gobierno, aunque tenga diez San Andrés: que nosotros deseábamos el cambio de cruces como muestra de la nueva amistad de ambas naciones y monarcas, independientemente de los ministros ó del partido que ahora gobierna; y que no será sólo al partido narvaísta á quien darán una prueba de estimación, dando á Narváez el cordón de San An-

© Biblioteca Nacional de España

drés, sino á la nación española, al frente de cuyo Gobierno está ahora el Duque de Valencia. También le dije que el partido moderado ó monárquico-constitucional no está en el aire, como algunos piensan, y es el que tiene porvenir y el que mandará siempre en España; y que un movimiento absolutista exagerado traería consigo pronunciamientos y revueltas efímeras, y como término de ellas el volver las cosas al punto en que estaban, esto es, á D. Ramón y á los liberales moderados. En todo convino S. E.: pero, en tono lastimero, me hizo una observación, á la cual confieso que no se me ocurrió brillante respuesta.—«Lástima—exclamó—que el partido moderado no se una y que no se olviden tantas ambiciones é intereses personales ó se sacrifiquen al bien general.» *La Independencia Belga,* que es el pasto espiritual político de los repúblicos de aquí, nos hace bastante daño, pintando los asuntos de España con los colores más negros. Dije, por último, al Príncipe, porque venía á cuento, que á Benckendorff ó á Brunoff era á quien primero se le había ocurrido y quien primero había hablado del cambio de cruces y que, sin estas insinuaciones, acaso el Gobierno español no hubiese pensado en ello. El Príncipe contestó que no creía que Benckendorff hubiese hablado de tal cambio, y yo le dije que creía que sí.

© Biblioteca Nacional de España

En toda esta conversación, que duraría tres ó cuatro minutos, estuve yo muy humildito y el Príncipe, como siempre, muy repulido y amable. Aunque hable de zanahorias, lo echa de hombre profundo; frunce las cejas, hace mohines con la boca, *espantosa y fiera, como el cráter de un volcán;* lanza miradas penetrantes é investigadoras al través de las antiparras, con aquellos ojos vivos y saltones; y hace mil monadas elegantes y aristocráticas con los largos y delgados brazos, con las manos, feas, aunque cuidadas, y con todo el cuerpo. Yo le miraba atentamente y con grande respeto, y consideraba, allá en mi interior, lo feísimo que es visto á buena luz, de cerca y despacio. Mefistófeles debía ser por el estilo, cuando andaba de zeca en meca con el Doctor Fausto.

Por lo demás, esta calidad de imponer, de deslumbrar y cegar es muy común á esta gente. Yo he sido también de los deslumbrados y ciegos en ciertas ocasiones. Aprecian aquí y celebran tanto las cosas propias que, sin querer, se siente uno llevado por la corriente y como impulsado á elogiarlo todo también. Mis cartas á usted se resienten, á veces, de esta disposición de ánimo. Verdad es que el tener yo un estómago sumamente agradecido, ha entrado por mucho en las alabanzas.

Las mujeres están menos dotadas de esta buena ó mala calidad, que no sé designar en español,

© Biblioteca Nacional de España

sino por medio de un portuguesismo, llamándola *impostura;* pero hay una señorita, *demoiselle d'honneur,* que en este punto le echa la zancadilla á todo el género humano. La Princesa Dolgorouki, que así se llama, tiene la cara algo tártara, los ojos oblicuos, la nariz respingada y los juanetes prominentes. Su estatura es elevada, y el cuerpo elegante y airoso por todo extremo. Se viste con gran primor y esmero, aunque con afectada sencillez. Hay en todos sus movimientos una majestad amable y dulce, que llama la atención y cautiva. La boca denota más ingenio que ternura; todos dicen que tiene maravilloso ingenio, y todos la acatan como si fuera una emperatriz. Yo mismo, aunque extraño á las cosas de por aquí, y todavía ignorante de lo que se supone ó refiere, he sentido, al acercarme á esta noble señorita, no sé qué respeto de súbdito y no sé qué deseo de entrar en su gracia.

El señor Duque sigue con intenciones de quedarse aquí sabe Dios hasta cuándo. Las damas, y todos en general, si algo se puede descubrir aquí de lo que interiormente se siente, están contentos de que se quede el Duque y de que guste tanto de Rusia. El amor propio nacional es lo único que entre esta gente tiene algo de cándido. No creen en la pronta venida de don Javier, y quieren que el Duque se quede hasta que don

© Biblioteca Nacional de España

Javier venga, como una satisfacción del mencionado amor propio. Oficialmente no le pueden considerar al Duque como embajador; pero embajador le llaman todos á boca llena, en la conversación familiar. No sé, sin embargo, si á pesar de tener aquí este embajador, se decidirán á enviar á Madrid á Galitzine antes que venga don Javier, ó antes que sepan que don Javier se ha puesto en camino. Entre tanto, el Duque pagará bizarramente los bailes y comidas que le han dado. Estos salones, iluminados en una noche de baile, parecerán encantados y diáfanos. La escalera, el jardín, el salón principal de baile y la inmensa antesala están en comunicación por medio de arcos, cubiertos sólo de grandes cristales. Por este orden debía ser el palacio que vió Don Quijote en la cueva de Montesinos, y donde Belerma salía en procesión, con sus dueñas y el corazón amojamado del señor Durandarte.

Hemos estado en Kronstadt y visitado sus fuertes y arsenales; pero, ¿qué viaje diabólico no hemos tenido que hacer para ir á Kronstadt? Sabido es que esta ciudad famosa está fundada sobre un islote que cierra y defiende la desembocadura del Neva. El mar intermedio entre San Petersburgo y Kronstadt está cubierto de hielo hasta el mes de Abril. Nuestro viaje fué, por consiguiente, en trineo; y en trineo descubierto, para

© Biblioteca Nacional de España

poder gozar de toda la novedad del espectáculo, á trueque de que se nos helaran las narices. A las tres leguas de camino, esto es, á la mitad, porque el camino tiene seis, nos reposamos y calentamos un poco en una casa de madera levantada en medio del mar y destinada á este objeto. Luego continuamos la expedición y llegamos á Kronstadt felizmente. La ciudad es muy hermosa y en verano, cuando está animada por el comercio, contiene más de 50.000 habitantes, muchos de los cuales se van con la música á otra parte durante el invierno, y la población queda muy reducida. Hay allí magníficos almacenes y canales hechos de granito, por donde entran los barcos, y, en fin, todas las señales de una grande actividad mercantil y de hallarse uno en el emporio de San Petersburgo y de lo mejor de Rusia. Pero, paralizado y muerto como por arte del diablo, sin que pueda nada resucitar hasta la primavera. Pensaba yo, al ver esto, en aquella ciudad paralizada de *Las mil y una noches*, donde todo está inmóvil, hasta que la princesa afortunada rompe el encanto, dando un beso al bello príncipe dormido, y todo comienza á circular y á agitarse de nuevo; las palomas arrullan, las moscas zumban, la gente anda por las calles, el viento sopla, las mujeres hablan y cantan, y hasta el jefe de la cocina de palacio, que hacía trescientos años que tenía el pie

© Biblioteca Nacional de España

levantado para darle en el trasero á un pinche, acaba de aplicarle, por último, el por tan largo tiempo dilatado puntapié.

En el puerto mercante de Kronstadt hay este invierno, aprisionados por el hielo, cerca de cuatrocientos barcos de todos tamaños y de todas naciones. Por medio de ellos nos paseamos en trineo. De la misma manera vimos la escuadra rusa en ambos puertos militares. Sólo navíos de línea, habría acaso treinta. Vimos también un colegio de pilotos para los buques de guerra. Los oficiales de marina de por aquí deben, acaso, saber más de maniobras que de preguntar cuál es el punto adonde se encaminan *al polo refulgente y las estrellas*. Lo cierto es que tienen necesidad de Palinuros, que están aquí más autorizados que los *masters* en Inglaterra. Los diques de Kronstadt son muy hermosos y sólidos, hechos de granito, y capaces de contener quince navíos á la vez. Visitamos el fuerte Alejandro, que está á dos kilómetros de distancia del fuerte Pablo, cada uno á un lado, y en medio el canal, por donde sólo hay paso para los buques de alto bordo que quieren entrar en la bahía. Los fuertes Pedro y Kronschlot, algunas baterías construídas últimamente, otras que se están construyendo y el muro que defiende la ciudad por la parte de occidente, completan estas tremebundas fortificaciones. En el

© Biblioteca Nacional de España

fuerte Pablo hay 161 cañones á la Paixhans, y en el fuerte Alejandro 121. Cuatro son las galerías, sobrepuestas las unas á las otras, donde estos cañones del fuerte Alejandro están colocados. En los ángulos y puntos más importantes, los cañones son de tanto calibre, que pueden disparar balas y granadas de 14 pulgadas. Cada cañón gira sobre una base semicircular y la dirección puede cambiarse, por pesado que sea el cañón, con sólo dos hombres, y en un instante. Para levantar ó bajar la puntería, hay también un artificio ingenioso y nuevo, é inventado aquí, según dicen, aunque yo no quiero creerlo. La solidez de estos fuertes es maravillosa; pero las galerías me parecen estrechas y bajas, y si llega un día de guerra, en que sea preciso tocar todos aquellos instrumentos, los músicos se han de ahogar con el humo. Por medio de cada galería va un ferrocarril para llevar rápidamente las municiones en un carretoncillo. Hay hornos muy bien ideados y construídos para calentar muchas balas en poco tiempo y dispararlas rojas. Después de haber visto todos estos primores, he conocido, aunque lego y profano en las ciencias militares, que estamos bastante seguros en San Petersburgo, y que es difícil que nadie venga á molestarnos.

Ya empezaba á oscurecer cuando salimos de Kronstadt, y la noche nos sorprendió en medio

© Biblioteca Nacional de España

de los mares helados. Los caballos que tiraban del trineo del señor Duque eran mejores que los nuestros y le sacaron adelante. Los nuestros se apandaron y dijeron que no querían tirar más. Quiñones, el coronel Obrescoff y yo imaginábamos ya, y hasta teníamos por cierto, que íbamos á pasar allí la noche. La nieve formaba un torbellino en el aire y cubría el trineo con una capa de dos cuartas de densidad. Quiñones y yo nos bajamos para empujar el trineo y hacerle salir de allí; pero, así que nos vimos metidos en la nieve hasta las rodillas, nos asustamos y nos volvimos á meter en el trineo. Por último, y cuando ya teníamos casi perdida la esperanza, y nos íbamos resignando á convertirnos en sorbete, oímos el ruído de un carruaje, llamamos, acudieron, y era una malamente llamada diligencia, que nos tomó consigo, por fortuna. Allí nos encontramos con dos patrones de barco, uno inglés y otro holandés, de los que por el hielo están detenidos en Kronstadt, y que iban á San Petersburgo. Pero aun no habían terminado nuestras desgracias, aunque ya estábamos más abrigados y resguardados del aire. La diligencia perdió el camino, porque los palos, que clavados sobre el hielo le indican, no podían verse con la nieve que no cesaba de caer y con la obscuridad de la noche. Así anduvimos á la ventura tres ó cua-

© Biblioteca Nacional de España

tro verstas, sin poder orientarnos. Todos temían, aunque ninguno lo confesara, que volcásemos ó cayésemos en alguna hendidura de las que abre la mar cuando se hincha y levanta bajo la losa cristalina que la cubre. Al venir, con la claridad del día, habíamos visto algunas de estas hendiduras, y ninguno de nosotros estaba dispuesto á hacer el papel de Curcio. Por último, dimos otra vez con los palitroques y con el camino, y, aunque tarde y molidos, llegamos á casa, donde comimos muy bien al lado del jardín artificioso de que ya he hablado á usted, y oyendo el apacible murmullo del alto surtidor que hay en su centro.

Basta por hoy de noticias. Suyo afmo.

J. VALERA.

San Petersburgo 2 de Febrero de 1857.

Aquí me tiene usted aún, mi querido amigo (1), con grandes deseos de volver á Madrid: pero sin bastante ánimo para emprender el viaje solo. Entre tanto, lo paso regularmente en esta tierra, don-

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

de cada día hay nuevos objetos que llaman mi atención.

Ahora vamos á menudo á las carreras de trineos sobre el Neva, que están muy concurridas siempre. Caballos magníficos, de una raza particular, que llaman aquí *trotones*, son los que se lucen en estas carreras.

He estado, también, en las montañas de hielo y he bajado varias veces por ellas con una rapidez maravillosa. El vehículo en que va uno colocado viene á ser como un almohadón de terciopelo, de una tercia de ancho y de una vara de largo, puesto sobre patines ó barras de hierro, que se deslizan por aquel bruñido cristal. El que va sentado en el almohadón, lleva las piernas en el aire, y muy derechas, marcando con ellas la dirección que debe seguir, y las manos forradas de pieles para apoyarlas sobre el hielo y enderezar ó cambiar el rumbo cuando conviene. El que no sabe dirigir bien uno de estos vehículos y quiere pasearse en ellos, se confía, por lo regular, á uno que ya entiende bien el negocio, se hinca de rodillas detrás de él, procura tenerse derecho y se deja llevar, como yo hice. Quiñones quiso dirigir él mismo, con más valor y empeño que fortuna, y rodó lastimosamente por el hielo, exponiéndose á romperse un brazo ó una pierna. Esto me quitó las ganas de meterme yo también á Automedonte.

© Biblioteca Nacional de España

Antes de ver yo rodar á Quiñones y habiendo visto con qué facilidad bajan los ya curtidos en el oficio, imaginé que nada había más fácil, pero cambié de opinión al ver la mala suerte y desairada figura de mi compañero, que es ágil, mientras yo soy un topo.

Estas montañas están bastante lejos de San Petersburgo, en una quinta del Barón Stieglitz, rico banquero alemán, que nos ha convidado á ir por allí todos los domingos. Para llegar á la quinta atravesamos un país singularísimo, donde, más que en ninguna parte del mundo, el ingenio y la voluntad del hombre han combatido con la naturaleza yerta y estéril y han triunfado de ella. San Petersburgo está rodeado de alamedas dilatadísimas y de primorosos jardines: pero donde más se ha esmerado el arte para convertir en un paraíso los desiertos en que hace un siglo sólo vivian los osos y los lobos, ha sido en el delta que forma el río y que, cruzado por varios canales, se divide en islas. La gloriosa emperatriz Catalina II fué la maga que encantó estos lugares, antes espantosos, y les dió la pompa vernal y la animación y hermosura que ahora tienen. La emperatriz levantó un hermoso palacio en aquel desierto inhospitable y al punto la imitaron todos sus favoritos y grandes señores de la corte. Hoy se ven allí, por donde quiera, multitud de casas de cam-

© Biblioteca Nacional de España

po, un teatro elegante, ostentosos jardines y ricos y grandes invernáculos, donde se cultivan las más bellas y peregrinas flores. Dentro de tres meses, cuando vuelva la primavera y traiga la vida consigo, cuando los hielos que cubren el río se separen y bajen con estruendo á perderse en el mar, cuando el olmo, el tilo y el abedul se vistan de nueva verdura, y el pino y el roble sacudan de sus copas la corona de nieve, serán un Edén aquellos sitios. En estos países del Norte se comprende mejor que en el nuestro todo lo que tiene de grande, de poético y de religioso la vuelta de la primavera: el beso de la princesa extranjera al príncipe dormido; el beso que se dan todos los rusos en las mejillas cuando Cristo resucita; el renovado amor á la vida con que el Doctor Fausto arroja la copa de veneno, cuando oye el canto de los ángeles que celebran la resurrección. Si yo me quedase aquí hasta la primavera, creo que sería capaz de sentirme inspirado y de componer un flamante *Pervigilium Veneris*, que haría olvidar el que se atribuye á Galo. Por lo demás, y aun sin llegar á entusiasmarme y á componer versos, hallo yo bellezas en este mismo sueño y paralización de la vida. A pesar de que mi organización es muy española, esto es, biliosa y melancólica, he llegado á alemanizar mi espíritu y á transformarme en un optimista completo. Cuando más muchacho era

© Biblioteca Nacional de España

yo un Cándido: los años, que no pasan en balde, me van ya transformando en un Doctor Pangloss: y si alguna vez la bilis reconcentrada me hace ver las cosas negras y feas, cuando estoy en mi acuerdo, y el espíritu sereno domina al imperfecto organismo, lo hallo todo bien y rebién, y el mal me parece un accidente efímero, y el bien lo substancial y constante. Entonces soy como los zahoríes y descubro todos los tesoros que hay ocultos en la tierra. Acaso sea una locura ambiciosa de descubir más tesoros, la que nos quita la vista de los ya descubiertos. Acaso los desengañados del mundo, los místicos desesperados y atrabiliarios, sean como aquel derviche que, no contento de las riquezas que descubría después de haberse untado el ojo derecho con la pomada encantada, se untó también el ojo izquierdo y se quedó ciego. Pero, en fin, más valdría quedarse ciego que ver en todo la fealdad y no ver en nada la hermosura, como á muchos acontece. A éstos se les puede aplicar lo que refiere el cuento popular dinamarqués, que usted habrá oído ó leído. Los diablos fabrican un espejo que oculta y turba lo hermoso y muestra á las claras todo lo feo; que hasta transforma en feo lo que es hermoso. Y, no contentos de burlarse de la naturaleza entera, haciendo su caricatura, se levantan en el aire y van subiendo, subiendo, hasta querer llegar al trono de Dios y po-

© Biblioteca Nacional de España

nerle el maldito espejo por delante. Pero mientras más suben, más pesa el espejo, y aunque ellos hacen esfuerzos extraordinarios por sostenerle, se les escapa, al cabo, de entre las uñas, y cae con tal violencia sobre la tierra, que se convierte en polvo. Cuando un átomo de este polvo entra ahora en los ojos de cualquier persona, le da la lastimosa facultad de verlo todo feo. Yo no creo, afortunadamente, tener en mis ojos átomo alguno de este espejo diabólico; y aunque á veces, así de broma y con risa inocente, hago algunas burlas ligerísimas, soy más inclinado á bendecir que á maldecir; y cuando no me duele el estómago ni la cabeza, y aun doliéndome á veces, entono el canto de los tres arcángeles delante del Altísimo; el cántico sereno y magnificador de las cosas todas, que halló Goethe en el santuario de su alma elevada y tranquila. Yo digo con él:

Die unbegreiflich hen Werke
Sind herrlich wie am ersten Tag.

Todo esto lo digo, en parte porque se me ha ocurrido decirlo, al considerar lo contento que estoy, en ciertas ocasiones, de haber nacido, aunque no sea más que para gozar por algún tiempo de este variado y esplendente espectáculo del mundo; y en parte para que no me tenga usted por un maldiciente murmurador, y modifique su

© Biblioteca Nacional de España

opinión con respecto á mí, y crea que soy muy tierno y enamorado de corazón y más dado al elogio y á la glorificación, que á la censura y á la sátira. Lo cual no impide que, de cuando en cuando, se ría uno un poco de esto ó de aquello, para conservar viva en el alma la virtud de la eutropelia, de que hay libro escrito en español, donde se ponen muy menudamente las chuscadas que hasta los santos han dicho.

Adiós. Expresiones á los amigos, y crea que lo es suyo afectísimo

J. VALERA.

San Petersburgo 5 de Febrero de 1857.

Cada día, mi querido amigo (1), siento mayor deseo de volver á la patria, y cada día hallo más difícil el salir de aquí. Esta sociedad tan amable y tan aristocrática, y estas mujeres tan elegantes y tan hermosas, le tienen á uno como embelesado y suspenso, y no hay modo de dejarlas sin hacer un esfuerzo inaudito. Esto me sucede sin que ellas me quieran y sin que se fatiguen

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

en lo más mínimo por agradarme: imagínese usted lo que sucedería si me quisiesen.

También me detienen aquí la curiosidad y el interés vivísimo que las cosas de este país me inspiran. No sé qué daría yo por saber el idioma ruso y poder tratar á la gente menuda de por aquí, y enterarme á fondo de sus costumbres, de sus creencias, y de sus pensamientos y aspiraciones. Pero cuando llegue yo á aprender el ruso, porque he hecho propósito de aprenderle, ya no estaré en Rusia, ni acaso tendré probabilidad de volver á Rusia en mi vida. Mis nuevos conocimientos filológicos me servirían, sin embargo, para estudiar una literatura que, aunque casi ignorada en toda la Europa occidental, no por eso deja de ser rica y promete ser grande con el tiempo. Aquí se nota en el día cierto movimiento literario. Se publican varias revistas (de las que muchas militares y de los diferentes Ministerios), y otras obras periódicas literarias y científicas, cuyo número se eleva á ochenta. Hay, además, cerca de cuarenta diarios políticos oficiales y extra-oficiales. De las publicaciones periódicas de más entidad, salen algunas en francés, como, por ejemplo, las Memorias de la Academia de Ciencias de San Petersburgo, y muchas en alemán, principalmente en Esthonia y Curlandia, donde hay sociedades de historiógra-

© Biblioteca Nacional de España

fos, de arqueólogos y de naturalistas, que dan á luz periódicamente sus elucubraciones y descubrimientos. Las literaturas de los pueblos sujetos á este Imperio, aunque no estén tan comprimidas y ahogadas como algunos dicen, no creo que estén muy protegidas tampoco. En Polonia, si bien no hay un digno sucesor de Mickiewicz, descuellan en el día algunos escritores notables, y entre ellos un novelista ingenioso y fecundo, de cuyo nombre no me puedo acordar ahora. Hasta en Georgia se publican dos periódicos literarios en la lengua del país. Finlandia, que se gloría de su antigua y dilatadísima epopeya, que contiene cincuenta *runas* ó cantos, y en ellos toda la cosmogonía y la teogonía, y las hazañas de los dioses y de los héroes, y la historia fabulosa de aquel pueblo, imaginada y cantada acaso antes de que se separase aquel pueblo de sus hermanos los húngaros y los turcos, y de que inmigrase del fondo del Asia; Finlandia, con su famosa Universidad de Helsingfors, fundada por Cristina de Suecia, y con una docta Academia de lengua y literatura patria, dicen que está ahora muda. El Emperador Nicolás, con el intento, á lo que aseguran, de separar completamente á los finlandeses de los suecos, animó á los sabios del país á que escribiesen en lengua fínica y publicasen los antiguos libros; mas cuando vió, en 1848 y 1849, la revolución y

© Biblioteca Nacional de España

levantamiento de los húngaros, y las simpatías que los húngaros inspiraban á los finlandeses, dicen que se arrepintió de haber dejado tomar tanto vuelo á la nacionalidad fínica; que receló que pudiese llegar un día en que los ostiacos, los vostiacos, los tscheremises, los samoyedos y otras muchas tribus y gentes, que habitan este Imperio, conociesen que eran de la misma raza y se unieran con sus hermanos de Finlandia, contra los rusos; y que entonces ahogó, ó comprimió al menos enérgicamente el desarrollo que iba tomando aquella literatura. Sobre lo que hay de ella publicado discurre largamente Léonzon Le Duc, en su obra sobre la Finlandia y en otro librillo titulado *Alejandro II*. Yo he buscado en vano en estas librerías otros libros sobre la literatura fínica, ya en alemán, ya en francés. Hasta ahora sólo he encontrado y comprado el gran poema del *Kalewala*, puesto en verso alemán por Schiefner, impreso en Helsingfors en 1852.

En ruso sí que hay libros en abundancia: mas para mí están sellados con siete sellos. Sólo puedo conocer los nombres de los autores y de sus obras, y formar de ellas una ligera idea, por un compendioso diccionario de los escritores rusos, que ha compuesto en alemán el doctor Federico Otto, y que contiene más de seiscientos artículos sobre otros tantos autores. Otro alemán llamado

© Biblioteca Nacional de España

Koenig ha escrito también una obra muy apreciable sobre la literatura rusa; mas no he podido dar con ella. Dicen que aquí está prohibida.

Por lo general se cree que la literatura rusa comienza ahora; pero si este asunto se considera con más detención, se ve que cuenta siglos de antigüedad y obras notables, escritas en los tiempos en que muchas otras literaturas de Europa no habían nacido aún, y ni siquiera tenían lengua propia formada en que manifestarse. Esta temprana aparición de la cultura y del ingenio rusos, se debe principalmente al cristianismo y á una de las dos gloriosas naciones, maestras de las gentes, que han tenido, más que ninguna otra, la misión de propagarle por el mundo y de enseñar al mismo tiempo las ciencias, las artes, *e ogni virtú che del saper deriva.* Los hermanos Metodio y Constantino, griegos de nación, inventaron el alfabeto, perfeccionaron la lengua eslava y tradujeron en esta lengua, de la griega, los psalmos, los evangelios y los cantos sagrados de San Juan Damasceno. Después se escribieron y tradujeron en antiguo eslavón otros muchos libros, principalmente espirituales y devotos. Aquella lengua rica y bella murió, sin embargo, como lengua vulgar, y quedó y queda aún como idioma sacerdotal y de la Iglesia. La lengua vernácula se fué, entretanto, formando, no sin contribuir mucho para ello la per-

© Biblioteca Nacional de España

fección y elegancia que había llegado á tener el antiguo eslavón. La invasión y dominación de los tártaros atajó el progreso de los rusos. La soberana y maravillosa luz de la civilización griega siguió, no obstante, difundiendo sus rayos sobre Moscou y Kiew, y alumbrando la tormentosa lucha de los rusos contra los tártaros. Vencidos éstos, tomó nuevo brío no sólo la nacionalidad rusa, sino la literatura también; y al cabo, los cuatro grandes emperadores de la casa de Romanoff, Pedro el Grande, Catalina II, Alejandro I y Nicolás I, dieron, tanto á la nacionalidad como á la literatura, un impulso, un vigor y unas aspiraciones que nunca antes habían tenido. La mejor y la mayor parte de los autores rusos son contemporáneos ó posteriores á Pedro el Grande. Tienen, sin embargo, gran cantidad de libros escritos en la Edad Media, como, por ejemplo, *Latopissas* ó Crónicas, y un poema épico escrito en el siglo XII, sobre la expedición del poderoso príncipe Igor Sviatoslawitch contra los Polovtses. De este curioso poema hay traducción alemana, hecha por Sederholm en 1825, é impresa en Leipzig y Moscou. De los demás autores rusos, antiguos y modernos, y de las canciones ó baladas populares que hay aquí, y que corresponden á nuestros romances, espero saber el ruso para hablar con conciencia. Por ahora sólo puedo hablar sin escrúpulo de

© Biblioteca Nacional de España

Pouchkine y de Lermontoff. Bodenstedt los ha traducido tan bien en verso alemán, que vale tanto como leerlos en ruso. Aquí se cuenta que este Bodenstedt era un tenderillo que estuvo largo tiempo establecido en Moscou y que viajó luego por la Georgia y la Armenia. Pero, sea como quiera, y aun suponiendo que Bodensted fuese tenderillo, la verdad es que ha salido de su tienda transformado en un valiente poeta y en un escritor desenfadado é ingenioso. De ello dan claro testimonio, no sólo las mencionadas traducciones, sino sus *Mil y un días en Oriente*, su descripción de los pueblos del Cáucaso y sus *Cantos de Mirza Schaffy*, en los cuales parece que reviven Hafiz y Saadí para celebrar, con la pompa asiática que se merecen, la majestad del Ararat, los jardines de Tiflis, las orillas floridas del Kyros, el vino primogénito que allí se bebe, y la encantadora hermosura de las compatriotas de Medea, de la sabia reina Tamar y de otras hembras de empuje por el estilo.

De noticias políticas importantes poco ó nada puedo decir á usted, porque aquí se guarda un sigilo incomprensible para nosotros, que estamos acostumbrados á que todo se sepa. Aquí sólo lo que quieren que se sepa es lo que se sabe. Los noticieros tienen que atenerse á menudo á lo que dicen los periódicos de otros países, y sobre todo *El Norte*, de Bruselas, órgano de este Gobierno.

© Biblioteca Nacional de España

De ferrocarriles se habla algo, aunque no ha sido aún publicado el ukase que determina en qué forma se hacen ó se han hecho las concesiones. Parece que el primer ferrocarril de grande importancia que estará concluído es el que unirá esta capital con la del antiguo reino de Polonia. Hasta Dinaburgo está ya terraplenado el suelo y apenas falta más que poner los *rails*. Desde Dinaburgo en adelante no hay nada hecho; pero el terreno es llano, y salvo los tres puentes sobre el Dwina, el Niemen y el Vístula, poco hay que hacer. Este Gobierno garantiza, sin embargo, á los señores Pereire, de París; Hope, de Amsterdam; Baring, de Londres, y Steglitz, de Petersburgo, el 4 y 1/2 por 100 de interés y 1/2 por 100 de amortización sobre un capital de 72 millones de rublos de plata, que se supone que gastarán en la empresa. Desde aquí á Moscou ya sabe usted que hay ferrocarril, del que yo pienso aprovecharme dentro de poco. Desde Moscou á Teodosia le tienen ya contratado los mismos mencionados señores. Se habla asimismo de que otros capitalistas tratan de hacer un camino de hierro de Dinaburgo á Saratow, pasando por Moscou. Cuando este caminito esté hecho, quisiera yo andarle, tomar en Saratow asiento en un barco de vapor, bajar al Caspio y visitar las regiones que caen al otro lado del Cáucaso, á ver si se me ocurrían versos como los de Mirza Schaffy.

© Biblioteca Nacional de España

En estos días hemos ido á ver la ciudadela de San Petersburgo; mas después de haber visto los seis mil cañones de Kronstandt y sus ciclópeos muros de granito, esta ciudadela, aunque fuerte y capaz, parece un juego de cartas. Hay, sin embargo, dentro de su recinto mil curiosidades que mostrar al viajero. La iglesia de la ciudadela es muy bonita, y casi todos los emperadores, emperatrices y príncipes, desde Pedro el Grande hasta Nicolás I, están allí sepultados. Las tumbas son harto modestas para encerrar tan grandes personajes. Verdad es que duermen, sirviéndoles de pabellón y de velo multitud de banderas enemigas, tomadas por los rusos, y que adornan los muros del templo. Allí duermen el último sueño entre las glorias militares de la Rusia. En la ciudadela vimos también una gran lancha, en la cual solía pasearse el Tzar Pedro el Grande por el lago Ladoga, y algunos objetos de marfil y un marco de madera tallada, obras todas del mismo Tzar. En la ciudadela se halla, por último, la casa de moneda, y esto es, sin duda, lo más notable que hay que ver allí. La plata del Altai, que contiene en sí algún oro, y el oro del Altai y del Ural, que contiene en sí mucha plata, se mezclan y funden allí en un horno. Esta mezcla líquida se vierte poco á poco en grandes vasijas llenas de agua fría, la cual, agitada por un hombre con una pala, separa y coagula

© Biblioteca Nacional de España

el metal en granos menudos. Por medio de reactivos químicos se segrega después completamente el oro de la plata, y por último, el precipitado que resulta de la operación se funde y combina de nuevo con la liga, que ha de entrar en la moneda, según la ley. De este último procedimiento salen ya las barras prontas para la acuñación. La parte mecánica de esta gran fábrica de moneda está muy bien montada. Una fuerza motriz de 60 caballos, producida por el vapor, lo pone todo en movimiento. Poderosos cilindros de acero extienden las barras y las transforman en láminas del grueso que debe tener la moneda. Otros artificios ingeniosos sacan los discos de estas láminas, graban en el canto de cada disco las letras ó leyenda que lleva y pesan cada disco, echando á un lado los que tienen más de lo justo, á otro los que tienen menos y en medio los que tienen el peso debido. Para la acuñación hay, por último, infinidad de prensas monetarias, las más, fabricadas en Colonia, con muy sutil y moderna invención. Lo que es por falta de trigo no se parará este molino. Las minas de oro de Siberia dicen que un año con otro dan 140 millones de reales vellón de nuestra moneda. En los veinticinco años que corren de 1825 á 1851 parece que el Gobierno ruso ha entregado á esta casa para la fabricación por valor de 1.160 millones de reales en oro.

© Biblioteca Nacional de España

En esta casa de moneda se fabrican también y se han fabricado muchas medallas de oro, de cobre y de plata. Unas sirven de premio á los que se han distinguido en los colegios y universidades; otras de recompensa á los servicios prestados á la patria, ya en Crimea, ya en Hungría, ya en Persia, ya en el Cáucaso, ya en otras guerras. Estas medallas se llevan con orgullo sobre el pecho. Otras grandes medallas, primorosamente modeladas, se acuñan también en conmemoración de gloriosos acontecimientos. La que recuerda la construcción de este hermoso puente que hay en frente de casa, sobre el Neva, es bellísima. La de la coronación de Alejandro II no me gusta tanto. Las que verdaderamente roban mi atención por la traza ingeniosísima y perfecto buril con que están hechas, son las veinte ó veinticinco que inmortalizarían, si la historia no las hubiese dejado consignadas, las grandes guerras contra el Emperador Napoleón I.

Usted que ha peregrinado tanto ó más que yo por tierras extrañas habrá notado, como yo noto, que en todas se celebran más que en la nuestra las glorias nacionales. Por donde quiera que voy veo, no sólo medallas, sino arcos de triunfo, columnas, obeliscos y estatuas de héroes, de sabios, de poetas y de artistas; pero en España se diría que no hubo nunca artistas, ni héroes, ni sabios,

© Biblioteca Nacional de España

ni poetas, porque no se ven ni las medallas, ni las estatuas, ni los obeliscos, ni las columnas que los tienen vivos y encumbrados como faro luminoso en la memoria de los hombres. Moncada dijo ya que los españoles habían sido *largos en hazañas, cortos en escribirlas*, y yo me temo que si no se ponen esas hazañas á los ojos del vulgo, no sólo en papeles, que pocos leen, sino en monumentos que hieran y levanten la imaginación de los más rudos, acabarán los españoles, á pesar del gran ser que Dios les ha dado, por perder la afición á todo lo grande.

Aquí, por el contrario, la emulación y el orgullo nacional suben de punto y se extienden más cada día con el estímulo de los bien ordenados premios. No sólo hay inscripciones y monumentos para los generales y repúblicos, sino hasta para los chicos de la escuela. En muchos colegios se plantifican en el comedor y en el salón de exámenes lápidas que, en letras de oro, rezan el nombre y los merecimientos de los alumnos que más se han distinguido, lo cual es dar en un extremo opuesto, aunque menos criticable. Verdad es que los españoles, como de un natural más despierto que el de los rusos, no han menester para obrar de tantos incentivos honoríficos.

Adiós, amigo mío. Esta carta tiene algo de cajón de sastre, que está llena de retazos de todas te-

© Biblioteca Nacional de España

las. En otra procuraré guardar mejor la ley de la unidad, que recomiendan los preceptistas. Suyo afectísimo,

J. VALERA.

Reservado:

Acabo de recibir la carta de usted de 24 de Enero, en que me dice que quiere saber más sobre lo de D. Juan el Infante. Allá veremos lo que averiguo.

Este Gortschakoff es un tártaro astuto y trapalón, como los lugareños de España.

San Petersburgo 12 de Febrero de 1857.

Mi muy querido amigo (1): Fuerza es que hoy implore yo de usted atención y paciencia; porque voy á ser más difuso que lo que tengo de costumbre, y voy á tratar de cosas importantísimas y demasiado altas para mí.

Días há que ando con el empeño de leer el Catecismo ruso de Philaretes, Metropolitano de Moscou. Sé que este catecismo está traducido en alemán;

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

mas no puedo hallarle en parte alguna. Deseando, con todo, saber algo de la religión de este pueblo, ya que otros viajeros se han ocupado más del ejército y demás instituciones, dejando á un lado la religión, como cosa indiferente, eché mano, cuando no de obra más fundamental y científica, de un librito de oraciones de esta Iglesia, traducido en francés del eslavón y del griego. Estas oraciones, compuestas las más por los Crisóstomos, Damascenos, Basilios y otros Santos Padres del Oriente, son de tanta devoción y hermosura que, naturalmente, me hicieron pensar que ha de ser muy cristiano y piadoso, aunque por desgracia cismático, el pueblo que las reza; y pusieron en mi alma nuevo y más ferviente deseo de conocer á fondo en qué se apartan sus creencias y su culto del culto y las creencias de la Iglesia Católica Romana.

Las frecuentes conversiones de rusos al catolicismo han dado ocasión á algunos escritos de polémica religiosa, entre los aquí considerados como apóstatas y los fieles y celosos defensores de la llamada *ortodoxia*. De estas controversias, escritas casi siempre en francés, he procurado yo sacar, por lo pronto, alguna luz que sobre dicho punto me iluminase; mas, siendo los que las entablan legos, por lo común, y meros aficionados á la teología, acontece á menudo que, por la poca noticia

© Biblioteca Nacional de España

que tienen de las cosas que tratan, cuando no por la pasión que los ciega, suelen caer en lastimosos errores, defendiendo los unos la Iglesia latina, y los otros defendiendo la Iglesia rusa; por manera que, para conocer esta última Iglesia, no hay que fiar mucho de lo que dicen algunos de sus improvisados apologistas. Los que se separan de la comunión rusa para entrar en el gremio de la santa Iglesia católica, son á veces personas de elevada alcurnia, que han recibido una educación completamente francesa, y que saben menos que los extranjeros mismos de las cosas de Rusia, así religiosas como profanas; por donde, al acusar la religión primera para justificarse de haberla abandonado, yerran más que aciertan, y ofenden á sus conciudadanos más que los persuaden. Si la desunión de las dos Iglesias, de Occidente y de Oriente, ha de tener dichoso término algún día, lográndose lo que el Concilio de Florencia no pudo lograr, no se deberá este milagro á las obras de los tales neófitos, que aquí tienen por renegados. Así, por ejemplo, el libro del griego unido Pizipios, sobre la Iglesia oriental, no ha convencido á nadie y ha irritado y exacerbado los ánimos de muchos. Católicos romanos, no recién convertidos, sino de antiguo en esta creencia y mejores teólogos que los que últimamente han discutido sobre este particular, son, á mi ver, los

© Biblioteca Nacional de España

que deben persuadir á los rusos á que entren en el gremio de la Iglesia católica, acabando con el cisma que há siglos la divide, y dándole más completa unidad. Sesenta ó setenta millones de griegos-cismáticos pueden un día, uniéndose con los latinos, elevar el número de los católicos á cerca de doscientos millones; y si esta unión es posible, más bien ha de verificarse con dulzura y blanda persuasión, que no zahiriendo con dureza á la Iglesia de Oriente, como han hecho algunos de los teólogos occidentales.

La última guerra entre la Rusia y las al presente más poderosas naciones del Oeste de Europa, ha dado ocasión á que ambas religiones, latina y griega, se separasen más la una de la otra. La pretensión de hacer de esta guerra una guerra de principios, siéndolo de intereses, y de querer suponer que de un lado combatía la civilización y de otro la barbarie, en las filas de los unos la libertad y en las de los otros el despotismo, está desprovista de todo fundamento razonable. Pero si de una cuestión de preponderancia ó de dominación en extraños países es absurdo hacer una cuestión de principios de mayor elevación y trascendencia, más absurdo es aún transformarla en cuestión religiosa. Acaso en Rusia se podría comprender que proclamasen la guerra santa. Sus correligionarios, los griegos, estaban oprimidos por

© Biblioteca Nacional de España

los mayores enemigos que ha tenido nunca el hombre cristiano, y contra éstos militaba la Rusia, como los polacos con Sobieski y los españoles é italianos con Don Juan de Austria militaron en época para nosotros más gloriosa. En cambio, la nación católica que entraba ahora en la lucha, se unía con los herejes y peleaba por esos mismos grandes enemigos del nombre cristiano. Ilustres prelados de esta nación declaraban, no obstante, santa esta guerra, como si se tratase de una cruzada contra infieles. ¿Son acaso más conformes con nuestra fe las doctrinas de Lutero y de Calvino, ó la sensual y falsa religión de Mahoma, que el símbolo de la Iglesia griega, que no se diferencia del nuestro sino en negar la autoridad del Papa, y en suponer que el Espíritu Santo procede sólo del Padre y no igualmente del Padre y del Hijo?

Esta grave injuria hecha á la religión *ortodoxa*, movió aquí el ánimo de un caballero de Moscou, mejor patriota que teólogo, á escribir un opúsculo contra el Arzobispo de París, en el cual se muestra tan hostil al catolicismo como al protestantismo y, con celo indiscreto, dice, en defensa de su Iglesia, cosas que su Iglesia misma rechaza: falta común en los seglares que se atreven á hablar de asuntos teológicos, y falta en que yo caeré quizas, si Dios no me ilumina, ó me quita del pensamien-

© Biblioteca Nacional de España

to el meterme en honduras. Dice, pues, el caballero de Moscou, entre otras cosas, y cito ésta por ser la de mayor escándalo y la que salta más á los ojos, que el conjunto de todos los fieles, místicamente formado por la fe y el amor, tiene en sí una infalibilidad que no está en ninguno de sus individuos, ni en la mayoría de ellos, ni en la totalidad tampoco, numéricamente expresada. Esto le sirve para explicar y demostrar, á su modo, el acto de usurpación que, en su entender, ha cometido el Papa, atribuyéndose esta infalibilidad, que, según se deduce de sus palabras, aunque confusas, no está tampoco en los concilios ecuménicos, sino en todo el pueblo cristiano solidariamente, no teniendo fuerza las decisiones de concilio alguno, si el pueblo cristiano no las aprueba tácita ó expresamente. Pero, ¿cómo se manifestará esa autoridad, esa infalibilidad y ese magisterio de la Iglesia, que no está ni en el Papa, ni en los concilios ecuménicos, ni en los patriarcas y prelados, ni en el libre examen de cada uno, sino en todos *pro indiviso*, á semejanza de la razón impersonal de la plebe, de que nos hablan los demócratas metafísicos, ó por el estilo de la *Vox populi, vox Dei*, del antiguo y desatinado proverbio, contra el cual discurre tan victoriosamente el sabio benedictino, gloria de Galicia? ¿Cómo habla esa abstracción? ¿De qué manera emite su pensamiento y su vo-

© Biblioteca Nacional de España

luntad soberana? Esto es lo que no sabe decirnos el caballero moscovita. Esto es lo que no aclaran tampoco los hierofantes de la democracia. Ello es lo cierto que del conjunto de los pensamientos particulares de cada individuo, y de la aglomeración de las voluntades discordantes de ésta, de aquél, y de esotro, jamás se sacará, por más substracciones, reducciones, simplificaciones y multiplicaciones que se hagan, ese pensamiento ó esa volición colectiva, voz única, infalible y perfecta de toda la sociedad.

La autoridad, el magisterio, el archivo sagrado de las tradiciones, de la ciencia teológica que las explica é interpreta, el conocimiento profundo de los dogmas y de los misterios, el asiduo cuidado para la conservación y pureza de la disciplina, y el bien concertado impulso, y la suprema dirección de la energía de la Iglesia, que ha de extenderse por el mundo entero y cobijar con su manto á las naciones, todo esto debe estar confiado á una cabeza visible, á un jefe permanente, á un Vicario del mismo Salvador sobre la tierra. Desechar por una parte el libre examen de los protestantes, y la necesaria anarquía que trae consigo: y desechar, por otra, esa autoridad y predominio permanente del Padre Santo, es destruir la unidad de la Iglesia y, á pesar de esta supuesta voz, siempre callada, reducir la Iglesia á un nulismo com-

© Biblioteca Nacional de España

pleto en pensamiento y en obras. Algo de esto hay, hace siglos, en la Iglesia oriental; donde pocas glorias tienen que oponer á las de nuestros misioneros que han llevado á la India, á la Chinas al Japón y á la América la doctrina de Cristo; donde pocas congregaciones se pueden citar, que en algo se parezcan á las hermanas de caridad; á los sacerdotes regulares que se ocupan en cuidar de los enfermos, y á otros mil institutos hospitalarios, ó científicos y siempre filantrópicos, que han nacido y se sustentan en el seno amoroso y fecundo de la santa Iglesia católica romana.

No es esto decir que el fuego del amor de Dios y del prójimo no pueda arder en el corazón de los griegos, como en el corazón de los latinos; sino que, por carecer de la organización perfecta y de la unidad de fe que nosotros tenemos, aquella virtud divina ni florece aquí ni da los frutos que debiera, y es como un ramo feraz y hermosísimo arrancado con violencia del tronco vivo que le sustentaba y nutría. La catequización y conversión de los paganos y mahometanos de Rusia, no sé por qué, acaso sea una injusticia, pero me parece movida por causas más políticas que religiosas; y veo en ella más coacción que persuasión, más esfuerzo por parte de la autoridad civil, que devoción y sacrificio por parte de los apóstoles y sacerdotes. Sin embargo, se citan ejemplos de no-

© Biblioteca Nacional de España

tables y virtuosos misioneros rusos. Los ostiacos fueron catequizados y bautizados por Teodoro y Juan, santos varones que vivieron en tiempo de Pedro el Grande. En la Siberia meridional empleó últimamente su celo el archimandrita Macario. El obispo de Astracan convierte y bautiza aún muchos calmucos paganos. Varios piadosos misioneros llevan la luz del Evangelio á las soledades boreales de Arkangel y alumbran con ella la mente obscura de los samoyedos. Y hasta en la extremidad del Imperio, allá en las casi inexploradas regiones de Kamtchatka, hay un santo arzobispo, que recorre el vasto y frío yermo de su diócesis, procurando infundir la fe de su corazón en los de aquellas gentes rudas y remotas. Pero, si tales cosas saben hacer los pastores de esta Iglesia, separados de su centro de acción, ¿qué no harían unidos á él, é impulsados por el sucesor de San Pedro? La misión que cree tener este pueblo, de renovar y fecundar las caducas civilizaciones y sociedades del Asia ¿no se cumpliría mejor si Roma dirigiese sus pasos; si le guiase la que dominó y civilizó el mundo, con la espada primero, y después con la cruz y con la palabra? ¿Es tan grande la diferencia entre ambas religiones; son tan profundos los obstáculos que las separan, que nadie pueda allanarlos?

El principal obstáculo á la por muchos suspira-

© Biblioteca Nacional de España

da unión de ambas iglesias es la suprema autoridad del Padre Santo, negada por los orientales, que sólo le conceden una precedencia honorífica sobre los cuatro patriarcas de Constantinopla, Antioquía, Alejandría y Jerusalem. Cada uno de estos patriarcas, dicen los rusos, gobernó y debió gobernar la Iglesia con completa independencia de los demás; y sólo cuando las circunstancias políticas hicieron que el Occidente sobrepujara al Oriente, fué cuando, según ellos, se inventó el nuevo sistema de la autoridad del Sumo Pontífice romano. El Papa, añaden, es sucesor de San Pedro; pero también las sedes episcopales de Alejandría y de Antioquía fueron establecidas por aquel apóstol. Los siete primeros concilios ecuménicos, y los escritos de los Santos Padres dan testimonio, dicen los rusos, por último, de que no los griegos, sino los latinos son los cismáticos. Creo que algún docto teólogo católico debiera contestar nuevamente, y punto por punto, á todos los argumentos de los griegos, reproducidos hoy por los rusos, y rebatir los textos y los hechos que citan, ó con otros textos y hechos no menos autorizados, ó con una interpretación más recta de los mismos que ellos alegan. Los rusos, por otra parte, debieran abrir los ojos y ponerlos en nuestros gloriosos doctores de los siglos medios; de aquella época que tienen ellos por

© Biblioteca Nacional de España

bárbara y tenebrosa, y en la cual florecieron San Anselmo, San Bernardo, Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura; en la cual, siendo la razón humana humilde sierva de la fe y devoto instrumento de la verdad divina, hizo tan maravillosas explicaciones de la revelación, sujetándose empero para no extraviarse, y sometiendo su juicio á la autoridad infalible y permanente, que debía y debe siempre guiarla en estas materias.

La teología es una ciencia divina por su objeto, que es Dios; divina por el medio de que se vale, que es la revelación, y humana por el instrumento de que se sirve, que es el humano entendimiento. Pero el entendimiento humano, débil y sujeto al error, si negamos la autoridad permanente que le enfrena y decide sobre sus juicios, caerá en el libre examen y dará rienda suelta á todo viento de vanidad y de herejía. Si, por el contrario, queremos conservar la tradición sin interpretarla, para no caer en el libre examen, ni sujetarnos á autoridad alguna, despojaremos al cristianismo de su vitalidad y pensamiento, á pesar de esa razón impersonal, de esa voz infalible del conjunto de todos los fieles, voz que nunca se oye, ni puede oirse, como lo entiende y supone el caballero de Moscou. Si no hay una autoridad permanente y única, ¿quién guardará puras é ilesas esas tradiciones? ¿Quién evitará que en los mismos li-

© Biblioteca Nacional de España

bros canónicos se introduzcan novedades y que el sagrado texto se corrompa y altere? ¿Quién se atreverá á interpretarle individualmente, sin temor de errar, y quién, si nadie le interpreta, verá en él más que una letra incomprensible y sin vida? ¿Cómo dejar, tampoco, á cada patriarca esa autoridad suprema en su Iglesia, que tiene el Papa en la católica ó universal, sin fraccionar y destruir su universalidad ó catolicismo?

Acaso resulte, de todo lo dicho, que haya en la Iglesia rusa cierta paralización de pensamiento. La autoridad, en otro tiempo de los patriarcas y del Santo Sínodo en el día, es una autoridad conservadora y no de iniciativa. Un concilio ecuménico puede tenerla solamente; y ¿cómo reunirle sin el concurso de la Iglesia occidental?

A pesar de las celebradas escuelas teológicas de Kiew y de Moscou, no creo que haya tenido esta Iglesia grandes doctores que desenvuelvan la ciencia, en lo que tiene de humano y progresivo. Aquí no han caminado por no extraviarse. La única herejía ó secta que divide esta Iglesia es la de los *staroversi:* los cuales, en vez de ser innovadores, son conservadores obstinados de ciertos ritos y ceremonias antiguos, que los patriarcas han modificado para dar unidad á la liturgia. El cristianismo se puede asegurar, por lo tanto, que se ha conser-

© Biblioteca Nacional de España

vado hasta ahora en Rusia tal como vino de Constantinopla en tiempo de Focio.

Sobre el punto esencialísimo de la procedencia del Espíritu Santo, han escrito los rusos muchas obras. Las capitales y de más fama, en que defienden la procedencia del Padre solo, son: la que compuso en Kiew, en el siglo XVI, Adam Zernikaw; la que publicó en el siglo XVII, sobre el mismo asunto, Teófanes Procopowitch; y el *Curso de Teología ortodoxa,* recientemente dado á luz por Macario, obispo de Vinnitza.

Suponen los rusos, y esto sería un título de gloria para la Iglesia de España, que los Padres de los concilios toledanos, á fin de oponerse á la espantosa heregía de Arrio, que negaba la consustancialidad del Padre y del Hijo, inventaron, con más piedad que conocimiento, la procedencia del Espíritu Santo de aquellas dos Divinas Personas y no del Padre solo: pero, con más fundamento, pudiéramos nosotros decir que esta última doctrina es como un retoño de la misma heregía de Arrio, no extirpada de raiz en la Iglesia de Oriente. De la iglesia española, añaden los rusos, pasó á Francia este dogma de la procedencia del Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, cuando los franceses, según ellos aseguran, nos conquistaron en tiempo del Emperador Carlo Magno; y por último, el Emperador de Alemania, Enrique II, hizo que el Papa

© Biblioteca Nacional de España

añadiese al Símbolo la palabra FILIOQUE, origen de tantas discusiones. Pero aunque todo esto fuese cierto, y aunque los Santos Padres de la Iglesia griega no hubiesen explicado y decidido que el Espíritu Santo procede igualmente del Padre y del Hijo, todavía la autoridad infalible de la Iglesia universal podría haberlo declarado dogma católico. Lo que en otro tiempo pudo ser creencia piadosa y fundada en sabio y recto discurso, puede llegar á ser dogma, en el cual debemos creer todos los buenos cristianos. Así, por ejemplo, la Inmaculada Concepción de María.

Los rusos admiten el purgatorio, aunque nos acusan de materializarle nosotros demasiado; é inventan ó renuevan mil sutilezas de los teólogos del Bajo Imperio, para oponerse, no á nuestra creencia en el purgatorio, sino á la manera con que suponen que creemos en él.

En los demás puntos esenciales están los rusos de acuerdo con nuestra Iglesia. Ellos impetran la intercesión de los santos con oraciones y promesas; tienen imágenes pintadas, si no de bulto; y en lo sustancial administran los sacramentos como la Iglesia católica, salvo el de la eucaristía, que reciben bajo las dos especies de pan y vino hasta los mismos legos.

Si no le cansa á usted asunto tan grave, ó por mejor decir, si no le disgusta tratado por mí tan

© Biblioteca Nacional de España

someramente, le hablaré, en otra carta, de la liturgia de esta Iglesia. El gentil-hombre de S. M. I. Andrés Nicolaiewitch Murawieff ha escrito un libro, en cartas, sobre el ritual de la Iglesia oriental, y de este libro, traducido en alemán por el señor Muralt, bibliotecario de la Imperial de San Petersburgo, puedo valerme para dar una sucinta idea del ritual mencionado.

También quisiera yo apreciar en su justo valor la unión íntima del Estado y de la Iglesia rusa; unión que podría ser útil á las miras políticas si al par que somete y subordina á los prelados y sacerdotes á la potestad civil, no les quitase cierta dignidad y prestigio; unión singular, que empieza á prepararse en el momento mismo en que la Iglesia salva al Estado, y en que un hijo del gran patriarca patriota, el primero de los Romanoff, sube al trono de los Tzares; y unión que Pedro el Grande lleva á complemento, cuando suprime ese mismo patriarcado á que debe su origen y su diadema. Para entender bien este asunto, puede ser de gran utilidad una *Historia eclesiástica de Rusia*, traducida en inglés de la que escribió en ruso el mismo Murawieff ya citado; el cual alcanza entre sus compatriotas y correligionarios la más alta fama de doctísimo teólogo y de varón virtuoso y discreto.

Yo me hubiera contentado con conocer las

© Biblioteca Nacional de España

obras de este sabio, y nunca me hubiera atrevido á pedir que me presentasen á él con el objeto de hablar de asuntos teológicos, de los cuales poco ó nada entiendo; pero una dama, tan amable como devota, viendo el interés que yo tomo por las cosas de su Iglesia, me ha dado una carta de recomendación para Murawieff y he tenido que ir á verle, á pesar de mi fundada timidez y modestia. Por dicha me he encontrado con un hombre excelente y bondadoso, en el que espero tener un amigo, y con el cual he tenido ya, y no dejaré de tener en adelante, conversaciones muy instructivas y amenas.

Además de las obras que ya he citado, ha escrito Murawieff su *Viaje á los Santos Lugares de Palestina,* descripciones de los conventos de la Trinidad, de Rostow, de la Nueva Jerusalen y de Walaan; una historia de los primeros siglos del cristianismo; y un libro sobre la verdad de la Iglesia universal; que hasta ahora sólo está traducido en griego moderno. Este libro, según Murawieff afirma, es su obra más importante, y quisiera él que fuese examinado y refutado punto por punto por los teólogos de Occidente.

En busca de la verdad, como él dice, ha ido Murawieff á Roma, y ha escrito cartas sobre Roma, ó mejor diré, contra Roma, permaneciendo fiel á su antigua equivocada creencia. Ahora está escribien-

© Biblioteca Nacional de España

do las *Vidas de los santos de la Iglesia rusa.* Ha publicado, por último, en lengua francesa, varias refutaciones de puntos en que no está de acuerdo con algunos libros que últimamente han aparecido en Francia, como, por ejemplo, los *Estudios filosóficos sobre el cristianismo* de Augusto Nicolás; el *Viaje á Oriente* del Abate Michon, y *La Iglesia y el Imperio romano en el siglo IV,* de Broglie. Murawieff venera la doctrina de estos libros, reconoce y aplaude el mérito de sus autores, y se opone sólo á aquellos puntos que, á su ver, ofenden á la Iglesia de Oriente ó á los grandes destinos del Imperio griego, de que este Imperio se cree sucesor, y vengador acaso.

Pero ya basta por hoy. Suyo afmo.

J. VALERA.

San Petersburgo 18 de Febrero de 1857.

Mi querido amigo (1): estamos en la época más animada del año y cada noche tenemos ahora dos ó tres bailes. Los hay públicos, de máscaras, en el Gran Teatro; de suscrición, en el Club de Comer-

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

cio y en la Asamblea de la Nobleza; y por convite en muchas casas particulares, donde no ceso nunca de admirarme de la magnificencia y elegancia con que viven estos señores. Anteayer fué el último baile de la Asamblea de la Nobleza, y hubo en él más de mil setecientas personas. El Emperador asiste en casi todas estas funciones, habla con las damas y caballeros, mezclándose como un particular cualquiera en medio de los grupos, y baila algunas veces. El alto comercio compite aquí con la alta aristocracia, pero, salvo rarísimas excepciones, está separado de ella y forma otra sociedad aparte, no mucho menos brillante que la primera sociedad, aunque no tan superferolítica y exquisita. Estos comerciantes ricos y fastuosos son, por lo común, ingleses y alemanes.

Las damas se visten aquí con tanto primor y riqueza como en París; pero no llevan la exageración de la moda hasta el extremo que las damas de Francia. Aquí no se ven esos miriñaques monstruosos que por ahí se usan. Tampoco creo que se gasten aquí los relumbrones de similor con que se adornan tanto en España las mujeres, pagando á la Francia un enorme tributo por objetos que en realidad no valen nada. La mujer rusa que tiene joyas verdaderas, las lleva, y la que no las tiene no las compra de alquimia para engalanarse. El oro se trabaja aquí con tanto gusto y perfección

© Biblioteca Nacional de España

como en Londres, en casa de Mortimer, y las piedras preciosas se montan tan bien ó mejor que en Francia; pero todo cuesta doble ó triple que en la misma Inglaterra. Cuando las señoras no llevan puestas sus joyas, las tienen colocadas en sus *boudoirs*, en unos como mostradores ó escaparates; usanza que no me hace chispa de gracia, porque es transformar la casa en joyería y manifestar demasiado aprecio por lo que se tiene, y cómico deseo de lucirlo, como niño con zapatos nuevos. Las perlas, los diamantes, las esmeraldas y las turquesas y zafiros son las piedras con que más se adornan aquí las damas. Hasta las señoritas rusas cubren con ellas sus dorados cabellos y candidísimas gargantas, desdeñando la sencillez virginal con que generalmente se visten y aderezan las de otros países.

Pero más aún que el oro y los diamantes, lucen aquí las damas su erudición y su ingenio. Los hombres de España bien se puede afirmar que saben más que los rusos; pero las mujeres de esta tierra, en punto á estudios, les echan la zancadilla á las españolas. ¡Válgame Dios y lo que saben! Señorita hay aquí que habla seis ó siete lenguas, que traduce otras tantas y que diserta, no sólo de novelas y de versos, sino de religión, de metafísica, de higiene, de pedagogía y hasta de litotricia, si se ofrece. A menudo es cierto que lo trabucan

© Biblioteca Nacional de España

y confunden todo, dando ocasión á que algún estantigua *laudator temporis acti, castigatorque minorum,* suelte algún dicharacho de mal tono y diga, con Molière ó Moratín, que más valdría que supiesen coser ó cuidar de la casa. Mas yo, que soy hombre de buen gusto, y defensor y admirador del bello sexo, me entusiasmo hasta de cualquier disparatillo que se le escape y me quedo atónito del desenfado, la gracia y la facilidad con que los dice.

De la afición á las ciencias que tienen aquí las damas, nace que sean científicos ó literarios muchos de sus juegos y diversiones. El juego que está más de moda es el del *Secretario.* A veces entra uno en una reunión de muchas personas y ya no se espanta del silencio maravilloso que reina en ella. Allí se juega al *Secretario.* La mitad de los concurrentes se han convertido en Edipos, y en esfinges la otra mitad. Todos escriben: unos preguntas y enigmas, otros respuestas y soluciones. Damas y caballeros hay que, jugando á este juego, han alcanzado una fama imperecedera. La gloria misma ya adquirida y el afán de acrecentarla, los obliga á engolfarse más en las preguntas y respuestas, y se pasan las noches sin dormir en esta especie de gimnástica espiritual, que termina á veces á las cuatro de la mañana. Hay también comedias de aficionados y poetas de salón, que es-

© Biblioteca Nacional de España

criben casi siempre en francés, y siempre improvisan los versos, aunque hayan estado arreglándolos durante una semana, y combinando sabiamente en ellos á Béranger con Lamartine y con Victor Hugo.

A veces me escapo de estos elegantes salones y, dejando el bullicio del mundo, me voy á ver á mi amigo Murawieff, que

> Sigue la escondida
> Senda por donde han ido
> Los pocos sabios que en el mundo han sido,

que detesta el Carnaval como recuerdo vivo del paganismo, y que siempre está empleado en cosas santas. Tiene en su casa un lindísimo oratorio con rarísimas é inestimables imágenes rusas y bizantinas, en las cuales se puede estudiar la historia de la pintura cristiana, tanto en Grecia como en Rusia. Allí hay cuadros que han pertenecido á los Paleólogos y á los Comnenos, en los cuales se ve la transición del arte griego ó bizantino al arte italiano; cuadros que se confunden casi, según Murawieff, con los de Giotto, Cimabue y el beato Angélico; cuadros, en fin, en que ya se presiente á Rafael, como los discípulos de Virey ó de Lamarck presienten en el mono al hombre. El arte, á la verdad, aprisionado en el santuario, sujeto á cierto canon, y obligado á reproducir siempre los

© Biblioteca Nacional de España

mismos tipos y las mismas posturas, no podía hacer aquí grandes progresos, hasta secularizarse, por decirlo así. La pintura sagrada á la antigua es, aun en el día, preferida por los más á la moderna. La belleza de las formas dicen que distrae la atención de las cosas místicas á las materiales, y que roba al alma su devoción, infundiendo en ella ideas más ó menos pecaminosas.

A pesar de estas dificultades, el arte ha logrado, al cabo, romper los lazos que le detenían y se ha mostrado en algunos estimables pintores. Escuela de pintura rusa no puede decirse que la haya; pero hay algunos buenos cuadros de pintores rusos, que ya pertenecen á la antigua escuela italiana, ya imitan las modernas escuelas de Francia y de Alemania. Dicen que hay galerías particulares donde se guardan y se muestran á los curiosos cuadros magníficos de multitud de autores. Yo, por desgracia, no he visto aún ninguna de estas galerías, y los pocos cuadros rusos que he visto en diversos palacios, no me han llamado mucho la atención. Sólo los que hay en el *Hermitage* me han parecido dignos de ella, y sin duda, por más que digan, deben ser los mejores cuando están allí. Casi todos los autores de estos cuadros, ó viven aún, ó han vivido en este siglo. Voy á enumerar aquí sus obras más notables.

De Ugromoff, un cuadro inmenso que repre-

© Biblioteca Nacional de España

senta la toma de Kassan, y otro, de igual tamaño, pero, á mi ver, muchísimo mejor, y en el cual lo patriótico del asunto parece que ha inspirado al pintor y le ha ayudado á hacer una obra de mérito. Figura este cuadro el momento más solemne y hermoso de la historia de Rusia. El pueblo y la nobleza, libres ya del yugo polaco, gracias al patriotismo del ciudadano de Nijni-Novgorod, y á las hazañas de los príncipes Troubetskoy y Pojarskoy y del boyardo Cheremetief, ofrecen la corona de los Tzares al hijo dichoso del metropolitano de Rostoff, tronco de la dinastía reinante. La tierna madre del elegido del pueblo rehusa para su hijo honor y mando tan peligrosos en aquellos agitadísimos tiempos. En el rostro hermoso y simpático del joven se lee la lucha interior que traban en su alma la ternura filial por un lado, y por otro la ambición y el amor de la patria, que le llaman á grandes destinos. Los magnates le presentan de rodillas la corona y el cetro. El pueblo se postema y le aclama. La venerable figura del patriarca de Constantinopla se levanta resplandeciente en medio de todos, y se diría que persuade á la madre á que se separe del hijo, y á éste á que suba á un trono tan combatido aún y vacilante. En último término se ven los santos muros del monasterio de Hypatieff en Kostronia, donde el Tzar Miguel había vivido retirado con su madre. Todas

© Biblioteca Nacional de España

las figuras de este cuadro están bien dibujadas; la composición es bellísima, y el colorido vivo sin ser chillón.

A Ugromoff sigue Bruni, no sé si de origen italiano, ó italiano establecido en Rusia desde hace mucho tiempo. En su cuadro colosal de *La serpiente de bronce en el desierto*, se ve más al hombre que presume de entendido en el arte, que al artista inspirado y valiente. Los enormes peñascos y la falta de vegetación del paisaje, y el ancho horizonte que por algunas partes le limita vagamente, dan alguna idea de la calma y majestad del desierto. La obscuridad melancólica del cielo presta al cuadro algo de sobrenatural y tenebroso. La serpiente de bronce se levanta en medio, sobre una columna. Moisés, pálido y consumido, con la cabellera encrespada y derramando luz de la frente, parece más espectro que criatura humana. Aarón no es mucho más bonito, y anda vestido con un traje muy semejante al que usan por aquí los obispos. Acaso los obispos de por aquí se visten aún como se vestía Aarón allá en lo antiguo. El resto del cuadro todo es lástimas y miserias, y harto se conoce que la serpiente de bronce no ha empezado aún á poner remedio á tantos males. El saber por la historia que los puso, es lo único que nos tranquiliza. Entre tanto, todo se vuelve niños muertos, uno de ellos,

© Biblioteca Nacional de España

de tal modo escorzado, que más parecece escuerzo que escorzo; hombres y mujeres que se mueren también, dando gritos y haciendo visajes y contorsiones; y muchas serpentuelas de carne, que andan por aquí y por allí, si te pico, si no te pico. El cuadro del hambre, de Aparicio, y este cuadro de la serpiente han nacido el uno para el otro y debían hacer juego. Del mismo Bruni hay una *Oración del huerto*, algo mejor que las serpientes, y una bacante que da de beber á un amorcillo. El amorcillo es lindo de veras, y el cuerpo desnudo de la bacante también lo es; pero la cara, en la cual ha querido el pintor poner algo de pecaminoso, es de balde cara, á pesar de lo rubicundo y mofletudo. La boca, á fuerza de querer ser risueña, pequeñita y fruncida, y á fuerza de estar colocada entre tan redondas y sonrosadas mejillas, no parece boca, sino el antípoda de la boca. Y los ojos, con el empeño de pasar por traviesos y lascivos, son tan diminutos y coloradetes que tienen trazas, como dicen en Andalucía, de dos *puñalaíllas enconás*.

El cuadro en verdad notable de la escuela rusa, es el de Bruloff, que representa el último día de Pompeya. La luz del cielo y la luz rojiza del volcán le iluminan por partes, produciendo efectos maravillosos y magistrales. Los edificios se desploman y hay allí movimiento, terror y ruido. Las

© Biblioteca Nacional de España

grandes losas de que está la ciudad empedrada se levantan y entrechocan. Los ricos huyen salvando sus joyas, las mujeres sus hijos. Esclavos fieles conducen en hombros á su señor, anciano. Otros van en carros, y los caballos se espantan y los carros vuelcan. Plinio quiere salvar á su madre ó perecer con ella, y este grupo de Plinio con su madre es muy hermoso. Por aquí se ve una mujer muerta, de maravillosa hermosura. Su hijo, inocente y pequeñuelo, la mira tranquilo como si la creyese dormida. Todo, en fin, está bien entendido, bien dibujado y bien pintado en este cuadro. Lo único que falta, en mi entender, pero ésta no es más que una opinión mía, que peco de descontentadizo, es cierta unidad de acción, cierto punto culminante, en torno del cual se agrupen todos aquellos episodios separados de la gran catástrofe. Decir que la gran catástrofe es la deseada unidad de acción, no me parece respuesta suficiente, puesto que dicha catástrofe no cabe en pintura y sólo están allí figurados algunos episodios de ella. No sé si me explico, *sed intelligenti pauca.*

De Aivasovski, pintor de marinas, hay una vista de Sebastopol y otra de Teodosia, muy bellas ambas; pero su cuadro más celebrado, y que sin duda merece serlo, es uno donde no se ve más que mar y cielo y algunos náufragos. *Apparent*

© Biblioteca Nacional de España

rari nautes in gurgite asto. El cielo está ya sereno y brillante; la mar continúa aún poderosamente agitada por la pasada tempestad, y la transparencia de las olas, y los reflejos y el modo con que se quiebra en ellas la luz y las penetra é ilumina, están gentilmente fingidos.

De Ivanoff hay varios cuadros, y, entre ellos, uno muy hermoso de Cristo resucitado que se aparece á la Magdalena. La majestad y belleza etérea del Cristo desnudo; la ligereza graciosa del manto que le cubre en parte; la dulce expresión de su rostro divino, y el asombro y la ternura con que le mira la santa, están sabiamente expresados.

De Schedrin hay algunos paisajes medianos, de Orlovski cabras, caballos, perros y otros animalitos, que no son cosa mayor; de Vorovieff dos vistas de la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalem, bastante regulares; de Kiprensky varios retratos; de Chebouieff *La Asunción de Nuestra Señora;* y, por último, otros cuadros de menos cuenta y de pintores menos famosos.

Ya que hemos vuelto al *Hermitage* para hablar de la pintura rusa, no quiero salir de él sin dar á usted una breve noticia de las estatuas antiguas, griegas y romanas que en él se conservan. La más notable de todas es la Venus llamada *de la Táurida,* ó porque fué hallada en las

© Biblioteca Nacional de España

regiones de este nombre, hoy provincias del Imperio ruso, ó porque perteneció á Potemkin y estuvo en su palacio de la Táurida que Catalina la Grande le regaló cuando volvió triunfante del Khan y conquistador de Crimea. A esta Venus, como á la más célebre de Milo, le faltan los brazos; pero todo lo demás está bien conservado y no es inferior en hermosura á la otra ya citada. Tal es mi opinión al menos, salvo el parecer de persona más competente y que haya examinado ambas estatuas con más detenimiento y cuidado. Se sigue á la Venus un Amor atribuído á Praxiteles, aunque creo que este famoso escultor se incomodaría mucho á saber que le atribuían obra de tan corto mérito. Hay cuatro faunos que, según afirman, son copias de otros del mismo escultor griego, y en verdad que pueden pasar por originales mejor que el Cupido, porque los cuatro son hermosos y perfectos. Dos torsos, uno de Venus, otro de Mercurio, muy bellos ambos. Un lindísimo *Endimión dormido*. Se diría que la casta diva le envía un beso en uno de sus tibios rayos, según lo dichosamente que duerme. Un Apolo, con una cabeza que vale un Imperio, el cuerpo no es muy allá, los paños que le rodean y cubren las piernas, son ligeros y graciosos. Hay además un Baco, una Terpsícore, un *Hércules saliendo del jardín de las Hespérides*, con las man-

© Biblioteca Nacional de España

zanas en la mano; una Higia y un Ayax, todos de mármol y que pueden tenerse por obras de buenos artistas griegos; y asimismo infinidad de retratos, entre los cuales de Agripina, de Marco Aurelio, de Antonino Pío, de Faustina, de Plotina, de Arsinoe, etc., etc.

Entre los relieves, que también hay bastantes, debo mencionar uno, á mi ver, precioso, y que recuerda la Egloga VI de Virgilio. Sileno está dormido, con el cántaro de vino al lado. Una linda ninfa le tiñe las sienes con moras. Graciosos satirillos y amores le enlazan el cuerpo rechoncho con cadenas de flores y de hiedra; otros retozan y saltan sobre el asno del dios, que hace también su papel en esta animada escena. Todo se pasa en el seno de un risueño y frondoso bosque; y piensa uno que el dios se va á levantar y, plantando un par de besos en las frescas mejillas de aquella muchacha juguetona, va á inspirarse y á cantarnos, con voz que haga bailar á las encinas y brincar de gusto á las piedras y al agua de los arroyos, los hondos misterios de la cosmogonía y la historia de las primeras edades del mundo, conservados luego en los santuarios de Samotracia y de Eleusis.

En bronce hay también algunas esculturas antiguas. Son las mejores: un *Antinoo* en forma de Baco, un *Amor dormido* y una copia del *Hércules farnesio.*

© Biblioteca Nacional de España

Ya ve usted si hay tesoros encerrados en el *Hermitage;* pero aun no he dicho á usted la mitad de los que en él se encierran y aun tendremos que volver á él varias veces.

Adiós, y créame su afmo. amigo

J. VALERA.

He visto en el *Nord,* de Bruselas, un artículo sobre España muy bien escrito y favorable al Gobierno. Aquí nos venden la fineza de que son ellos los que hacen que dichos artículos sobre España se publiquen. Yo quisiera saber si en efecto es así, y si el corresponsal del *Nord* en Madrid está pagado por los rusos ó por nosotros.

He escrito á usted una infinidad de cartas, de las cuales ni siquiera guardo la fecha en que las escribí ni el asunto de que trataban; pero, como tengo buena memoria, me acuerdo de ellas vagamente, y como ni las veo publicadas en los periódicos ni usted me dice que las recibe, temo que muchas se hayan extraviado. No tengo empeño en que se publiquen en los periódicos, pero quisiera saber que usted las recibe todas. Inútil sería contar cosas si nadie ha de leerlas.

El Duque ahora, y no como prematuramente han anunciado los periódicos, va á dar una gran comida. Cuando se dé, contaré á usted pormenores y se podrá hablar de ella en los periódicos.

© Biblioteca Nacional de España

San Petersburgo 23 de Febrero de 1857.

Un siglo há, mi querido amigo (1), que, ni de usted ni de nadie de Madrid recibo carta alguna, si se exceptúa la que recibí anteayer de Mariano Diaz, en la cual me dice, de parte de usted, que es menester que yo permanezca aquí hasta que se me dé orden y salvo-conducto para ponerme en franquía. Y aunque yo deseaba largarme, y si no lo he puesto por obra ha sido sólo por temor de ofender á esa superioridad, y aunque supuse, al salir de la coronada villa, que no estaría en las regiones hiperbóreas más que un par de meses y van para cuatro que vivo en ellas, todavía me conformo obediente, y hasta gustoso á permanecer, si se quiere, otro par de mesecitos, y me alegro de saber á qué atenerme.

Los males de que yo me quejaba en mis cartas anteriores, si bien no he podido curármelos aún, he llegado, al cabo, á conocer la causa de ellos y espero acertar con la medicina y volver á Madrid sano como una manzana y fresco como una rosa de Mayo. Lo que yo tenía y tengo aún, es cansamiento de tanto baile, falta de alimento espiritual, que el casto Murawieff de una manera, y de otra

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

aun más grata la Princesa Dolgorouky, que sabe más que la sabia reina Libusa, me darán en adelante; sobra de alimento corporal, que corregiré disminuyendo las dosis, haciendo más ejercicio y buscando los desahogos propios del que está bien nutrido, y necesidad de dormir algo mejor, lo cual vendrá naturalmente, una vez adoptado el régimen antedicho.

El tiempo de las fiestas y diversiones profanas va á acabar pronto, y en cambio tendremos una cuaresma muy sosegada y penitente. Lo que es en el día, estamos en la fuga del reholgorio, y no tienen cuento los bailes y comilonas. El sábado último (21 de Febrero), dió una el señor Duque al Príncipe Gortchakoff. Asistieron en ella, además de este príncipe, los de Orloff, Dolgorouky, Galitzine, el que va á España, el Conde de Adlerberg, y otros personajes de la corte de los más cogotudos, y todos los jefes de Misión aquí acreditados, como, por ejemplo, Lor Wodehouse, el conde de Morny, el de Esterhazy, *e cosí via discorrendo.* El cocinero del Duque estuvo inspirado y mereció bien de la patria, cuya bandera quedó bien puesta gracias á su ingenio y arte.

De sobremesa tuve ocasión de hablar á Gortchakoff sobre cierto asunto de reconciliación entre dos altas familias. Le dije que ahí se interesaban mucho en saber lo que aquí se pensaba sobre el

© Biblioteca Nacional de España

caso, y que me habían encargado que, sin hablar de ello con nadie más que con él y con usted, me informase mejor de todo y diese parte. Estuve tan claro con él porque me gusta la claridad y no había para qué estar obscuro. Añadí, por último, como es lo cierto, que yo no sabía palabra de los proyectos que ahí pudiese haber ó haber habido; pero que siempre convendría que ustedes supiesen lo que aquí se pensaba, lo cual podría tener grande influencia en cualquiera resolución que se tomase, si es que alguna se tomaba en este punto. El Príncipe me repitió entonces lo que ya me había dicho la vez primera; pero advirtiéndome esta vez que en la carta que se escribió á la familia del pretendiente antes de enviar á Benkendorff á España, se le prometía apoyarle y trabajar para la reconciliación mencionada. El Príncipe me ha dicho, además, que se explicará más detenidamente conmigo dentro de algunos días: tiempo que se toma, son sus palabras, para pensarlo con madurez.

Sobre lo de las cruces diré á usted que, á lo que parece, están ya dados los dos cordones de San Andrés, que llevará Galitzine consigo. Este señor saldrá decididamente para Madrid dentro de poco y llevará en su compañía á la Princesa y al Conde de Osten-Sacken. Bludoff, agregado á la Legación, irá más tarde. El primer secretario se reunirá en

© Biblioteca Nacional de España

París con su jefe, y recogerá, á su paso por Niza, el diploma de la banda de Santa Catalina para la Reina, que debe firmar la Emperatriz viuda, á quien ha dejado el Emperador esta prerrogativa, en vez de hacerla pasar á su augusta esposa. De las demás cruces no me atrevo hoy á profetizar nada, salvo de una de Comendador para Canseco que, gracias á las gestiones del señor Duque, es de creer que se consiga. Ya usted sabrá (lo que es yo no lo sabía hasta que hace poco me lo dijéron, porque en punto á cruces soy ignorantísimo), que al dar la grande de San Andrés, se dan implícitamente todas las de este Imperio, como si estuvieran contenidas en ella. Parece, pues, que con los dos cordones de San Andrés llevará Galitzine para el Rey y el Duque de Valencia las insignias de Alejandro Newki, de Santa Ana y del Aguila Blanca, que se podrán colgar al cuello cuando gustaren.

El Duque sigue muy agasajado y todos muestran deseos de que se quede aquí de Embajador; los cuales renacen ahora con la esperanza que ha hecho concebir el ver en los periódicos que es probable que nombren á don Javier presidente del Senado. Muchas damas se han empeñado con el Duque para que dé un baile. El Duque ha estado á punto de ceder y darle; mas el no tener lacayos de gran librea y toda aquella

© Biblioteca Nacional de España

pompa que conviene y que aquí se usa, le ha hecho desistir de este propósito. No sé, sin embargo, cómo se ha resistido á lo que anteayer le dijo Gortchakoff; el cual le aseguró casi, porque estas cosas no pueden asegurarse por completo, que si daba un baile, Su Majestad vendría á honrarle con su presencia: lo cual sería notabilísima muestra de favor para un extranjero.

El Duque es incansable y no comprendo cómo no se cae muerto de fatiga. No duerme ni reposa; se viste y desnuda seis ó siete veces al día, y no hay fiesta en que no se halle, ni persona á quien no visite; con lo cual, y con su grande cortesanía y con toda la larga cáfila de sus títulos, se tiene ganada la voluntad de los rusos. Anoche volvió á casa á las tres ó las cuatro de la mañana, y á las siete ó las ocho estaba ya de punta para ir con el Emperador á la caza del oso. A pesar de que esta caza, según dicen algunos, es peligrosísima, no temo yo que ningún oso se coma á mi jefe; el riesgo que corre se exajera mucho para darse tono los que á él se aventuran; y además, que

> Nos perigos grandes, o temor
> E maior muitas veces que o perigo.

Lo que yo temo es que el Duque, que es tan distraido y tan corto de vista como yo, le vaya á soplar un tiro al Emperador ó á alguno de sus

© Biblioteca Nacional de España

Grandes; pues, como irán cubiertos de pieles, fácilmente podría tomarlos por osos, si ellos se descuidan. A más de los osos, se cazan lobos y dantas en los alrededores de San Petersburgo. La carne del danta es exquisita, sobre todo con salsa picante. Sabido es que la fauna de este imperio es muy rica; pero, de cuantos bichos aquí se crían, ninguno me ha asombrado más que el bisonte ó el uro de Lituania, de los cuales sólo quedan 150 en los bosques de Bialoveja, y hay impuestas penas gravísimas al que trate de matarlos. He visto disecado uno de estos uros ó zubrs, como aquí se llaman.

Creo que debieran ustedes suscribirse al *Journal de Saint Pétersbourg*. Trae, á veces, noticias curiosas sobre este Imperio, que pueden ó no copiar otros periódicos, y que convendría que se supiesen en esa Primera Secretaría. Ultimamente ha publicado el contrato para hacer los ferrocarriles, con todos los pormenores sobre el particular; una noticia sobre el comercio de Odessa, y otra sobre la última feria de Nijni-Novgorod, que recorto y envío adjuntas por si conviniese traducirlas y publicarlas en los periódicos de España.

También me parece que se debían enviar á esta Biblioteca Imperial de San Petersburgo los libros más notables que salgan en España. De aquí no faltaría qué enviar en cambio. Ruego á

© Biblioteca Nacional de España

usted, ó por mejor decir, ruego al Duque de Rivas que envíe dos ejemplares de sus Obras Completas. Uno para la Biblioteca y otro para Botkine, que traducirá mucho, si no todo. Aquí están ya tifos de literatura francesa, y es menester darles otro alimento espiritual.

Adiós. Muchas cosas tengo que decir, mas no hay tiempo por ahora, y temo, también, aburrirle.

Créame suyo afmo.

J. VALERA.

San Petersburgo 28 de Febrero de 1857.

Mi muy querido amigo (1): no puedo más con tanto baile y tanta diversión, y de veras me alegro de que mañana termine el Carnaval y entremos en la Cuaresma de por aquí, más severa y penitente que la nuestra, según afirman. Entre tanto, hemos tenido días en que no se ha hecho más que bailar por mañana y noche. Las *matinées dansantes* son aquí preciosas, y estas frescas y sonrosadas hermosuras boreales se *epifanizan,* sin temor á la luz meridiana, y no por eso pierden un quilate de su merecimiento, antes bien le

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

acrisolan y le ponen el sello de tan escrupuloso contraste, en particular las jovencitas. De éstas las hay tan lindas, que se las puede comparar á otros tantos capullos entreabiertos. Algunas, y no es encarecimiento desmedido, tienen tan blanco y transparente el cutis, que imaginan los espectadores que ven correr por las venas de ellas el álcali volátil del amor; una sangre sutil y delicada y etérea, como el *icor* de las deidades del Olimpo. Diomedes no le hizo brotar más puro de la herida Afrodite. Las señoras ya jamonas y curtidas se suelen conservar también maravillosamente con estos fríos. Lo único visible que con facilidad se les echa á perder, y por cierto que es muy grande lástima, son los dientes; lo cual proviene, sin duda, de tanto confite y tanta chuchería como engullen: porque he notado que son bastante golosas, *aunque al tomar se finjan melindrosas.* En cuanto á lo invisible ó reservado, hay mucho que decir.

El señor Duque dió anteayer otra gran comida. En ella estuvieron varios personajes de la corte y la diplomacia menuda, esto es, los Secretarios de Legación. Fué la comida para agasajar á los Príncipes de Galitzine, que salen para Madrid el martes próximo, si bien tardarán en llegar, porque piensan detenerse en Moscou y en París. Además de la princesa, había otras cuatro señoras, ya de respeto, pero de las bien conservadas.

© Biblioteca Nacional de España

A cada una de ellas hizo el Duque presente de un precioso ramillete de camelias y de otras flores, si unas bellas, olorosas otras, y todas rarísimas en esta estación y en este clima. La casa, por lo mismo que tiene mucho de teatral y de aparatoso, hace bonito efecto vista de noche é iluminada. La luz de las bujías se quiebra en el agua del alto surtidor, y forma

quei colori,
Onde fa l'arco il sole, y Delia il cinto.

y tanto muro de cristal trae á la memoria, como ya creo haber dicho á usted otras veces, el estupendo palacio que vió Don Quijote en la famosa cueva de Montesinos.

Pero no es sólo la aristocracia la que se divierte, sino también la plebe, que tiene estos días una como feria en la inmensa plaza que está delante del Palacio de invierno y del Almirantazgo. En unos pequeños teatros de madera se ven titiriteros, que bailan en la maroma y dan brincos y hacen cabriolas; en otros se muestran serpientes, leones, panteras y otros animales feroces. Por un lado, charlatanes ó músicos ambulantes entretienen al vulgo con canciones ó con decires de mucha risa, para quien los entiende; por otro lado se venden juguetes, frutas y otras golosinas, en diferentes tiendas y puestecillos. Aquí hay juegos de

© Biblioteca Nacional de España

sortija y columpio; allí orquestas y tablados donde baila y se agrupa la gente, y acullá montañas de hielo, de las que de continuo bajan como flechas los diminutos trineos y los que se aventuran á dirigirlos. Por todas partes, en fin, á pesar del frío y de la nieve, muchos ciudadanos y ciudadanas, á pie y en coche. Esta fiesta se parece, aunque en miniatura, á la famosa de Dresde de la *Vogelwiese,* á la cual concurre media Alemania, y se regocija en grande con el pretexto de tirar al blanco con la ballesta.

Ayer noche hubo un baile magnífico en casa del Embajador de Francia, Conde de Morny. Su Majestad el Emperador le honró con su presencia.

Pero ya basta de diversiones y es justo que volvamos á las cosas santas, que hace días tenemos olvidadas.

Al hablar á usted, en una de mis cartas, de la religión ortodoxa y de las obras de historia eclesiástica y de controversia teológica del señor Murawieff, lo hice tan deprisa y tan someramente, que más era mi carta indicación ó preámbulo para tratar después el asunto por extenso y como se merece, que no disertación capaz de enterar á nadie sobre asunto tan complicado y tan arduo. Sólo para el examen del opúsculo de Murawieff titulado *Palabra de la ortodoxia católica al catoli-*

© Biblioteca Nacional de España

cismo romano, se puede escribir un grueso volumen. *La Civilta Católica*, de Roma, ha criticado ya esta obra del Sr. Murawieff; pero su libro magistral *La Verdad de la Iglesia universal*, aun no ha sido juzgado y refutado. No seré yo, por cierto, el que le juzgue y refute, *impar congressus Achilli;* pero sí podré dar una sumaria relación de lo que contiene. Las palabras son como las cerezas, que se enredan unas en otras y no hay medio de desasirlas y apartarlas sin quebrar el cabo de ellas ó el hilo del discurso. Yo toqué ya este punto tan grave de la religión y ahora me creo obligado á desenvolverle. Hoy, sin embargo, no iré más allá de lo que he dicho en mi carta mencionada, y me contentaré con hacer algunas rectificaciones y aclaraciones conducentes á poner las cosas en su lugar, y á que se me tenga por hombre concienzudo y que nunca se aparta de la verdad, ni discrepa un ápice de ella.

He asegurado que el carácter distintivo de la Iglesia rusa es la paralización, y que ninguna idea nueva y fecunda nace de ella, aunque tampoco ninguna nueva herejía. Pero, como esta aserción puede pasar, y es, en efecto, en apariencia contraria á los hechos, será menester que me explique para dejarla á salvo de toda refutación que, fundada en ellos, se me pudiera presentar.

La principal heregía, si heregía puede llamarse

© Biblioteca Nacional de España

lo que más bien es sólo un cisma, es la de los *staroversi*. Veamos cómo tuvo principio.

Es, pues, de saber que hubo en esta Iglesia, á mediados del siglo XVII, un gran patriarca llamado Nicon, de tan altas aspiraciones y de tanta capacidad, que hubiera llegado á ser el Gregorio VII de Oriente, y le hubiera reunido todo bajo su poder espiritual, si el Oriente hubiese estado dispuesto á unirse. Pero Nicon fué perseguido, suscitó contra sí la envidia y el rencor de los grandes de la tierra, fué acusado de orgulloso, y murió como Hildebrando, en el destierro, sin lograr, como Hildebrando, el triunfo de su idea. Un gran concilio, en el cual asistieron todos los patriarcas de Alejandría y Antioquía, y consintieron los de Constantinopla y Jerusalem, depuso á Nicon de la silla patriarcal y le condenó duramente. Esto desprestigió el patriarcado y abrió camino para que, poco después, le diese el golpe de gracia el Tzar Pedro el Grande, y se declarase jefe ó protector de la Iglesia. La civilización, que hasta entonces había venido del Oriente, por medio de la potestad espiritual, empezó desde entonces á venir del Occidente, por medio de la potestad civil. El Oriente, oprimido y en gran decadencia, no podía ya dar de sí esa luz civilizadora, y al patriarca Nicon le fué imposible encenderla autonómicamente en el seno mismo de la Iglesia rusa. Lo

© Biblioteca Nacional de España

único que consiguió este sabio y ambicioso patriarca, fué la reforma, ó mejor diré, la corrección de la liturgia, en la cual se habían introducido grandes errores. Para corregir las faltas que copistas ignorantes habían introducido en los libros de Iglesia, reunió un concilio, presentó en él los antiguos manuscritos que había en Rusia y otros que hizo venir del monte Athos y, en vista de tan autorizados documentos, reformó la liturgia ó la volvió á su pristino estado, estampándose los libros, según convenía, limpios ya de errores y faltas. Esto fué tenido por muchos, ciegos y partidarios de la rutina, como la innovación más antiortodoxa; y de tan falso concepto nació la secta de los *staroversi*, que aun se perpetúa. Las más verdaderas y radicales reformas de Pedro el Grande, retrajeron aun más á los *staroversi* de volverse á unir con el resto de la Iglesia; y como una especie de fósil vivo de la antigua raza eslava, existen aún estos sectarios, sin querer afeitarse porque Nuestro Señor Jesucristo no se afeitó nunca; persignándose de otro modo que los demás rusos, y llamando Antecristo á Pedro el Grande, porque no quería barbas en su Imperio y porque trataba con los alemanes y holandeses. De los *staroversi*, unos tienen sacerdotes de los que desertan de la Iglesia ortodoxa; otros no tienen sacerdotes por falta de obispos que los consagren, no considerando

© Biblioteca Nacional de España

como tales obispos los de Rusia. El Señor Murawieff, en su *Historia eclesiástica,* refiere con extensión cuanto hay que saber en este punto.

Tanto entre los *staroversi* como entre otros muchos que de un modo ostensible no se apartan de la Iglesia ortodoxa, han venido á nacer, si ya no existían desde tiempos remotísimos, varias supersticiones horribles y groseras, que este sabio Gobierno trata de destruir radicalmente, aunque será difícil que lo consiga. Lo dilatado del Imperio y la falta de población de algunas provincias, presentan un obstáculo casi insuperable al logro de su deseo y favorecen la conservación y aun la propaganda de esas supersticiones. Son éstas, á mi ver, un retoño del mal desarraigado paganismo de muchas naciones que forman hoy parte del Imperio ruso, paganismo mezclado absurdamente con ideas cristianas mal entendidas. Hay aquí, por ejemplo, una secta que tiene conciliábulos nocturnos para azotarse, y cuando caen los penitentes en el suelo, derrengados de tanto azote, cometen el pecado que llaman *de la caída;* del cual fácilmente se darán razón los que hayan leído el libro de Maibaumi, *De flagrorum usu in re venerea,* ó conozcan las mañas del filosofastro Juan Jacobo. Otros, por el contrario, imitan á Orígenes y á Ambrosio de Morales; se llaman los *scopzi,* y dicen que son en número de dieci-

© Biblioteca Nacional de España

seis á veinte mil. Como los coribantes, cuyas diabólicas y frenéticas contorsiones, y cuyo estro suicida describen tan vivamente Lucrecio y Cátulo, en aquellos versos singularísimos de Athys, se mutilan estos desgraciados, y luego se arrepienten cuando ya es tarde. Otros, sin ser pitagóricos, no prometen sólo por cinco años, sino por toda la vida, el no decir palabra; y en efecto, permanecen mudos, sin que basten los mayores tormentos á hacerles pronunciar una sola sílaba. Hay, por último, algunos que reuniéndose en un aquelarre infame, le cortan un pecho á una doncella, y dividiéndole en menudos trozos, comulgan con él en un infernal sacramento. *¡Tantum religio potuit suadere malorum!* ¡A tal extremo puede conducir á los hombres la superstición y la ignorancia! Reflexión moral que no es nueva, pero que encaja y se ajusta aquí como en el dedo el anillo. De esperar es que el Gobierno y el clero de Rusia reduzcan y traigan á razonable término á todos estos fanáticos, y que asimismo conviertan á la religión cristiana á los paganos y mahometanos que aun hay en el Imperio.

Otro día hablaré á usted del influjo que las doctrinas protestantes, y aun las filosóficas de Alemania, han ejercido aquí entre el vulgo, en el cual, á pesar de los extravíos que quedan apuntados, hay virtudes grandísimas, energía y vigor

© Biblioteca Nacional de España

maravillosos, y la fe en lo porvenir y el amor á la patria y la confianza ilimitada en su misión providencial, que, por desgracia, nos van faltando á nosotros. Una cultura, prestada, es cierto, pero refinadísima y depurada aquí, existe en las clases superiores; donde se conserva como en su propio templo, la delicada cortesanía que hubo en otras naciones hace uno ó dos siglos; y en el seno del pueblo ruso empieza á nacer y á desarrollarse pujante una civilización autonómica, cuyos frutos podrán tener en lo venidero influencia incalculable en el progreso general de la raza humana. Yo soy optimista; mas en esto me debe usted creer: salvo raras excepciones que afean la faz de este Imperio, y que son consiguientes á la situación en que se halla, y aun á la decaida condición de todos los mortales, no veo cosa en él que no me lleve á elogiar nuestra propia naturaleza, y á exclamar con el gran doctor de Occidente: *magna enim quaedam res est homo factus ad imaginem et similitudinem Dei.*

Adiós. Le quiere de corazón su amigo

JUAN VALERA.

© Biblioteca Nacional de España

San Petersburgo 1 de Marzo de 1857.

Ayer, mi querido amigo (1), recibí su amabilísima carta del 17, y mucho contento y satisfacción por lo cariñoso que se me muestra en ella.

El Duque se aplacó ya conmigo, si es que alguna vez estuvo ofendido y de monos, porque es un señor excelente; y yo, con mi bilis y mi carácter algo desconfiado, y dado á suponer lo peor, soy, sin duda, el que ha imaginado que se apartaba de mí y no me quería. Yo no acudo á tiempo nunca para ir con él, y, naturalmente, se hace acompañar de Quiñones, que, con exactitud y subordinación militar, está siempre pronto en su servicio.

Ya he dicho á usted, y repito ahora, que aquí hay una conspiración en favor del Duque, y que el Emperador está á la cabeza de los conspiradores. No hay más que ceder y dejarle aquí. D. Javier será Presidente del Senado.

La bondad del Duque, sus modales de gran señor, su finísimo trato y otras mil excelentes prendas que posee, concurren con su gran nombre y cuantiosos bienes á que le quieran y consideren tanto. Pero por algo entra también el empeño que han formado de casarle con una mujer de por

(1) D. Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

aquí. Acaso lo logren. La Princesa Souvarov hará este milagro. S. E. está derretido. Siempre baila con ella el primer rigodón y le regala flores más bellas que las que regaló á las jamonas que el otro día comieron con él. La princesita se lo merece todo. Está en la edad de la perfección completa. Cerca ya de los treinta años. Es simpática, graciosa, bonito cuerpo, dientes como perlas, cosa rara por aquí, y mucho ingenio. A la dulzura y mansedumbre de la paloma creo que junta esta señorita la prudencia de la serpiente, *estote prudentes sicut serpentes*, como creo que dijo Cristo á sus discípulos, no recuerdo en qué ocasión, porque tampoco estoy muy seguro de si fué Cristo quien lo dijo.

El negocio de la bandera no es tan *de clavo pasado* como parecía. Quiñones lo va ya ponderando mejor y á veces dice que convendría que esperásemos á la Legación permanente para hacerle.

No puede usted imaginarse lo poco amable y lisonjero que es conmigo este señor. Yo siempre he querido estar bien con él y no lo logro nunca. Cuando vamos con el Duque, le dejo ir con el Duque. Cuando entramos en algún salón, vá él delante y yo á la cola. En la mesa le dejo el mejor puesto. En la casa tiene el mejor cuarto; él le escogió y yo me he contentado con el que me dejaron. Si vienen despachos los ha de leer. Si se habla de cruces ó de banderas, ha de meter su cucharada

© Biblioteca Nacional de España

siempre en contra mía. Yo todo lo llevo con paciencia y, sin embargo, este hombre empedernido no me acepta, cuando yo mismo me ofrezco en holocausto. Pero, lo que es más singular aún, Quiñones imagina que soy yo y no él el que le tengo tirria. En fin, no nos entendemos. Hasta el querer yo irme de aquí más ha sido por acabarle de ceder el campo que por grande deseo que yo tuviese de irme. Pero él no acaba de comprender que yo no soy ni quiero ser émulo suyo y que maldita la rabia y el encono que tengo contra él. Siempre está hablando mal de los paisanos, de los poetas, de los que escriben en los periódicos, desde que en ellos se publican mis cartas, y de los diputados desde que ha sabido por el Duque que yo quiero serlo, aunque en vano, porque el Gobierno, esto es, Nocedal, no quiere que lo sea.

Las ternuras del Príncipe de Gortchakoff me consuelan algo de los desdenes de Quiñones. El otro día, mientras el Duque estaba de caza, me escribió un billetito muy amable diciéndome si eran efectivamente los títulos de Naváez *le Maréchal Narváez, Duc de Valencia, Président du Conseil de Ministres de S. M. le Reine d'Espagne.* Yo contesté que Narváez tenía otros muchos títulos, pero que bastaba mentar éstos, y que sólo tenía que observar que, como la Reina es muy piadosa y se complace en que la llamen católica, encajaría bien

© Biblioteca Nacional de España

en este lugar, si esto no se oponía á la religion ortodoxa, el que dijese *de S. M. Catholique* en vez de *la Reine d'Espagne,* aunque también este otro título *est un grand et beau titre, même aujourd'hui,* y que bien puede aún una persona estar ancha de llevarle. Vi aquella noche al Príncipe en un baile é imaginé que estaba serio conmigo y que acaso en la carta que le escribí había yo dado motivo para ello, por la demasiada familiaridad ó por alguna bufonada que había soltado sin querer. Volví, pues, á escribirle, explicando el asunto y dando cuenta de mis recelos. En ambos billetes le decía que no olvidase que había personas que deseaban enterarse de lo que me indicó sobre *reconciliación,* y como yo no era bastante astuto para sacarle los secretos, como se cuenta que hacen los diplomáticos hábiles, había tomado el camino derecho para que hablase, si lo juzgaba conveniente; y aquí le decía yo que lo era, por estas y aquellas razones; todo solapado para que no entendiera el billete quien no estuviese en autos. Lo de la imposibilidad de sacarle á él secreto alguno, me parece que le gustó de veras. He aquí lo que me contestó en seguida: *Je m'empresse de vous rassurer, mon cher Monsieur Valera. Vous nous êtes à tous une* persona gratissima, *et je vous prie de continuer à me compter dans le nombre. Je n'ai aucunne mémoire d'une circonstance quelconque, qui aie pû vous*

© Biblioteca Nacional de España

induire à croire le contraire. Quant aux détails de votre billet, nous en causerons à notre première rencontre. Aun no hemos hablado de estos pormenores, pero sí me ha hablado Galitzine del asunto y creo que lleva instrucciones para tratarlo ahí. Me ha hecho más preguntas que el catecismo. Por no ser prolijo no pondré sino algunas, y de las respuestas, pocas ó ninguna, porque usted las calculará, sobre poco más ó menos. "Si el Rey consorte gustaría ó rabiaría mucho con el arreglo, y qué podría hacer ó influir en contra." "Si la Reina lo desea." "De cómo y por qué, y hasta qué punto tiene D. Paquito influjo en Palacio." "De si no se robustecería mucho el partido del orden en España uniéndose al de D. Juan." "De si sería posible y útil gobernar sin la Constitución." "De si la Francia vería sin recelo ni oposición á la llamada *legitimidad* triunfante en España", etc., etc.

En París se detendrá el Príncipe unos quince días. ¿Cree usted que acaso trate ya del asunto con D. Napoleoncete? ¿O cree usted que se ponga á negociar ahí sin consultarle y pedirle su venia? Aquí están ahora con la Francia á partir un piñón. En fin, allá veremos si otro día Gortchakoff ó el mismo Galitzine se explican más y á fondo, aunque ya todo se trasluce. Yo, lo único que he dicho es que ustedes desean saber y se interesan mucho por lo que aquí piensan. Lo demás que he

© Biblioteca Nacional de España

añadido han sido opiniones ó pareceres míos, que van sobre mi conciencia y que ni á ustedes ni á nadie pueden comprometer.

Adiós. Suyo,

J. VALERA.

San Petersburgo 4 de Marzo de 1857.

Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto.

Por mis cartas anteriores, y por los despachos que hoy remite el Duque á esa Primera Secretaría, habrá usted visto, mi muy querido amigo, cuánto aprecian y distinguen aquí á mi jefe. El está muy ancho y es natural que lo esté. Piensa tener vara alta y hasta cierta jurisdicción en este Imperio, y el otro día estuvo graciosísimo con un rapacallos, que le ha cortado uno de tan aviesa manera, que le ha dejado semi-cojo para un par de semanas. Era de ver al Duque, todo lo furioso que él puede estar, amenazando al torpe pedícuro con enviarlo á Siberia.

Ya tengo por cosa indudable que el Duque se quedará aquí de embajador. Cuenta que él no quiere ser menos. En el día, sin tener un derecho positivo á ser considerado como tal, lo es de

© Biblioteca Nacional de España

hecho, por los honores y distinciones que le hacen. En la lista oficial del Cuerpo Diplomático, que se publica aquí en francés todos los años, le han puesto inmediatamente después de Morny, y ni al Duque le está bien, ni á nosotros nos conviene tampoco, el que, nombrándole Ministro plenipotenciario, le pongamos á la cola de mil Ministrillos de mala muerte, en que hierve esta corte imperial de San Petersburgo. Recuerdo muy bien que dije á usted mucho tiempo há, que el Duque se quedaría aquí *hasta de Ministro plenipotenciario*; pero esto era cuando tenía perdida toda esperanza de quedarse aquí de otra manera, cuando su pesadilla constante era que le remitiesen ustedes unas credenciales, de cualquiera laya que fuesen; y cuando pronosticaba veinte veces al día, con una voz tan lastimera que partía los más empedernidos corazones, una muerte súbita y terrible al pobre D. Javier, si, con sus setenta y tres años á cuestas y con todos sus alifafes, se aventuraba á venir á estos helados países. Lo que es ahora, ve el Duque el asunto á otra luz más clara y risueña, tiene más presentes en la memoria á todos sus gloriosos progenitores, y no se contenta con menos que ser embajador. Yo entiendo que lo será tan bueno, que ni pintado, ni de encargo, lo fabricarían mejor; y como sé que el Duque de Valencia le ha escrito preguntándole si se quedará

© Biblioteca Nacional de España

aquí con gusto, espero que se quede, y con la mencionada categoría. Don Javier será por lo pronto presidente del Senado, y al cabo volverá á Londres, cuando mi amigo D. Luis (y digo mi amigo porque yo lo soy suyo, aunque desgraciado como en todos mis amores), se canse de estar á orillas del Támesis y vuelva á las del Manzanares humilde.

Supongo que si todas estas suposiciones mías salen ciertas, vendrá por aquí con las credenciales el Sr. Caballero, y que el Duque podrá presentarlas para principios ó mediados de Mayo; pedir en seguida una licencia que quiere pedir, ó tenerla pedida de antemano, en cuanto sepa que le nombran embajador, y largarse á París y á Madrid, á ver á S. M. la Reina y á arreglar sus negocios, regresando aquí dos ó tres meses después, con todo el séquito de lacayos conducente á no ser menos en nada que Mr. de Morny, que esta es otra de las pesadillas del Duque, y con toda la pompa y estruendo que se requieren en tal competencia. Caballero, ó quien venga de primer secretario de la Embajada, se quedará de encargado de Negocios, durante la ausencia del Sr. Duque.

Al Duque le han rogado todas las damas, empezando por las más hermosas y las más sabias, que dé un baile, y personas autorizadas le prometieron que el Emperador aun antes que asistiese

© Biblioteca Nacional de España

al de Morny, asistiría en el suyo; mas el Duque no ha querido darlo por falta de libreas y de otros mil perfiles que le faltan y que tiene Morny. Este trasciende á *parvenu* á media legua, y aunque aquí están con la Francia á partir un piñón, no le perdonan á su representante ese *cursismo*, que por cierto se hace más de notar por los humos y el entono que gasta S. E.

Nadie es más demócrata que yo en este sentido. La aristocracia de sangre terminará, á mi ver, en todas partes. La clase media será la soberana, y esta clase media será muy numerosa, mientras más felices é ilustrados vayan siendo los hombres, porque yo creo en el progreso á pie juntillas. La creencia en el progreso es el axioma primogenio y generador de una ciencia sospechada y no creada aún, que se llama Filosofía de la historia. Estos asertos míos no se oponen por ningún estilo á que haya una nobleza hereditaria. La aristocracia dejará de existir y la nobleza no, como no se castren todos los hombres ilustres que vengan al mundo en lo venidero, porque no es posible evitar que transmitan á sus hijos sus nombres y su gloria. Digo todo esto para que se entienda que yo no desprecio ni odio á los *parvenus*, ni les tengo envidia por no *parvenir* yo tanto como ellos; ni les pongo remoquetes, como en los lugares de Andalucía, donde los apellidan *Don Jua-*

© Biblioteca Nacional de España

nes Frescos, y *piojos resucitados.* Sé que *vale más la adquirida que la heredada nobleza,* y veo que la ciencia, la virtud, el valor y el ingenio se van á menudo con los burgueses y plebeyos, y abandonan á los nobles; pero lo que no los abandona, y lo que rara vez adquieren los otros, aunque ya con el progreso del tiempo y con el de la humanidad en que creo, lo irán adquiriendo también, son los modales elegantes, el trato fino y delicado y la cortesanía y completa apariencia señoril y caballeresca. Un comerciante honrado y trabajador, un sabio, un hombre político virtuoso, tienen cierta majestad santa y veneranda, pero no agradable y seductora como la del noble de nacimiento. Morny puede que sea esto último, pero no lo parece, y como le falta la mencionada santa majestad del sabio, del repúblico virtuoso, etc., es, á los ojos de cuantos le miran, la vera efigie de Robert Macaire subido á mayores. En el baile que el otro día dió, ocurrió un incidente que retrata al vivo su carácter y modo de ser, presumido y cursi al mismo tiempo. Se puso de grande uniforme para recibir al Emperador: permaneció de grande uniforme mientras el Emperador estuvo en su casa; y apenas el Emperador se fué, se fué también á su cuarto Mr. de Morny, se quitó la albarda, y volvió con un modesto frac negro, pero conservando los pantalones de galón, lo cual hacía un efecto

© Biblioteca Nacional de España

extraño. Con que Mr. de Morny se hubiese mudado los pantalones, estaba todo en regla; y más aún con que se hubiera quedado con el uniforme, puesto que allí había personas que oficialmente valen tanto como él y que le llevaban á cuestas. Aquí se ha hablado mucho de este cambio de traje de Mr. de Morny; yo no le reparé siquiera, porque soy muy distraído, y á fuerza de oir hablar del caso, he llegado á enterarme. Esta distracción mía me tiene que dar y me ha dado ya muchos disgustos. No hay cosa que ofenda más á la gente, que el que no se repare en lo que hacen; y estoy seguro que, á saberlo todo, Mr. de Morny perdonaría mejor á los que critican sus maniobras de tocador, que á mí que no reparé en ellas, ni hubiera advertido nada, aunque hubiese salido de indio bravo.

Dejemos en paz á Mr. de Morny y volvamos á nuestro Duque excelente, que es la propia esencia de la cortesía y de la bondadosa pomposidad de los grandes señores. Todo bicho viviente le saquea, y no hay truhán que no sea generoso y hasta magnífico á costa suya. Este Obrescoff, que *sine ira et studio* puedo asegurar á usted que es un cuadrúpedo, y que no le sirve de nada, es de los que más han abusado. En la colección de fotografías, que se ha hecho ya, ha gastado el duque más de mil duros. El fotógrafo, entre tanto, estará brin-

© Biblioteca Nacional de España

cando de gusto, y los soldados retratados, lo propio. En dos ó tres minutos de *poses plastiques,* han ganado más que en un mes de ejercicios, táctica, zurriagazos, *kwas* y puches negros.

No me parece que el Duque sea en todo como el sastre del Campillo, que cosía de balde y ponía el hilo. En este palacio teatral que habitamos, no pueden vivir más que el Duque, sus criados, que son otros tantos duques, Quiñones y yo. Ya el señor Diosdado no podrá alojarse aquí. El Duque no ha de alquilar otro palacio para que se alojen él y los que vengan más tarde, y así hallo conveniente que ahí se señale habilitación de casa y mesa, igual á la de Londres, á todos los individuos de la futura Embajada. Esta habilitación la pagará el Gobierno. Hablo de esto porque ya he hablado con el Duque sobre el particular y está apuradísimo, sin saber dónde colocar á Diosdado. Si el Duque se casa con la nieta del gran Souvarov *Italianiski,* que así se llama, como Alejandro *Newski,* Scipion *Africano,* etc., tendrá que despedir á todos los diplomáticos menudos que tenga consigo, para dar lugar á su esposa y á las ninfas que la sirvan. Siempre, sin embargo, les dará á todos su mesa; pero más quiere que sea por favor que por obligación del puesto. Los que vengan aquí pueden contar con el pesebre, pero no con cama y vivienda. Yo, entre tanto, estoy como un

© Biblioteca Nacional de España

príncipe, aunque Quiñones, y hasta los criados más notables, tienen cuartos mejores que el mío. Yo no vine á escoger por pereza, y ellos escogieron. Sin embargo, estoy que no hay más que pedir, porque no es prudente ni decoroso que yo pida á los criados que me cuiden algo la ropa para no quedarme en cueros. Me asemejaría entonces á Sancho Panza, cuando en el castillo del otro duque, donde tan elegantemente le trataron, pidió á la dueña, doña Rodríguez, que tuviese cuidado con el rucio. Esta delicadeza mía, fundada en el recuerdo de Sancho Panza, y mi desidia y distracción, que no consienten que yo me emplee en contar las camisas, las calcetas y los *inexprimables,* hacen que todo esto vaya desapareciendo rápidamente, ó menoscabándose de botones, por tal arte, que hay día que no tengo qué ponerme y acudo al *Magasin Engliski* á comprar todo esto á un precio *disparatadiski* y *arruinantiski.* Ya casi hablo en ruso.

Adiós. Póngame á los pies de la señora y señoritas y téngame por muy su amigo,

J. VALERA.

El Duque está con grandes remordimientos de conciencia por haber aceptado el Alejandro Newski, teniendo Morny el San Andrés, y no habiendo aceptado el Príncipe de Ligne lo que él acepta

© Biblioteca Nacional de España

ahora. Todo se le vuelve pensar qué dirán de esto sus primos y tíos de Alemania, de Italia y de Bélgica y sus amigos de Londres. Si no hubiera sido porque no quiere desairar al Emperador, dice que no hubiera admitido el Alejandro. Ya tenemos para un par de meses con esta conversación. No quería aceptarle tampoco hasta recibir para usted, el Marqués de Pidal y el general Serrano, que pía aún, á lo que sospecho, tres buenas Grandes Cruces. El Duque quería sólo que nos hubiesen dado á nosotros los cencerros que nos han dado y esperar él, sin Gran Cruz, hasta que ustedes tuviesen las suyas.

San Petersburgo 5 de Marzo de 1857.

Mi muy querido amigo (1): estamos en una época tan santa, tan penitente y tan enojosa para los profanos que, contándome yo en el número de ellos, siento á menudo vehementísimos deseos de largarme. La Cuaresma es aquí terrible. No se ve un alma en las calles, ni nadie recibe en su casa. Todos están encerrados haciendo penitencia y tra-

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

tando de elevar el alma á su Creador por medio de oraciones, ayunos y vigilias que mortifiquen y domen bien las carnes. De ésta no comen, á lo que aseguran, porque siempre será lo que Dios quiera; y lo que es de pescado comen rara vez ó casi nunca. Todos los manjares se reducen ahora á yerbecitas, más ó menos silvestres, miel y harina, que era lo que comían los Padres del yermo. El espíritu es el que verdaderamente se nutre y sustenta con muy sabroso pasto espiritual: pasto nacido en el lozano vergel poético de los santos de Oriente, cuyas más hermosas flores son de San Juan Damasceno y de San Andrés de Creta. Estas sagradas poesías, traducidas del griego en el antiguo eslavón, se cantan ahora en las iglesias, al compás de una música sencilla y solemne, como la que ya he descrito á usted en otras cartas.

San Andrés de Creta, famoso en el sexto concilio de Constantinopla, es quien, principalmente, da en el día alimento á las almas devotas, si bien se leen asimismo, se cantan y se meditan otras mil oraciones, los psalmos, los profetas y los libros poéticos y doctrinales del sabio rey Salomón. Pero lo principal, repito que es el canon penitencial del compatriota de la hermosísima Ariadna. Allá, en el desierto de Palestina, en una escondida caverna donde vivió apartado de todo humano comercio, y conversando acaso con los espíritus puros,

© Biblioteca Nacional de España

compuso este santo su libro, que por cierto es bellísimo é inspirado, á juzgar por lo poco que yo he leído. Compuso también otro pequeño canon penitencial en honor de aquella *magna pecatrix*, Santa María Egipciaca, que después de haber amado mucho de mala manera, amó cómo y á quien debe amarse, con ternura infinita, y fué modelo de mujeres penitentes. Este pequeño canon se estudia también mucho en Cuaresma.

Esta primera semana es la más severa de todas: porque no hay *ortodoxo*, rico ó pobre, noble ó plebeyo, que no haga en ella examen de conciencia y se prepare á recibir la comunión. Todas las ceremonias, purificaciones y ritos que hay aquí que hacer antes de confesarse y comulgarse, son, en verdad, grandes y temerosos, y no lo son menos las oraciones que se rezan en una ocasión tan importante. Entre estas oraciones, hay algunas que á un católico romano le parecen extrañas, si no por el pensamiento, por el modo con que el pensamiento está expresado. He aquí, por ejemplo, este pasaje de una de ellas: *Tú, cuya ascensión gloriosa hizo que la carne participase del principio divino y que la elevaste á la derecha del Padre, concédeme hoy, por la comunión de tus santos misterios, el ser admitido á la derecha tuya, entre todos los justos.»* No tengo que decir,

© Biblioteca Nacional de España

ó que repetir á usted que aquí comulgan los legos bajo las especies de pan y de vino.

Los teatros están cerrados; mi amigo Mourawieff invisible, y sin duda posternado en su oratorio; y adonde quiera que va uno le dan con la puerta en los hocicos. Para que los profanos hagan también penitencia, además de la que ya hacen con no poder ver á nadie, ha venido el deshielo á poner las calles en un estado lastimoso. A pie no se puede salir, á no querer nadar en un fango negro y nada aromático; y en coche va uno como picado por la tarántula, dando brincos y haciendo contorsiones horribles, con el traqueteo y los sacudimientos que causan los baches en en que se hunden los carruajes. Las ruedas hacen subir el lodo hasta las nubes y le salpican á uno miserablemente, embadurnándole la cara y convirtiéndole en un etiope, si se descuida un poco.

Entre la gente elegante de San Petersburgo, que tiene en el fondo del alma algo de descreído y volteriano, puede que haya un poco de hipocresía ó de fingimiento en las penitencias que hace; pero el pueblo, creyente de veras, se da, en efecto, muy malos ratos por amor de Dios. *Non est grave*, dirán ellos, *humanum contemnere solatium, cum adest divinum*, y por esto, en estos días, se maceran la carne y se alimetan de tagar-

© Biblioteca Nacional de España

ninas, como vulgarmente se dice. Verdad que á veces suele caer en la tentación, y si no comen, beben, y por lo mismo que tienen el estómago vacío, se ponen con facilidad calamucanos en lo mejor de la penitencia. Fuera de estos tropiezos, no dudo yo que la hagan muy grande. Desde que en Rusia se introdujo el cristianismo, viene dando este pueblo gloriosos ejemplos de devoción y de abstinencia. Aun antes de que se introdujera, y aun antes de los tiempos históricos, los han dado estupendos. Dígalo si no Abaris, aquel famoso sabio hiperbóreo que se alimentaba del aire, como los camaleones, y que llegó á ser tan sutilísimo, tan ligero y tan versado en la dinámica, que se montaba en una flecha y trasponía adonde se le antojaba con una velocidad de todos los diablos.

Aquí no tienen á menos, antes se glorían de tener algo de asiáticos y de ser el lazo de unión, la síntesis de las dos civilizaciones, asiática y europea. Por lo que tienen de europeos, pretenden poseer el amor y el entendimiento del arte y de la hermosura de la forma de los italianos; la capacidad práctica de los ingleses y el *esprit* de los franceses, con toda su ligereza. Por lo que tienen de asiáticos imaginan que son, ó son en efecto, contemplativos, graves, abstinentes y religiosos. Mucho de asiático tienen, sin duda, las sectas fanáti-

© Biblioteca Nacional de España

cas que aquí hay y de que hablé á usted hace algunos días.

Al leer algo sobre estas sectas, ó al oir hablar de ellas, cree uno que son antiquísimas; restos acaso de las herejías orientales de los primeros siglos de la Iglesia, ó de las supersticiones paganas de la Siria, de la Caldea, de la Persia y del extremo Oriente. Por un lado acuden á la memoria Orígenes, San Simeón Stilita y San Hilarión, que no comía más que un higo por semana; y por otro, los sacerdotes de Cibeles, las purificaciones de los teurgos y hasta las mortificaciones espantosas de los penitentes del Indostán, las cuales, al menos en poesía, acaban de vez en cuando de un modo risueño. Creen los bramines que por medio de la penitencia vencen á los dioses inferiores y se acercan á la omnipotencia de la santa Trimurti. Indra y todas las deidades atmosféricas se encelan con esto, y para impedir al bramín que triunfe y haga milagros de mayor cuantía, le mandan una ninfa aérea, que á duras penas se puede imaginar más hermosa, la cual aparta al santo de la penitencia, pero le da, en cambio, una numerosa y masculina sucesión, casi toda de héroes, y en número á veces de sesenta ú ochenta mil, los cuales forman un ejército invencible, someten al poder de su papá todo lo descubierto de la tierra, bajan á los profundos infiernos, sin dárseles un comino

© Biblioteca Nacional de España

de las tortugas y de los elefantes monstruosos que le guardan y sostienen el mundo, y hacen, por último, tantas otras bizarrías é insolencias, que Siva se incomoda, da un ligero resoplido con las narices y los reduce á todos á cenizas, sin que queden apenas de estas cenizas para llenar un medio celemín. Acontece en otras ocasiones que en el país donde el bramín hace penitencia, no llueve ni gota, porque Indra no quiere que llueva. El rey consulta entonces á los astrólogos y asegura que si no ponen remedio á tanto mal, les cortará á todos la cabeza. Los astrólogos, al oir esto, se tienden panza arriba delante del trono y dicen que no lloverá hasta que la hija del rey, que ha de ser por fuerza de lo mas perfecto y acabado que haya en el mundo, y doncella además, se vaya á la gruta del penitente y le seduzca. Dicho y hecho, la Infantita hace un lío de su ropa, echa á andar, se planta en el desierto en un dos por tres y no por ciento, se pone de veinticinco alfileres en cuanto llega cerca de la ermita, alborota y saca de sus casillas al santo varón, y cuando le tiene ya bien seducido, empieza á llover á mares y se consuela la tierra y las plantas todas reverdecen y dan flores. Apenas escampa algo, se vienen los dos á la corte, de donde salen á recibirles con grande aparato, música y palio, se casan y el rey se muere de gusto y el penitente reina luego tan

© Biblioteca Nacional de España

bien, como si fuera oficio que pronto se aprende, ó como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

Usted dispense esta digresión indostánica, porque he refrescado ideas y tengo atiborrados los sesos de cosas de por allá, desde que he trabado amistad y he tenido coloquios con un docto orientalista de por aquí, llamado Kassowitch, el cual sabe más sanscrito que Kalidassa. Tiene éste (Kassowitch, se entiende), un puesto en la Biblioteca Imperial y cuida en ella del salón dedicado á la etnografía. Sabido es que esta ciencia debe más á la Rusia y á la España, que á ninguna otra nación, y que en ambas se puede decir que se creó á la vez, como cuerpo de doctrina: ahí por los trabajos de Hervás y Panduro, aquí por la protección de Catalina II. Desde entonces se cultiva con éxito en Rusia, y los rusos han contribuído grandemente al conocimiento sobre todo de las lenguas del Asia. Los nombres de Adelung, Pallas, Klaproth, Senkofski, Chischkoff y tantos otros lo acreditan.

Hay en este salón de la Biblioteca, donde asiste Kassowitch, infinidad de gramáticas y diccionarios de todas lenguas; cuantas traducciones y ediciones se han hecho hasta ahora de libros sanscritos, persas, chinos y árabes, y una colección de Biblias, Nuevos Testamentos, y Psalterios, curiosa y completísima. Los hay hasta en lengua cheremisa, mor-

© Biblioteca Nacional de España

duana, lapona, chamástica, fínica, esthónica, tártara y baskira, traducidos y publicados aquí. Entre las Biblias políglotas luce la Complutense, la primera que se publicó, gloria de Cisneros. De traducciones en castellano, poquísimas, salvo algunas parciales, hechas por judíos, y que son curiosas de veras. No he visto aquí la célebre de Ferrara.

De vez en cuando hago alguna nueva visita al *Hermitage*. La última vez que estuve en él, ví las obras de los escultores modernos extranjeros, que hay allí reunidas, y que me confirmaron en la idea que tengo tiempo há, de que la escultura vale más en nuestro siglo que la pintura. Dar por razón de esto que nuestro siglo es materialista y que la escultura es más material que la pintura, me parece poco acertado. En primer lugar, nuestro siglo no es más materialista que otro cualquiera, y en segundo lugar, entiendo que sólo vulgarmente y considerando las cosas por el bulto que hacen, se puede decir que la escultura es más material que la pintura. Buena pintura puede darse que sea una mera y fiel imitación de la naturaleza; buena escultura no. En ella debe lo ideal entrar siempre por mucho. Un Teniers escultor sería un muñequero. Si el escultor imita la forma, es para producir con esta ocasión la belleza; y la belleza existe en el alma del escultor y en la del perito que considera su obra, independientemente de la for-

© Biblioteca Nacional de España

ma sensible que en la obra reviste. Esta es sólo el vehículo por medio del cual transmite el escultor su idea á quien es capaz de comprenderla; esto es, al que la tiene en sí: porque digo mal en decir que la trasmite; no la trasmite, sino que la despierta. Si no tiene usted en su alma toda la hermosura del Apolo, jamás comprenderá usted su hermosura. Por eso ha dicho Plotino que sólo los hermosos comprenden á los hermosos.

La hermosura toma ya en la mente humana ciertas formas, que se llaman tipos ideales, y que son como la regla y el crisol con que medimos y depuramos la imperfecta y confusa hermosura de las cosas visibles. Si el tipo ideal de la Venus no hubiera estado preconcebido en la mente de Praxiteles, Praxiteles no hubiera sabido distinguir, depurar y fundir en una, todas las bellezas incompletas y esparcidas de las muchachas griegas que tuvieron la honra de servirle de modelo. Yo no creo, como Gioberti y otros, que es una preeminencia de la música y de la arquitectura el no haber menester la imitación, para crear la belleza. La misma preeminencia tendría entonces el que pinta ó esculpe un arabesco ú otro capricho de ornamentación. ¿Qué importa que la forma exista en la naturaleza, si la idea, que está para el vulgo como escondida en la forma, sale de la mente humana y viene á ella de la divina?

© Biblioteca Nacional de España

Digo todo ésto, acaso sin venir aquí á propósito, primero, porque la ociosidad es madre de todos los vicios, y como hoy no tengo nada que hacer, he dado en el peor de ellos, *escribendi cacoethes,* y segundo, porque estoy harto de oir acusar á los griegos de que divinizaron la materia y de que materializaron el pensamiento. El pensamiento de Dios se materializó también y salió el universo de la nada. El que inventó la palabra, ya fuese hombre, ya demonio, si es que la palabra no es creación divina, materializó también el pensamiento; y más le materializó el que detuvo, fijándola en letras, *la palabra veloz que antes huía.*

Las mejores estatuas que hay en el *Hermitage,* de escultores extranjeros, parece como que vienen en apoyo de mi opinión, ya que la idea helénica que representan es una de las más espirituales y metafísicas que han llegado jamás á envolverse en un *mytho:* la fábula de Psíquis y Cupido. Si yo tuviese tiempo, paciencia y la serenidad de espíritu conveniente para filosofar, había de tomar la fábula, tal como la escribió Apuleyo, y hacer un comentario de ella que sería más sutil que cuanto sobre amor escribieron León Hebreo y Fonseca, y que podría intitularse *La filosofía de la voluntad, de todos los misterios del amor y del libre albedrío.* Una estampa, copiando la estatua de Tenerani,

© Biblioteca Nacional de España

que figura á Psíquis abandonada del amor y deseosa de volar hacia él, sin que sus leves alas de mariposa le basten á levantarse de la tierra, había de ir en el frontispicio de la obra.

Además de esta maravillosa creación de Tenerani, hay un grupo de Psíquis y Cupido, de Canova, también hermosísimo. Del mismo autor un *Paris*, y un *Genio de la muerte* lleno de dulzura, de esperanza y de belleza. De Tenerani *Amor y Venus*. De Pradier *Venus y el amor que llora*. De Wolff una *Amazona*. De Dupré *La muerte de Abel*. De Falconet un *Amor que impone silencio*. De Bienaimé una *Bacante* y una *Diana*. Y por último, otra *Diana* de Houdon, muy de notar, á más del primor con que está hecha, por ser el retrato de la célebre Condesa Du Barry. Hay, además, otras varias obras, que dejo de apuntar por ser de menos importancia y mérito.

Adiós. Suyo afectísimo,

J. VALERA.

© Biblioteca Nacional de España

San Petersburgo 12 de Marzo de 1857.

Mi muy querido amigo (1): pasada ya la primera semana de Cuaresma, en la cual la gente se prepara aquí á recibir y recibe, por lo común, los Santos Sacramentos, cede un tanto aquella severidad mística de que hablé á usted en una de mis cartas anteriores, y aunque no volvemos á tener bailes, ni comedias, ni óperas, tenemos, en cambio, *raouts*, palabra que ignoro de qué lengua ha salido, ó si es en un todo de nuevo cuño é invención caprichosa; aunque, para ser tal, es bastante fea, y no le alabo el gusto á quien la inventó. Tenemos, asimismo (cosa extraña no consintiéndose óperas ni comedias), cuadros vivos, ó dígase *posturas plásticas*, como aquí las llaman, donde las más lindas y desenvueltas histrionisas y bailadoras lucen sus encantos, no sólo fingiendo con arte dedáleo pasajes de las sagradas Escrituras, sino lances mitológicos de los más profanos. Hay, por último, conciertos religiosos, donde los sochantres y los niños de coro, de que ya he hablado á usted tantas veces, entonan los más sublimes cánticos al Altísimo. Aun durante la primera semana de Cuaresma, se han reunido los buenos *ortodoxos* de la

(1) Don Leopoldo Augusto de Cuelo.

© Biblioteca Nacional de España

aristocracia á rezar juntos en esta ó en esotra capilla del palacio de alguna gran señora, que tiene excelentes músicos á sueldo y cuanto se requiere para que la fiesta sea tan magnífica y agradable como devota. Aquí acusan al vulgo de los católicos de que, no entendiendo el latín, no entiende tampoco las palabras que pronuncian los sacerdotes en el templo, y no toma parte ni se une á ellos, levantando armónicamente la voz y el corazón al cielo. Aquí, á lo que afirman, entienden el eslavón hasta los más rudos y todos unen su plegaria á la del sacerdote, con inteligencia completa de lo que el sacerdote dice.

Fácil es contestar á este argumento contra el uso del latín, y más si se contesta á los cristianos de la Iglesia oriental, que se sirven también de un idioma muerto, comprendiendo sin duda, como nosotros comprendemos, que un dogma inmutable y eterno, debe enunciarse solemnemente, con fórmulas que también lo sean, y no en una lengua vernácula, sujeta á perpetuas modificaciones. Además de esto, parece más digno y decoroso el que los altos misterios y las cosas santas se digan en una lengua no usada por el vulgo, que no con las palabras mismas que el vulgo emplea de continuo para las cosas más profanas y ruínes. Si circunstancias eventuales hacen que el eslavón se asemeje al ruso, y la lengua de los evangelios y de

© Biblioteca Nacional de España

los cantos de iglesia griegos, cuando no la de Demóstenes, al moderno románico, y el georgiano antiguo al que hoy día se habla, esto no destruye en manera alguna la validez del razonamiento que ellos y nosotros hacemos, y que nos lleva igualmente á usar en la Iglesia de un idioma que no se emplea ya en la conversación familiar. Pero nosotros tenemos aún una razón más, que ellos no tienen; la universalidad del idioma latino. Entre los orientales se emplean diferentes lenguas, según las diferentes nacionalidades. Entre los católicos hay unidad hasta en el habla, y se diría que en el seno de nuestra madre la Iglesia, hasta la pena de Babel ha sido perdonada.

Por estos discursos contra los católicos, y por otros, que suelo oir aquí á menudo, noto que en cierta clase de la sociedad hay alguna tendencia al protestantismo. La Francia ejerce un influjo visible y superficial: la Alemania, empiezo á creer que también le ejerce, aunque de un modo más recóndito y profundo. Un libro francés le entienden todos: lo cual puede ser alabanza ó censura, según se interprete, y según el caso en que se diga. Un libro alemán tiene, por lo común, más que estudiar, y arredra á los aficionados á la lectura. Pero las ideas de los alemanes suelen ser tan sutiles y penetrantes, que se escapan del libro en que están encerradas, como de los libros de conjuros del

© Biblioteca Nacional de España

mágico Bayalarde se escaparon los diablos; se mezclan con el aire que se respira y se introducen, sin saber cómo, en las inteligencias. La Alemania, además, está más cerca de este Imperio; algunas de las provincias de este Imperio son alemanas; y hasta en Crimea y Siberia hay colonos alemanes, que han traído á Rusia su actividad y su pensamiento. Comerciantes, médicos, boticarios, panaderos, y otra multitud de artesanos de toda laya suelen ser de raza germánica. La mitad, por lo menos, de cuantos se emplean en las ciencias y en la literatura, son de la misma raza. Se origina de aquí que, sin desearlo, sin percibirlo siquiera, y detestando cordialmente á los alemanes, se alemaniza algo el pueblo ruso, adoptando á veces lo bueno y en ciertas ocasiones tomando lo peor de sus civilizadores y disimulados maestros. No tan disimulados, sin embargo, que á veces no les haya costado carísimo el magisterio. Sirva de ejemplo Koulmann, quemado vivo á fines del siglo XVII, por predicar las doctrinas de Jocobo Boehme.

En efecto, desde aquella época, empezaron á entrar en Rusia, con la civilización alemana, las heregías, la teología y la filosofía alemanas del protestantismo. La antigua civilización griega, trasplantada á Rusia con la religión de Cristo, desde fines del siglo X, dió aun entonces razón de sí, combatiendo las nuevas heregías. Los dos herma-

© Biblioteca Nacional de España

nos Lichondi, naturales de las islas Jónicas, escribieron en contra de estas peligrosas novedades. Desde entonces se puede decir que hay dos tendencias contrarias entre las personas doctas en teología. La escuela de Kiew representa la tendencia antigua y estudia las obras de los Santos Padres, por donde se acerca al catolicismo. La escuela de Moscou principia á dedicarse al estudio de los doctores del protestantismo germánico.

Desde mucho tiempo há, ciertas doctrinas de Alemania, así teológicas como filosóficas, al través de mil sutilezas y nebulosidades, y pasando por un racionalismo más ó menos patente, vienen á parar al cabo, como último término, en el panteísmo ó en el egoteísmo; ateísmo menos franco y comprensible, aunque más sabio y bien deducido que el de los materialistas. Llegada la ciencia, por errados caminos, á un extremo tan lastimoso, concluye por fuerza con todo progreso ideal, y sólo da cabida al progreso material, cuando no salta del industrialismo al socialismo, y acaba por atajar también este menos importante progreso. Sin embargo, como todas las cosas visibles é invisibles, reales é ideales, si está expresión se me consiente, están enlazadas por un lazo maravilloso y armónico, hasta el propio progreso material, completo y perfecto, es inconcebible sin el progreso ideal, para el cual se ha menester un tipo

© Biblioteca Nacional de España

ideal perfectísimo, que esté fuera de nosotros, y al cual procuremos aproximarnos de continuo. Por eso Proudhon, en su famoso libro de *Las contradicciones económicas*, no creyendo en Dios, y creyendo en la perfectibilidad humana, ha comenzado por hallar en sí la mayor de las contradicciones filosóficas y, para salvarla provisoriamente, y seguir adelante, ha establecido *la hipótesis de que hay un Dios*. Esto prueba que hasta para Proudhon es inexplicable é inconciliable la perfectibilidad humana con el ateísmo, á pesar de aquel precepto, si ingenioso, sofístico, de que *debemos reconstruir dentro de nosotros nuestro propio ideal.*

El concepto de este propio ideal no se desenvuelve dentro de nosotros, sino que viene de fuera. Por eso se perfecciona y magnífica y va creciendo con el andar de los siglos, como una perpetua revelación de Dios. Negado éste, ¿de dónde dimana y viene á nosotros ese concepto y su progresivo desarrollo? La razón colectiva, el alma suprema, la energía impersonal, que hoy no tiene conciencia de sí y que mañana la tiene, que hoy se conoce á medias y se pone por modelo, y mañana se conoce mejor y aumenta la perfección á que debe aspirarse, sin tocar nunca á lo infinito y á lo absoluto, no bastan á explicar este fenómeno, que nace de lo absoluto é infinito. Todo lo bueno,

© Biblioteca Nacional de España

todo lo hermoso y todo lo verdadero, que hoy no existe en nuestra alma y mañana aparece en ella, no nace allí como desenvolviéndose, sino que viene de fuera, no de una abstracción, sino de una persona, no de un ser *único* que nos absorbe, sino de un ser *uno* que nos comprende y nos crea. Este ser, á semejanza de la columna de fuego que alumbraba y guiaba á los israelitas durante la noche, nos alumbra y nos guía de contínuo. ¿Adónde iremos sin que nos guíe y alumbre? Los pueblos que no ven esta luz, ó la ven malamente, se extravían ó se separan. Los pueblos que la niegan ó que quieren hallarla dentro de sí, se estacionan también. La doctrina de los letrados chinos se parece al moderno egoteísmo de los alemanes. Por más que se cubran estas doctrinas de tinieblas metafísicas, siempre se ocultará la nada en el fondo y de la nada, nada puede sacarse.

Raras ideas de estas tienen curso entre la gente aristocrática ó estudiosa de por aquí. Más se sabe de ello en España: aunque pocos conocen los libros alemanes, sino por traducciones. Lo que aquí es singularísimo es que muchas de esas ideas, venidas de Alemania, se hayan introducido, no por escrito, sino de palabra; no entre los letrados, sino entre la gente más ignorante y más humilde; no, por último, á manera de filosofía, sino á manera de secta religiosa. Entre las varias sectas de este

© Biblioteca Nacional de España

género, la más extraña es la de ios *dugoborzi* ó *combatientes espirituales*. Esta secta ha seguido paralelamente las mismas evoluciones que el racionalismo de los protestantes de Alemania, de donde ha nacido. En tiempo de Catalina II eran los *dugoborzi* una especie de protestantes algo místicos y racionalistas á la vez. Después, confundiendo la verdad revelada con la verdad que sólo por la razón se nos hace patente, y aplicando á lo sagrado la misma máxima que sobre lo profano he dicho yo en esta carta, y que con respecto á lo profano solamente quiero que se entienda, imaginaron una revelación continua de las verdades religiosas. Dijeron luego que el Cristo ideal es el que perpetuamente nos salva, é imaginaron también una redención perpetua. Más tarde este Cristo ideal volvió á incarnarse, según ellos, en uno de su secta, que fundó una especie de falansterio ó armonía como la de Owen. Dieron en seguida un paso más y supusieron que el Cristo ha transmigrado de cuerpo en cuerpo, desde que por primera vez vino al mundo hasta nuestros días. Y, por último, llegaron al extremo de suponer que todo hombre es Cristo, es el Verbo Divino incarnado, es Dios mismo. La identidad de la naturaleza humana y de la naturaleza divina fué tenida por indudable. Entonces, los *dugoborzi* colocaron sobre sus altares á un hermoso mancebo y

© Biblioteca Nacional de España

adoraron en él al Verbo, como los revolucionarios de Francia á la diosa Razón; y, como los revolucionarios de Francia, cometieron mil crímenes, si aquéllos para defender sus doctrinas, éstos para cubrir las suyas con el velo del misterio. Dicen que los *dugoborzi* asesinaron á cientos á sus parciales, porque habían revelado algunos de sus ritos, ceremonias ó creencias. El Gobierno ruso los persiguió con energía, y hoy, los que quedan y no se han convertido, andan dispersos por todo el Imperio. Asombra, verdaderamente, que ideas tan alambicadas como las de esta secta, hubiesen podido entrar en la cabeza de unos pobres y rudos campesinos, que son los que generalmente la siguieron, sin que se hable de ninguna persona de cuenta que estuviese en ella afiliada.

He vuelto á ver varias veces al doctor Mourawieff, que ayer me llevó consigo á oir la misa de San Gregorio Magno, que llaman *de los dones presantificados*. La oímos en la capilla del Conde Cheremetieff, uno de los más poderosos magnates de Rusia, que tiene ciento cincuenta mil siervos y tierras en proporción. Su palacio es magnífico. Hermosos cuadros, italianos y flamencos, adornan las paredes. El oratorio es un tesoro de imágenes bizantinas, cubiertas de oro, plata y piedras preciosas. Allí hay vestiduras sacerdotales bordadas de perlas, rubíes y esmeraldas. Ochenta cantores

© Biblioteca Nacional de España

de todas edades alababan al Señor en la capilla. El pan y el vino estaban consagrados desde el domingo, y no se consagraban en esta misa. No se cantó evangelio; pero el presbítero salió del *sancta sanctorum*, ó como quiera llamarse, y presentó una luz, símbolo de la luz divina. Todos se echaron por tierra, y yo con ellos, cuando se presentó esta luz. A cada paso había que hincarse de rodillas y dar con la frente contra el polvo. Hubo una ocasión en que tres niños de coro vinieron á ponerse delante del iconostasio, y entonaron un cántico maravilloso de hermosura, cántico venido de Grecia, patria de lo hermoso. Era el cántico de los tres mancebos de Babilonia, que estaban en el horno sin arder. El coro respondía, figurando los ángeles que confortan á los tres mancebos. Todo esto tenía algo de dramático y mucho de poético y solemne. Pero el momento más solemne y conmovedor, fué cuando se abrieron de repente las puertas del iconostasio, y mientras el coro decía, con muy hermosa música, *ya bajan los espíritus del cielo, y están con nosotros, aunque invisibles, y toman parte en el sagrado sacrificio*, el sacerdote se adelantó con paso majestuoso y pausado, la barba luenga, la cabellera flotante, el ropaje talar, y trayendo en las manos el cáliz con el pan y el vino. En aquel momento, según dice San Juan, en la Apocalipsis, cayeron todos como muertos

© Biblioteca Nacional de España

á los pies del sacerdote; él puso el cáliz sobre su cabeza y así lo presentó á los fieles. Se cantaron, asimismo, una muy tierna oración de San Efrén, el padre siriaco, muchas letanías y un himno á la Virgen. Después que comulgó el sacerdote, nos repartieron á todos el *antidoro* ó pan bendito. Yo tomé un par de pedazos y no me supieron mal, ya sea porque la bendición los hace más sabrosos que de ordinario, ya porque estaba en ayunas.

Adiós. Esta carta va llena de borrones: pero no tengo tiempo ni paciencia para copiarla.

Créame suyo afmo.

J. VALERA.

San Petersburgo 20 de Marzo de 1857.

Mi muy querido amigo (1): Aun seguimos viendo las curiosidades de esta gran capital; pero tan pausadamente, que me temo que no concluyamos nunca. Los encantos de la sociedad elegante, muy animada en los *raouts*, á pesar de la Cuaresma, nos distraen mucho de aquellas instructivas excursiones.

Ultimamente hemos ido, sin embargo, á visitar la Academia de Ciencias, fundada en 1725, y que

(1) D. Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

posee un curioso gabinete de Historia natural. Lo más notable que allí hay, son los aerolitos, los fósiles y algunas otras producciones, tanto minerales como de la fauna de este Imperio, que difícilmente pueden hallarse en otros gabinetes.

Si los aerolitos son verdaderamente asteroides, como afirman los doctos y yo creo, fuerza es confesar ó ya que Micromegas era un embustero, y que en las estrellas y planetas no tienen los cuerpos más propiedades que en este mundo sublunar, ó ya que, por no tener nosotros más que la miseria de cinco sentidos, no podemos percibir sino poquísimas de sus propiedades. Ello es que á la vista, y aun analizados químicamente, no presentan los aerolitos nada de extraño ó peregrino á nuestro globo, predominando en ellos el hierro y el niquel. Acaso lo demás se nos escape, porque yo tengo por cierto que ni de las cosas mismas que vemos de diario, conocemos más que lo fenomenal y no lo sustancial é importante; y lo fenomenal lo percibimos sólo de cinco maneras, pudiéndolo percibir de cuarenta si tuviésemos cuarenta sentidos. Los sabios se han calentado la cabeza para averiguar cómo podría ser un sentido nuevo, y jamás han podido concebirlo; aunque bien se puede asegurar que si le tuviéramos, la creación entera se duplicaría para nosotros, y las nuevas y desconocidas impresiones que recibiría-

© Biblioteca Nacional de España

mos, no cabrían en las lenguas que ahora se usan, y, ó serían inefables, ó nos moverían á hablar, acaso de repente, nuevos y más perfectos idiomas, ya que por medio del sentido nuevo no nos pudiésemos entender de otra manera mejor y más íntima que con la palabra. Gran cosa sería si algo de esto se lograse; pero ¡cuánto no habría aún qué pedir! Las quejas de algunos filosofastros contra la ciencia, que destruye la imaginación, son infundadas. Por más campo que descubra la ciencia, siempre quedará para la imaginación un campo tan vasto como el universo mundo comparado con este pliego de papel. Si independientemente, esto es, saltando por cima de los sentidos, pudiésemos llegar á la naturaleza y comprenderla, siempre la comprenderíamos dentro de las formas del entendimiento, y de una manera incompleta y subjetiva. El entendimiento no puede libertarse de sus formas sin aniquilarse. Sus formas son las categorías, la ciencia humana, las matemáticas, el entendimiento mismo. Por eso los que quieren escudriñar más hondamente el misterio de las cosas, aniquilan el entendimiento, se entregan á Dios ó al diablo, y se hacen místicos ó brujos. Misticismo, brujería, milagros, visiones y duendes hay, hubo y seguirá habiendo mientras haya hombres; y es tonto y presumido quien niega todas estas cosas. Y me parece que, por ejemplo, para ver los duen-

© Biblioteca Nacional de España

des, no ha de ser menester un sentido más, sino tener muy aguzado ó perspicaz alguno de los que ya tenemos, y singularmente la vista ó el oído: por donde creo á pie juntillas que el Padre Fuente de la Peña trató con los duendes, é inspirado por ellos escribió su famoso libro *El ente dilucidado*.

Tales reflexiones, y otras que callo por no ser prolijo, se me ocurrieron al ver los aerolitos, y al no descubrir en ellos, por más que me volvía todo ojos, sino un pedazo de mineral como otro cualquiera. El mayor de estos aerolitos no es tan grande como el que cayó en Egos-potamos, según refiere Tucídides, pero ya tiene, sin duda alguna, sus dos varas y media de bojeo, y es redondo como una pelota.

Los mamuths son mayúsculos de veras, y no hay elefante que no sea al lado de ellos un gorgojo. Algunos conservan la piel y los pelos; porque también en tener pelos se diferenciaban de los elefantes.

Las aves y los cuadrúpedos de especies vivas están muy mal disecados, por lo común; pero hay de ellos grande copia. Allí ví el onagro ó asno selvático y el *djiggetai* de la Mongolia, primer bosquejo que hizo la naturaleza, antes de producir el caballo. Allí el bisonte de Lithuania, el auroch del Cáucaso, el argalí, y otra infinidad de cabras, y

© Biblioteca Nacional de España

linces, y osos, y rengíferos y ciervos y dantas. De los animales que principalmente se crían en Siberia, y que dan las hermosísimas pieles con que se cubren y abrigan las damas y elegantes caballeros, ví allí los más preciosos; la marta cibelina, el armiño y el zorro negro. De pájaros dicen que se conocen en Rusia siete mil familias ó especies. Los cantores no son muchos, pero sí lo son los de presa. Buhos, buitres, halcones y águilas era cosa de nunca acabar los que ví; descollando entre todos un buho, blanco como la leche, y de un tamaño colosal, y el águila dorada, que adiestran los kirghises para cazar con ella lobos y gacelas. Durante las fiestas de la coronación de Alejandro II, vinieron á Moscou kirghises con águilas, para que el Emperador y sus cortesanos cazaran de aquel modo, y las águilas son tan enormes y poderosas, que basta tener en cuenta la natural exageración de los orientales, para concebir que estas águilas, abultadas por esta exageración, son el *roco*, que tanto papel hace en las historias de *La lámpara maravillosa* y de *Simbad el marino*. Ví allí, también, el *eider* de la Nueva Zeulia, que produce el edredón, y muchas clases de perdices, tórtolas y palomas. Las palomas no se comen por aquí, ni nadie se atreve á matarlas, de lo que infiero que las que están allí disecadas morirían de muerte natural. Aquí las palomas infunden mucho

© Biblioteca Nacional de España

respeto, porque el Espíritu Santo tomó la figura de paloma; y así es que andan á bandadas por esas calles, y están tan domésticas, que á veces se le paran á uno en los hombros ó en la cabeza. De esto no me burlo, antes lo creo muy poético, y me hace recordar la idea que tiene la gente andaluza de las golondrinas, venerándolas hasta cierto punto, por la persuasión en que está de que ellas le sacaron á Cristo las espinas que se le habían clavado en las sienes.

Ya ve usted que no toco aquí más que los objetos de Rusia, y de éstos los más raros, porque poner por escrito cuanto ví en el Museo, en las dos horas que allí estuve, sería negocio de muchas horas más. Sabios viajeros alemanes y moscovitas han enriquecido este Museo, dejando en él cuanto traían coleccionado, de vuelta de sus viajes, así es que hasta de las tierras más lejanas hay abundantes producciones, en particular del Brasil. La colección de monos, de mariposas, de insectos y de colibríes es muy buena. Colibríes acaso haya de ciento veinte especies; verdad es que las especies de colibríes pasan de trescientas; al menos así lo afirma quien lo entiende.

Hay, además, en este Museo, muchos zoofitos, y conchas y caracoles; y, entre las conchas, la que produce un hilo sedoso con que se agarra á las peñas. Este hilo se teje, y he visto aquí guantes y

© Biblioteca Nacional de España

calcetas hechos con él, lo cual yo no sabía sino por los libros y por haber leído, en no recuerdo qué crónica, que el famoso califa Haroun-al-Raschid le sirvió de presente al Emperador de Constantinopla un par de guantes de este hilo. Algunos, de vuelta de Filipinas, han traído á España un hilo semejante ó idéntico, producto de una concha. En fin, acaso con el tiempo se llegue á tejer algo más precioso que la seda, que el nipi y que la lana de Cachemira. En el Brasil he visto arañas que hacen sus telas de una sustancia consistente, suave y, tan linda, que dan tentaciones de vestirse de telarañas.

Después de haber visto la Escuela de Minas, no llama tanto la atención la parte de mineralogía que hay en este gabinete; pero siempre renueva, si no aumenta, la alta opinión que uno tiene de la riqueza de este país dilatadísimo, en mármoles, jaspes, piedras y metales más ó menos preciosos. El diamante, el topacio, las esmeraldas, el ópalo, el granate, la calcedonia, el ágata, el ónix y el crisólito, se dan en este Imperio. En fin, grandes tesoros, guardados en los tiempos primitivos por aquella caballería diabólica y oji-única de los Arimaspes, y hoy por gente no menos terrible, aunque ni con mucho tan fea.

La Academia de Ciencias tiene también su gran biblioteca, su monetario y una colección de 12.000

© Biblioteca Nacional de España

libros chinos, y de dos ó tres mil en lengua tibetana. De todo esto poquísimo se conoce aún en Europa, al menos que yo sepa. Aquí, sin embargo, se ocupan mucho de las cosas asiáticas, principalmente desde los tiempos de Catalina II; mas no se ocupan tanto de las literarias cuanto de las políticas. En el Ministerio de Negocios Extranjeros hay una sección numerosísima que se emplea en ellas de continuo. No sé lo que hará, porque aquí hay más sigilo que en parte alguna. Para saber de política hay que recurrir á los periódicos de otros países y echar á volar la imaginación, como hacen dichos periódicos. Yo no aplaudo ni vitupero esto de callar tanto las cosas y de guardar ó aparentar tanto misterio, si bien me doy á sospechar que, el misterio, político sobre todo, oculta á menudo la nada y que, por consiguiente, es útil para ocultarla y para que piense la gente, después de mil penosas cavilaciones, que hay dos mil diabluras donde no hay más que viento. Esta doctrina, del misterio encubridor de la negación, es el axioma primordial de la diplomacia. Con callarse consigue uno no pocas veces que le digan lo que imaginan que uno piensa y se calla. De esta suerte se llega á saber lo que debe uno pensar y callarse. No digo yo por eso que todos los pensamientos que aquí se ponen por obra vienen de fuera á enredarse en este misterio, que es como una red para cazar

© Biblioteca Nacional de España

pensamientos; pero aunque así fuese, ya sería un pensamiento, y no chico, el haber inventado esta red para cazar los ajenos. El Conde de Nesselrode nunca pensó cosa alguna mediana por sí mismo, pero en el día es otra cosa; Gortchakoff es un águila. Todos los rusos lo dicen, si bien es cierto que no hay Emperador reinante ni Ministro imperante, que no pase aquí por un portento. En los que caen ó mueren se desquitan estas alabanzas con sobra de sátiras y recriminaciones. Exactamente como entre los egipcios el juicio de los muertos.

En fin, y volviendo á los libros tibetanos y chinos, diré que los primeros han de ser los más traducidos del chino ó del sanscrito por los sectarios de Buda. En cuanto á los segundos, se debe creer que contendrán mil inauditos tesoros. Lástima es que en España no se formen también colecciones de estos libros y no se dedique alguien á interpretarlos, sin dejar á los extranjeros toda la gloria. No parece sino que San Francisco Xavier no fué español, ni el Padre Navarrete el primero que dió circunstanciada noticia de la secta de los letrados. Pero, buena tontería es aconsejar que se estudie el chino cuando apenas se estudian el árabe y el hebreo, y dejamos á Dozy que nos enmiende la plana, y á los alemanes que traduzcan y comenten á los poetas y filósofos rabinos españo-

© Biblioteca Nacional de España

les, sin que nosotros tomemos cartas en el juego. Siempre me está zumbando en los oídos aquel dicho de Scaligero *alliquid lusitani docti, pauci vero hispani;* y como no soy ni presumo ser de estos pocos, reprendo con más desahogo, á ver si los que hay vuelven por nuestra fama; porque es menester que se entienda que de nuestra antigua literatura se hace gran caso en el extranjero, en Alemania sobre todo; de la moderna no se hace gran caso, y de la ciencia profana, antigua ó moderna, poquísimo ó ninguno. Guizot, para quien á pesar de ser hereje, era Donoso Cortés tan pródigo de elogios, dice que la España no cuenta para nada en la historia de la civilización, y de una plumada nos la borra y desaparece. Dios se lo pague.

En fin, ya basta por hoy, y no de rogarle que dé á usted paciencia para leer los cartapacios de su amigo,

J. VALERA.

Parte reservada.—El Duque está fuera de sí de desesperación porque no llegan los Toisones. No se atreve á mirar á Gortchakoff cara á cara, temiendo que le diga: «Caín, ¿qué has hecho de los Toisones?» Teme que ustedes no quieran mandarlos porque no van de aquí cruces para ustedes, y esto le tiene apuradísimo. Nunca ví inquietud se-

© Biblioteca Nacional de España

mejante, sino cuando D. Francisco Martínez de la Rosa esperaba al Ejército español, que debía venir y no venía á socorrer al Papa. De pie sobre un peñasco, y tendiendo los brazos y la vista á los mares, asemejaba á una Ariadna macho, según la describe Cátulo. Por Dios, envíen ustedes pronto los Toisones, si no quieren que haya una catástrofe. Acaso yo me tengo en parte la culpa con haber pintado con sobrada malicia las bellaquerías de Gortchakoff y la bondad de mi jefe. Pero Gortchakoff se ha conducido de modo que no se puede formular queja contra él. Por otra parte, el cambio está ya hecho, y limitándonos al cambio, se sale bien. Los San Andrés se estiman aquí mucho, y además van preñados de otras condecoraciones; todo esto lo digo porque de puro oir al Duque lamentarse y dar por cierto que ustedes no envían los Toisones, hay momentos en que supongo que esto sea posible, y me asusto. Entonces, en vez de enviar gente á Siberia, como casi hemos estado haciendo hasta aquí, sabe Dios si seremos nosotros los enviados.

© Biblioteca Nacional de España

San Petersburgo 24 de Marzo de 1857.

Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto.

Muy querido amigo y jefe: Esta es la cuarta epístola que me pongo á escribir á usted hoy. Tres llevo ya escritas y rasgadas. Tan aburrido y alterado estoy y tan mal dicho me sale lo que quiero decir á usted. Pero este será el último ensayo y salga como saliere. Causa de mi mal humor y desesperación es el mal humor y desesperación del señor Duque, porque no vienen los Toisones y la Banda. Todo esto se ha ofrecido ya aquí oficialmente, y creo que sin un grandísimo escándalo no puede dejar de venir. Galitzine salió de Moscou y estará ya en París; mas no irá á Madrid si antes no sabe que Diosdado viene de camino para Rusia. Los rusos son harto presumidos y no se adelantarán á llevar á Madrid sus dos Collares y su Banda si no saben que llega ya el presente para ellos. Usted dirá, y con razón, que los españoles no debemos ser menos presumidos que los rusos. Pues bien, que salga de Madrid Diosdado, que vea á Galitzine en París, que averigüe qué día estará en esa y que para el mismo día esté él en San Petersburgo. Por lo demás, el cambio está ya hecho, Banda por Banda y dos Toisones por dos Collares de San Andrés. Harto sé que en el cambio debiera haber-

© Biblioteca Nacional de España

se incluído por lo menos al Marqués de Pidal, condecorándole con el Alejandro Newski; pero, ¿qué hacer, si ya no se hizo? Peor sería el remedio que el mal de que nos quejamos. Si ha habido torpeza en esto, écheseme la culpa y hágase de mí lo que se quiera; mas, por Dios, que vengan los Collares, quiero decir los Toisones.

Yo, que soy suspicaz y bilioso, podré acusar á Gortchakoff de doblez y compararle al fiel de fechos de mi lugar; pero con el Sr. Duque de Osuna, con la persona oficial, *vulpes ad personam tragicam*, este tunante de Gortchakoff se ha conducido por tal manera, que nada hay que echarle en cara oficialmente. La informalidad estará ahora en nosotros si no vienen los Toisones y la Banda.

Asimismo se ha de notar que el Sr. Duque de Osuna disputó mucho antes de ceder, y cedió creyendo que no había otro medio de obtener para el Duque de Valencia lo que se deseaba, porque aquí dan á sus condecoraciones más importancia para los extraños que para los propios, hasta por compromiso, porque, habiendo dado poco á los franceses, no querían encelarlos ú ofenderlos dándonos á nosotros más. Añadiré que, prescindiendo, ya que es preciso prescindir, de la falta que se ha cometido en no contar en el cambio al Sr. Ministro de Estado, el cambio es muy igual. Yo soy más español que nadie y creo que el Toisón, ¿qué

© Biblioteca Nacional de España

digo el Toisón?, la cruz más pequeña de Isabel la Católica debería valer más que todos los Wladimiros, Alejandros, Andreses y Anas de Rusia; pero el caso es que Toisones se dan muchos á príncipes y personajes particulares extranjeros, y San Andrés apenas hay más que uno dado á extranjeros: el que recibió este Robert Macaire de Morny; pero Morny representa á la Francia, la nación que estos bárbaros sebívoros tratan de remedar en todo y á la que tienen en más.

Considerando esto, y en vista de las cartas del Duque de Valencia al de Osuna, y que el de Osuna me ha mostrado, mostrándose el Duque de Valencia contentísimo y satisfecho de tener el San Andrés, llegué á persuadirme al cabo de que en hacer el cambio habíamos hecho una gran cosa y echado un buen lance. Error de que no salí hasta ver la carta del Sr. Maqués de Pidal de 25 de Febrero último. Dispense usted lo desaliñado de la mía. No estoy de humor de escribir y escribo como por fuerza. Repito que no hay más remedio que enviar los Toisones. Si no se envían, el Duque y yo vamos á Siberia, en lugar del rapacallos iluso, como diría un periodista español, y Quiñones va al Cáucaso á estudiar las vertientes de las aguas de soldado raso del Estado Menor.

El Gortchakoff de Varsovia, como pájaro de mal agüero ha venido por aquí más feo, si cabe,

© Biblioteca Nacional de España

que le dejé por allá y más sabio de resultas de los estudios que ha hecho en la biblioteca de su palacio. Mlle. de Théric sigue poniéndose los calzoncillos. Veremos si entra el verano, se los quita y abre camino al ceguezuelo dios.

Me parece que si vienen los Toisones, Gortchakoff, con el gozo de colgársele, ha de hacer lo demás que se desea, y hasta ha de suprimir el 50 por 100 diferencial, sin que nosotros suprimamos nada. Tengo la cabeza hecha una bomba y no sé lo que digo. Quisiera convertirme en Toisones y darme al Duque para que el Duque me diera á Gortchakoff y descansase, y Gortchakoff me colgase de su cuello de cigüeña y me llevase á ver á la Princesa Kotchoubey é hiciésemos rabiar en grande á Esterhazy, que no tiene Toisón. Creo que si vienen los Toisones, Gortchakoff dará un ukase para que Mlle. Théric se quite los calzoncillos. Por Dios, y sin broma. Nadie está menos para broma que yo lo estoy. Por Dios, mi querido amigo, usted tiene mucho tacto y entendimiento y conocerá á las claras que aquí hemos hecho una majadería, pero irremediable. No puede usted imaginarse lo avergonzado que estoy de no haber salido bien de este negocio; mas ya no hay más que enviar los Toisones y la Banda. Gortchakoff dará luego lo demás, y ustedes seguirán enviando á su debido tiempo las otras dos ó tres Grandes Cruces.

© Biblioteca Nacional de España

He recibido las obras de mi Duque ingrato, que no me paga lo mucho que le quiero, y se las entregaré á Botkine cuando vuelva de Moscou, donde se halla ahora. Quien ha venido de Moscou, y á quien veo y trato, por carta que Merimée me dió para él, es al bibliófilo y poeta faceto Sobolefski, que es un Don Serafín Estébanez Calderón de por aquí. Habla el español, ha estado en España y conoce á Serafinito y á Gayangos, y con Gallardo tuvo un coloquio bibliófilo de tres días con sus noches, en las soledades de la Alberquilla. Tiene Sobolefski multitud de libros de los más raros, españoles, sobre todo de cosas de América y Asia. Como no pocos bibliófilos, conoce más títulos de libros que lo que en ellos se contiene, Es hombre de ingenio, aunque pesado en el hablar y algo extravagante. A mí me divierte, sin embargo, y además me servirá de mucho para ver bien los manuscritos españoles de la Biblioteca Imperial, y copiar ó hacer copiar lo interesante. Dice él, que hay aquí una famosa comedia de Calderón, desconocida en España y que Hartzenbusch no mienta en su catálogo. La copiaremos también; aunque por no tener aquí el Calderón de Rivadeneira, no podré cerciorarme de si es cierto lo que Sobolefski dice. Hay también la dificultad de que una misma comedia suele encontrarse con diversos títulos.

© Biblioteca Nacional de España

En fin, volviendo á los Toisones, yo entiendo que el cambio no es desventajoso para España. Conozco que el Sr. Marqués de Pidal, como Ministro de Estado de S. M., y aunque no dé importancia á las cruces, debe estar quejoso de Gortchakoff y de nosotros, y espero que todo se enmiende, si cabe enmienda, dándole en adelante el Alejandro y no habiéndoselo dado desde luego. Entretanto, es absolutamente necesario que vengan los Toisones y la Banda. El Duque y yo haremos luego lo demás. Tolstoi, que es Ministro adjunto, esto es, un segundo Ministro de Negocios Extranjeros, con voto y asiento en el Consejo, quiere un Carlos III, y creo que se logre acaso un Alejandro Newski en cambio. Mil veces le dije á Gortchakoff y á Gerebsoff antes que el primer cambio se hiciera, que sin dos cruces para el Sr. Marqués y para usted nada se haría. Después se ha hecho, y ya no hay remedio. ¿A qué echarle la culpa á nadie? Echemela usted á mí si le parece. Harto la tengo encima: porque los dos Toisones, los apuros del Duque, hasta cierto punto motivados, y la cólera del Sr. Marqués de Pidal, justa y justísima, pesan sobre mí como una pesadilla.

Adiós. Su amigo y servidor q. b. s. m.

JUAN VALERA.

© Biblioteca Nacional de España

San Petersburgo 26 de Marzo de 1857.

Mi querido amigo (1): aquí me tiene usted aún; pero ya con las más decididas ganas de largarme, á pesar de *tutte le curiosità*, y á pesar de *tutte le rarità* que me dejo por ver en este Imperio. Los mismos rusos no pueden extrañar este deseo, pues le sienten bien, y de tal modo, que no hay boyardo ni boyarda, ni príncipe ni princesa, que si logra verse con algunos cuartos y con licencia imperial, no trasponga para París esta primavera.

Wie wird sich dorten civiliziren
Die ganze Russia, und amusiren!!

San Petersburgo se quedará desierto. Los vapores están tomados para uno ó dos meses, desde que rompan y liquiden los hielos que cubren el Báltico. Yo, cuando me vaya, tendré, probablemente, que irme por tierra, aunque esté ya abierta la navegación.

En estos días he ido á ver las caballerizas de la Casa Imperial, donde hay más de dos mil caballos, de tiro y de silla, todos magníficos. Unos son de pura raza árabe, otros ingleses, otros tártaros, otros de los que crían los cosacos del Don. Estos,

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

más que otros, se parecen á los antiguos caballos españoles, como acaso Guadalcázar los tenga aún en sus dehesas de las cercanías de Córdoba, y como Velázquez los retrata en sus cuadros y Céspedes en sus versos. En fin, hasta tienen la cabeza acarnerada. Los caballos *trotones*, que así se llaman, por lo bien y rápidamente que trotan, tienen, asimismo, muy hermosa estampa, y provienen del caballo árabe cruzado con el dinamarqués, el holandés ó el inglés, resultando de aquí tres diferencias de la misma especie. Las caballerizas están con mucho lujo y aseo, y hay empleados en ellas muchísimos caballerizos, albéitares, herradores, palafreneros, espoliques y mozos de cuadra.

Vimos igualmente los coches de gala que salieron en la coronación de este Emperador, y que pasan de cuarenta, dorados todos, y con mucha pedrería falsa, y cariátides, y ángeles, coronas, cetros, genios y otros monigotes y figuras simbólicas hechas de talla en la madera. Algunos de estos coches, que son del tiempo de la gran Emperatriz Catalina, están cubiertos de lindísimas figuras de Watteau.

Hemos ido, por último, á los dos arsenales. En el uno funden cañones, y en un momento fundieron cuatro en nuestra presencia. Hay allí, además, una multitud de máquinas que, movidas por va-

© Biblioteca Nacional de España

por, hacen las cureñas, ruedas y demás perejiles de que ha menester el cañón para ser portátil. Los fusiles no se fabrican aquí. La fábrica más notable está en Tula. En el otro arsenal están almacenados y muy puestos en orden unos sesenta ú ochenta mil de ellos, en buen estado. Asimismo se ven allí cañones, banderas y otros trofeos tomados á los franceses en la retirada de Napoleón I, á los suecos en Poltawa, y á los turcos y á los persas en diferentes guerras que con ellos han tenido los rusos. Hay, por último, trajes, espadas, sombreros y otras prendas de todos los emperadores y emperatrices de la casa de Romanoff, y una colección de estandartes de todos los Gobiernos de este Imperio; los cuales, cubiertos de crespón, salen á relucir en el entierro de los Tzares, llevados por sendos enlutados que, á caballo y con armaduras pavonadas, van, de dos en dos, acompañando al augusto difunto.

Creo haber ya dicho á usted, que el literato Sobolefski, para quien tenía yo una carta de Merimée, ha venido aquí de Moscou, y que, por medio de la mencionada carta, he hecho conocimiento con él, y he encontrado, con agradable sorpresa, que es un antiguo amigo de mis amigos de España. Gayangos y Serafín Calderón le conocen mucho, y con Gallardo tuvo Sobolefski un coloquio que duró tres días y tres noches en las soledades

© Biblioteca Nacional de España

de la Alberquilla. No hay, pues, que decir, que Sobolefski es un furibundo bibliófilo y que sabe de libros viejos más que quien los inventó. Sobre los bibliófilos de España ha escrito en francés una serie de artículos. Tiene, según me ha dicho, una biblioteca española de lo más raro, sobre todo en punto á las cosas de Asia y América, á romanceros y cancioneros. Aquí alcanza una fama grandísima de poeta faceto, y sus coplas, que rara vez se imprimen, corren de boca en boca con universal regocijo. Es grande aficionado de los españoles, y singularmente de las costumbres andaluzas, bailes, tonadas, toros y demás majezas y bizarrías. La segunda vez que estuve á verle, se me plantó delante con el calañés de medio lado y una chupa con más caireles y cabetes de plata que estrellas hay en el cielo. Pronuncia muy bien la jota y canta la aragonesa y las playeras; ha conocido á todas las mozas crudas de Sevilla y de Triana; ha comido pescado en casa de Lacambra; y no ha quedado biblioteca, ni monumento, ni figón, que no haya visitado en nuestra tierra. Piensa volver por ahí y copiar en Simancas cuanto atañe á las relaciones entre España y Rusia, que comenzaron á fines del siglo XVII, según él dice, por un Embajador ruso que fué á Madrid en tiempo de Carlos II.

Adiós. Suyo afmo.

J. VALERA.

© Biblioteca Nacional de España

San Petersburgo 27 de Marzo de 1857.

Exmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto.

Mi querido amigo y jefe: la tardanza en el envío de las condecoraciones para esta familia imperial y para el príncipe-ministro, y el haber éste traslucido, ó mejor diré, visto á las claras, así por los despachos telegráficos que el Duque ha escrito, como por los que han contestado ustedes, que no es involuntaria la tardanza, han concurrido, aunque parezca cosa extraña, á que la señora Princesa de Galitzine, que ya iba camino para España, caiga enferma en Dresde y se quede allí con su esposo hasta que su salud mejore. Así me lo dijo anoche el mismo Gortchakoff, que sólo para ésto se acercó á hablarme, y que mal disimula su enojo. Dió anoche el Príncipe una tertulia magna á la cual asistieron las personas más empingorotadas de la corte, en número de trescientas, por lo menos, el Príncipe de Mecklemburg, que es un bendito, y el propio Imperante y autócrata. Estaba Gortchakoff con la banda de la Legión de Honor, que acaba de recibir de Francia, y se pavoneaba muy orondo, con tantas glorias, mostrando cada vez más abiertamente el favor de que goza y la importantísima posición que ocupa. El nos ha dicho que es el *Narváez de este Imperio.* Ahora,

© Biblioteca Nacional de España

pues, enviado ya el San Andrés para el de España, menester será que venga pronto, para el de Rusia, la Insigne Orden del Toisón de Oro. A lo hecho pecho y pelillos á la mar. Harto sé que el Primer Secretario de Estado debió entrar en el cambio: mas, ¿qué hacer si ya no entró? Echenme la culpa y manden esos Toisones, *quare inquietum est cor ducis, donnec requiescat in eos.*

De lo pasado no quiero hablar más, porque no tiene remedio: pero, de lo presente y de lo futuro diré que quizás sean cavilaciones mías y sobrada malicia el sospechar que no largarán aquí Grandes Cruces para el Sr. Marqués, usted y Serrano. Ahora creo que si llegan los Toisones, habrá Grandes Cruces, como debe haberlas, para ustedes dos, si no para nadie más. Entretanto, nunca menos que ahora es ocasión de exigirlas, cuando al hacer el trueque no se exigieron. Vengan los Toisones y ellas se caerán de su propio peso, como brevas maduras. Tolstoi no tendrá á mal que le den una y, por tenerla, hará que el Emperador, que es muy su amigo y del cual era como Mentor, cuando siendo Príncipe heredero, peregrinaba por tierra de cristianos, haga lo que conviene y es justo.

Tanto con el Duque como con el amigo Quiñones continúo teniendo muy mala opinión, y ahora recelan que yo tengo la culpa de que los

© Biblioteca Nacional de España

Toisones no vengan. Yo no sé si usted ha leído al Sr. Marqués las cartas mías; ni sé tampoco si he dicho en ellas lo contrario de lo que quería decir; pero mi intención y mi deseo han sido, una vez hecho el cambio, que vengan los Toisones y la Banda. Las que yo no quería que viniesen eran las otras Grandes Cruces, no dando aquí las correspondientes, al menos por ahora. Ignoro, asimismo, si de haber sido yo y no el Duque quien tuvo con Gortchakoff la última conferencia, se hubiera cerrado el trato, como quedó cerrado, dejándome *imponer* por dicho señor, y seducir por sus lisonjas, ó si me hubiera resistido. Sólo sé que aconsejé al Duque que resistiese, y si no lo hizo, no sólo fué parte en esta flaqueza la *impostura* de Gortchakoff, sino las cartas, documentos y advertencias que el Sr. Duque había recibido, y en los cuales se le prevenía que lo esencial era obtener para el Sr. Duque de Valencia la Gran Cruz de San Andrés. Digo *impostura* de Gortchakoff en el sentido portugués: pues él se ha conducido por tal arte, que no hay que acusarle de ella en otro sentido.

Debo advertir á usted, aunque ya es tarde, si antes no lo he advertido, que mis cartas, que más valiera que se hubiesen limitado á hablar del *Hermitage* y de otras cosas por el estilo, no han sido nunca escritas con la intención de desacre-

© Biblioteca Nacional de España

ditar al Duque como Embajador, y que aun deseo que se quede como tal en esta corte. Si yo he dicho tonterías y burletas á propósito del Duque, por las cuales se podía brujulear que S. E. no es un gerifalte, me parece que esta carencia de gerifalterías, les era á ustedes notoria en el parto, antes del parto y después del parto de esta Misión Extraordinaria, para mí tan preñada de desazones; y entiendo que no vine, con mi mala lengua, á revelar ninguna cosa inaudita y recóndita. Yo soy el que ahora y antes y siempre me acusaré y me acuso de no haber sabido dirigir toda esta tramoya, á pesar del coronel, á pesar de Don Antoñito y otros que han escrito al Duque en contra mía, y

A pesar de Paladino
Y de los moros de España.

Ello es que me consideran como un monstruo de ingratitud, que se me echan en cara, poco disimuladamente, los favores, y que se me dice, veinte veces al día: «yo no sirvo por dinero, yo no tengo necesidad de servir á nadie, para que no confien en mí y oigan á otros que critican mis actos, etc., etc.« En fin, querido Cueto, yo me declaro justiciable del acto de concesión de los Toisones; yo sirvo por dinero y soy más sensible y vulnerable á la cólera de los jefes; hagan ustedes en mí un ejemplo, ó por lo que he escrito de más,

© Biblioteca Nacional de España

ó por lo que he hecho de menos; pero remitan esos Toisones, por las ánimas benditas del purgatorio, entre las cuales se cuenta, mientras no aporten, su desdichado amigo

J. VALERA.

No dudo que sabrá usted, por los periódicos que la Francia negocia un Tratado de Comercio con Rusia. Acaso esperen aquí la reforma de los aranceles para celebrarle definitivamente. Entretanto, ni á la Nota remitiendo la circular sobre Méjico, ni á la otra Nota sobre el arreglo comercial, nos han contestado. El Duque cree, y con razón, que no se hará el arreglo mientras no vengan los Toisones.

San Petersburgo 30 de Marzo de 1857.

Mi muy querido amigo (1): anteayer se celebró aquí una gran fiesta, á la cual estuvo convidado y asistió todo el Cuerpo Diplomático. Era el aniversario de la fundación del Club Inglés, que cuenta ya ochenta y siete años de vida. Este aniversario se solemnizó con un gran banquete de doscientas

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

cincuenta á trescientas personas. Tuvimos sopa de sterlet del Volga, el plato más caro y suculento que se puede presentar á un gastrónomo. Traen vivos los sterlets, y cuestan tanto que, según me aseguraron, la sopa que aquel día comimos había costado más de mil rublos de plata (16.000 reales de nuestra moneda). Fuera de este primor, no hubo otra cosa notable en aquel banquete, si no es la alegría y el gran número de los convidados. El General Tolstoi, que presidía la mesa, brindó cinco veces y todos respondimos á sus brindis con hurras prolongados y repiqueteo atronador de los cuchillos en los platos y vasos. El primer brindis fué á la salud del Emperador; el segundo á la salud de la Emperatriz y de toda la augusta familia; el tercero por la prosperidad de Rusia, y éste fué el más estrepitoso de todos; el cuarto por la Marina y el Ejército de los rusos, que fué poco menos alborotador que el tercero; y el quinto brindis fué filantrópico: bebimos á la felicidad de los pueblos todos y, como la gente estaba ya cansada de brindar, no se hizo gran caso de la felicidad de los pueblos. Después de la comida nos pusimos todos á fumar, y se armó una de humo que no nos veíamos los unos á los otros. Hubo café, licores, té más tarde, y ponche por último, y con el ponche varios interesantes *speechs*. El primero que tomó la palabra fué el Conde de Morny, Em-

© Biblioteca Nacional de España

bajador de Francia, y allí nos dijo, entre otras cosas, lo mucho que se querían ambos Emperadores, que habían nacido para amarse, y que de este amor y mutua correspondencia de afectos dependía, en gran manera, la felicidad de los pueblos y la paz del mundo. Lo que dijo Morny fué corto y bien parlado, y con aquella seguridad y desparpajo que generalmente gastan los franceses, y que obtiene encomio cuando no se atrae la envidia. Habló después Lord Wodehouse que, menos acostumbrado á hablar en público, y teniendo que hablar en otra lengua que la propia, estuvo algo difuso y vacilante; pero la naturalidad con que se expresaba y su modo elegante y aristocrático, que hasta en el timbre de la voz se muestra, le ganaron el auditorio. Del contenido del discurso de Lord Wodehouse resultaba que la paz del mundo dependía también, en gran manera, de Inglaterra y de otras grandes potencias, como por ejemplo, la Cerdeña que, gracias sin duda á los veinte mil hombres que envió á Sebastopol, ha merecido de Milord mención tan honorífica. El General Tolstoi contestó dando las gracias al Embajador de Francia y al Ministro de la Gran Bretaña. Durante toda esta fiesta una gran banda de música militar nos llenó los oídos de armonía.

Se me va quitando la gana de escribir á usted cartas, y ya usted notará que ahora no menudean

© Biblioteca Nacional de España

tanto como antes. En primer lugar, usted no me contesta á ninguna, ni, como antes, me anima á seguir escribiéndolas; prueba de que le va fastidiando el recibírlas y, en segundo lugar, mis cartas, publicadas en los periódicos merecen, cada día más, la completa reprobación del Duque, el cual me ha hecho decir, por medio de Quiñones, que no se publiquen bajo el epígrafe de cartas de un caballero que le acompaña en su dilatadísima Misión Extraordinaria. Yo he contestado muy humildemente á Quiñones que ya he escrito á usted rogándole muy encarecidamente que no las siga publicando de ningún modo, y que espero que usted lo hará así. Esto no quita que mis cartas, aunque chabacanas y absurdas, hayan servido de estímulo, y aun de ejemplo, para que se escriban cosas mejores sobre la misma materia, lo cual me sirve de consuelo y recompensa mi trabajo de haberlas escrito. Quiñones está componiendo una larga descripción del Ejército ruso, y ya engolfado en esto, se ha metido, sin saber cómo, en las más recónditas regiones de la balística y de la pirotécnica, y se ha dado á inventar una nueva pólvora fulminante y unas bombas de percusión, tan singulares y exquisitas, que ni las inglesas, ni las francesas, ni las rusas, valdrán un comino al lado de ellas.

Fuerza es confesar que nuestra inventiva científi-

© Biblioteca Nacional de España

fica ha tomado un vuelo portentoso en estos últimos años, y que nos vamos despabilando, hasta el extremo de producir, en nada de tiempo, no sólo estas nuevas bombas de percusión, sino el arte aereoragante del Dédalo Montemayor, el sistema de numeración de Pujals de la Bastida, la cuadratura del círculo del gran Novoa, y otras ingeniaturas y artificios de la misma laya. No es sólo Quiñones quien escribe sobre Rusia. Todavía hay en esta casa otra persona que está escribiendo muy por extenso sus impresiones de viaje. Hablo del señor Benjumea, secretario particular del señor Duque, y ya conocido del público por sus obras políticas y sociales. El Sr. Benjumea es un decidido demócrata y fourrierista, lo cual no obsta para que se precie de muy linajudo, y me haya dicho, con disculpable jactancia, que él desciende, por línea recta de varón, de aquel famosísimo y glorioso que se escapó, como por milagro, del horrible festín de Damasco y que, después de haber hecho las más románticas peregrinaciones, y después de haber corrido más aventuras que Ulises y que el piadoso Eneas, *cesse tudo o que a musa antiga canta,* fundó el califato de Córdoba. Y con efecto, la palabra Benjumea y la palabra Ben-Humeya, son la mismísima é idéntica palabra. ¿Quién había de decir que el último vástago de los Abdel-Ramanes había de estar ahora en San Petersburgo,

© Biblioteca Nacional de España

codeándose con los Bragat que reinaron en Georgia, con los sucesores de los Khanes de la horda de oro y de Crimea, y con los nietecitos de Gengis Khan y de Tamerlan, que andan por esas tertulias y que le saludan á uno á cada paso? ¿Quién había de decir que este Ben-Humeya había de haber escrito y publicado ya un librito, que salió á luz en Julio de 1854, en aquel período *organogenesiaco,* como le llamaba *La Discusión?* Este libro, que Ben-Humeya me ha dado á leer, tiene un título sonoro y significativo de la doctrina y del maravilloso simbolismo que encierra. Se titula *La mitología de la revolución,* y no tengo más que añadir. Ben-Humeya, viendo por mis cartas publicadas en los periódicos, que yo soy tan literato y filósofo como él, me ha tomado cierta amistad y me ha traído con mucho recato el susodicho aborto de su magín. Por esto y porque acaso el tal librito anónimo no sea obra suya, aunque él así lo supone, suplico á usted que no diga á nadie, y mucho menos al señor Duque, que su secretario particular es tan gran mitólogo. Ben-Humeya es un inocente, á pesar de toda su mitología. Quiñones, sin embargo, ha averiguado, por las conversaciones que ha tenido con Ben-Humeya, que es un moro rebelde y no ha dejado de poner en conocimiento del señor Duque cuáles son las peligrosas doctrinas de este monstruo demócrata-so-

© Biblioteca Nacional de España

cial-mitológico. Por fortuna el Duque es lo más bondadoso y excelente que puede imaginarse y la revelación de Quiñones no le ha perjudicado á Ben-Humeya en lo más mínimo, si bien el Duque estuvo horrorizado por espacio de una semana.

En fin, yo sospecho, aunque no lo sé de fijo, que no somos solamente Quiñones, Ben-Humeya y yo los que tratamos por escrito las cosas de Rusia. El correo del señor Duque, que hace ahora las veces de mayordomo y más que nunca su negocio, es, al mismo tiempo, un alemán muy leído, y casi se puede afirmar que compone también una obra sobre todas estas cosas que vamos viendo. En Alemania todo bicho viviente escribe por las noches sus impresiones, y no pocos suelen luego publicarlas. En Dresde conocí yo y traté bastante al Barón Fabrice, que estuvo en España de Ministro de Sajonia, y que, como buen oficial de caballería, arrogante mozo, y rico por haberse casado con una linda señora que lo es de veras, más se parecía al capitán Febo de Chateaupers que á Claudio Frollo, y más se empleaba en cortejar á las comediantas, bailarinas y otras amazonas errantes, que en profundizar ninguna ciencia, ni arte, ni doctrina. Pero en cambio, y para que nada faltase en su casa, tenía este señor un cocinero que, á más de guisar como pocos, y de ello doy fe, era, asimismo, un sabio notable, sobre todo en astro-

© Biblioteca Nacional de España

nomía, química y antropología. Apenas acababa de dar de comer á sus amos, venían á buscarle uno y hasta á veces dos académicos de Dresde, y se salían con él á dar paseos filosóficos. Todos los años tenía este docto cocinero un mes de licencia para ir á París, conversar con los sabios de aquella moderna Atenas, y ponerse al corriente de los últimos descubrimientos científicos. Para consolar á sus señores, traía también de París dos ó tres platos de nueva invención. El Barón Fabrice le llevó consigo á España, y mientras este cocinero estuvo entre nosotros, lo averiguó y escudriñó todo, así de leyes y costumbres como de monumentos y literatura, y compuso un libro precioso, al cual estaba dando los últimos toques y golpes de luz, cuando yo estuve en Dresde, donde dicho libro debió publicarse poco después de mi salida. Este libro, ya sea por los muchos y diversos puntos de que trata, ya por la profesión de quien le ha escrito, ya para darle cierto color local en todo, ya, en fin, por estas tres razones juntas, se titula *Puchero*, y es tan sustancioso como agradable al paladar del alma. Cuando pase por Dresde compraré algunos ejemplares y los llevaré conmigo á Madrid. Por el estilo de este *Puchero* imagino yo que el mayodormo interino del señor Duque está condimentando otro sobre la Rusia que deberá titularse *Kwass*.

© Biblioteca Nacional de España

Ya ve usted entre qué gente me hallo, y qué epidemia gráfica y benéfica reina entre nosotros. Bien se puede asegurar que esta Misión Extraordinaria no será inútil para la ciencia.

Ayer recibí una epístola del Barón de Korff, Director de esta Biblioteca Imperial, en la cual me decía que acababa de poner en orden las Biblias y Nuevos Testamentos existentes en dicho establecimiento y que había hallado una gran colección de dobles, en treinta y seis lenguas diversas, y que me suplicaba se los recomendase al Duque por si quería comprarlos. Con la carta me remitía el catálogo y el precio, que ascendía sólo á 177 rublos de plata. Esta baratura me dió tentación de guardarme yo los libros y no decir nada al Duque: pero luego consideré que, en conciencia no podía hacer esto, pues á él y no á mí se proponía la compra; y así fué que le leí la carta y el Duque ha comprado los libros. Los hay impresos en San Petersburgo y en Astracan, y escritos en muchas de las lenguas que se hablan en este vasto Imperio. Hay algunos, no menos curiosos, en otras lenguas del Asia. Termina la colección con un buen ejemplar del *Lexicon heptogloton* de Castelli (Londres 1669). No hay en esta Biblioteca Imperial ninguna Biblia castellana impresa en España, y el Barón de Korff dudaba de que nosotros hubiésemos nunca impreso la Biblia en caste-

© Biblioteca Nacional de España

llano. Yo le he dicho que tenemos varias traducciones, y que la mejor y más leída es la del P. Felipe Scio de San Miguel. Le prometí hacerle venir un ejemplar de la mejor edición y dejo al arbitrio de usted el escogerle, y le suplico que le mande. Lo que el Barón de Korff me dé, en cambio de este presente, será para usted, y si usted no lo quiere, yo le pagaré á usted el gasto que haga como mejor á usted le parezca.

El Sr. Duque ha caído en la más honda melancolía porque no vienen los Toisones. Las damas conocen su aflicción y le preguntan con interés *quare tristis est anima sua*. El responde con una sonrisa llena de dolor y casi estoy por decir que de lágrimas. Hombre, por Dios, que envíe usted los Toisones pronto. Gortchakoff sigue de monos y nos huye como á la peste.

Los *raouts*, los conciertos más ó menos sagrados, los convites y las posturas plásticas, ya de aficionados, ya de profesores, se suceden con rapidez y nos divierten, á pesar de la cuaresma.

Adios. Suyo afmo.

J. VALERA.

Anoche hubo *raout* en casa del Príncipe Galitzine. En Rusia hay más de mil príncipes Galitzine. El que dió anoche el *raout*, tiene una casa divina. ¡Qué jardines de invierno, iluminados con lámpa-

© Biblioteca Nacional de España

ras de colores! ¡Cuánta fuente en ellos! ¡Cuántas pinturas y estatuas de mármol! ¡Qué salones, qué escalera, qué buen gusto y qué lujo en todo! Fuerza es confesar que estos hiperbóreos saben vivir. Van á Italia y no sólo se traen sus artes á Rusia, sino hasta su clima y las producciones de su clima, que meten en sus palacios como por encanto.

El amigo Baudin, Primer Secretario de la Embajada de Francia, me ha dicho, con mucho misterio y rogándome que á nadie más que á ustedes lo diga, que habrá rebaja en los derechos que aquí paga el vino, y rebaja grande. Los nuevos aranceles acaso se publiquen para la apertura de la navegación. Tendré cuidado de enviar un ejemplar. La rebaja de derechos á favor de los vinos húngaros y de los principados del Danubio será suprimida.

San Petersburgo 6 de Abril de 1857.

Querido amigo mío (1): ya se rompió el encantamiento y ya nos dieron las Grandes Cruces para el Marqués y para el general Serrano. Para usted no la han dado aún porque hubo un *quid pro quo*

(1) D. Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

y se la concedieron al Sr. Díaz Canseco. Esto se enmendará y el Sr. Díaz Canseco se contentará con una encomienda. Después que se celebre la convención, habrá otra hornada de condecoraciones. Aquí las desean tanto ó más que nosotros. Yo, entre tanto, deseo largarme, porque no puedo sufrir ni á Quiñones ni al Duque, ni ellos pueden sufrirme. Creen que yo he sido quien ha detenido el envío de los Toisones, y en verdad que si yo he contribuído á este retardo, me aplaudo de ello, porque al cabo soltaron por él las otras Grandes Cruces. Muy bien me hubiera yo llevado con el Duque á no haber sido por este majadero de Quiñones. Me parece que le ha hecho creer al Duque mil perrerías de mí, y, entre otras, que usted atiende á lo que yo digo y no á lo que el Duque dice. El Duque, está muy alborotado con esto, consulta á Quiñones para todo, y hasta los despachos que escribo á usted y que el Duque firma, han de pasar por la previa censura del Estado Mayor. Como en el negocio del arreglo comercial no entienden jota, ni el uno ni el otro, se han ido á consultar al Vicecónsul, Sr. Kap-herr. En fin, esto es estúpido, y, sin embargo, casi lo llevaría con gusto si se me lograse cierta pretensión que tengo entre manos.

Empiezo á estar enamorado ó cosa parecida. Mi amor, como el amor del Duque, está en el teatro

© Biblioteca Nacional de España

francés, pero acaso gaste también calzoncillos tan impenetrables como los que gasta el amor del Duque. Dicen que esta última ninfa, después de haber recibido infinidad de presentes, no se quita ni se rasga los indicados púdicos calzoncillos, que han venido á transformarse en la piel de cabrito con que las mujeres de Circasia envuelven lo más recóndito y deseable de sus lindas personas: piel de cabrito que les cosen sus padres cuando llegan á ser viripotentes, y que el marido rompe sólo y desata la noche de bodas; piel de cabrito, en fin, que se suspende luego como trofeo en el más conspícuo y honrado lugar de la casa. Ello es que el pobre Duque se da con esto á todos los diablos, como yo me daré, si también para mí hay calzoncillos ó piel de cabrito, y detesta las costumbres circasianas adoptadas por las artistas de París.

No sé ya qué hacer para amansar los corazones de estos descendientes de los Borjas y de los Don Sueros. Si por dicha lograse yo mi pretensión y D. Suero llegase á entenderlo, tendría un sofoquín y se pondría más en mi contra.

Ben-Humeya, D. Suero y el mayordomo, siguen escribiendo sus impresiones. En buenas manos está el pandero, y se me quitan las ganas de repicarle, habiendo ya quien tan bien le repique. Básteme la gloria de haberles mostrado el camino.

© Biblioteca Nacional de España

Vita mostrata via est, como dijo el profano de Venusa.

Tengo once Nuevos Testamentos en once lenguas diversas, de las habladas en este Imperio. El Sr. Marqués de Pidal puede disponer de ellos, si este género de libros son de los que él colecciona. Cuando no, me los guardaré.

El Sr. Muralt, que es un sabio inocente, como hay muchos en Alemania y algunos por aquí, ha venido á verme y me ha regalado todas sus obras. También el Sr. Obrescoff, economista, que se cae, pero que se ha roto los cascos recogiendo noticias sobre el oro y la plata y careciendo absolutamente de estos metales preciosos, me ha regalado un ejemplar de su libro y le he ofrecido hacer de él un artículo crítico para los periódicos de España. Veremos si tengo paciencia para enjaretar este artículo. Entretanto, él envía también un ejemplar á S. M. y otro al Ministro de Hacienda, con la esperanza, que tímidamente me ha manifestado, de que le den una cruz. El Duque ha querido que el ídem de Valencia disfrute también del Sr. Obrescoff y así va otro ejemplar para él. Todos están encuadernados de una manera simbólica, pues como tratan de oro y de plata, van encuadernados en un papelón en apariencia, aunque leve, de dicha substancia. En fin, pocas veces he visto sabio más *mentecaptus* que este Sr. Obrescoff. Y, sin

© Biblioteca Nacional de España

embargo, el *Allgemeine Zeitung*, el *Jornal des Economistes*, y el yo no sé cuántos, han hablado de él con elogio. Para que se vea que la gloria es la recompensa de los que se afanan por adquirirla, aunque sean unos topos. El Sr. Muralt desea saber si el Evangelio de San Bernabé, de que envío adjunta la descripción hecha por él, existe en España, ó se conoce en original. Supone que acaso sea dicho Evangelio obra de moros ó de moriscos en favor del Islam.

Adiós. No puedo ser más extenso, y para lo que usted me escribe, dándome á entender, con sus desvíos, que ya le cansan mis cartas, harto larga es ésta.

Suyo afectísimo,

J. VALERA.

San Petersburgo 13 de Abril de 1857.

Mi querido amigo: (1) Dios me ha castigado muy severamente por las burlas que he hecho de los calzoncillos de Mlle. de Théric, y de la cómica desesperación del Duque. Algo peor que los cal-

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

zoncillos he encontrado yo, y más desesperado y triste estoy ahora que S. E.

Yo me creía ya un filósofo curtido y parapetado contra el amor; pero me he llevado un chasco solemne. Estoy en un estado de agitación diabólico y es menester que le cuente á usted mi desventurada aventura. Si no la cuento, voy á reventar. Es menester que me desahogue; que me quite este peso de encima. Nada podría escribir á usted si no escribiese de este amor. No pienso más que en este amor y me parece que voy á volverme loco. Ríase usted, que harto lo merezco. No tengo más consuelo que hacer de todo esto una novela.

Magdalena Brohan está aquí rodeada de galanes. Los jóvenes del Cuerpo Diplomático la adoran rendidos; los inmortales del Emperador la siguen cuando ella sale á la calle; las carnes de seis ó siete docenas de boyardos y de príncipes y de stolnikos rebuznan por ella; en el teatro, es aplaudida á rabiar, y una lluvia de flores cae á menudo á sus plantas; el Príncipe Orloff se pirra por sus pedazos y el Duque de Osuna, á quien no le parece tampoco saco de paja, va á verla á menudo y le escribe billetitos tiernos. Pero ninguno de estos triunfos, ni el haberla visto representar lindamente, ni el oir de contínuo hablar en su alabanza á mis compañeros, nada, digo, había

© Biblioteca Nacional de España

movido mi ánimo, ni por curiosidad tan sólo, á hacer que me presentasen á ella. Mi distracción se puede confundir á veces con el desdén ó con la indiferencia: y no sé si picada de esta indiferencia mía, ó deseosa de tener uno más que la requebrara y pretendiera, Magdalena pidió á Baudin, Secretario de la Embajada de Francia, que me llevase á su casa. Digo que ella lo pidió, porque á Baudin de seguro no se le hubiera ocurrido llevarme allí tan espontáneamente, si no lo hubiese pretendido ella. Baudin me dió una cita en su casa para que fuésemos á ver á la Brohan. Falté á la cita, me excusé y no se volvió á hablar de la presentación en algunos días. Mas, hará dos semanas, sobre poco más ó menos, Baudin comió en casa y, acabada la comida, me dijo de nuevo si quería yo ir á ver á Magdalena. Le dije que sí y fuimos juntos. Ni la más remota intención, ni el más leve pensamiento tenía yo entonces de pretender á esta mujer. Todas las hermosas damas de Petersburgo, coronadas de flores, deslumbradoras de oro y piedras preciosas, elegantes en el vestir, aristocráticas y amables en el trato y los modales, hablando siete ú ocho lenguas, y disertando sobre metafísica y pedagogía, habían ya pasado por delante de mí

como ilusiones vaporosas,
Sin conmover ni herir mi corazón.

© Biblioteca Nacional de España

Pero, donde menos se piensa salta la liebre y nadie hasta lo último debe cantar victoria.

Magdalena estaba en la cama, porque se había dislocado un pie haciendo un papel muy apasionado en el teatro. Ella, según afirma, se exalta por tal extremo cuando representa, que no sabe lo que hace, y llora y ríe, y se enfurece de veras, y el día menos pensado será capaz de matarse ó de morirse sobre las tablas. Ya, poco há, se hirió una mano, y en verdad que las tiene preciosas y bien cuidadas, y siguió representando sin advertirlo, hasta que el público lo notó, por la sangre que derramaba y que le manchaba el vestido. En fin, ella estaba en la cama, muy cucamente aderezada para recibir á sus admiradores. Sus ojos tienen una dulzura singular y á veces cierta viveza y resplandor gatunos. La boca grande, los labios frescos y gruesos, y dos hileras de dientes como dos hilos de perlas, que deja ver cuando se ríe, que es á cada instante. Canta como un jilguero y se sabe de memoria todas las cancioncillas francesas más alegres. Ha leído muchas novelas; tiene ideas extrañas y romanescas, y charla como una cotorra y se entusiasma al hablar, y se anima y se pone pálida y colorada, y todo parece natural, sin que se vea en ella artificio.

Todas estas gracias me hicieron, desde luego notable impresión, entusiasmándome, más que

© Biblioteca Nacional de España

nada, la naturalidad de *bonne fille* de esta comedianta, que verdaderamente hace contraste con la afectación de las damas rusas. Pero mi admiración y mi entusiasmo eran más bien de observador curioso que de enamorado, más de artista que de galanteador rendido. La idea que tenía yo meses há en la cabeza de que ya no era yo Cándido, sino el Doctor Pangloss; de que toda la ternura de mi alma debía ya dedicarse á Dios, á la humanidad entera, ó á la patria, ó á la filosofía, y no á una individua de carne y hueso, á un ser caduco y lleno de faltas y debilidades, me quitaba todo deseo de cortejar, y hasta toda esperanza de conseguir algo cortejando: porque yo me imaginaba viejo y para poco. Así es que de la primera entrevista con Magdalena salí sin cariño alguno en el alma y sin apetito en los sentidos. De este modo fuí aún á verla tres ó cuatro veces, y si no recuerdo mal no noté hasta la quinta vez la ternura con que ella me miraba con aquellos ojos de gato, y lo que celebraba mis ojos, haciendo que me acercase á ella con la luz de una bujía, para ver si eran negros ó verdes y compararlos con los suyos, que yo también hube de mirar con atención y más espacio del que conviene. Todo esto delante de personas que allí estaban y que debían divertirse poco con estos estudios sobre el color de los ojos. Aquella misma noche me dijo Baudin que había hecho la con-

© Biblioteca Nacional de España

quista de Magdalena: y como Baudin es un francés hugonote, serio y formal, y no bromista y amigo de pullas, como los franceses son por lo común, yo entendí que algo había de cierto en lo que decía. Y entonces, muy hueco de mi conquista y agradecido á Magdalena, empecé á cobrarla cariño, aunque tibio, y á pensar en aprovecharme pronto de la buena ventura, que el cielo ó el infierno me deparaba, y con la cual tendría muy cumplido y airoso fin mi estancia en esta gran capital, llevando conmigo un dulcísimo recuerdo de ella, á trueque de que al partir me llamasen *cruel Vireno* y *fugitivo Eneas*. Suspendido en estos agradables pensamientos, dormí de muy dichoso sueño aquella noche, y á la mañana siguiente me encontré fresco como una rosa, al mirarme al espejo, y tuve por sandez y desidia mía el haber andado tan tímido y retraído de galanteos en San Petersburgo: porque yo consideraba. entonces, que así como Magdalena se había enamorado de mí, quince ó veinte princesas pudieran haberse enamorado de mí del mismo modo, por poco pie que yo hubiese dado para ello, que hay grande aliciente en un forastero *galán y bien hablado*, venido de tierras lejanas, de la patria de Don Juan y de Don Quijote, como quien no quiere la cosa, y que, lejos de ser feo y viejo, era yo lindo muchacho, y otras necedades por el estilo. Con lo cual

© Biblioteca Nacional de España

llamé á un criado y le ordené que inmediatamente me comprase el más hermoso ramillete de flores que pudiera hallar. Vino el ramillete y se lo remití á la señora de mis hasta entonces agradables y desvanecidos pensamientos. Aquella noche estaba allí Baudin cuando fuí á verla. Mi ramillete sobre la cama. De vez en cuando ella le miraba, le olía, ó se comía una hoja. La camelia más encendida la había arrancado del ramillete y la tenía colocada sobre el pecho. Dos ó tres veces me tiró á las narices de estas hojas á medio comer, despidiéndolas de sí con un capirotazo. El día de antes habíamos hablado de la novela de Merimée titulada *Carmen*, en la cual Don José empieza de este modo á enamorarse de la gitana. Ella, Magdalena, había dicho á Baudin que no sabía de quién venía el ramillete: pero harto bien que lo sabía. Yo no caí en esto y cuando Baudin se dirigió á mí y me preguntó si era yo quien había enviado el ramillete, contesté que sí; pero sin ponerme colorado y con grande aplomo: —¿A propósito de qué?— me dijo ella. —Por capricho— la contesté. Me dió las gracias y no se habló más del asunto.

A la noche siguiente volví á verla y me la encontré sola. En un vaso y sobre la mesa, había otro ramillete más fresco, doble mayor y más rico que el que yo había enviado. No se había arran-

© Biblioteca Nacional de España

cado de él camelia alguna para ponerla en el pecho, ni se había mordido una sola hoja. Yo, sin embargo, me encelé al verle, y dí celos antes de hablar de amor. Dí celos elogiando la hermosura del nuevo ramillete, tan superior al mío. La idea se ha de estimar en esto – dijo ella – y la idea es de usted; este otro galán no ha hecho más que imitarle. – Este otro galán era el Excmo. Sr. Duque de Osuna y del Infantado. Ella me lo confesó, y si no me lo hubiera confesado, lo hubiera yo reconocido, aunque no tenía antecedente alguno de los galanteos del Duque con ella. Yo había visto aquel ramillete, por la mañana, entre las manos del mayordomo del Duque.

En fin, estábamos solos, y ella en la cama, más bonita que nunca. Nos miramos de nuevo los ojos, nos acercamos, se encendieron nuestros ojos y llegué á darle un beso en la frente. Se incomodó ó fingió incomodarse, y me rechazó. A todo esto no se había hablado ni una palabra de amores. Entonces, sentado á la cabecera, y casi inclinado sobre la cama, me puse á mirarla en silencio y muy fijamente, y á ella se le adormecieron los ojos, y se le humedecieron, y me dijo que la magnetizaba y que se iba á dormir; que si sabría yo desmagnetizarla luego. Con la mayor inocencia y candidez del mundo la contesté que no. Pues entonces, por Dios, que no me mire – me dijo ella. –

© Biblioteca Nacional de España

Obedecí humildemente, y dejé de mirarla; me eché sobre el sillón, me puse á suspirar como enamorado y á callar como en misa. Magdalena se incorporó entonces y me miró á su vez, con ojos tan cariñosos y provocativos, que me levantó en peso del sillón, y diciéndola, „te amo", me eché sobre ella, y la besé y la estrujé y la mordí, como si tuviese el diablo en mi cuerpo. Y ella no se resistió, sino que me estrechó en sus brazos, y unió y apretó su boca á la mía, y me mordió la lengua y el pescuezo, y me besó mil veces los ojos, y me acarició y enredó el pelo con sus lindas manos, diciendo que tenía reflejos azules y que estaba enamorada de mi pelo; y me quería poner los besos en el alma, según lo íntima y estrechamente que me los ponía dentro de la boca, y nos respiramos el aliento, sorbiendo para dentro muy unidos, como si quisiéramos confundirnos y unimismarnos. En fin, fué una locura de amor que duró hasta las dos de la noche, desde las nueve. Pero nunca consintió ella, por más esfuerzos que hice, en hacerme venturoso del todo. Y siempre que lo intenté, se resistió como una fiera; por donde, rendido, y lánguido y borracho, me dejé al cabo caer sobre ella como muerto, y como muerto me quedé más de una hora, y ella también *pamée*, y uniendo boca con boca, como palomicas mansas. Dafnis y Cloe, antes de saber el último fin

© Biblioteca Nacional de España

del amor, no se abrazaron nunca tan prolongada y amorosamente.

Varios coloquios, si coloquios pueden llamarse estos ejercicios andróginos, tuve con Magdalena desde aquel día, esto es, desde aquella noche. Estaba yo fuera de mí y se diría que me habían dado un filtro. Adiós libros, estudios, filosofías; ya no había para mí más estudios que Magdalena. Ella se fingía enferma; no recibía á los amigos y me recibía á mí sólo. Siempre las mismas ternuras, los mismos extremos, la misma resistencia y el mismo rendimiento y desmayo para terminar la función. Cuando no me hallaba á su lado, ó la escribía cartas, que no sé por qué no se inflamaban y saltaban por el aire, como las bombas de percusión de Quiñones, ó me recitaba á mí mismo cuantos versos propios y ajenos guardo en la memoria, poniéndoles comentario más poético aún y sublime que la poesía. Cuando me acercaba á ella y empezaba los ejercicios mencionados, se me armaba una música en el cerebro, tan estruendosa como la que hubo en Moscou durante la coronación, con cañones y todo, y tan armoniosa como las sinfonías de Beethoven. En fin, era un frenesí continuo, que no podía durar. Ella, entretanto, estaba incomodadísima con asuntos antiguos y nuevas consecuencias de ellos. Su marido, el poeta Uchard, de quien está separada, acaba de compo-

© Biblioteca Nacional de España

ner una comedia autobiográfica, en la que pinta á ella como un monstruo, y él se pinta como un santo martirizado. Los periódicos todos han hablado de esta comedia encomiándola mucho y tratando malamente á Magdalena. Entretanto, su amante, no sé su nombre ni quiero saberlo, su amante, aquél, digo, por quien se separó de Uchard, está arruinado, y ella supone que se ha arruinado por seguirla, abandonando sus negocios. Este maldito amante está en París, y ella sostiene que, á pesar de todos los stolnikos, diplomáticos, atamanes, príncipes y boyardos, se ha conservado intacta y fiel, hasta el día en que cayó entre mis brazos. ¡Vea usted qué triunfo! Por desgracia no ha sido completo, y, á pesar de mis arremetidas, me he quedado á media miel.

Una noche fuí á su casa, y no me quiso recibir porque el Duque, Baudin y otros estaban allí y sospechaban ya nuestros amores. Volví á este palacio de la señora Belerma, con un corazón más marchito que el de Durandarte, y lloré de rabia, y me di de calamochadas y me burlé de mí mismo, y me enfurecí y me enternecí, y tuve un dolor de estómago espantoso, y los nervios, y en toda la noche no dormí una hora. El Rey Asuero se hacía leer la Crónica de su reinado, cuando no podía dormir; yo, que no reino en ninguna parte, ni en

© Biblioteca Nacional de España

su corazón, me puse á leer el *Teatro de Clara Gazul*, para distraerme. Aquellas historias diabólicas, aquellos amores espantosos inventados por Merimée, me calentaron más la cabeza. Me levanté de la cama, y al amanecer, pálido y melancólico, me puse á escribirle una nueva carta. La decía que era mejor que me dejara, que yo era un galán de alcorza, suave como un guante, y no como aquellos terribles enamorados del *Teatro de Clara Gazul*, que me había prestado ella; que la fe, que había hecho tan grandes á los españoles de otros siglos, nos faltaba ahora, á mí sobre todo, y que nunca el diablo, aunque fuese por intercesión de ella, sacaría de mí fruto alguno, por más que se esmerase; que, sin embargo, aunque me faltaba capacidad para las cosas grandes, aborrecía de muerte las cosas vulgares; que nuestro amor era vulgar é indigno de nosotros y que debíamos ahogarle, con otras tonterías y disparates del mismo género. Viniendo á terminar la carta con arrepentirme de todo lo dicho, y con repetirle que la adoraba y que no dejase de amarme, y que si había dicho blasfemias y desatinos, era porque tenía la fiebre, como creo que era verdad; pero que á la noche volvería á verla, más apasionado y sumiso que nunca, contentándome con lo que me diera, sin pedirle más lo que con tanto recato se guarda para aquel señor que está en

© Biblioteca Nacional de España

París. A todo esto trajo el criado por contestación que no fuese aquella noche á su casa, sino que fuese á la una del día siguiente. Ni una palabra sobre mi enfermedad, ni un «me alegraré que usted se alivie». La pena que me causó esta contestación no sabré ponderarla. Estuve por dejarme caer de espaldas con la silla en que estaba sentado, dar en el suelo con el occipucio, vulgo colodrillo, y morir como el Pontífice Helí, cuando le anunciaron la muerte de sus hijos queridos. ¿Qué hijos más queridos de mi corazón que estos amores apenas nacidos, y ya muertos y asesinados bárbaramente? Pero me contuve y quedé quieto, sin echarme hacia atrás, guardándome para mayores cosas y riendo en mi interior de la idea estrambótica que se me había ocurrido, de imitar al Pontífice Helí. Antes bien, me propuse hacer del indiferente y del desdeñoso, y plantarla y desecharla de mí, diciéndole que todo había sido broma; á lo cual mis cartas anteriores daban indudablemente ciertos visos de certeza, porque más estaban escritas para reir que para enternecer, si no es que al través de las burlas acertaba ella á descubrir las lágrimas y la sangre con que estaban escritas. Porque es de notar que los hombres descreídos que tenemos el corazón amoroso, solemos amar entrañablemente, cuando amamos, poniendo en la mujer un afecto desmedido, que para Dios

© Biblioteca Nacional de España

debiera consagrarse, y viendo en ella, aunque sea una mala pécora

l'amorosa idea
Che gran parte d'Olimpo in se racchiude.

Temblando me puse á escribir mi carta: pero de despedida; con tanta, con tanta cólera como el moro Tarfe; por manera que emborronaba ó rasgaba el delgado papel, y la carta no salía nunca á mi gusto, y al cabo, después de escribir siete ú ocho, determiné no enviar ninguna, tomando la honrada y animosa determinación de despedirme de ella de palabra, conservando, en su presencia, una dureza pedernalina y una frialdad de veinticinco grados bajo cero. Dormí mejor aquella noche, acaso con la esperanza, que yo no osaba confesarme á mí mismo, de que en cuanto la dijese «se acabó», se me echaría al cuello y me pediría que no la abandonase, y que entonces se olvidaría de las obligaciones que debe al de París, y se me entregaría á todo mi talante. Y ahora sí que encaja bien lo del antiguo romance,

á pesar de Paladino
Y de los moros de España.

Ello es que, á pesar de mi terrible determinación de dejarla para siempre, me puse, para ir á verla, hecho un Medoro. Tomé un baño, no sé si para que se me calmasen los nervios y estar más sereno en aquella grande ocasión, ó si para estar más

© Biblioteca Nacional de España

limpio y oloroso: me afeité más á contrapelo que nunca, dando á mis mejillas la suavidad de una teta de virgen; me limpié los dientes y perfumé la boca, haciendo desaparecer todo olor de cigarro, con polvos de la Sociedad Higiénica y elixir odontálgico del Doctor Pelletier; me eché en el pañuelo esencia triple de violetas de Mister Bagley en Londres y, en fin, me atildé como Gerineldos cuando fué por la noche en busca de la Infantina, que deseaba tenerle dos horas á su servicio. Llegué, llamé, estaba sola, me anunciaron y entré resplandeciente de hermosura, pulcritud y elegancia. Pero no estaba ella menos pulcra, elegante y hermosa. *Tota pulchra est amica mea, et macula non est in te*, le hubiera yo dicho si ella supiese latín. No se lo dije porque no lo sabe, y porque venía yo dispuesto á desecharla de mí, y no á requebrarla. Me senté, pues, á su lado, con gran seriedad, pero sin dejar de admirarme y alegrarme de verla levantada y puesta de veinticinco alfileres. Seda, encajes, brazaletes, cabello luciente y peinado con arte, qué sé yo cuánto primor y ornato en su persona, que me la tornaba más bonita, y me ponían en el corazón deseo y hasta esperanza de ajar aquellas galas, de enredar aquel pelo, de aplastar aquel miriñaque, y de hacer caer aquella cabeza, tan viva y tan alta entonces, pálida, con la boca entreabierta y con los ojos

© Biblioteca Nacional de España

traspuestos y amortecidos, entre mis brazos. A pesar de estos pensamientos retozones, predominó en mí la vanidad y, aunque no dije, desde luego, "se acabaron los amores", tampoco dije "te amo todavía". Verdad es que ella no me dió tiempo; ella me despidió antes que yo la despidiera, como si yo me hubiera atrevido nunca á despedirla. Ella me dijo "olvidémoslo todo" (espantosa amnistía), y me tendió la mano de amiga, como en estos casos se usa, y me dijo con cierta ternura compasiva é irritante, *ne m'en voulez pas*. Entonces tuve yo un momento de inspiración. Tomé su mano, la estreché con amistad y la dije que distaba tanto de *lui en vouloir* por lo que acababa de decirme, que venía dispuesto á decirle lo propio y que ella se me había adelantado: que nuestros amores no habían sido ni podían ser más que un sueño, la ilusión de un instante y que yo me alegraba de que acabasen, porque dentro de tres semanas, á más tardar, debía salir para España, y la separación hubiera sido dolorosísima si nos hubiéramos querido de otra suerte. En todo esto, entró un actor francés, compañero suyo, y hablamos del calor y el frío, y de que ella estaba ya decidida á contratarse en este Teatro Imperial por otros cuatro años, y pensaba permanecer en Petersburgo, sin ir á París, donde sólo la aguardaban disgustos, y murmuraciones y escándalo con la tal maldita come-

© Biblioteca Nacional de España

dia de *La Fiammina*, que tanto ruido ha hecho, y de la que ella es la mal disimulada heroína. A poco rato me levanté, saludé con mucha desenvoltura y cortesanía y me planté en la calle á tomar el fresco.

Pensé ir á la Biblioteca á ver los manuscritos españoles; pero no estaba yo para darme á manuscritos, sino á perros. Todo se me volvía pasear y pasear, sin poder pararme en ningún sitio. La cabeza se me iba. Ví pasar las tropas: caballería, artillería, infantería, que volvían de una gran parada, á la que el Duque y Quiñones habían asistido, y no ví nada verdaderamente. Todo esto era sobre la perspectiva Newski; pero nunca, por más que caminaba yo, me alejaba mucho de la Plaza Miguel, donde vive Magdalena Brohan. A cada paso se me antojaba volver allí, echarme á sus pies de rodillas, y pedirle, por amor de Dios, que me quisiera.

A vueltas andaba yo con este indigno y bajo pensamiento cuando me tocaron, por detrás, en el hombro. Así tocó Minerva á Aquiles, asiéndole por la rubia cabellera, en ocasión en que ya sacaba el poderoso estoque para dar cruda muerte al *anaxandron* Agamenón. Volví la cara y no reconocí á la diosa al resplandor de los ojos zarcos, sino al pobre Marqués de Oldoini, famoso por ser padre de la Castiglione. *Ille pater est, quem justae*

© Biblioteca Nacional de España

demostrant nuptiae. Este buen señor está aquí de Secretario de la Legación de Cerdeña; aunque ya es abuelo, pretende aún á las damas; ha sido *patito* de la Bossio y lo es ahora, como yo, de la Brohan. Es cuanto me quedaba que ser: compañero de desgracias de Oldoini. Me resigné, sin embargo, á ser su compañero de desgracias, y aun de paseo, y le seguí á donde quiso llevarme. Al cabo de mucho andar, vinimos á encontrarnos en la Embajada de Francia; entramos y fumamos un cigarro con Baudin y los otros secretarios. Yo charlé alegremente, como si nada me hubiera pasado. Conocí que me creían *dichoso*, porque en San Petersburgo, aunque tan gran ciudad, nada se ignora en cierto círculo. Ya se habrán desengañado, probablemente. Esto fué anteayer. Cuando volví á casa, me entró calentura y la aguanté y me senté á la mesa, aunque comí poco. Luego fuí á una tertulia y estuve en ella más animado y decidor que de costumbre. Pero cuando entré de nuevo en mi cuarto, á las dos de la noche, y me ví solo conmigo mismo, se me figuró que estaba en el infierno. Imaginé que había estado cinco ó seis días en el cielo, que había probado todas sus glorias y que en lo mejor de ellas había venido San Pedro y de un puntapié me había plantado en la calle. Me entraron ganas de matarme, pero no me maté, como ya usted supondrá al leer esta larguísima carta.

© Biblioteca Nacional de España

Acaso fué flaqueza de corazón, ó la razón fría, algo risueña y burlona, que no me abandona nunca, ni en los momentos de más pasión, y que mezcla siempre lo cómico á lo trágico. Figúrese usted que me reía de mí mismo, al verme tan desesperado, y no por eso dejaba de desesperarme, ni al desesperarme de reirme. He comprado aquí un puñal de allá, de Georgia ó de Persia, grande, ancho, adamasquinado y truculento. Con él se puede cortar á cercén la cabeza de un buey. Tiene este puñal una canal profunda en el centro de la hoja, sin duda para que la sangre corra por allí, y le adornan engastes de oro, donde lucida, si no propiamente, se parecen el monte Ararat, el Arca de Noé reposando sobre su cima, y una paloma con la rama de oliva en el pico. Esto y más observé yo anteanoche en mi puñal georgiano ó persa, porque no cesaba de sacarle de la vaina y pensar en la muerte teatral y aparatosa que pudiera darme con él:

Osa ferro e veleno meditar lungamente
E nell'indotta mente
La gentileza del morir comprende.

Por último, en vez de pensar que era una gentileza vine á tener por cierto que era una tontería el matarse por tan poca cosa, y que, á quererme matar, no habían de faltarme mejores ocasiones

© Biblioteca Nacional de España

en lo futuro, y que ya las había tenido y las había desperdiciado. Porque, al fin, si uno tuviera que matarse cada vez que el suicidio viene á propósito, se ajusta á la acción y termina bien el drama, *plaudite cives*, sería menester tener seis ó siete vidas al año, para irlas sacrificando cuando conviene, sin quedarse á lo mejor sin vida, y sin poder trucidarse cuando el caso más lo requiera. Cuando voy á un baile y me aburro, me quedo en el baile hasta lo último, á ver si por dicha á lo último me divierto. Y en este pícaro mundo, que es también un baile, me va á acontecer lo propio, y con la esperanza de divertirme algún día, voy á vivir más que Matusalén, pero aburrido siempre, esto es, desesperado; porque yo no puedo aburrirme mientras haya que observar este hermoso y variado espectáculo del mundo. Cuando yo me muera, aunque esté hecho una momia, creo que voy á cantar como la Traviata: *¡Gran Dio, morir si giovane!*, sintiendo siempre no poder gozar ni de la esperanza de gozar algo después de muerto, por donde conviene, para arrostrar decididamente la muerte, creer en la inmortalidad. Leyendo el *Fedon*, convencido de lo que dice Sócrates, teniendo motivo y no queriendo *vitam preferre pudori*, puede cualquier pagano beber, sin reparo alguno, la cicuta. Pero yo, por no ser nada de veras, ni pagano soy. Momentos tengo en que soy católico

© Biblioteca Nacional de España

ferviente, y siento arranques de meterme fraile y de irme á predicar el Evangelio á la Oceanía ó al Centro de Africa.

En resolución, yo pasé anteanoche una noche espantosa, y con pocas como ésta, sobre todo si vinieran precedidas de ejercicios andróginos, que fatigan más que los deleites naturales, por vivos que éstos sean, sospecho que daría al traste con mi consunta personita. Ayer no podía tenerme en pie, é imaginaba que estaba aniquilado de espíritu y de cuerpo. Pasé por la última humillación. Escribí á Magdalena Brohan una carta tiernísima, pidiéndole aún que me amase y prometiéndole quedarme aquí los cuatro años que ella se quedase. ¿Con qué impaciencia no esperé su contestación? Si hubiera sido favorable, en seguida le hubiera escrito á usted suplicándole encarecidamente que me dejase aquí de Secretario de la Legación y diese á quien gustase mi puesto en esa primera Secretaría. Pero la respuesta á tanta ternura, á lo mejor de mi alma, que iba envuelto en aquel papel, como un ochavo de especies, fueron sólo estas crueles palabras: *C'est impossible. Il faut partir. Adieu.* Me puse peor de salud. Llamé al médico; me tomó el pulso y me miró la lengua; me dijo que lo que yo tenía era un grande empacho bilioso, y me recetó una purga bastante activa. Hágase usted cargo de qué manera tan prosaica me estoy curando el

© Biblioteca Nacional de España

amor. Estoy á dieta; la pócima hace su efecto, y se me figura que voy sanando. ¡Dios lo quiera!

De tanto cariño, de tantos momentos de abandono, sólo me queda el recuerdo. La rogué, pero ella no quiso, que me mordiese en el cuello hasta dejarme una cicatríz, como la del Rey Haroldo, por donde Alix, la de la garganta de cisne, le descubrió entre los muertos de Hastings, á pesar de lo desfigurado que estaba. Ella no quiso aceptar un anillo que yo le presenté como recuerdo mío. Le compré en el *Almacén Inglés* y me costó setenta y ocho rublos de plata. Vale poco, porque en el dicho *Almacén* son unos ladrones; pero como recuerdo siempre valía... Ella, sin embargo, no le tomó; me cortó con los dientes un mechón de mis cabellos y se le guardó en un relicario. Ya le habrá tirado, quién sabe dónde.

Estamos en Semana Santa, según el estilo griego. Hoy es lunes, día pintiparado para estarse metidito en casa, purgándose, haciendo penitencia y hasta confesión general, porque esta carta no es otra cosa. Aquí confieso mil culpas y necedades y me arrepiento de ellas, y hallo algún consuelo en confesárselas á usted y arrepentirme. Nunca, sin embargo, me persuadiré de que Magdalena Brohan es *une coquine*, sino que entenderé que es buena amante y sublime, aunque yo no sé por qué extravagancias ó aprensiones inexplicables de mu-

© Biblioteca Nacional de España

jer ha hecho de mí una víctima, cuando debiera haberme dejado tranquilo, como yo lo estaba.

Adiós. Esta carta no debe formar parte de la colección de mis cartas de Rusia. Esta carta está fechada en el país *du tendre*.

Soy su amigo afectísimo,

J. VALERA.

San Petersburgo 15 de Abril de 1857.

Mi muy querido amigo (1): ¿Qué habrá usted pensado y dicho de mí al leer la carta que le escribí hace dos días? Por lo menos, que yo estaba loco. Loco estaba yo, en efecto; pero ya me he sosegado y vuelto á mi acuerdo. Menester es que una mujer tenga malas entrañas, y Magdalena Brohan no las tiene malas, ó que sea harto singular y *excéntrica*, como ahora se dice, para sacar de sus casillas á un hombre pacífico y filósofo, y hacerle tomar un baño ruso de amor. Yo he pasado, con rapidez increíble, de lo más ardiente á lo más frío, de *um quebranto d'amor melhor que a vida*, á las contorsiones y convulsiones de la rabia. Dios

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

se lo pague, pues, aunque mal trago, siempre es bueno probar de todo en este mundo.

Durante mi enfermedad, mientras yo estaba

Vencido de frenético erotismo,
Enfermedad de amor ó el amor mismo,

se ha verificado la *débâcle* del Neva. Desde los balcones de esta casa he visto los hielos que se ponían en movimiento, como tocados por una varita de virtud, que se separaban y rompían, y bajaban, con majestad, á perderse en el Báltico. Consigo han arrastrado no pocas barcas y otros objetos que, descuidadamente, dejaron los dueños á su paso, sin tomar precaución alguna. Pero la fiesta ha sido magnífica, y algo debe costar. El raudal caudaloso que estos hielos encubrían ha quedado ahora descubierto. Ya le cruzan mil ligeros botes, y los buques de vela y de vapor, que yacían inmóviles y aprisionados, se mecen ahora sobre las ondas cristalinas. La misma corriente y un ligero viento primaveral, rizan y encrespan suavemente la superficie de las aguas. Los innumerables palacios que coronan ambos lados del río, se retratan en ellas y parecen más soberbios, y pagados de su hermosura al volverse á mirar al espejo, después de tanto tiempo. El tiempo es inmejorable. Un sol meridional derrama su luz sobre los edificios todos y parece que los besa enamorado, y que en-

© Biblioteca Nacional de España

gendra otros tantos soles en las agujas, cúpulas y campanarios dorados de las iglesias y monasterios griegos. El día se dilata ya hasta las ocho de la tarde. Al despedirse el sol para ir á iluminar otras regiones, se queda en el horizonte por muchas horas y tiende sus rayos oblícuos sobre el río y se baña en él, y le llena de luz, de colores, de tornasol y de reflejos. Los peces deben alegrarse en el fondo del agua de esta visita que el sol les hace después de tan larga separación. Todo vuelve á la vida, *jam redit et virgo;* la primavera va á venir. Aun no cantan las aves, ni se ven en los árboles los primeros pimpollos verdes; pero cantarán y se verán pronto. Cristo no ha resucitado aún: los rusos siguen haciendo penitencia; ahora están en lo más fuerte de ella y pronto se hará el milagro. Por desgracia no hay milagro, por benéfico que sea, que no tenga sus contras. El Señor le saca los malos al energúmeno, y éstos se meten en el cuerpo de los cochinos y los cochinos se ahogan. Vendrá la resurrección y el pueblo ruso, que tiene el estómago vacío, se atracará de jamón y de huevos duros y de ensaladas, y se emborrachará de gusto. Mi médico pronostica que, con estas atraquinas, se desarrollará el cólera, que nunca abandona estas regiones. Dios quiera que no se cumpla su pronóstico.

Entretanto, apenas anteayer se vió el Neva libre

© Biblioteca Nacional de España

de hielos, cuando salió de la fortaleza el señor Gobernador y atravesó el río, con gran prosopeya y en una lancha aparatosa y brillante. Su excelencia llevaba en la mano un vaso lleno de agua del río, y con este vaso en la mano entró en Palacio y se le presentó al Emperador. La costumbre antigua era que el Zar devolviese el vaso lleno de monedas de oro; pero como el vaso crecía cada año en magnitud y amenazaba transformarse en una tinaja; la costumbre ha tenido que modificarse, y el Emperador, en vez de las monedas, ahora da una rica joya.

Tengoborski ha muerto. Dos días há que le enterraron con gran pompa en la iglesia católica. Era católico y polaco, y el más distinguido economista ruso. Su obra de las *Fuerzas productivas* de la Rusia lo acredita. Personaje de tanta cuenta por su saber y por su posición, pues era del Consejo del Imperio, debía ser muy solemnemente honrado en sus funerales, y así es que asistieron á ellos los Ministros de la Corona, el Cuerpo Diplomático, los grandes señores, los stolnikos, que así llamaremos de aquí en adelante á la servidumbre de palacio, porque esta palabra es graciosa y significativa, y, en fin, hasta el mismísimo Tzar ortodoxo Alejandro II. Tengoborski se había empleado, en estos últimos días, en la reforma de aranceles. Todo el trabajo está hecho y no hay

© Biblioteca Nacional de España

más que publicarle. Mucho sienten los partidarios del sistema restrictivo, que no son pocos en Rusia, que Tengoborski no haya muerto tres meses antes. Se quejan principalmente de que los fabricantes de telas de algodón van á arruinarse, y á quedar sin trabajo los obreros, y á morir la industria. Dicen, además, que la Inglaterra no ofrece ventaja alguna en cambio, y que los aguardientes, de que puede hacerse aquí gran exportación, pagan en aquel país tan exorbitantes derechos de Aduanas y de consumo, que no es posible llevarlos. Los más liberales, y á éstos creo, sostienen que la exportación de aguardientes no es más considerable por las trabas que pone el Gobierno. Figúrese usted que aquí han hecho un monopolio de la destilación, y que, para poner un alambique y quemar para fuera del Imperio, es menester licencia. La industria algodonera de por aquí debe parecerse algo á la de España. Así es que á los liberales, á los mercaderes y á los diplomáticos extranjeros, no se les cuece el pan, como suele decirse, aunque sea expresión chabacana, hasta que se publiquen los aranceles; y acusan, á la sordina, al Gobierno de ruínmente interesado porque retarda la publicación hasta que entren y paguen sus derechos las muchas mercaderías que hay ahora en depósito en estas aduanas.

Volviendo á Tengoborski, se anuncia que ha

© Biblioteca Nacional de España

dejado escrito el quinto tomo de su obra, que debe tratar, sin duda, de la Hacienda pública y de las vías de comunicación; puntos importantísisimos que deja de tratar en los primeros tomos. Gran curiosidad inspira este tomo quinto, sobre todo por lo que puede decir de la Hacienda imperial. Aquí se hace aún de muchas cosas un secreto de Estado, y en punto á intereses es donde conviene y cabe más misterio.

El señor Obrescoff, que es un bendito, pero gran estadista (la estadística es una de aquellas ciencias que Dios ha permitido que inventen los hombres para que ni á los tontos les falten ciencias que estudiar, y puedan ser útiles estudiando las ciencias), el señor Obrescoff, digo, acaba de publicar un opúsculo, donde, muy menudamente, enumera cuánto pan, cuántos carneros, cuánta pólvora, cuántas balas, etc., etc., han consumido en Crimea los aliados; pero ni una palabra dice de lo que han consumido los rusos. Todo se lo sabe él al dedillo, según me ha afirmado, pero no dirá nada para que el Gobierno no se enfurruñe. Según el señor Obrescoff, hubo en Crimea un ejército enemigo de 195.000 hombres; de ellos murieron ó fueron heridos 100.000, y gastaron en la guerra 2.332 millones de francos. Hubo en el sitio, sólo de parte de los sitiadores, 2.300 cañones de todos calibres, y 110 millones de cartuchos de

© Biblioteca Nacional de España

fusil y dos millones y medio de cargas de cañón. No sé si se consumió toda esta pirotécnica, pero lo dudo. Y para completar la función, tuvieron también los aliados unos nuevos cohetes, que incendian cuanto tocan y que caminan de ocho á diez kilómetros, casi tanto como las flechas del príncipe indio, amor del hada Parabanú. El librito del señor Obrescoff está en ruso; pero él mismo me ha traducido lo más substancial y admirable, *acsiologótaton*. De su libro sobre el oro y la plata hablaré en otra ocasión.

Aquí ha habido últimamente un acontecimiento espantable. La nobleza se ha reunido para elegir los jueces y magistrados que elige. Estas elecciones tienen lugar cada tres años; y, así como el pueblo elige sus *starostas* ó ancianos que le gobiernan, así la nobleza elige ciertos funcionarios. Tiene, además, el derecho de tratar, en estas asambleas, de todos sus negocios, y como quiera que los negocios de la nobleza pueden ser y son los del Imperio, la nobleza puede tratar de los negocios del Imperio todo. El Gobierno puede hacer ó no hacer caso de lo que diga la nobleza: pero siempre es un precioso derecho el de poder discutir y poner en tela de juicio los actos del Gobierno. Tiempo hacía que la nobleza no usaba de este derecho: pero este año ha usado de él, y ha hablado de la inmoralidad de los empleados, de

© Biblioteca Nacional de España

los desórdenes de la Administración, y de otros asuntos de no menor importancia. Acaso aspire á una libertad y predominio políticos, fundados en esta libertad municipal de que ahora goza: y acaso se cree con el tiempo en este país una forma de Gobierno liberal, muy diferente de los Gobiernos representativos que por ahí se usan. La gran cuestión que preocupa más á esta gente es la emancipación de los siervos. Los nobles aseguran que les convendría más que fuesen libres y que la servidumbre es para ellos una carga, más que una ventaja; pero que el emancipar á estos hombres causaría una perturbación inmensa. La servidumbre no viene en Rusia de muy antiguo, como vulgarmente se cree. Se extendió en la época del Tzar Boris Goudunoff. Las invasiones de los suecos y polacos, las guerras del falso Demetrio, que por aquel tiempo acontecieron, y la peste y el hambre y la inseguridad de la vida, que trajeron consigo, abatieron de tal suerte los ánimos, que pueblos enteros se vendieron, por decirlo así, á los señores en cuya tierra vivían y contrataron solemnemente con ellos no abandonar nunca la tierra, si él les mantenía y sacaba de la miseria en que se hallaban. Antes, sólo eran siervos los prisioneros de guerra y los tártaros sometidos; desde entonces lo fueron también los eslavos; pero fueron siervos de la tierra y no de la persona. Toda otra servi-

© Biblioteca Nacional de España

dumbre que más tarde se haya introducido, es por abuso, no por ley. Boris Goudunoff legalizó, á principios del siglo XVII la servidumbre de la tierra, porque, habiéndose por una parte, obligado muchos á no abandonarla, y siendo, por otra, peligrosísimas en aquellos días de trastorno, las emigraciones y cambios que antes había, porque los rusos son y han sido siempre algo dados á la vida errante, prohibió que nadie abandonase su tierra. De este modo se explica la actual servidumbre. Sólo los nobles tienen el derecho de poseer siervos. Este privilegio y el de no poder ser fustigados ó recibir el *knout*, son los más importantes que tienen. Ninguna pena corporal aflictiva puede aplicarse á un noble, salvo la de muerte; y ésta no tiene en el día aplicación alguna en el fuero común, sino en dos casos, á saber: si se atenta á la vida del Soberano ó se trata de cambiar la forma de Gobierno. A ir á Siberia de este modo ó del otro, y en los modos hay mucho que decir, ó á recibir el *knout*, si es uno villano, están reducidos los castigos todos. Tengo el Código Penal que promulgó Nicolás I, en 1846, y que está traducido en lengua alemana. El Código Civil no está traducido. Las provincias del Báltico se rigen por leyes especiales. Creo que este Código Civil no es más que un extracto, hecho según cierto sistema, bajo la dirección del célebre jurisconsulto Speranki

© Biblioteca Nacional de España

y sancionado por el mismo grande Emperador en el año de 1832, si no me equivoco. Códigos anteriores, ó cosa parecida á un código, sólo ha habido dos. Uno en el siglo x, titulado *La verdad rusa:* otro publicado por el segundo de los Romanoff, que se titula *Constitución del Tzar Alexis*. Lo que sí hay es un inmenso cúmulo de leyes, de las cuales Speranki sacó su extracto, y que el mismo Speranki reunió y publicó en cuarenta ó cincuenta volúmenes, donde se contienen los más importantes documentos para escribir la historia de la civilización, de las costumbres y de la vida de esta nación poderosa. Ya se hará usted cargo que el haberse abolido aquí la pena de muerte para casi todos los delitos, es cosa muy moderna. Antes quedaba al arbitrio del juez el imponerla; y la imponía á menudo, fundado en la consideración de que toda infracción de la Ley era oponerse á la voluntad del Tzar, y oponerse á la voluntad del Tzar, oponerse á la voluntad divina.

Estas noticias las digo tan someramente, que acaso no se entere usted de nada; pero bueno es apuntar ahora, que si más adelante hay tiempo, paciencia y fuentes donde beber, ya podremos dilatarnos.

Mis desabrimientos y el tiempo santo en que estamos, me conducirán, probablemente, á los brazos de Mourawieff, que me llevará á ver alguna fun-

© Biblioteca Nacional de España

ción de iglesia. Así Marramaquiz, abandonado por Zapaquilda, buscó consuelo á sus penas en los coloquios que tuvo con Garfiñando,

Que en los bosques vivía,
Donde había estudiado
Natural y moral filosofía.

Confieso, sin embargo, que Sobolefski es un hombre, aunque profano, mucho más divertido y discreto que Mourawieff, y que su conversación vale diez veces más. Botkine há tiempo que está en Moscou, ó no sé dónde y no he podido entregarle las obras del Duque de Rivas. Entretanto, Sobolefski las lee y se admira de sus bellezas, aunque las halla, y francamente tiene razón, algo palabreras: defecto común de toda ó de casi toda nuestra literatura y quizás de la lengua.

Adiós, y créame suyo afectísimo,

J. VALERA.

San Petersburgo 18 de Abril de 1857.

Mi querido amigo (1): Gracias á Dios que ya estamos en Sábado Santo y Cristo resucita dentro

(1) A D. Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

de poco. ¡Terrible semana hemos pasado! No hay medio de hablar ni de ver á nadie en estos días. Los rusos harán penitencia ó no la harán; pero ello es que no consienten en ver á nadie. Y lo más triste de todo es que la clase elevada no hace estas cosas *corde bono et fide non ficta,* sino por ser muy ceremoniosa y estar bien regimentada. No sé si hay un General del culto, pero debía haberle, así como hay un General de los teatros. Una persona *comm'il faut* se persignará aquí siempre al levantarse de la mesa, tan maquinalmente como un soldado que se cuadra al ver un oficial que pasa, y del mismo modo, aunque en su vida haya pensado en Dios, se encerrará durante la Semana Santa, y aun una ó dos semanas más durante la cuaresma, y meditará ó hará como que medita en los divinos misterios. Por último, si es rico, no sólo tendrá cocinero, mayordomo y lacayos, sino también capilla, y en ella dos ó tres *popes* y unos cuantos cantores. Esto hace que los actos religiosos, no sólo no sean aquí verdaderamente católicos, esto es, universales é interesantes á la humanidad entera, que eleva al cielo su plegaria y con la plegaria los corazones en la misma comunión, sino que no son siquiera nacionales y patrióticos. El pueblo, acaso con fe sincera, aunque grosera, acude estos días á los templos, á vísperas y maitines. La nobleza, separada del pueblo, celebra en sus

© Biblioteca Nacional de España

casas las ceremonias religiosas, que representan ó recuerdan el temeroso misterio de la Redención. En las capillas y en las iglesias se cantan versículos de los evangelios, de las epístolas de los apóstoles y de otros pasajes de las sagradas letras, que directa ó simbólicamente aluden á la pasión de Cristo. Los hermosos cantos que la ensalzan se deben principalmente á dos eminentes poetas y santos de la Grecia cristiana, Cosme de Maimma y Andrés de Creta. Las fiestas de Semana Santa no son aquí populares ni solemnes. El Jueves y el Viernes Santo, á no ser porque no le reciben á uno de visita, no se distinguen de los demás días del año. Las tiendas están abiertas, cada cual se ocupa de sus negocios y los carruajes circulan libremente por la ciudad.

La religión *ortodoxa* acaso entusiasme aún al pueblo, mas para la gente ilustrada no es más que una religión oficial. El arte no ha hermoseado el culto *ortodoxo* y las imágenes son feísimas. El canto sólo es hermoso y las damas y caballeros rusos se entusiasman con él como con una gloria nacional. Religión, lo que verdaderamente se llama religión, no creo que haya mucha; mas, en cambio, hay mucho patriotismo. El ruso no es filántropo, ni teófilo, sino filoruso. El que quiera amar á Dios y á los hombres, ora encubierta, ora descubiertamente, se hace católico, ó se hace filósofo incrédulo,

© Biblioteca Nacional de España

ó se hace protestante, y fácil es descubrir en ellos estas inclinaciones, á pesar del velo oficial de la *ortodoxia*. Sin embargo, en cuanto se toca la cuerda del patriotismo ó del odio á los polacos, el ruso más incrédulo ó más católico se vuelve más *ortodoxo,* como ellos se llaman, que Focio mismo. La dominación de los polacos en Rusia ha engendrado un odio inmenso, inextinguible, contra los polacos. Ahora la están pagando los pobres. Para un buen ruso ó para una buena rusa no hay caballero polaco que no sea falso, traidor, tramposo, etcétera, ni dama polaca que no sea deshonesta y liviana. Las crueldades y tiranías de los polacos de hace dos siglos las cuentan aquí como si fuesen recientes y cometidas este mismo año. No hay maldad que no les atribuyan. Los jesuítas, que durante la dominación polaca trataron de civilizar y hacer católicos á los rusos, son aún más aborrecidos. Este odio retrospectivo es lo que detiene más en Rusia los progresos del catolicismo. Porque si á la verdad sería utilísimo, políticamente considerado este negocio, que la Iglesia y el Estado, suponiendo á la Iglesia viva, enérgica y grande, estuviesen íntimamente unidos, como aquí lo están, todavía, creyendo según creo y es lo cierto, que esta Iglesia está muerta, me parece gran pena para el Estado llevarla colgada y hacer un solo cuerpo con ella, como los gemelos de Siam, muriendo el

© Biblioteca Nacional de España

uno y quedando vivo el otro. Digo que está muerta porque nada hace más que hacer que canten los sochantres, y sobre todo porque nada piensa. Los unidos de Lithuania y de otros puntos dominados en lo antiguo por la Polonia, y que en 1839 volvieron á ser rusos de religión, fueron movidos por temor ó por esperanzas carnales; y ¿quién duda que la coacción del Emperador Nicolás, más que la persuasión de sus apóstoles, tuvo parte en este milagro? ¿Qué civilización ó qué cultura económica tienen los rusos? Ninguna, porque su religión no se presta á que la tengan.

La civilización y la cultura vienen aquí, desde los tiempos de Pedro el Grande, de las regiones del Occidente; y vienen empapadas, páseme usted la palabra, en una religión diferente, ó como elemento enteramente extraño á la religión. De aquí el desprecio mal encubierto por el clero, que hasta el vulgo siente, á pesar de su fanatismo. Y no sólo desprecio, sino hasta repulsión. No hay nada de peor agüero para un mujik que encontrarse en la calle con un clérigo. Y, ¿qué hacen éstos para rehabilitarse? Nada, no hacen nada, por más que se diga. Los rusos siempre nos salen con que no conocemos sus cosas ni la lengua que hablan; si tuviesen grandes escritos y grandes acciones, ¿quedarían encubiertos? Presumen de más desdeñosos de lo que son y dicen que nada les importa que

© Biblioteca Nacional de España

no los conozcamos; pero lo que quieren es que no conozcamos sino lo que vale algo, no lo que no vale nada. Pagan el *Nord* en Bruselas; han pagado á Haxthausen para que escriba; han dado á Karansin 50.000 francos anuales de renta por haber escrito la historia de Rusia; 50.000 francos de que aun gozan sus hijos, y todavía se obstinan en darse tono de que quieren guardar el incógnito. Ello es que no tienen ningún escritor de nota, ningún Santo Padre de su Iglesia, cuando no le conocemos. No hay más que Mourawieff, que es seglar, y aunque amigo mío, *magis amica veritas,* fuerza es confesar que vale poquísimo. Yo leo á Mourawieff para enterarme de asuntos que sin leerle no sabría. Pero, aquí, ¿quién lee? Él dice que la clase media (el pueblo no sabe leer); yo creo que no le lee nadie. La nobleza, sin embargo, y hasta las damas, que como he dicho á usted, ya son aquí muy licurgas, suelen pensar en las cosas santas y leer libros de religión. Y los libros que leen son católicos, y si algún sentimiento religioso tienen en el alma, es un sentimiento católico. Chateaubriand, Lacordaire, Augusto Nicolás, el Cardenal Wiseman, el Padre Ventura, Genonde, Bautin, Ozanan, y tantos otros novísimos, elocuentes y sabios y entusiastas defensores de la verdad de nuestra fe, son aquí leídos y admirados, y, como contraposición, en favor de la religión *ortodoxa,* no hay más

© Biblioteca Nacional de España

que Mourawieff y los cantos de los sochantres. Hay también en contra de esos autores la filosofía volteriana, la *vita bona* y alegre y las novelas de Paul de Koch. Pero la severidad de costumbres de este Emperador, y de su esposa, sobre todo, se oponen á estas ligerezas y devaneos. En el día, la corte de Rusia, en apariencia al menos, es bastante severa. Se cuentan poquísimos escándalos y, la mayor parte de ellos, causados ú originados en el extranjero; como si al salir por ahí estas señoras se dejasen en casa las obligaciones, como incómodo é inútil bagaje. Usted habrá leído ó habrá oído hablar de *La dame aux perles*, de Alejandro Dumas, hijo. Esta dama de las perlas es la mujer del heredero de Nesselrode. Repito, sin embargo, que lo que es aquí, en el día de hoy, se vive muy morigeradamente ó, por lo menos, con gran recato. Del Emperador, que da el ejemplo, sólo se susurra vagamente que adora y que, naturalmente, es adorado por una Princesita más docta que la misma Reina Libusa. Pero esto está bien disimulado y, pensando piadosamente, se puede dudar que sea cierto.

En los buenos tiempos del Emperador Nicolás era muy diferente. La sangre de Catalina II hervía en las venas y turbaba la serena majestad del autócrata.

© Biblioteca Nacional de España

Aux filles de bonnes maisons
Comm'il avait sû plaire,
Ses sujets avaient cent raisons
De le nommer leur père.

Así es que la gente se divertía más que ahora; y, hasta se cuenta, aunque yo no doy crédito á las malas lenguas, que aquí abundan, que una Princesa imperial iba á cenar al restaurant, *en partie carrée,* con la Woronzov y dos amigos.

¡Cómo, en el día, han mejorado las costumbres! Apenas *manent sceleris vestigia.* Los antiguos y machuchos servidores del Tzar difunto son los que dan peor ejemplo, empezando por el Conde de Adlerberg, que tiene su coima mantenida; aunque más está ya este buen señor para mandado recoger que para otra cosa.

Entre estos personajes que rodean el trono, más bien nota uno cortesanía y extrema elegancia, como para disimular que son bárbaros, que capacidad y, sobre todo, lo que ahora se llama *genio.* Adlerberg ya he dicho que no es más que un buen señor; Orlof es *cuco* y vulgarote, pero entiende su negocio; Gortchakoff es el más notable de todos. Gortchakoff la da de *bel esprit.* Ha jugado mucho al *Secretario* y juega todavía, y tiene sus puntas y ribetes de coplero y ha sido grande amigo de Pouchkine. Es un *causeur* admirable: las damas todas lo dicen y se entusiasman de oirle, y ponen

© Biblioteca Nacional de España

por las nubes sus donaires y sutilezas y discreciones. En las Notas y Despachos que Gortchakoff escribe, y le gusta escribirlos para lucir su ingenio, entra por más la presunción del literato que la del hombre político, y se fina y desparece por compaginar frases peinadas ó por *faire des bons mots*, aunque no tengan sentido alguno ó tengan otro del que debieran tener; por ejemplo: la que se ha hecho famosa de *la Russie se recouille et ne boude pas.* Parece que su idea política capital es no hacer política de simpatías; no intervenir en los asuntos de Europa para defender el principio del orden, de la legitimidad, del despotismo ó como quiera llamarse, sino para defender y mejorar los intereses de la Rusia. Esto tiene de bueno que no habrá en adelante ingratitudes como la del Austria, pero tiene de malo que se pierde la influencia y el prestigio de la idea y que sólo el de la fuerza ó el de la conveniencia queda en pie. Verdad es que, distraída la atención un tanto de los negocios exteriores, se podrá reconcentrar en los internos y mejorar la administración, en extremo viciosa, y hacer ferrocarriles y mejorar la industria y las artes, y fomentar el comercio y la riqueza pública, con lo cual podrá la Rusia, en pocos años, sin hacer conquistas, aumentar tan maravillosamente su poder, que las potencias occidentales tengan que recelar de él más que ahora. Entonces po-

© Biblioteca Nacional de España

drá este Gobierno, con más eficacia, volver á ser el propugnador de los principios que más le acomoden. Entretanto, me aseguran que florecen y se desarrollan notablemente las artes de la paz. La exposición de pintura y de escultura está abierta y ya hablaré á usted de ella otro día. La literatura prospera, si hemos de creerlos. Cinco rublos (ochenta reales de nuestra moneda) es el precio ordinario que recibe un literato por cada página de impresión de una Revista, y en Rusia se publican muchas Revistas.

Libros se escriben también en abundancia, pero poco notable. De las novelas de Tourgueneff es de lo que más se habla, y ya la *Revue des deux mondes* ha dado en francés algunas traducciones de ellas. He notado que las personas cultas de por aquí, esto es, los príncipes y boyardos, porque la burguesía no la conozco, no se fían mucho de los autores rusos, y no los leen sino después de haber pasado por el crisol de la crítica francesa, y cuando los franceses han dicho que son buenos *et vidit Deus quot esse bonum.* Mas esto no impide que todo ruso trate de probarle á usted que sus autores son intraducibles y que sus hermosuras y primores son incomunicables y divinos, como la lengua en que escribieron. Por donde Pouschkine y Lermontoff, que yo he leído en alemán, y algo de Gogol, que he leído en francés, debo tener por

© Biblioteca Nacional de España

cierto, si quiero estar bien con estos señores, que valen mil veces más en la lengua propia, y que en otra lengua sólo queda un glóbulo homeopático de la bondad de ellos; algo de infinitesimal, microscópico é imperceptible, si se atiende á la verdadera grandeza de que están dotados. Hasta ahora el hombre de más talento que he conocido en Rusia, traducido también, puesto que tiene que hablarme francés para entenderse conmigo, es el señor D. Sergio Sobolefski, poeta faceto, gran bibliófilo y amigo de Merimée, Serafín Calderón y Gayangos. Sobolefski me dará cartas para Moscou, á donde iré en cuanto llegue Diosdado y *entoisonemos* al Gran Duque heredero. De vuelta de Moscou me embarcaré é iré á Stettin, de allí á Berlín, Dresde, Praga y Viena, y luego á París, y á Madrid por último.

Aquí es imposible copiar un manuscrito español, como yo mismo no lo copie, y ya, ni hay tiempo ni paciencia; pero en Viena podré copiar lo que el Sr. Marqués de Pidal desee. Llevaré para Wolf cartas de recomendación de Sobolefski. Por todas estas ciudades podré, además, recoger algo curioso en punto á libros viejos españoles, sobre todo en Francfort, donde está establecido el judío Baer, á quien he conocido aquí, y me parece un águila bibliópola. Si el Marqués ó usted no tienen *La primavera y flor de romances*, el *Cancionero de*

© Biblioteca Nacional de España

Resende, publicado en Stuttgart, ú otros libros nuevos por este orden, y desean tenerlos, los llevaré conmigo.

Adiós. Suyo afectísimo,

J. VALERA.

San Petersburgo 20 de Abril de 1857.

Querido amigo mío: (1) en mi última carta dije á usted una infinidad de picardías contra la religión de este pueblo, y hoy me arrepiento y retracto de haberlas dicho. Aquí se escribe y se lee menos, pero se cree mucho más que en Francia y en Italia. Estoy no sólo dispuesto á cantar mil veces la palinodia, sino maravillado y enternecido además de cuán religiosos son los rusos, y de las bellas cosas que he visto en estos días.

El sábado de gloria se lloraba aún en todas las iglesias la muerte del Señor. El simulacro de su Santo Sepulcro estaba expuesto á la adoración de los fieles. Los sacerdotes entonaban en torno cánticos fúnebres. Sólo de vez en cuando se dejaba oir un himno fatídico, alguna palabra poética lle-

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

na de esperanza y alegría. Los profetas de Israel anunciaban la resurrección del crucificado, y no sólo su gloriosa epifanía, sino la resurrección de toda carne. Confiando, sin duda, en estas promesas, empezó el pueblo á regocijarse apenas llegó la noche, y por toda la ciudad aparecieron ardientes luminarias que dejaban ver, con claridad igual á la del día, las fachadas de los templos y palacios: ardientes luminarias que se duplicaban reflejando en las aguas, ya libres de hielo, del grande y del pequeño Neva y de los cien canales. Cerca de media noche acudió á las iglesias infinito pueblo, y á las capillas del Palacio Imperial y de los magnates personas más encopetadas. Yo fuí á la capilla del Conde Chemeretieff. Pero ¿qué digo á la capilla? Todo el gran palacio de este poderoso boyardo se había convertido en un magnífico templo. Lámparas de plata, arañas y candelabros de cristal y de bronce, le iluminaban por donde quiera: gran copia de flores le embalsamaban y engalanaban. *Manibus date lilia plenis:* y Dios me perdonará si en ocasión tan santa cito á un poeta que, aunque pagano, tuvo mucho de católico en el fondo del alma, y fué maestro de Dante y vaticinador de la venida del Verbo.

Como yo siempre llego tarde á donde quiera que voy, llegué también tarde á casa del Conde Chemeretieff. Antes de subir la escalera, comencé

© Biblioteca Nacional de España

á oir un canto, melodioso, dulce y sumiso, que aparentaba venir hacia mí. Subí la escalera, y, no hallando criado ni persona alguna que me guiase, caminé hacia el punto de donde el canto venía. A poco andar hube de detenerme embebecido y ví adelantarse por una extensa galería, una pausada y solemne procesión, que con notable majestad y recogimiento discurría por todo el palacio, que de seguro pudiera tomarse entonces por un palacio encantado.

Tutti cantavan: Benedetta tue
Nelle figlie d'Adamo e benedetta
Sieno in eterno le belleze tue.

Aquella procesión asemejaba á la que el altísimo poeta florentino vió en la cima del purgatorio, cuando Beatriz, *sotto candido vel cinta d'olivo*, vino por él para llevársele al cielo. Iba delante un sacerdote vestido de blanco, con una cruz de oro levantada, como para servir de guía: y en pos de él otros con estandartes de brocado, bordados de pedrería resplandeciente. En seguida coros de niños, de jóvenes y de ancianos. Luego familiares de la casa y otras personas de cierto respeto, con sendos mantos de damasco encarnado, guarnecidos de anchas franjas de oro, y llevando muy devotamente sobre el pecho las reliquias preciosas, las santas imágenes y los libros sagrados, que, cu-

© Biblioteca Nacional de España

biertos de perlas, diamantes, esmeraldas y rubíes, se guardan en el oratorio del conde. Seguían después muchos caballeros, muy condecorados y vistosos, y no pocos de uniforme. En fin, las damas, las criadas de la casa, las mujeres todas, iban allí también con vestiduras blancas, como las de aquel joven extraño, como las de aquel angel hermoso que vieron las tres Marías sobre la tumba del muy amado, y que les dijo: "¿Porqué buscáis al vivo entre los muertos? Id á anunciar que ha resucitado."

Cada uno de los que asistían á la procesión, llevaba en la mano una vela encendida. Yo me quedé absorto viéndolos pasar, y cuando hubieron pasado, los seguí á la capilla. Al llegar á la puerta, la hallamos cerrada. El coro, sin embargo, cantó con un presentimiento dichoso: —"Cristo ha resucitado de entre los muertos y ha vencido á la muerte con la muerte. Cristo ha vuelto á la vida á los que yacían en la tumba—."" Entonces se abrieron de par en par las puertas del santuario y apareció en ellas el primer sacerdote, con un ropaje flotante y lujosísimo: en la diestra la cruz y en la siniestra mano un turíbulo. —*Xristos vascrés*, "Cristo ha resucitado"— dijo tres veces, bendiciéndonos con el crucifijo, y, exclamando todos: —*va ístina vascrés*, "en verdad ha resucitado"— entramos en la iglesia como si entrásemos en el

© Biblioteca Nacional de España

cielo ya redimidos y benditos. — "¡Oh, pueblos! ¡Oh, „naciones! — dijo entonces el coro, — iluminemos „la Pascua del Señor, la Pascua. De la muerte á la „vida, desde la tierra al cielo nos ha traído Cristo, „nuestro Dios. Entonemos el canto de la victoria. „Purifiquemos nuestros sentimientos y veremos „resplandecer á Cristo en la luz hermosa de su re„surrección, y oiremos claramente su voz que „clama. Regocijáos y cantad el canto de la victo„ria. Todo está ahora lleno de luz, el cielo, la tie„rra y el profundo. La creación entera celebra la „resurrección del Señor que la ha criado. Venid „y bebamos una bebida nueva, que no brota de „infructífero peñasco, sino del manantial mismo „de la eternidad, de la tumba de Cristo resucitado, „que nos ha redimido. Ayer estábamos contigo en „la tumba, ¡oh, Cristo! Hoy resucitamos contigo. „Ayer estaba yo sepultado. Ensálzate á tí mismo, „¡oh, Salvador! Hoy estoy contigo en tu reino. Tú „bajaste á las entrañas del abismo, y rompiste los „cerrojos eternos, reforzados y firmes. Celebre„mos la muerte de la muerte, la aniquilación del „infierno, el principio de la vida imperecedera. „Deja que te contemple, Sión. Hé aquí que todos „tus hijos, como antorchas encendidas por Dios, „vienen á tí del Oriente y del Occidente, del Sep„tentrión y del Mediodía, y en tu seno alaban á „Cristo por los siglos de los siglos. Ilumínate, ilu-

© Biblioteca Nacional de España

„mínate nueva Jerusalem: la majestad del Señor „ha venido sobre tí. Baila y regocíjate, Sión. Y tú, „Madre purísima del Verbo, alégrate de la resu„rrección de tu hijo.„ Este canto, este maravilloso *epinicio*, del que sólo traduzco mal algunos fragmentos, es de San Juan de Damasco. Hay, por último, un momento en que el coro dice: — "Abra„cémonos unos á otros, llamémosnos hermanos, „perdonemos á los que nos aborrecen y cantemos „juntos *Cristo ha resucitado de entre los muer„tos.*"— En este momento solemne los rusos todos se creen verdaderamente hermanos, y los ricos y los pobres, los siervos y los señores se abrazan con efusión extraordinaria. Durante los tres días de Pascua hay esta *agape* universal; y en las casas, y en las calles y en los templos no se ven más que ternuras. El que va á besar, dice: — "Cristo resucitó" — y el otro responde: - "en verdad ha resucitado." — El Emperador dará en estos días quince ó veinte mil besos á lo menos. Se cuenta que su padre Nicolás I, al pasar por la puerta de su palacio un día de Pascua, dijo al soldado que estaba de guardia, besándole las mejillas, según es costumbre: — "Cristo resucitó" — y que contestó el soldado: — "En verdad que no ha resucitado Cristo." — La admiración y el disgusto del Tzar fueron grandes al oir esta inesperada respuesta: pero pronto se calmó y la com-

© Biblioteca Nacional de España

prendió cuando supo que el soldado era judío.

Hace un tiempo muy hermoso: el sol brilla como en España; las calles están llenas de gente á pie y en carruaje; notable contento y animación reina en todo sitio. El exceso de la alegría por la resurrección del Señor hace que muchísimos rusos de los más *ortodoxos*, se caigan en estos días por esas calles como muertos, ó que, por lo menos, vayan dando traspiés. Si no hubiese una causa moral para explicar este fenómeno, se podría suponer que su verdadera causa es el aguardiente. Aquí, sin embargo, llaman al aguardiente, té; los rusos toman mucho té, y en vez de pedir propina para beber aguardiente, la piden para tomar la olorosa y salubre yerba del Catay. Este *eufemismo* suele producir efectos muy cómicos; y ayer, por ejemplo, me hizo reir de veras el secretario del Duque, que ha estudiado la lengua de este pueblo y se entiende con los rusos, y como pasease en su droski (los droski han reemplazado ahora á los trineos) y se encontrase un ciudadano tendido en medio de la calle, con una de las turcas más *ortodoxas* que jamás hubo, el cochero se volvió á él y le dijo, con la mayor seriedad: —*on pil mnoga chaiu*, "éste ha bebido mucho té.„ — Vea usted qué té tan singular se bebe en esta tierra.

Aquí existe también la costumbre, existente asimismo en diversos países de la Europa occiden-

© Biblioteca Nacional de España

tal, y hasta, según creo, en algunas provincias de España, de presentar huevos dorados ó teñidos de púrpura á las personas á quienes se dan las Pascuas. Yo tengo ya media docena sobre mi mesa, y no sé qué hacer de ellos. Esto proviene, por una parte, de que el huevo es el símbolo de la resurrección y de la eternidad, y en la escritura hierolífica de los egipcios se representaba la eternidad por un huevo. Del huevo procede todo en todas ó en la mayor parte de las cosmogonías: todo nace *ab ovo*. La Noche y el Erebo se unen amorosamente; la Noche pone un huevo y de este huevo nace el Amor, que enjendra la hermosura, la vida y el universo mundo, tan grande y magnífico como es. Ormuz y Arimanes salen de un huevo; y Cástor y Pólux, y Elena y Clitemnestra tienen el mismo origen. Hasta el poeta Milton convierte el caos en un huevo y hace que el Espíritu Santo, *dove-like*, á manera de paloma, le empolle y fecunde; lo cual, á pesar de los atrevimientos de la lengua inglesa, me parece de maldito gusto; si bien he de confesar que no soy grande aficionado del Homero inglés, y que las burlas que Voltaire hace de él no me escandalizan como las que hace del verdadero y legítimo é incomparable Homero,

Que viviendo en la boca de la gente
Ataja de los siglos la corriente.

© Biblioteca Nacional de España

Por otra parte, volviendo á la costumbre de regalar huevos, hay otro fundamento de ella en una leyenda piadosa, que usted puede creer ó no sin condenarse, y que es como sigue: Afligidísima la Magdalena con la muerte de Cristo, aunque ya sabedora de que había resucitado y subido al cielo, dicen que, antes de retirarse á hacer penitencia, se embarcó no sé en qué puerto de Siria y se fué derecha á Roma á pedir justicia á Tiberio contra Pilatos, que tan malamente se había conducido como juez. Al aparecer delante del Emperador no era posible hacerlo con las manos vacías. Según la usanza oriental, se requiere siempre un presente en estos casos. Y como la Magdalena estaba muy pobre á la sazón, no halló ofrenda más á propósito que la de un huevo teñido de púrpura. Con él se presentó delante del César y le anunció la resurrección de Cristo y le explicó cuán miserable y débil había sido la conducta de Pilatos. Tiberio entonces, persuadido de las razones de aquella hermosa y santa pecadora, y movido de sus lágrimas, dejó á Pilatos cesante, y le envió desterrado á Suiza, donde murió á poco, no menos desesperado que Judas Iscariote. Aun hay en Suiza una montaña llamada la montaña de Pilatos, ó porque anduvo por allí vagando aquel desgraciado, ó porque acaso se precipitó desde su cima, terminando su mala vida con una muerte peor. *Finis coronat opus.*

© Biblioteca Nacional de España

Ayer estuve con el docto Mourawieff en la gran Catedral de San Alejandro Newski, oyendo las vísperas. Oficiaba el metropolitano de Nowgorod y San Petersburgo. En Rusia hay tres metropolitanos: el de Kiew, el de Moscou y el de Nowgorod, que vive en el mismo convento de San Alejandro. Oficiaba éste, como digo, y le asistían y circundaban ocho archimandritas, cuatro presbíteros y multitud de diáconos, subdiáconos y acólitos. Muchísimo pueblo, silencioso y devoto, enchía el templo. El metropolitano entró en él por medio de la gente, y avanzó hacia el altar, seguido de los archimandritas y presbíteros, y precedido por dos subdiáconos, de los cuales el uno llevaba en la mano un candelabro con dos luces, las dos naturalezas de Cristo, la divina y la humana, y el otro llevaba un candelabro con tres luces, que son el símbolo de la Santísima Trinidad. Dejo de describir el lujo, la pompa y la magnificencia de los trajes. Sería empresa superior á mis fuerzas. Dos subdiáconos estaban delante del iconostasio: uno tenía el báculo pastoral, el otro una antorcha: el poder y la luz que ejerce y difunde el pontífice sobre la iglesia. Las ceremonias que se hicieron y los himnos, motetes y letanías que se cantaron, fueron muy hermosos y llenos de sentido íntimo y misterioso y profundo. Todas las ceremonias que se hacen en estos días encierran grandes mis-

© Biblioteca Nacional de España

terios simbólicos. Acaso el pueblo y mucha parte de los monjes no alcancen á comprender toda la grandeza de estos misterios. El hierofante ha dicho que no á todos los que llevaban el tirso, agitaba el entusiasmo divino. Hay un momento, en estas ceremonias, en que el principio del Evangelio de San Juan se lee en eslavón, en griego, en latín, en hebreo y en otras lenguas, para indicar que Cristo ha venido para todas las lenguas, naciones, razas, tribus y pueblos. Dos diáconos, con un turíbulo y un incensario, penetran en medio de la multitud y le llevan la luz de la verdad. Otros cuatro diáconos vuelven los rostros á los cuatro ángulos de la tierra y exclaman: — "Su voz ha ido ya por todo el mundo y sus palabras por el universo entero„— y repiten, en eslavón: — "En el principio era el Verbo, etc." — y concluyen diciendo: — "porque la ley nos ha sido dada por Moisés; la gracia y la verdad por Nuestro Señor Jesucristo.„

Terminados los oficios, se retiró á su celda el metropolitano, con el cándido velo sobre la mitra y una vestidura morada y emblemática. Pasó por medio de su grey, y todos le detenían y se agolpaban en torno de él y le besaban la mano, y le pedían la bendición. El metropolitano los iba bendiciendo uno por uno; y, como eran más de tres ó cuatro mil, tardaba horas en bendecirlos, y no

© Biblioteca Nacional de España

adelantaba un paso. Por lo cual tuvimos que retirarnos antes que él saliese de la iglesia.

El señor Mourawieff, entusiasmado con la religiosidad y fervor de sus compatriotas, no pudo menos de decirme: "confiese usted que esto conmueve y que la bendición de nuestro metropolitano es más paternal y cristiana que la famosa bendición *urbi et orbi*". Yo no convine con él, como usted puede figurarse, y tuvimos una discusión bastante larga sobre este punto.

Y en este punto mismo dejo de escribir, porque es tarde y se va el correo.

Adiós. Suyo afectísimo,

J. VALERA.

El Duque furioso porque no le envían ustedes las credenciales de Embajador. Acaso crea que yo soy parte en que no se las envíen y por eso está tan serio conmigo. Quiñones aumenta y atiza la cólera ducal, diciendo que es una falta de consideración lo que hacen ustedes, dejando aquí al Duque sin credenciales. Yo no me atrevo á replicar lo que debiera replicarse: á saber, que ustedes no han dejado aquí al Duque, sino que el Duque es quien se ha quedado porque ha querido: y que se hubiera podido largar hace tiempo. En fin, Narváez le ha prometido, á lo que parece, que será Embajador: y como esta promesa no se acaba de

© Biblioteca Nacional de España

cumplir, está que trina y sospecha que ustedes ponen obstáculo á su nombramiento. Está quejosísimo de usted, de mí, del Marqués, y qué sé yo de cuántos. Estos días de Semana Santa, sobre todo, como no podía hacer visitas más que á la Théric y á la Brohan, y que ambas siguen, á lo que parece, con piel de cabrito, estaba hecho un vinagre. *Non ignarus malis, miseris sucurrere disco.* Por Dios, que le nombren ustedes pronto Embajador. Aquí le quieren mucho y ya saben todos cuántos castillos tiene, y que tiene un excelente corazón y un excelente cocinero.

San Petersburgo 23 de Abril de 1857.

Mi muy querido amigo (1): Esperamos con impaciencia la llegada del Sr. Diosdado á esta capital. Probablemente estará aquí de un día á otro; acaso mañana. El Duque, entretanto, sigue muy serio conmigo, y como es el mejor hombre del mundo, no acierto ni acertaré nunca á comprender este despego y recelo con que me trata y mira. En verdad que soy yo muy infeliz, porque, siendo yo tan amoroso y tierno, rara vez ó casi nunca hallo

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

quien aprecia mi amor y mi ternura y sepa pagarlos. Ahí está, si no, la Brohan, que no me dejará mentir. La he querido harto neciamente, como la necia carta que sobre el particular escribí á usted, y de que ahora me avergüenzo, lo demuestra á las claras, y vea usted cómo me ha pagado. Todavía, á pesar de mis propósitos, fuí á verla el último día de Pascua. La dije: "*xristós vascrés*", y nos abrazamos y besamos de nuevo. Me dió una cita para que volviese á la noche; volví, la hallé sola y hubo coloquios tan prolongados, tan vivos y tan tiernos como los de la época primera. No pude, sin embargo, pasar más adelante. Por último, ayer noche volví á verla del mismo modo. Durante todo el día no había hecho ella más que llorar. Su amante, el de París, le había escrito una carta llamándola perjura y otras perrerías, porque alguien le había dado la falsa noticia (yo al menos la creo falsa hasta ahora) de que se había vendido al Duque de Osuna. Magdalena estaba desolada. Yo traté de consolarla con mis caricias y con razones muy sensatas. La dije que, puesto que no se había vendido al Duque, ni quería venderse, no tenía por qué llorar y afligirse tanto. Que si quería aún de amor á *Monsieur Chose*, que le diese satisfacción de todo y que se uniese con él de nuevo. Que si no le quería, que se divirtiera y no lo echase tanto de sentimental. La hablé de Casi-santa y se

© Biblioteca Nacional de España

la puse por ejemplo. Ni ella ni yo hemos leído la vida de esta famosa mujer en San Agustín; pero ambos la conocemos por lo que refiere Voltaire, que copia fielmente, á lo que parece, al Obispo de Hipona. Ello es que si Casi-santa hubiera sido más rígida y entera, hubiera causado grandes males, y habiendo sido, casi por necesidad, harto liviana, hizo la felicidad de muchos y la propia y alcanzó la casi canonización y ser llamada Casi-santa. Di á entender asimismo á Magdalena, aunque no tan crudamente como aquí voy á decirlo, que, si bien toda mujer casi-santa es digna de consideración y de respeto, nada hay más ridículo ni menos respetable que ser casi-puta. Consejos idénticos á los míos y muy semejantes consideraciones le daba y exponía su hermana Agustina, en una carta que Magdalena acababa de recibir y que me enseñó. Agustina acababa por decirle que no fuese *bête* y que se divirtiese é hiciese dinero en estos cuatro años que va á pasar en Rusia. Yo, sin embargo, no me atreví á ir tan lejos, ni á aconsejar tanta inmoralidad. Hay en Magdalena cosas extrañas. Tiene la educación de una loreta, el temperamento de una bacante y el corazón de una muchacha púdica y candorosa y casta, y con todo esto, le faltan entendimiento y voluntad suficientes para conciliar de un modo ó de otro tantas antinomias y reducirlas á un síntesis suprema. Esta falta de

© Biblioteca Nacional de España

poder conciliador hace de ella una *autontimorosímena* lastimosa. Es, además, muy coqueta, sin poderlo remediar, y llora las desgracias que causa con sus coqueterías, que su vanidad abulta. Sin embargo, hay algo de real y efectivo en estas desgracias. Un agregado de la Embajada de Francia, Mr. de Levalette, se fué de aquí desesperado por ella, después de haber sido durante seis meses su *patito,* y ahora quiere volver, aunque sea dejando la carrera, y la escribe cartas *vesubianas.* A un periodista francés, que estuvo aquí para describir las fiestas de la coronación, le aconteció lo propio. El Ministro de Turquía que va á venir ahora la quiere hace seis años, desde que estuvo de Secretario en París con el Príncipe Calimachi. Ya le ha escrito diciéndole que viene más enamorado que nunca. Y así otros mil de todas naciones y religiones, circuncisos é incircuncisos. Yo la dije que no se afligiese; que si la querían no era culpa de ella, y que ya que le daba por compadecer los males, que les pusiese remedio; que los llamase á todos, que todos vendrían y que para todos habría, y añadí, parodiando á Béranger:

¡Ah! disait-elle, egaux par la vaillance
Français, anglais, espagnol, belge, russe, turc, italien ou [germain,
Peuples, formez une sainte alliance
Et donnez-vous la main.

© Biblioteca Nacional de España

Mucho reímos con esto y con otros primores que se me ocurrieron; pero pronto volvió ella á los suspiros, á las tristezas y hasta á las lágrimas; y yo la hablé de amores en tono sublime, ó que presumía serlo, y ella sacó el mismo tono y me dijo que me había casi-amado y que conmigo había sido casi-infiel á su amante, á quien debía grandes obligaciones y á quien ya amaba de nuevo, no pudiéndome amar á mí. Mas, como á todo esto me besaba la cabeza, y jugaba con mis cabellos, y ponía sus labios en los míos, y me los pasaba por los párpados, que yo cerraba, no pude contenerme dentro de los términos razonables y decorosos, y la di la tarquinada más brusca y feroz que he dado en toda mi vida. Pero sabido es que nada hay más imposible que forzar á una mujer.

No hubo mujer forzada
Desde Elena la robada,

como dice el villano de Tirso. Mi ataque desaforado no sirvió sino de ponerla furiosa, de hacerla llorar más, de acusarme de brutal y de no sé cuántas otras cosas, y de tener que largarme de su casa, aunque perdonado y absuelto, bastante friamente. Ahora pienso no volver por allá sino á despedirme. Veremos si lo cumplo. Me lo he prometido á mí mismo con la mayor solemnidad. Fuerza es

© Biblioteca Nacional de España

confesar que la refinada cultura de ciertos pueblos modernos, cría unos seres monstruosos y absurdos en ciertas mujeres. Esta reflexión, ó dígase sentencia filosófica encaja muy bien aquí y es como la moral de toda la historia.

En fin, aunque ya no estoy enamorado, no dejo aún de estar triste, y la primavera no viene á consolarme. Pero, ¿qué ha de venir la primavera, si volvemos á tener hasta quince grados bajo cero, de Réamur? Los canales todos se han vuelto á helar. Ni el más raquítico pimpollo verde ha aparecido en los árboles: y si el Neva no se cuaja también, es por la gran corriente que agita sus aguas. Por ellas bajan hace tres días inmensos témpanos de hielo del Ládoga. ¡Bonito clima es éste! El señor Duque empieza á aburrirse, porque ahora no hay *raouts*. Dentro de poco se irá al campo ó al extranjero toda la sociedad elegante y tampoco podrá hacer visitas, que es la perenne ocupación del Duque. Quiñones, sin embargo, le seguirá llamando *mi General*, y habrá siempre paradas á que asistir de uniforme. Lo único que nos falta son las credenciales de Embajador, y si no llegan va á haber mucho que sentir.

El Vicecónsul de España en esta ciudad, Mr. Kap-herr, se desvive por nosotros y pretende que le hagamos Cónsul. Es un comerciante muy respetable y rico. Ha procurado indagar lo que se

© Biblioteca Nacional de España

piensa y hace en el Ministerio sobre nuestro arreglo comercial y nos ha venido diciendo que se ocupan mucho en recoger datos y noticias, para contestar á la última Nota del señor Duque. Si contestan en contra, creo que se debe replicar de nuevo. Ustedes, por su parte, no dudo que hablarán ahí sobre el particular con Galitzine, que ya estará en esa corte. Galitzine es un gran señor, muy fino, y que la da algo de literato, y que sabe mucho título de libros, pero no tiene sino cortísimos alcances. Quien es un prodigio, al menos así lo aseguran, es el señor Kalouschine, Primer Secretario de la Legación. No hay lengua que no sepa, incluso la española. Tiene mucho *esprit*, es vivo, y alegre y simpático, y va á llamar la atención en esa corte, según aquí suponen.

Los nuevos aranceles no se han publicado aún. Ya he dicho á usted que hay grandísima oposición por parte de los fabricantes de algodones. Esta industria, dejando á un lado todo empeño de denigrar, está aquí muy adelantada. Poco contrabando, ó ninguno, entra en Rusia; y las telas de algodón que tejen sus fábricas, acaso basten para el consumo. Los fabricantes hubieran querido que Tengoborski muriese cuatro meses antes: y dicen que los van á arruinar. Los partidarios de la rebaja de los aranceles replican que los fabricantes, á la sombra del derecho protector, se enriquecen

© Biblioteca Nacional de España

de un modo estupendo, y ganan cuatro veces más de lo que deben ganar, á costa del pueblo, que compra mucho más caro de lo que debiera comprar.

El Cónsul General de España en Odesa ha escrito á Kap-herr pidiéndole informes sobre los azogues. El quiere darnos el informe para enviarlo directamente á Madrid, sin tanto rodeo. Yo le he dicho que escriba sobre los azogues y que remita su escrito á Odesa, para que el Cónsul no se pique; pero que nos dé copia, que enviaremos oficiosamente á esa Primera Secretaría, sin que él tenga que darse por entendido de que enviamos su informe nosotros. Le he dado mi ejemplar de la obra de Obrescoff sobre el oro y la plata, para que tome de allí muy curiosas noticias que da sobre el azogue, las cuales podrán servir de base á los datos oficiales que pueda él procurarse. Por lo pronto, diré yo á usted que en todo este Imperio no se produce un átomo del mencionado metal, y que se consume mucho, así en el laboreo y lavado del oro, como en la fabricación de espejos. En toda el Asia no creo que haya azogue más que en China. En Europa se da el azogue en bastante abundancia en el Imperio austriaco. No recuerdo los derechos que adeuda para entrar aquí; pero no deben ser muy insignificantes, cuando los judíos polacos pueden hacer un inmenso contrabando, introduciéndole de Austria en Rusia. De

© Biblioteca Nacional de España

todos modos, aunque yo he sabido hoy mismo este negocio que ustedes quieren hacer, y no le he estudiado, entiendo que el azogue podrá venderse aquí con ventaja, y que el mismo Kap-herr se encargará de venderle. Parece un honrado y entendido comerciante. Pregunten ustedes, sin embargo, al Ministerio de Hacienda si no le convendría hacer una contrata con este Gobierno, prometiendo enviar tantos quintales al año, por un precio alzado y en épocas fijas, y fijando el precio de cada quintal. Esta contrata se podría hacer por uno, por dos ó por tres años: y, como aquí el Gobierno explota muchas minas y lava muchas arenas, no me parece difícil que quiera hacer la tal contrata. Yo procuraré desde luego enterarme de esto y saber si el Gobierno aceptaría, y á qué precio, cierta cantidad de azogue, puesta en San Petersburgo en tal ó cual época.

Sentiré que estas cartas lleguen á cansarle, pero siempre, desde que ando por esos mundos de viaje, he tenido algún amigo á quien referirle más menudamente que á los demás, mi vida, milagros, impresiones y observaciones. Esta vez le ha tocado á usted, que las recibe con más benevolencia y cariño que otros, por lo cual no puedo ponderar bastante lo agradecido que le estoy.

Suyo afectísimo,

JUAN VALERA.

© Biblioteca Nacional de España

25 de Abril.—Anteayer noche llegó Diosdado, pero sin Banda de María Luisa y sin un pliego que por descuido de Muro ó de no sé quién que encajonó los paquetes, se quedaron, sin duda, en París. Hemos telegrafiado á París para que nos digan si, en efecto, se quedaron allí, y, si es así, que los envíen inmediatamente. No es culpa de Diosdado, sino de quien encajonó los paquetes. El señor Diosdado tuvo, por orden del general Serrano, que ir á ver á Galitzine y á Kisseleff y, entretanto, le encajonaron los paquetes. Esperamos respuesta al Despacho telegráfico. En cuanto llegue se escribirá de oficio á esa Primera Secretaría.

San Petersburgo 25 de Abril de 1857.

No sé, querido amigo (1), si hoy podremos contestar de oficio á los incompletos Despachos que han llegado de esa capital. Por si no podemos, diré á usted, en pocas palabras, que el arreglo comercial se hará, porque aquí están dispuestos en nuestro favor, á pesar del retardo y luego del olvido de enviar todas las condecoraciones. El que haya

(1) D. Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

pertenecido á Alejandro Farnesio y á Floridablanca el Toisón que Gortchakoff ha de llevar, debe tenerle muy hueco, y con fundamento. Creo, sin embargo, dificilísimo, y acaso imposible, el que supriman todo el cincuenta por ciento, y al cabo, al cabo nos habremos de contentar con una rebaja, que se procurará sea la mayor posible. Sé muy bien que todo lo que podemos conceder de derecho á esta gente se lo tenemos ya de hecho concedido; y no es político el amenazarlos con una especie de represalias de imponer á sus buques un cincuenta por ciento más sobre lo que pagan los de las naciones más favorecidas. Por esto, al terminar la última Nota, decía el Duque que, aunque entendía que era justa la supresión del derecho diferencial para nuestra bandera, lo consideraría siempre como un favor de este Gobierno para con el nuestro, favor por el cual le quedaría el nuestro muy agradecido.

He visto la carta en que pide usted al Duque copia de la comedia inédita de Calderón, y, de nuevo, de las cartas de Felipe II. Bien quisiera yo copiarlas ó hacer que alguien me las copiase; pero ambos son negocios de grande dificultad. Allá veremos. Si el Sr. Sobolefski, única persona que para esto pudiera serme útil, no fuese tan flojo, ya estaría yo algo adelantado. Hay, además, en la Biblioteca, no pocos otros manuscritos españoles;

© Biblioteca Nacional de España

mas, por desgracia, no hay catálogo razonado de ellos, ni me parece que se sepa aquí bien lo que contienen, y es empresa superior á mis fuerzas y á mi paciencia el ponerme yo á averiguarlo. De los manuscritos griegos y latinos hay catálogo razonado, hecho por Muralt. Hay, asimismo, algo parecido sobre los manuscritos chinos y tibetanos de la Academia de Ciencias, y hay, por último, una grande obra publicada en francés y en la cual se describen y analizan todos los códices arábigos, persianos, sanscritos y de otras lenguas del Asia aquí existentes. Todo esto lo llevaré conmigo á Madrid. Y, ya que hablo de manuscritos, diré á usted, para terminar, que en el Museo Romanzov he visto una colección preciosísima de ellos, slavos casi todos é interesantes á la historia de Rusia, Polonia, etc. El Conde Ubaroff, hijo del que fué Ministro de Instrucción pública, tiene, asimismo, una riqueza inmensa de manuscritos. El Conde Ubaroff es, según dicen, muy elegante escritor y muy erudito en las cosas de su patria.

He hablado á usted de las Asambleas provinciales de la nobleza y de la parte que últimamente ha querido tomar en la política la de San Petersburgo. Este derecho de reunirse en Asamblea y de nombrar ciertos magistrados y discutir ciertos asuntos, fué concedido á la nobleza rusa por Catalina II, que quería asemejarla á la nobleza de las

© Biblioteca Nacional de España

provincias del Báltico y darle alguna organización é importancia. Pero antes de esta concesión de la gran emperatriz, la nobleza de aquí, aunque pretende ser una de las más antiguas del mundo, y aunque acaso lo sea, no ha sido nunca una aristocracia; siempre ha sido una nobleza cortesana; y si en algo ha mostrado á veces brío y poder, ha sido en atormentar á sus siervos. Así, aquella boyarda que, en tiempo de la mencionada emperatriz, fué acusada de cortar los pechos á las mujeres y condenada á ser enterrada viva en la bóveda de una iglesia, donde sólo á la hora de comer se le llevaba luz, y donde, al cabo de algunos años, se murió loca. El Príncipe Dolgorouky, á quien tengo por amigo, ha escrito en francés un librito sobre la nobleza rusa, bajo el pseudónimo de *El Conde Almagro*. Ahora ha compuesto un ruso una obra grande sobre el mismo asunto y de ella piensa hacer un extracto y publicarle en francés. Muchas noticias curiosas he tenido por él, que será menester que, con más espacio, ponga yo ordenadamente por escrito.

Pero aquí la verdadera nobleza, la verdadera jerarquía, el poder verdadero está en el Estado y en los que le sirven. El Estado, ó mejor dicho el Gobierno, es todo, y fuera de él ni hay poder ni nobleza. En la escala de servicios hay trece ó catorce grados: en llegando al yo no sé cuántos, se adquie-

© Biblioteca Nacional de España

re la nobleza personal; la hereditaria cuando se llega á brigadier, ó al grado equivalente, en las carreras civiles. Todo esto se halla dispuesto con tal orden, con tal rigor de antigüedad y con tal sujeción á reglamento, que el Emperador mismo no puede alterarlo; ni el mérito ni el favor bastan á hacerle saltar á usted á un grado, sin pasar por los anteriores el número de años establecido. Pasado este número de años, sube usted al grado superior por derecho propio, sin que se oponga nadie, como no le formen á usted causa y le prueben que se ha conducido mal. A los quince años de servicio, se lleva en el pecho una cruz con el número 15, y cada cinco años se renueva en adelante esta cruz, siendo el número 20, 25 y así sucesivamente. El Príncipe Galitzine, por ejemplo, aunque nunca había sido diplomático, había llegado en otras carreras al grado equivalente al de Ministro Plenipotenciario. No se ha hecho, por lo tanto, una injusticia nombrándole. Su nombramiento, sin embargo, ha sido muy criticado. En fin, á pesar de esta absorción de todo poder en el Estado y de esta falta de antecedentes históricos en la nobleza, que nunca ha figurado como cuerpo político, no se puede negar que se va despertando en ella la ambición y que va naciendo un partido aristocrático, pero tímido, indeciso y sin saber á punto fijo lo que desea. Por otra parte, la organi-

© Biblioteca Nacional de España

zación comunal de los hombres libres plebeyos, y hasta de los mismos siervos; los negocios que discuten reunidos; los starostas ó jefes (ancianos), que nombran, y los fueros que gozan son tan singulares y dignos de estudio, que casi se puede suponer que, con el andar del tiempo, nazca de todos estos elementos un nuevo sistema político, liberal, en nada semejante á nuestras Constituciones. Entre tanto, es cosa de espantar la maravillosa uniformidad de miras, de intereses políticos y de costumbres y creencias de los rusos, que, sin ese inmenso despotismo actuado que por ahí se imagina en este Imperio, constituyen un despotismo potencial, mil veces mayor y más vigoroso que todos los despotismos, el cual ha hecho milagros en tiempo de Pedro el Grande, de Catalina y hasta de Nicolás I, y los hará mayores el día que otro hombre de genio se siente en el trono de los Tzares. Ahora, por lo pronto, hay grande actividad literaria, industrial y comercial. Si esta actividad es fecunda, será más temible que la belicosa. Uno de los proyectos colosales de que ahora se habla, es de hacer un ferrocarril que corte la Siberia hasta el Pacífico. Si esto se realizase, vendríamos por aquí para ir á California y á Lima. La revolución que esto haría en el comercio del mundo, se comprende sin que yo la diga.

Adiós. Ya basta. Suyo afectísimo

J. VALERA.

© Biblioteca Nacional de España

San Petersburgo 29 de Abril de 1857.

Mi querido amigo (1): considerando que nadie habrá que copie las cartas de Felipe II, si yo no las copio, porque este prudentísimo rey tenía una letra harto enmarañada y diabólica, y que usted y el Sr. Marqués de Pidal tienen vivos deseos de poseer una copia de dichas cartas, me he puesto yo mismo á hacerla, con el mayor ardor y paciencia que en mí cabe. Ahí van algunas que no dejan de ser importantes y curiosas. Las palabras que no he podido bien descifrar, y que he sacado por brújula, están subrayadas. En cuanto á los nombres propios, acaso algunos de los menos conocidos y famosos vayan errados, mas, personas más eruditas que yo de las cosas de aquellos tiempos, como por ejemplo el Marqués, podrán enmendar ahí mismo tales errores. Basta á mi ver, que las cartas formen sentido, y aseguro á usted que estoy muy hueco de haberlas copiado tan bien, y seguiré copiándolas hasta la última.

Otros manuscritos curiosos hay en esta Biblioteca Imperial, que yo copiaría asimismo si tuviese vagar y humor para ello. Veré al menos el catálogo y le guardaré en la memoria, ó le trasladaré al

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

papel y llevaré conmigo. Muchos de estos manuscritos, no sólo españoles, sino franceses y de otras varias tierras, se deben á un cierto Doubrovski, persona muy lista, aficionada y activa, que se hallaba en París cuando la primera gran revolución, y aprovechándose del trastorno y portentoso desorden que por allá había en aquella época, compró, por poco menos que nada, mil curiosidades y preciosidades, que luego ofreció al Emperador Alejandro I. Pero, en lo que verdaderamente es riquísima esta Biblioteca Imperial y otras de Rusia, es en manuscritos orientales y en xilografías chinescas, mongolas y tibetanas; los cuales han venido á las orillas del Neva, ó ya traídos por viajeros doctos y solícitos, ó ya por generales conquistadores, que los han hallado en Persia ó en Turquía, y los han transportado á Petersburgo, como glorioso trofeo de sus victorias. Algunos de estos manuscritos vinieron aquí después de la toma de Varsovia, en 1795, y pertenecieron al conde polaco Juan Zaluski; otros los trajo el conde Suchtelew, cuando se apoderó de la ciudad de Ardebil, en Persia, en 1828; otros vinieron de la mezquita de Ahmed en Akhaltsikh, que en 1829 conquistó Paskewitch sobre los turcos; otros, por último, fueron tomados de la catedral de Bayazid, de la ciudad de Erzeroum y del Daghestan. El príncipe persa Cosroes Mirza, venido aquí, como

© Biblioteca Nacional de España

ahora el Duque de Osuna, en misión extraordinaria, trajo además, de presente, no pocos manuscritos de los más elegantes por el primor de la escritura y por la belleza de los dibujos y adornos, y de los más preciosos por la doctrina que encierran. Todos estos manuscritos y xilografías están descritos en un muy bien estudiado catálogo, publicado en 1852, y del cual llevaré á ustedes, si gustan, alguno que otro ejemplar.

Sabido es, y algo he hablado ya de esto en mis cartas anteriores, que los rusos, ya por ser de naturaleza muy á propósito para el estudio de las lenguas, ya porque las grandes dificultades de la propia, y el hablarse muchas otras no menos difíciles en el Imperio los predispone y mueve á estudiarlas, ello es que las saben bien, y se dan entre ellos filólogos doctísimos, si bien son alemanes de raza, cuando no de nación, los más eminentes. La política los impulsa también á este estudio por mil razones largas de enumerar y fáciles de descubrir, aunque yo aquí no las apunte, y singularmente si se trata de las lenguas del Asia, donde tienen tan inmensos dominios y los ojos puestos en lo restante, deseosos de conquistarlo, civilizarlo y rusificarlo todo. Ahora se habla del proyecto colosal de hacer un ferrocarril que una el Báltico al Pacífico, cruzando la Siberia. En el Ministerio de Negocios Extranjeros hay un de-

© Biblioteca Nacional de España

partamento importantísimo y poblado de funcionarios, donde se emplean en las cosas de Asia. En las universidades se enseñan las lenguas todas de esta parte del mundo. Y, si el resultado no es grande en punto á erudición asiática, comparada con la que poseen en Alemania é Inglaterra, y vistos los medios que hay aquí y recursos y estímulos que tienen, fuerza es confesar, sin embargo, que cuentan los rusos muy notables orientalistas, y que han hecho bastante por esta ciencia de la etnografía. De las Biblias y Nuevos Testamentos traducidos y publicados en Rusia, en diferentes idiomas, he dado ya alguna noticia. De gramáticas y diccionarios también pudiera decir; pero baste por hoy el citar los que ha hecho Schmidt de la lengua tibetana y su traducción de la *Historia de los mongoles* de Sanang Hetsen Chungtaidschi, de que he comprado un ejemplar con el texto, para mayor claridad, como diría Don Hermógenes.

Sólo por lo poco que yo indico, y sin entrar en más honduras, se puede entrever que los rusos, en punto á ciencia y erudición, no dejan de contar glorias. En artes es en lo que no son tan dichosos; y entiendo que más espíritu de imitación hay en ellos, que originalidad é inventiva. He ido, estos días, á la Academia de Bellas Artes, donde hay exposición de pintura y escultura, y, me aflije decirlo, porque no quiero que me tomen

© Biblioteca Nacional de España

por maldiciente, pero, á la verdad que no ví nunca tanto absurdo mamarracho reunido. Los paisajes son platos de espinacas; las damas y caballeros retratados, micos y vestiglos; los cuadros históricos, una tal discordancia de colores, de luz y de sombras, que se desesperan de verse unidos, y no parecen sino que chillan y rabian y se muerden. Lo que es mediano, que es poco (porque bueno no hay nada), nada tiene de original. Un pintor imita á los franceses, otro á los alemanes, esotro á los italianos. Pero, ¡qué imitaciones tan pérfidas, por lo común! De trescientos á cuatrocientos cuadros habrá en la exposición, y apenas si tres ó cuatro pueden mirarse. Entre ellos uno de Kotzebue, hijo del poeta, que representa las hazañas de Souvarov y sus tropas, en la puente del diablo; otro de una familia ó tribu de gitanos, que van de viaje en Crimea; y otro de Moller, que figura á San Juan predicando en Patmos el Evangelio, durante las bacanales. Aunque este último cuadro parece pintado con almagra y azul, y hace daño á los ojos el colorido, hay en él figuras bien trazadas, hermosas y expresivas, y la composición no es mala. En escultura no hay tanto desatino como en pintura; pero tampoco hay cosa notable. Todo esto se ve, para que más choque y desconsuele, en una Academia rica de copias, muy bien hechas las más, y acaso por ar-

© Biblioteca Nacional de España

tistas rusos, de cuanto en escultura y en pintura hay de más hermoso y acabado en el mundo, y particularmente en Italia.

Anoche fuí, sin querer, al teatro ruso; pero ya me alegro de haber estado. Se dió una ópera, obra maestra de la música rusa de teatro, *La vida por el Tzar,* de Glinka, grande aficionado de nuestra música española, y que, para estudiarla, peregrinó largo tiempo por España. Su ópera no tiene, sin embargo, nada que me recuerde las melodías de la patria; antes bien, parece inspirada por la música de iglesia de por aquí. El asunto de la ópera no puede ser más nacional, y los rusos se entusiasman y aplauden con tal fervor, que da gusto verlos y uno aplaude también por contagio. Es en tiempo del falso Demetrio. Los polacos dominan en Rusia, y un pobre labrador ruso salva la vida del elegido del pueblo, del primero de los Romanoff, á costa de la propia. Esta ópera tiene un epílogo, y en él aparece ya el pueblo ruso triunfante, y se ven los hermosos edificios de Moscou y el Kremlin soberbio, é innumerable gente que aclama al nuevo Tzar y que canta canciones patrióticas, terminando todo con el himno nacional, por cierto magnífico, conmovedor y religioso. Y todos los espectadores se alzan para oirle y le oyen con gran respeto, efusión y entusiasmo; porque es pasmoso y envidia-

© Biblioteca Nacional de España

ble, no sólo el patriotismo que aquí hay, sino la confianza que todos tienen en lo porvenir y el íntimo convencimiento de que Dios los guarda y destina á cosas más altas y extraordinarias. Así tuviéramos nosotros algo parecido, y no nos persuadiésemos tanto de que ya caímos y de que es difícil, cuando no imposible, el levantarse de nuevo.

Esta carta va mal escrita, pero lleva noticias que es lo que importa y á usted puede divertir. La escribo de noche; comencé á las tres y ya es de día muy claro. Pronto casi no habrá noche en Petersburgo. El te y esta claridad no me dejan dormir á veces.

Debiera tener por excusado el decir á usted, porque ya lo sospechará, que he vuelto, por vez tercera, á caer en las redes de la Brohan. Los mismos excesos y la misma imposibilidad de llegar al último extremo de los amores. El Duque y yo estamos ahora con ella como el judío y el inquisidor de Lisboa con la señorita Cunegunda. El va á una hora, yo á otra, y jamás nos encontramos. No acierto á explicar si al Duque se le quiere por *l'honore* ó por los regalillos. De lo único que estoy seguro es de que no se lo largan. S. E. ha dejado á la Théric por inexpugnable. La madre de esta hermosa *fille de marbre* ha defendido la virginidad filial con un empeño digno de mejor causa.

© Biblioteca Nacional de España

El Duque ha tenido que levantar el sitio, dejando en él tres ó cuatro mil rublos, según aseguran. Me ha dicho la Brohan que el Duque le ha dicho que yo hablo mil pestes de él en mis cartas, y que de las cartas que á usted escribo le envían copia. Esto es, sin duda, un chisme de la Brohan, que, á trueque de no largar el que apetecemos, nos regala con éste y otros semejantes; mas, bueno es que usted lo sepa, por curiosidad, no para que ande con cautela. A mí no me remuerde nada de lo que digo del Duque; peores cosas digo de mí mismo, y si el Duque no anduviese siempre tan serio conmigo no tendría yo inconveniente en mostrarle las más de mis cartas, si por dicha le divirtiesen.

El Emperador y su Gobierno piden aún con ahinco á Osuna. Calculo que D. Javier, que algo notará de todo ésto, ha de estar cargado. El se tiene la culpa, que no vino en cuanto le nombraron, como debiera haber venido. El Duque nos dice todos los días que quiere entrañablemente á D. Javier, pero que, por lo mismo, no desea verle por estas tierras, donde se morirá en seguida, porque ya no está para pasar estos trabajos que aquí pasamos; que él no pretende la Embajada, porque sin ser Embajador, es quince ó veinte veces Duque, etcétera, etc., y que esto vale más que ser Embajador; y que se queda aquí por amor del imperante, á quien ha tomado súbita y extraña afición; que de

© Biblioteca Nacional de España

usted, que ha estado en el extranjero y sabe de achaques de diplomacia, extraña mucho el que ya no le hayan nombrado Embajador. En fin, él está enojado con todo esto y no acierta á disimularlo, y, sin comprender que D. Javier no puede quedar plantado, porque es un personaje muy respetable tambien, aunque no Duque, se obstina en pensar que ya debieran haberle nombrado y que es un agravio toda tardanza. Lo que es yo, entiendo que, visto el término á que han venido las cosas, y que habrá al cabo que hacerle Embajador, lo mejor sería que lo fuese cuanto antes, para que no rabiase y tuviesen más que agradecer él y los que lo piden; y hasta si usted me apura, para que él y ellos se cansasen más pronto, como no dudo que se cansarán y hartarán apenas se gocen en toda la plenitud diplomática, y quede el puesto para alguien del oficio, ó para quien le apetezca y necesite por el sueldo, y lo merezca y gane por otros títulos que los noventa ó noventa y cinco que andan por ahí, apuntados en un papel. Hoy se me ha ido la pluma y hablo peor del Duque que nunca he hablado. No crea usted, sin embargo, que son los celos, sino que me ha hecho perder pie y paciencia con tanta prevención y fiereza y desvío. Y, sin embargo, á pesar de cuanto digo, por amor de la verdad y *sine ira et studio*, aseguro á usted que si dependiera de mí, el Duque sería Embajador maña-

© Biblioteca Nacional de España

ña mismo. A D. Javier le enviaría á Londres ó le daría otro turrón.

Adiós. Suyo afectísimo,

J. VALERA.

San Petersburgo 1.º de Mayo de 1857.

Mi querido amigo (1): como el Sr. Duque y Quiñones se quejan de continuo de que muchas de sus cartas no llegan á Madrid, empiezo á recelar que muchas de las mías no hayan llegado tampoco, lo cual sentiré de veras, y singularmente de las que á usted he escrito. Yo no guardo de ellas el más ligero apunte, ni siquiera las he numerado; por donde, si algunas se han llegado á perder, acaso no vuelva yo nunca á recordar lo que en ellas decía. Todavía, á pesar de este recelo, como no hay otro medio mejor que el correo ordinario para enviar cartas, las seguiré escribiendo, porque tengo infinito que contar, y con las mías, si bien indignas, irán copiadas y adjuntas las de D. Felipe el Prudente. Este ejercicio, á más de ser útil para la historia, sobre todo si las cartas están inéditas,

(1) D. Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

cosa que el Marqués, como versadísimo en los escritos y documentos de entonces, decidirá mejor que yo, me aprovechará en grande en esta ocasión, porque no leo ni hablo seis meses há más que en griego, y el habla y la escritura se me iban engringando más de lo justo; por lo cual me conviene hacer estas copias, que ya entiendo que, sin notarlo yo, me van dejando no sé qué gusto castizo y rancio en los labios y en la pluma. Ahí van, por lo pronto, doce cartas, importantes las más. Unas no tienen fecha, otras sí, y van escritas y numeradas por el orden en que están en el libro, aunque no sea el cronológico, que ya los eruditos las sabrán poner en este orden.

He visto que hay en la Biblioteca Imperial catálogo de manuscritos españoles, y le he hojeado, notando que los manuscritos son muchos é importantes. Haré copiar este catálogo y le llevaré conmigo. Entre tanto, diré á usted que hay no poco de historia y de poesía, y de teología cristiana y judaica. Hay una vida del gran Duque de Osuna del siglo XVII, y correspondencia del del Infantado, Embajador en Roma. De todo esto he dado cuenta á mi jefe, como persona tan interesada en ello, y ya desea sacar copias para su biblioteca; y hasta el coronel Quiñones se muestra dispuesto á dejar por algún tiempo las bombas de percusión y las demás elucubraciones estratégi-

© Biblioteca Nacional de España

cas, y á enristrar la pluma y ayudarnos en la empresa de copiar lo que más convenga. Tanto más cuanto que hay manuscritos de *re bellica*, y de ellos recuerdo una relación historial de la expugnación de Breda por los españoles. Lo único que sentiré es que, por ignorancia mía, copiemos algo ya conocido ó impreso, y demos trabajo en balde. El amigo Diosdado, que parece muy guapo chico, me ayuda en la copia de las cartas de Felipe II, y ayer copiamos doce, yo dictando y él copiando.

Entre los manuscritos italianos los hay que tocan á nuestra historia, y Diosdado, que sabe italiano, pudiera servir en esto cuando yo me vaya. Una noticia que hay de las rentas y gastos del Estado en mil seiscientos y tantos, y otros documentos por el mismo estilo, entiendo que debían copiarse.

El Barón de Korff, Director de la Biblioteca, y los bibliotecarios todos, me han tomado afición y ponen á mis órdenes cuanto allí tienen: bien es verdad que cortesanía y afabilidad como las de aquí, en parte alguna se hallan. Menester es corresponder á ellas con Galitzine y su séquito; y mandar, asimismo, á esta Biblioteca Imperial algo de presente, que la Biblioteca pagará gustosa; y también una Biblia en castellano, impresa en España, que ya he pedido á usted. En cuanto á la colección de autores españoles, será bien que avise

© Biblioteca Nacional de España

usted á Rivadeneira, para que remita á esta Misión extraordinaria un ejemplar, por lo menos, que el Barón de Korff pagará lo que valga puesto aquí. Si envía otros se le entregarán á Dufour, á fin de que procure venderlos. Los rusos tienen el don de lenguas, gustan de nuestra literatura y los comprarán, si no desde luego, con el tiempo.

Hasta ahora no he podido dar con la comedia de Calderón. Acaso sea un sueño de Sobolefski, á quien días há no veo, porque no se puede atender á todo, y los amores y las investigaciones y las visitas, aunque paso por grosero, no pudiendo hacer ni la quinta parte de las que hacen Quiñones y el Duque, me dejan sin espacio para mil negocios que quisiera yo terminar.

No hay en esta estación muchas tertulias: pero los teatros francés y alemán me distraen, y la Brohan, aunque ya voy conociendo sus artes, me tiene aún en la concha de Venus amarrado. Hoy me toca ir á verla por la tarde, de dos á cinco. El Duque estuvo anoche, de siete á diez. Tres horas para cada uno. La extensión es igual; no sé si la intensidad de la cita lo será también.

Adiós, y créame su afmo. amigo

J. VALERA.

© Biblioteca Nacional de España

San Petersburgo 2 de Mayo de 1857.

Mi querido amigo y jefe: (1)

Por el Despacho de hoy, verá usted cuánto nos apuran y aburren aquí con lo de las cruces, y que no hay medio de que esto se termine acertando á complacer á todos. Orloff y Adlerberg no quieren Carlos III, teniendo Toisón el Príncipe-Ministro; y es fuerza pagar los dos Alejandro Newski, y el San Estanislao de usted de uno de los dos modos propuestos en el Despacho mencionado, que son, á mi ver, razonables y hasta muy ventajosos para esta gente; á la cual, si aún no se contentan, será menester mandarla al c....., que en ruso no es palabra mala y significa *está bien*. Creo, además, y no porque yo desee que Asensi y el gran Ligués se queden sin Grandes Cruces rusas, sino por quitarnos de encima quebraderos de cabeza, que se puede, con esto, cerrar y terminar el cambio y no hacerle extensivo á los señores Svistonoff y Jomini: mas, viniendo para ellos dos Grandes Cruces de Isabel la Católica, las habrá para nuestros dos Directores y de la orden que sigue á

(1) D. Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

la que usted ha tenido, que es la que dan á los Ministros Plenipotenciarios.

Debo decir á usted y rogarle muy encarecidamente, que nos disculpe con el Marqués de las contínuas variaciones que queremos introducir en este asunto de las cruces; y tenga por cierto que no es culpa nuestra, sino de las exigencias y pretensiones de estos rusos, y hasta de la falta de franqueza y acuerdo entre ellos mismos; por donde es difícil ó imposible adivinarles el gusto, y hallar término de conciliar las antinomias. Pero, ya se concilien, ya no, el Duque de Osuna está, al cabo, en la persuasión y resolución de que nosotros no debemos cejar ni pedir que nada se modifique de nuevo, una vez adoptado uno de los dos modos hoy propuestos. Si aquí no gusta, que se jiben, y se acabó lo que se daba.

Pasado mañana, lunes, iré con el señor Duque á conferenciar con Tolstoi, y acaso con el vejete encargado de las cosas comerciales, soble el arreglo, por nosotros presentado. Dudo que la supresión se logre, mas espero en Dios que al fin vendremos á un concierto y se decidirá, por lo menos, la rebaja del derecho diferencial del cincuenta al veinte por ciento. Conseguido esto, y trocadas las declaraciones, encajará bien, si á ustedes les acomoda, el dar á Svistonoff y á Jomini las dos Grandes Cruces y recibir otras para el gran Ligués y Asensi.

© Biblioteca Nacional de España

La encomienda para Canseco se obtendrá sin duda; y asimismo me han prometido, aunque aún no cuento del todo con ella, una cruz para Quiroga, cuyo folleto envié con una carta de recomendación al Sr. Tolstoi.

Todos me preguntan, y más que todos los ministros y los que rodean al imperante, por qué no vienen las credenciales de Embajador para el Duque, dando ya por seguro que han de venir. Si don Javier hubiera venido á este puesto cuando le nombraron, se hubiera ahorrado este disgusto; pues le tendrá, de cierto, al ver ó entrever la poca cuenta y menor deseo que aquí se hace y tiene de su Plenipotencia y llegada, y el empeño con que pretenden que el Duque se quede, de quien están todos muy pagados por su amabilidad, magnificencia, títulos, cocinero y otras buenas prendas. No obstante, y si por cualquiera otro motivo no nombrasen ustedes al Duque, creo que Don Javier ganará, á poco de estar aquí, por su capacidad, elevado carácter, ingenio y otras calidades respetables, más popularidad y favor, ó tanto al menos, como mi jefe actual. Poco enterados aquí de nuestra historia contemporánea, no saben, por lo pronto, lo que don Javier vale, y acaso dan sobrada importancia á los títulos y riquezas del Duque y poca á los servicios, merecimientos y alta significación política

© Biblioteca Nacional de España

del otro. Galitzine ó su Secretario, que, como aseguran aquí, es un prodigio, podrán informar de esto á Gortchakoff, y á ellos tendrán acaso que contestar ustedes, si van con el empeño, como supongo que van, de que el Duque se quede aquí, y si ustedes no quieren dejarle. Yo comprendo que no se puede dejar sin nada á don Javier para complacer al Duque, y, como don Javier no vuelva á Londres, ó sea Presidente del Senado, ¿qué habrá que darle?

Entro en estos pormenores y meto en ellos mi cucharada, porque el Duque sigue creyéndome acérrimo enemigo y parte en que no le hayan ya nombrado Embajador.

Adiós. Suyo afmo.

J. VALERA.

San Petersburgo 15 de Mayo de 1857.

Mi querido amigo: (1) aunque ya había yo hecho propósito de no escribir á usted carta alguna hasta mi vuelta de Moscou, para donde saldré dentro de tres días, escribo ésta desde la Biblioteca Imperial, en la sala de los manuscritos, donde hay tantos españoles y tan interesantes, si no están pu-

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

blicados ó existen los originales ú otras copias en España, que me mueven á sacarla del catálogo, lo cual hará, espero que bien, un empleado de esta Biblioteca, á quien, á mi vuelta de Moscou pagaré el trabajo que ahora le encomiendo. A pesar de esto y de que llevaré conmigo dicha copia que presentaré al Marqués y á usted, quisiera yo ver lo más curioso que hay aquí y dar de ello alguna noticia; mas el tiempo me falta, y no puedo disponer tampoco á mi placer del bibliotecario, á quien los manuscritos están confiados, para que me los vaya mostrando todos, según yo lo desee. A lo que parece, el más bello é importante de todos estos manuscritos ya no está aquí, sino que ha sido trasladado al *Hermitage*, donde tantas preciosidades se guardan, de las cuales ni he visto yo la mitad, ni siquiera he descrito á usted la cuarta parte; porque el tiempo se va como un soplo y no le hay para nada. Pero, volviendo al manuscrito, diré á usted que es del siglo XIV y obra, acaso, de un poeta catalán. Se intitula *Breviari d'amor* y está de muy linda escritura y ornado con viñetas y letras iniciales primorosas. Le escribió Juan de Aviñón: mas dudo que sea éste el nombre del autor; antes creo que lo es del copista. En fin, Pidal y usted, como más eruditos, sacarán por el hilo el ovillo, y podrán decir si hay ejemplar de este libro en otra parte que aquí.

© Biblioteca Nacional de España

Hoy he pedido al bibliotecario un legajo que contiene copias del siglo XVII de una carta de Carlos V á su hijo Felipe II, que comienza: *«Demas de la instruccion que os envié del modo que, así en el gobierno de vuestra persona, como en el de los negocios en general, os habeis de guiar y gobernar, os escribo y envío estas secretas, que serán para vos solo y que tendreis debajo de vuestra llave, sin que otra mujer ni otra persona las vea»*. De esta carta dice la copia, al fin, que fué escrita autógrafa en Palamós á 6 de Mayo de 1593; y acaba con esta postdata, del Emperador mismo: *«Ya veis, hijo, cuanto conviene que esta carta sea secreta y no vista de otro que de vos, por lo que va en ella y digo de mis criados para vuestra informacion»*. Como no tengo libros á mano, ni tiempo para consultarlos, no sabré decir si es conocida la carta de todos, ó es hallazgo.

En el mismo legajo hay dos cartas del Cardenal de Borja y del Duque de Osuna, en que ambos se acusan mutuamente al Rey, y Osuna se muestra tan cargado de que Borja venga á reemplazarle en el virreinato de Nápoles, como el Osuna de ahora de que le suplante Isturiz en la plenipotencia. Hay, además, en este legajo y en otros mil, infinidad de documentos diplomáticos, manifiestos, noticias, informes, cartas de Embajadores, relaciones de Embajadas, entre las cuales la del Almirante de

© Biblioteca Nacional de España

Aragón á Polonia, y obras completas de historia, teología, poesía, etc., entre las cuales no será extraño y sí de desear que se dé con algo no conocido, ó inédito al menos. De poesía hay las de Abraham Franco Silveira. La tragicomedia contra el amor. Un auto sacramental sobre la expugnación de Breda, de que hay, asimismo, relación histórica. Otra tragicomedia titulada *Cautela contra cautela*, y no se cuánto más; porque sospecho que en el catálogo no está todo lo que aquí hay. Mas, como quiera que el catálogo está, él servirá de guía, y puesto que aquí queda Legación, ustedes mandarán copiar lo que por él entiendan que conviene y que lo merece. Yo, por lo pronto, remito copia adjunta de unas coplas, ó romance satírico, por si no fuere conocido, aunque dudo que no lo sea, pues no hay cosa más común en España, que las sátiras políticas manuscritas de principio del siglo pasado.

Y aquí termino mi carta, que pensé fuese más extensa: mas no quiero cansar más á usted con citas de obras manuscritas, pues más tarde poseerá el catálogo completo de ellas. A Mariano Diaz remito, copiadas, las últimas cartas del Rey Don Felipe el Prudente.

Adios, y créame su amigo afmo.

J. VALERA.

© Biblioteca Nacional de España

Mariano hablará á usted del furor del Duque, etcétera.

La carta de Carlos V que cito, creo que la cita y conoce Prescott, si la memoria no me engaña; mas hay, sin duda, entre estos manuscritos españoles, algunos no conocidos.

Terrible clima este de Petersburgo. Aun no hay una hoja en los árboles y siguen bajando hielos del Ladoga por el Neva.

Va que no sabe Salcedo
Quién escribe este papel
Y va que me c... en él.

ROMANCE DE UN PASTOR

Señor fulano de Aitona,
¿Los soldados qué se han hecho,
Que se llevan los franceses
Las islas de Barlovento?
Ya remedió Peñaranda
El daño de Portobelo,
Que valiente la Zapata
Dió á los piratas el cuerpo.
¿Á tan alta providencia,
No imitará en tanto aprieto?
Quiere quitar de sus horas
Á Santo Domingo el rezo.
Dígale á Giles Pretel
Que tome las armas luego,

© Biblioteca Nacional de España

Y á Don Rodrigo Moxica
Que á Francia le ponga pleito.
Si enfermedades preserva
Quien tiene un buen regimiento,
¿Cómo sin él nos ganaron?
¿Cómo con él nos perdemos?
¿Es bueno guardar al Rey
Y dejar perder su reino?
¿Es bueno engañar al mundo,
Y engañar á Dios es bueno?
¿Un hombre tan virtuoso
Ha de ser tan mal ejemplo
En la doctrina de Cristo
Que ayude á la de Lutero?
Mire, señor, lo que hace,
No le riña su maestro
Y le azoten en la escuela
Cuando haga papel de muerto.
Consulte estos accidentes
Á la sala de Gobierno,
Donde se apartan las almas
Cuando se juntan los cuerpos.
Socorra á Santo Domingo,
Pida á Peñaranda viento,
Víveres al Cardenal
Y á nuestra paciencia remos.
No diga nada á la Reina
Que dicen que hace pucheros,
Y nos hacen sus pesares
Andar llorando y gimiendo.

© Biblioteca Nacional de España

En el Consejo de Estado
Consultarlo, no es remedio,
Que tienen muy mal estado
Los votos de aquel Consejo.

En el Real hablan muy claro
Y no estamos para eso,
Que no nos darán Panyagua
Aunque nos vean hambrientos.

El de Hacienda está muy rico,
Mas no es del Rey el dinero,
Que el suyo está de levante,
En los ministros de asiento.
El Señor de Valladares
Vaya con Blasco á saberlo,
Que en hablando en puridad
Saca fruto de un sarmiento.

Bien que yo desto no fío
Que un desdichado gallego,
Aunque sepa textos, sólo
Sabe perdonar á Meco.

Consulte con dos beatas
La causa de este suceso,
Huyga de la Pitonisa
Que es mala hembra en extremo;
Fray Yunipero y Fray Pablo
Son abonados y legos;
Pregúnteles cómo pudo
Perderse la isla tan presto.

Si acaso el señor don Juan
Fué culpado en este acceso,

© Biblioteca Nacional de España

Y dió á las velas francesas
Tan súbito lucimiento
Si porque se fué Everardo
Ansi nos castiga el cielo,
Y no cesa la tormenta
Aunque á Jonas aneguemos.
Su mercé es padre de pobres
Y así le toca el remedio,
Pues que cada día engendra
Más hijos que veinte pueblos.
No hay sino hacer para el caso
Unos poquitos de versos,
Que suenen á lo divino
y puedan los diablos verlos.
España, Señor, se pierde
Y la ayuda su desvelo,
Pues, aunque no tiene Caba
Tampoco muros tenemos.
Los grandes, por humildad,
Quieren ya dejar de serlo,
Y nosotros, ya se ve
Que no podemos ser menos.
Astillano dice brindis,
Oropesa dice bebo,
El Cardenal ya me voy,
Y la Reina, ya me vengo.
Respuesta espera el francés
Y yo la respuesta espero,
Yo en Santo Domingo el Real
Y él en el otro, más lejos.

© Biblioteca Nacional de España

¿Serán acaso del *Duende* estos versos, y copiaré cosa conocida, á más de mala y sin chiste? No sé si *El Duende* escribió ya en tiempo de Carlos II.

San Petersburgo 18 de Mayo de 1857.

Mi querido amigo (1): Tres ó cuatro días há recibimos un despacho de esa Primera Secretaría, con una peluca, harto merecida, la cual quiero que caiga sobre mí, pues no supe evitar la causa de ella. Así, pues, lo que voy á decir no es disculpa ni excusa, sino explicación sólo. Yo hubiera querido que el Sr. Duque dijese á Gortchakoff que, ó se hacía el cambio total, según estaba apuntado en el papel que se le dió, ó no se hacía cambio alguno, ni había Toisón para él. Mas el Duque no dijo esto, antes bien consintió en el cambio de los Toisones solos, y esto se hizo sin contar con ustedes. Por donde ustedes, con sobrada razón ofendidos, retuvieron los Toisones y dieron ocasión á las penas, apuros y rabietas de que he hablado en mis cartas, y á que el marrullero de Gortchakoff, viendo su Toisón en peligro, se moviese, al cabo,

(1) D. Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

á soltar las otras cruces. El Duque, lejos de creer que esto provenía de la detención, imaginó que, á pesar de la detención, las habían dado aquí por un exceso de longanimidad y por la grande afición que á él le mostraban; en la cual no es extraño que el Duque haya creído, porque yo mismo he llegado á creerla, aunque desconfiado; tan bien lo fingen aquí, y tan zalameros y falsos son, si quieren. ¿Qué había yo de hacer entonces? Las gracias estaban dadas, y no sólo las condecoraciones, y el Duque entendía que era un gran favor hecho á su persona. A mí se me echó en cara la desconfianza que había mostrado, y se me tuvo por movedor de tropiezos y causa de la detención que tanta pena dió al Duque, creyendo éste que yo le malquistaba con usted y con el Marqués. ¿Qué había yo de hacer, digo, en este caso? La verdad, no tuve ánimo para meterme más en el asunto, y le dejé correr. Por otra parte, la cruz que á usted han dado, es la que dan aquí á los Ministros plenipotenciarios, y, si no ha habido favor, tampoco el más leve menosprecio. El Duque le quiere á usted muchísimo, y, de ofendido que estaba porque no le dejaban de Embajador, se ha vuelto sumiso y asustado con la carta de quejas que usted le ha escrito, y no acierta á disculparse con usted. Yo confieso que el Duque es lo más excelente del mundo, y que ha sido desgra-

© Biblioteca Nacional de España

cia ó torpeza mía el no dirigirle á mi gusto. Quiñones, y hasta los criados, hacen de él lo que quieren; y yo no he querido ó no he podido. Gran torpe soy y todo el disgusto de ustedes debe caer sobre mi cabeza. Una vez que el Duque consintió, como no se debiera, en que se darían los Toisones, dejando por lo pronto sin nada al Ministro de Estado, yo abdiqué toda autoridad que en estas cosas pudiera haber tenido. Otro inconveniente mayor nació, asimismo, de esto: á saber, que las cruces, que el temor de perder el Toisón hizo soltar en adelante al Príncipe-Ministro, no fueron como en cumplimiento de lo estipulado, pues no lo estaban, sino como concesión gratuíta, en apariencia al menos.

Gortchakoff, que en todo este negocio se ha conducído poco lealmente, abusando de la bondad del Duque, ha hecho nacer luego otras dificultades. En un principio dijo diversas veces, y aseguró y sostuvo que él era el Narváez de por aquí; dando á entender con ésto, que él era el primer personaje del Imperio, después del Emperador. Ahora salimos, por propia confesión suya, con que el majadero de Adlerberg y el cuco de Orloff son más que él, y que se ofenderán si se les da menos: y, como el Duque, en las conferencias que ha tenido con Gortchakoff, ha convenido en consultar al Gobierno sobre este caso, las dos

© Biblioteca Nacional de España

cruces de Carlos III y la de Isabel la Católica para Tolstoi que, entre paréntesis, todavía anda pretendiendo la Banda de María Luisa para su mujer, están aquí detenidas. Yo no me atrevo ya á aconsejar nada al Duque y menos desde hace tres días, que oficialmente me he despedido de la misión: pero encuentro que pudiera muy bien ir á ver á Gortchakoff y entregarle las tres Grandes Cruces, y responder á los argumentos que hiciere que él es el Narváez de por aquí, y que Orloff, Adlerberg y Tolstoi deben contentarse con lo que se les da, y si no, que no se contenten. Asimismo pudiera el Duque, y acaso esto sea más prudente y lo que él hará, guardar las tres cruces hasta que venga Don Javier, que podrá entregarlas y hacer mejor el discurso que yo imagino que conviene hacer. Isturiz tiene expedita la lengua y sabrá pronunciarle.

Aquí yo sospecho que Morny y Wodehouse tratan á la baqueta á esta gente, y que las cosas van bien, tratadas así, y mal con la blandura. España dista mucho de estar pujante como Francia é Inglaterra, para tratar esto como país conquistado; pero bien puede tomar un temperamento menos suave, acordándose algo del correo que nos acompañó desde Varsovia hasta aquí, y procurando imitarle hasta donde las circunstancias lo consintieren. Yo no tengo bastante carácter, y, aunque le tuviera, me falta la autoridad y títu-

© Biblioteca Nacional de España

los convenientes para aplicar este método, que si hubiera tenido la mencionada autoridad, tal vez hubiera aplicado.

Entre tanto, no puedo disimular ni ocultar un recelo que tengo, y es que Galitzine entregue en esa, por ahora, la Santa Catalina y los San Andrés sólo, y guarde los Alejandro Newski y la cruz de usted, para cuando aquí se zanjen las nuevas dificultades movidas por Gortchakoff, y se den las tres cruces, según aquí las desean ahora. Mas ustedes sabrán, yo lo espero, sacarle los dos Alejandros, que es lo que más importa, y usted, por su parte, y el Sr. Marqués en nombre de usted, hacer ascos al San Estanislao y negarse á tomarlos, pidiendo que se enmiende esta falta, así como aquí piden para Tolstoi un Carlos III en vez de Isabel la Católica y otras variaciones en los demás, y aun dos Grandes Cruces para Svístonoff y Jomini. En fin, quizás se arregle todo á gusto de ustedes; mas para que Gortchakoff no se salga con el suyo, conviene pillar de antemano los dos Newski y promover luego todas las dificultades imaginables sobre la cruz de usted, y mostrarse usted más cogotudo, empingorotado y desdeñoso que Tolstoi, Adlerberg y Orloff, que no sé si ocupan el primero, el segundo ó el tercer grado en la escala jerárquica, pero que no son dignos de atar y desatar á usted las correas de los zapatos. En lo cual no hay

© Biblioteca Nacional de España

lisonja de subordinado á jefe, para ganar de nuevo su gracia que por torpeza tiene perdida, y con razón, sino verdad pura y poco lisonjera, porque ninguno de estos tres señores vale un pitoche y yo me espanto de que esto vaya adelante con tales hombres. Lo cual me muestra que la mano de Dios y su providencia entran por mucho en la gestión de las cosas públicas. Y no se diga que los hombres vistos de cerca parecen pequeños, y no hay grande hombre para su ayuda de cámara; porque éstas son falsas máximas, y el hombre de valer lo es hasta en camisa y para todo bicho viviente, imponiendo á todos su superioridad, como si fuese irresistible. Y yo he conocido á muchos que me han parecido notables de veras y que no se han achicado, antes han crecido, vistos de cerca. El Príncipe de Schwarzenberg no era famoso cuando yo le conocí en Nápoles, y ya me parecía á mí harto capaz de todo lo que hizo después; y á González Bravo le he tratado muy íntimamente, y aunque estoy ofendido con él y debo estarlo, porque ha sido inconsecuente conmigo, no por eso dejo de tenerle en mucho; y así de otros: lo que prueba que yo no tengo la propiedad de achicar los objetos que veo de cerca, y que si no los veo mayores, es porque no lo son.

En fin, dejando á un lado estas consideraciones, ruego á usted encarecidamente que me perdone

© Biblioteca Nacional de España

mis torpezas, y á Dios que haga de modo que se enmienden, como pueden y deben enmendarse aún.

Mañana salgo para Moscou. Adiós, y créame su amigo afectísimo y subordinado,

J. VALERA.

. . . . . .

El 8 de Mayo, según el estilo ruso, salí de San Petersburgo para Moscou, en el tren del ferrocarril que parte á mediodía. Vino conmigo un criado ruso llamado Lavión, el cual hablaba alemán. No llevaba yo cigarros conmigo, porque imaginaba que, pues aquí no se fuma en las calles de las ciudades, menos debía fumarse en vagón, donde esta operación es más ocasionada á un incendio. Mucho me sorprendió ver que había vagón para los fumadores, donde entré por instinto, ó porque el soldado ruso conoció sin duda en mi cara que yo debía fumar y me hizo entrar en dicho vagón, donde hallé fumando á todo bicho viviente, y á no pocas, al parecer, damas. Una mujer fumando despierta en mi alma, ó si se quiere en mi cuerpo, sentimientos pecaminosos. No sé por qué, mas ello es que imagino que pues tan sensible á un placer tan vaporoso, que ni en público puede privarse de él, debe serlo más en secreto á otros más serios placeres, si es que pla-

© Biblioteca Nacional de España

cer alguno puede tenerse por cosa seria en este valle de lágrimas que habitamos. Por otra parte, la mujer fumadora, toma, al fumar, cierto aire provocativo y belicoso, y no parece sino que con el pito que tiene en la boca toca á rebato y pide guerra. Y luego, en el movimiento y presión de los labios para sujetar dicho pito, hay yo no sé qué encanto voluptuoso, y se trasluce el beso nervioso y convulsivo. Por todo lo cual, repito que, no siendo la fumadora ni muy vieja ni muy fea, me enciende algo la sangre. Mas, en esta ocasión, estaba yo tan distraído y ensimismado con ciertos amores casi místicos y platónicos que he dejado en Petersburgo, que no paré mientes ni reparé como debiera el primor de las fumadoras, aunque bien noté que dos ó tres de ellas distaban mucho de ser feas.

Llevaba yo conmigo un libro para entretenerme leyendo durante el viaje, imaginando que poco habría que ver del paisaje por donde pasásemos y nadie conocido con quien yo hablase. Mas también en esto me engañé, y la primera persona que ví á mi lado, con su semi-uniforme y su cruz de Santa Ana al cuello, como si se tratase de ir á presentarse al ministro, fué al Sr. Sovolchicoff, bibliotecario de la Imperial de San Petersburgo, y arquitecto también. Este viajaba por orden del Gobierno, é iba á Tula, donde está la fábrica de

© Biblioteca Nacional de España

fusiles, á ver no sé qué edificios. Al punto nos reconocimos y trabamos conversación, y, por su medio, me puse en contacto con cuantos allí había, ó allí acudían. En el camino de hierro de Petersburgo á Moscou se pasa de un vagón á otro, y no pocos venían á éste atraídos por la libertad y franquicia que para fumar en él se daba; la cual, en letras mayúsculas y de oro, estaba inscrita á la puerta del vagón, de esta manera: *dlia kurenie, para fumatura* ó *fumación,* que de ambos modos podemos decirlo, y enriquecemos nuestra lengua. Allí oí decir que esta libertad había sido dada por el actual Emperador Alejandro II, y de él, por ende, se hicieron maravillosos encomios; augurando todos que aquella libertad era el comienzo, ó dígase preludio, de otras más substanciales, y que, en pos de la de fumar, vendrían quién sabe cuántas otras, y muy singularmente la de imprenta, de que aquellos señores se mostraban tan á las claras tan deseosos, que me dí á entender que la de pensar y hablar la tenían ya conquistada, y que no se percataban de ello porque no sé la habían escrito en letras de oro, como la de fumar. Ello es que allí se habló, si muy bien del emperador vivo, muy mal del que acaba de morir; y que si la persona de Alejandro II fué ensalzada, sus ministros fueron amargamente criticados, deprimidos, y tachados hasta de incapa-

© Biblioteca Nacional de España

ces. No sé lo que en esto pueda haber de cierto; pero sí lo es que la conversación era en francés, y que en esta lengua sólo hablan los iniciados en los misterios de la civilización de Occidente, que misterios son para el vulgo de aquí. La cuestión es grave. La cuestión está en saber si esas ideas extrañas y esa civilización forastera, expresadas casi siempre, hasta ahora, en lengua forastera también, han de implantarse de firme en la Santa Rusia y han de popularizarse y difundirse. Yo veía por primera vez, en mis compañeros de viaje, salvo el honrado y docto bibliotecario, que se callaba, á la Rusia civilizada no oficial, á los que no están numerados y escalafonados y sellados con las armas del Emperador; á los que, fuera del orden gerárquico y de los catorce ó quince grados que hay en él, especie de escala de Jacob para llegar al cielo del Tzar, quieren ser y representar algo por ellos mismos é independientemente del Gobierno: en una palabra, á la mesocracia ó clase media, que empieza á levantarse independiente y rica; pero, como entre nosotros, llena de mal encubierto desprecio por la patria y de exagerada admiración de lo extranjero.

. . . . . .

. . . . . .

escasamente, y la miserable apariencia de las casuchas de madera de los pobres siervos y campesi-

© Biblioteca Nacional de España

nos, y al representarme de nuevo en la imaginación todos aquellos llanos áridos cubiertos de nieve, no pude menos de echarme á discurrir cómo vivirían durante el invierno, esto es, la mayor parte del año, los habitadores de estos países poco favorecidos de la naturaleza. Indudablemente que en muchas regiones de Rusia, y principalmente en las más frías y boreales, mucha de esta pobre gente ha de pasarse el invierno encerrada en sus cabañas y lamiéndose la pata para nutrirse, como dicen que hacen los osos. Otros, ya poseedores de rengíferos y caballos, los enganchan á algún trineo y transportan de un lugar á otro algunas pobres mercaderías; otros, por último, hacen durante el invierno el oficio de tejedor, ya de lino, ya de algodón. En el terreno que circunda Moscou, dentro del radio de muchas lenguas, es donde más se ejercitan los rústicos durante el invierno en esta industria algodonera. En cada choza hay un telar y allí trabaja toda la familia, y es tan barata la mano de obra, que estos tejidos, hechos á mano, aun pueden competir con los que se fabrican al vapor, tanto en Rusia, donde hay muchas fábricas, como en el extranjero, de donde son importados, pagando en el día grandes derechos y debiéndolos pagar mucho menores dentro de poco, gracias á la reforma de aranceles. Según la cuenta que me hizo un mercader alemán, desde

© Biblioteca Nacional de España

largos años há establecido en Moscou, y que conoce á fondo la Rusia, una familia campesina gana á lo más, tejiendo durante el invierno, siete copecs diarios (un real de vellón de nuestra moneda), mas como tiene leña con que calentarse y algunas provisiones de boca que ha reunido durante el verano, no lo pasa tan mal, ó puede vivir, al menos, y despilfarrarse algunos días de fiesta, emborrachándose con aguardiente, al cual es aficionadísimo el pueblo ruso. No sé si la nueva reforma de aranceles, una vez puesta en práctica, hará, como parece probable, que se deprecie aún más, en virtud de la concurrencia, el valor de los tejidos de algodón, y que los pobres aldeanos rusos tengan que abandonar esta industria de tejer y adoptar otra ó contentarse con ganar menos que los siete copecs diarios, que sería ya poner á prueba la resignación humana y demostrar que poco menos que nada basta para sustentar una familia.

Una de las cosas que más afligen, sobre todo si se compara á la suficiencia y garbo de los honrados burgueses, de los ricos mercaderes y de los nobles rusos, civilizados y extranjerizados, que por lo menos han leído á Paul de Kock y que han estado ó cuando no, piensan ir á París en el próximo verano, es la rudeza, amilanamiento y rustiquez del que debiera ser verdadero instrumento autonómico de la civilización rusa, el clérigo ruso. Yo no he

© Biblioteca Nacional de España

podido hablar con ellos, pero, como dice el proverbio italiano, *vista la porta, vista la casa;* y la verdad que lo raído y sucio del traje, lo mal peinado de las greñas, el aire poco inteligente y muy aguardentoso de la fisonomía y la rudeza de los modales no los distinguen de los mujiks, antes bien muchos de estos clérigos ó curas de aldea parecen y deben ser más rudos que los mujiks mismos los cuales tienen que tener á menudo en prensa el ingenio para mejorar la fortuna ó para vivir, cuando nada le inspira el deseo de mejorar, mientras que el pope de lo que canta yanta, y como no ejerce una especie de jurisdicción como nuestros curas, ni se hace superior á los feligreses, teniendo sobre ellos cierto magisterio en el púlpito, en el confesionario y hasta en el consejo de la familia á veces, hechos una vez sus oficios, dicha su misa y terminadas las canciones sagradas, no le queda más que el aguardiente á que recurrir para distraerse y vive en la más completa abyección é ignorancia. El clero negro, esto es, los frailes, saben algo; de entre ellos salen los obispos, los metropolitanos y los predicadores, aunque rara vez aquí se predica. La religión no se explica con razonamientos, ni se pone al servicio de la moral, difundiéndola en elegantes discursos; la religión *ortodoxa* se manifiesta por medio de símbolos y figuras y gestos, de los cuales no sé hasta qué extremo

© Biblioteca Nacional de España

podrá comprender el vulgo el sentido. Rara vez el sacerdote explica al pueblo estos misterios por medio de la palabra.

He oído á muchos rusos quejarse de la ignorancia y falta de respetabilidad del clero ruso; tanta genuflexión, tanta ceremonia simbólica, un santiguarse tan continuo, un tan eterno besuqueo de reliquias, de cruces y de imágenes y tanta postración y acatamiento hacen de la religión *ortodoxa* algo de parecido á la brujería: ensalmos, conjuros, encantos y evocaciones que no tienen objeto.

Pensando en éstas y en otras cosas por el estilo, y durmiendo un poco de vez en cuando, y parándome en las estaciones á almorzar, á comer, á tomar el té y á cenar; imitando en esto á los rusos, que siempre que pueden comen, y no comen poco y mal, sino cuando no pueden comer á más y mejor, llegué, por último, á Moscou, á las ocho de la mañana del día siguiente, habiendo empleado en este viaje de 604 verstas, veinte horas de ferrocarril. Apenas llegamos á la estación del ferrocarril, y aun no había acabado el tren de pararse, salté en tierra de los primeros, con el ansia de ver la antigua capital de los Tzares. Dejé á mi criado encargado de llevarme el equipaje á la posada, y tomando un droski, me dirigí á la de Morel, que me había recomendado en San Petersburgo mi amigo Sobolefski.

© Biblioteca Nacional de España

Hacía un tiempo hermosísimo, y no creo que por el mes de Mayo hiera el sol la tierra de Andalucía con más fuerza que hería la de Rusia entonces. Los árboles desplegaban ya su pompa vernal, y verdes hojas y flores los coronaban; los pájaros cantaban entre las ramas; las cúpulas doradas, verdes, azules y rojas de las mil iglesias de Moscou, me deslumbraban con sus resplandores; las campanas henchían el aire de sus sonidos argentinos; y las casas, los palacios, los templos, confundidos entre las masas de verdura, escalonados en el declive de las colinas, y extrañamente agrupadas con bien concertado y poético desorden, me causaban una impresión tan singular, que nunca, al llegar á ciudad alguna del mundo, la he sentido más extraña. Moscou no me parecía ni más grande que Roma, ni más poético que Granada, ni más hermoso que Nápoles, ni más naturalmente rico y grande que Río Janeiro; pero sí más original, más inaudito que todas estas ciudades juntas. A veces entraba el droski por una calle donde las casas pequeñas de madera y de un solo piso, las bardas de los corrales ó jardines, que más tenían de lo primero que de lo segundo, la gente pobre, los chicuelos y las mozas sentadas á la puerta, ó mirando por los ventanuchos y yo no sé cuántas cosas más, rústicas, le daban el aspecto de una aldea; pero de repente se abría la calle y salíamos

© Biblioteca Nacional de España

á más dilatado espacio, que, elevándose sobre todo el terreno circunstante, hacía que la vista se extendiera á la larga en derredor, sobre los valles y colinas que forman la gran ciudad, complaciéndose con la vista de sus jardines y huertos, y perdiéndose en el laberinto de sus torres y alminares, y deleitándose con la bárbara pompa de sus cúpulas doradas. Entonces imaginaba yo que no estaba en Europa, sino en Extremo Oriente, y que, por arte de encantamiento, había llegado á Pekín en vez de llegar á Moscou. Con esta idea disparatada de estar en Pekín ó en la capital de Cachemira, ó en alguna ciudad extraña y fantástica, de aquellas que Simbad el marino vió en sus maravillosas peregrinaciones, vine á dar en casa de Morel, el fondista, tomé un cuarto, me vestí, y salí de nuevo á cerciorarme de si estaba en Rusia ó en China, y qué clase de ciudad era ésta que de tal modo hería mi imaginación.

Lo primero que hice fué dirigirme al Kremlin, que es en Moscou lo que el Capitolio en Roma, ó en Atenas era la Necrópolis. Allí los palacios, los templos, los tesoros, los trofeos y cuanto en la ciudad hay de más sagrado, rico y glorioso, se guarda y venera. Está el Kremlin situado sobre la más elevada colina de las siete que forman la ciudad. El Kremlin tiene su monte Palatino, como el Capitolio. Rodea y ciñe aquel recinto una muralla

© Biblioteca Nacional de España

singular, guarnecida de torres de más singular y varia arquitectura aún que la muralla. Sobre y coronando la veneranda colina, descuellan las torres de los palacios del Tzar y las cúpulas doradas de las tres catedrales y demás conventos é iglesias que allí se parecen. El primer efecto que el Kremlin me produjo fué maravilloso, y más bien trajo á mi memoria el recinto y fortaleza de la Alhambra, que recuerdo alguno más clásico y solemne. No me fijé en objeto alguno particular, y no hice más que admirarme del conjunto. Una vez que penetré en el Kremlin por uno de los arcos triunfales que le dan entrada, no tanto llamaba mi atención el Kremlin mismo como la vista sorprendente que desde él se goza, ya de un lado, ya de otro, dominando la extensa capital que se tiende á sus plantas. Los innumerables templos, los tejados de las casas y palacios, los jardines y huertos que los rodean, y la llanura ilimitada que da á la ciudad, por donde quiera, un horizonte inmenso como el de la mar, me hacían imaginar y soñar mil cuentos orientales. Moscou me parecía la capital del gran Tamborlán, que se había civilizado, y yo me imaginaba el sucesor de Don Clavijo ó Don Clavijo mismo, que venía á hacerle una visita de parte de mi soberana. La separación de las casas unas de otras, el lujo con que se desperdiciaba el terreno, poniendo entre una y otra huertos y bosque-

© Biblioteca Nacional de España

cillos, el desorden con que las casas están situadas, aquí una choza de madera, al lado un palacio con columnatas y regio balconaje, y puerta y fachada aparatosas, más allá una iglesia con sus cuatro ó cinco cúpulas de las más extrañas formas y colores. Todo esto no parece de cerca tan bien; la casa de madera, aunque no entre uno en ella, no sé qué da á sospechar que ha de ser sucia; el palacio, visto detenidamente, no puede menos de denotar un mal gusto notable, y más apariencia y ostentación que riqueza verdadera; todo él está hecho de yeso y ladrillo; la iglesia, cuyos vivos colores y formas extrañas nos gustaban tanto desde lejos, ofende la vista, de cerca, con sus relumbrones y colorines, y causa un malestar semejante al que sentiría una persona compasiva al ver un hombre desollado andar por la calle; porque, en efecto, estos colorines y relumbrones le hacen á uno creer que á estas iglesias les han quitado el pellejo y que están desolladas, padeciendo, por consiguiente, los más horribles tormentos de verse así, y maldiciendo á quien tal las ha puesto. Cuando yo oía el sonido de mil campanas, me daba á entender que todas estas iglesias, unas en tiple, otras en bajo, se quejaban de su pésima condición y del sino fatal que las condena á vivir en aquel estado. Mas este pensamiento y alucinación estrambótica no me acudía sino cuando miraba de cerca alguna

© Biblioteca Nacional de España

de las iglesias, y singularmente las de peor gusto y más pintarrajeadas. Desde lejos, desde lo alto del Kremlin y perdidos estos pormenores con la distancia, el conjunto de los edificios se me parecía de una belleza rara, y de una novedad que acendraba y encarecía esta belleza. Dicen que Moscou semeja á Roma, mas no hallo esta semejanza. Una Roma por este orden habría sido capaz de fundar Atila, si de vuelta de su viaje por el Occidente, se hubiera civilizado un poco y hubiera querido fundar una capital á semejanza de la de los Césares. Salvo algunas reminiscencias, más hay aquí de tártaro que de romano. En fin, embebecido en la contemplación del conjunto y de las cosas lejanas que desde el Kremlin alcanzaba á ver, no reparé en las inmediatas que á la vista se me ofrecían, y salí á las dos ó tres horas de estar en el Kremlin sin haber visto nada de lo que hay dentro de su recinto.

Salí del Kremlin por la Puerta del Salvador, arco de triunfo por donde subió en otro tiempo á aquel Capitolio ruso Juan el Terrible, vencedor y conquistador de Kassan y Astracan, y Minin y Pojarski, libertadores de la patria y vencedores de los polacos. Tanto por los recuerdos históricos que despierta este arco en un alma rusa, como por la santa imagen del Salvador, que le da nombre y que está levantada sobre la puerta y pegada al mu-

© Biblioteca Nacional de España

ro, obrando obras maravillosas de continuo, este arco es sagrado y venerando para los rusos, y todos, al pasar por él, deben descubrirse é inclinarse, sin que de este tributo de reverencia se hallen, por modo alguno, exentos los extranjeros ó los que son de otra religión que la *ortodoxa*. Bien es verdad que los rusos, que á más de ser tolerantes son, como mil veces he tenido ocasión de decir á usted en mis cartas, el propio dechado y modelo de la cortesía, saludan, asimismo, cualquiera capilla, iglesia ó lugar sagrado de otra religión, entendiendo que si no lo hacen dan prueba de descorteses y de rudos.

A los pies del Kremlin, y bajando por el arco mencionado, se encuentra uno en una ancha plaza que podemos equiparar al Foro de Roma, ya que hemos equiparado el Kremlin con el Capitolio. Comparaciones todas que halagan en extremo á los moscovitas, y que tienen para ellos una gran significación, porque entienden que la sucesora de Roma es Moscou y que éste es el renovado Imperio de Oriente, vengador y sucesor del primero. Roma y Constantinopla, ó al menos el espíritu, el alma, la vida de Roma y de Constantinopla, quieren ellos que esté aquí. En medio, pues, de este Foro, se levanta el monumento de Minin y Pojarski, de los dos gloriosos patriotas; del plebeyo y del noble, del carnicero y del príncipe, héroes

© Biblioteca Nacional de España

ambos. El monumento vale poquísimo como arte; pero le santifica y hace invulnerable á la crítica el sentimiento de entusiasmo patriótico que despierta en todo corazón ruso, donde hay en el día más patriotismo verdadero que en ningún corazón humano.

A un lado de la plaza se levanta un monumento de otro género, tan sorprendente y singular en todo, que roba inmediatamente la atención del viajero, y le deja suspenso, embelesado y extático. Yo, al verle, me creí trasladado por ensalmo al país de las hadas, al centro del Asia, á alguna tierra casi ignorada aún y donde nunca puso los pies hasta ahora viajero alguno. No es la hermosura, sino la extrañeza la que deleita, suspende y asombra, y hasta nos hace tener por hermoso lo que ciertamente no lo es. Lo que yo tenía delante de mis ojos era una pesadilla de arquitectura. Nunca chino alguno, después de embriagarse con opio, ni árabe que está saturado de hachich, vieron cosa parecida en sueños. Las más monstruosas y estrambóticas deidades del Thibet ó de la India no tuvieron nunca pagodas tan monstruosas y estrambóticas como esta iglesia. El monumento es una iglesia. No sé, ni creo que se sepa, si el arquitecto que trazó y construyó esta iglesia era griego, ó chino, ó indio ó tártaro, pero de seguro que fué un original de primera magnitud. Ello es que la

© Biblioteca Nacional de España

iglesia se construyó en tiempo de Ivan el Terrible, que era él mismo uno de los tiranos más originales que se han sentado en un trono y han empuñado cetro. Cuando este terrible Tzar volvió triunfante de los tártaros y conquistador de Kassan, quiso fundar en memoria esta iglesia, ó por voto que había hecho, como nuestro Rey D. Felipe fundó El Escorial después de la batalla de San Quintín. Pero en España tuvimos un Herrera que hizo su traza según las reglas, poniendo todo su empeño en observarlas sabiamente y en producir por ellas la hermosura. Aquella hermosura sencilla y sobria que á nosotros, hombres del mediodía de la Europa, alimentados de tradiciones clásicas, nos gusta más que todos los delirios romanescos, góticos, bizantinos y moriscos, si bien no dejamos de reconocer hermosura en tales delirios. Delirios que á veces no pueden llamarse tales; tan perfectos y acabados son en todas sus partes. Ivan el Terrible halló, ó sacó no sé de dónde, un arquitecto digno de él y á propósito para el monumento que trataba de levantar. No cabe duda en que el arquitecto era extranjero, mas se ignora de dónde. Hasta el sitio que eligió para levantar su monumento muestra ya la extrañeza y lo peregrino de su inventiva. No es un terreno llano sino un derrumbadero ó barranco; no lo terraplenó sino que desde luego empezó á edificar sobre él. El edificio,

© Biblioteca Nacional de España

por consiguiente, se levanta más por un lado que por el otro, y hay una capilla, por un lado al nivel de la tierra, que puede, por otro, considerarse como subterránea. El piso principal del edificio, está por consiguiente, en el aire, al menos por un lado, y se sube á él por una escalera, fantástica como todo el edificio. Pero, antes de penetrar en su centro, considerémosle por fuera. Asombrémonos de ese desorden fecundo de cúpulas, agujas, torres y campanarios; de esa combinación de colores brillantes, de esa profusión de pinturas que cubren y decoran sus muros, como la piel del salvaje más prolijamente y ricamente tatuado que se pueda hallar en el seno de los bosques vírgenes del Brasil. Las excrecencias, corcobas, pinchos, gibas, trompas y garras de esta quimera, de este monstruo de arquitectura, producen en el alma el mismo efecto que le causaría la vista de un plesiosauro ó de otro bicho antidiluviano por el orden, si afortunadamente pudiera revivir para que le viéramos en toda su realidad grotesca y sublime. Tiene, sin embargo, el edificio más analogía con el reino vegetal que con el animal. La arquitectura ha imitado siempre más bien los árboles y las plantas que las fieras. Basta un poco de imaginación para fingirse en ella que este edificio es una gelatina *á la jardinière* ó *printanière*, hecha por un cocinero cíclope para regalo y banquete de los titanes.

© Biblioteca Nacional de España

Aquella cúpula parece una inmensa manzana cocida; esta otra una piña ó ananás; aquella torre una zanahoria mayúscula; la de más allá un rábano: y los dibujitos pintorreados en el muro, parecen incrustaciones de perejil y pedacitos de trufas y setas, y cabezas de alcachofas y de espárragos de jardín. Pero esta gelatina no está hecha á molde y sacada de él con una regularidad y simetría maquinales, sino hecha á mano, por arte ignorada hasta ahora y con toda la fantasía y desenfreno creador de un gran artista. La humedad que destilan de continuo, por dentro y por fuera, los muros de este edificio, que se diría que sudan en verano la nieve que han absorbido en invierno entre su yeso y ladrillos, contribuyen más á darle el aspecto y apariencia de la mencionada gelatina *à la printanière,* que empieza á derretirse. Pero entremos dentro del edificio. Subamos la escalera y nos hallaremos en un laberinto singular de corredorcillos, por donde apenas puede pasar un hombre delgado; de galerías que dan vista á la plaza, sostenidas por columnas de formas desusadas é inauditas, todo ello pintado de verde, de rojo y de amarillo, fingiendo hojas y frutas y flores; y pasemos, por estas galerías, á las diferentes iglesias, capillas ó como quieran llamarse, donde de pronto se levanta el techo y se remonta, y forma bóveda, siendo lo interior de una cúpula, cuya in-

© Biblioteca Nacional de España

dicada bóveda, pintada de azul y tachonada de estrellas, como si fuera el cielo, deja ver en su centro ora al Padre Eterno, con unas barbas blancas y unas melenas como las de un mujik, el cual nos mira con benevolencia y se sonríe y nos echa la bendición; y ya un Señor Jesucristo gigantesco con cada ojo como un plato y una boca que parece una sopera. En el retablo de cada una de estas capillas hay multitud de imágenes negras como la pez, pero cubiertas de oro y de plata, no dejando ver, al través de tanta riqueza, sino las caras y las manos. Estas imágenes suelen ser muy milagrosas, y mientras más feas son, más veneradas son y más milagrosas. En la capilla del centro es donde el artista se despilfarró y echó el resto, y mostró á sus contemporáneos y á la posteridad más remota todo el poder de su ingenio é inventiva. Allí se ve uno en el hueco de una pirámide altísima, que se pierde de vista, cuadrangular, que se levanta ligera como si quisiera volarse al cielo, toda llena en su interior de arabescos y colorines y filigranas y de santos y de santas, y coronada, por último, con una bola hueca que forma la bóveda desde donde nos mira la Madre de Dios y como que nos hace señas para que subamos al cielo á hacerle una visita. Y en efecto, aquella pirámide angosta, aquel embudo ó cerbatana ciclópea en que está uno metido, puede pasar por el tubo de un teles-

© Biblioteca Nacional de España

copio soberano, con el cual no sólo se descubren las estrellas, sino que tiene tanto alcance, que se ve por él lo que pasa en lo interior del cielo y á la misma Virgen María, que nos está mirando desde una ventana.

Después de haber referido á usted todas estas maravillas, que aunque contadas en estilo rudo é indigno de tan elevado sujeto, no dejarán de sorprenderle, no hallará usted fuera de razonable discurso que Ivan el Terrible se sorprendiese más aún y se extasiase al contemplar la estupenda creación de su arquitecto; así es que le abrazó lleno de júbilo y le colmó de honores, distinciones y riquezas, é hizo de él el más magnífico encomio y oración panegírica en presencia de todos los estolnicos y boyardos; pero temiendo, al mismo tiempo, que pudiese un día peregrinar por otros reinos y naciones, y hacer para ellos igual ó semejante maravilla á la que había hecho para Rusia, y siendo por demás patriota y celoso de la gloria y supremacía de su nación, mandó sacar los ojos al grande arquitecto, para que nunca más hiciese prodigio parecido al de su iglesia de la Protección de la Virgen María, y fuese ésta sin par y única en el mundo, como lo es efectivamente: porque ¿dónde se han de hallar torres como aquéllas, ni borrachera semejante de capillas que parecen chimeneas hinchadas y tubos de telescopio por dentro, y por

© Biblioteca Nacional de España

fuera un *macedoine de tous fruits*, confeccionado por el más hábil cocinero del país de los gigantes que visitó el capitán Gulliver?

Aquel mismo día fuí á visitar á la Condesa Rostopchine, para la cual traje una carta de recomendación de Sobolefski. Esta condesa es la Safo de Rusia, y ha escrito y publicado no sé cuántos tomos de poesías líricas muy celebradas y dignas de serlo, y hasta cierto punto populares. Ha escrito, asimismo, comedias y proverbios imitando á los de Musset, y hasta tragedias más ó menos clásicas; pero se dice que no le da el naipe para este juego. La Condesa Rostopchine creo que sea hasta hoy la más famosa poetisa de Rusia. Aunque las damas rusas son en extremo licurgas, no se entregan aún con tanto furor como las inglesas, francesas y alemanas al demonio de la vanidad literaria, y rara vez escriben, satisfechas con mostrarse en la conversación profundos pozos de ciencia é inagotables veneros de sabiduría, lo cual parece maravilloso si se atiende á que no hace un siglo aún que la mujer rusa, como la asiática, estaba encerrada en el *terema*, que no era sino una especie de harem, y tan sometida al marido, y tan secuestrada y ajena de los negocios, que rara vez figura en la historia rusa, historia mucho menos galante que la de otros países. El espíritu caballeresco, que durante la Edad Media reinó en la

© Biblioteca Nacional de España

Europa occidental, es aquí punto menos que desconocido, y de pocas hermosuras rusas hablan las crónicas, que hayan sido causa de bienes ni de males. Olga la Santa, sin embargo, contribuye más que nadie á cristianizar á los rusos; Marfa, la viuda del cónsul de Novgorod, defiende tan heroicamente la libertad de su patria, que cede al cabo y pierde su independencia ante la fortuna y el poder de Ivan III, como la viuda de Padilla defendió las libertades castellanas. La primera Sofía, la ambiciosa y desgraciada hermana de Pedro el Grande, es la tercera mujer que podemos citar como notable en la historia de Rusia. La Condesa Rostopchine se queja mucho de esta falta de galantería en la historia antigua de su patria y la halla, por lo tanto, desprovista de elemento é interés dramático. Esta sabia é inspirada condesa lleva de ventaja á nuestras literatas españolas que no lo da de pitonisa ni de estática, y que es, ante todo, una dama elegante y agradable, muy parlanchina, pero sin presumir de docta, aunque lo es, y natural y franca y buena señora. Está ya en el ocaso el sol de su hermosura, que debe haber sido más agradable y suave que brillante. Es pequeñita, y á pesar de sus largas vigilias, meditaciones poéticas y sentimientos que debe haber tenido, como poetisa que es, no ha enflaquecido ni se ha aniquilado, sino que está de buen año y fresca como una le-

© Biblioteca Nacional de España

chuga, sin sentir el inquieto malestar de las damas-genios, ni tener vahidos, ó nervios, como ahora se dice, sino *mens sana in corpore sano*. Los ojos y el pelo de la condesa son negros y relucientes, y más se la creería nacida en Andalucía que por estas regiones heladas. Bien es verdad que las rusas tienen tipos muy diferentes, y al lado de la hermosura delicada, rubia, esbelta, ligera como una figura de Keapseak, se ve la dama, rubia también, pero fuerte, robusta, sólida y amazacotada como una Venus de Rubens, y la mujer oriental y el tipo andaluz, por último, salvo los pies y las manos, que rara vez suelen ser por aquí tan diminutos y graciosos como en nuestra tierra. La Condesa no me habló de sí misma, ni de sus obras, sino hasta que yo diferentes veces hube tratado en vano de hacerla hablar de sí y de ellas: lo cual, para los que saben cuán ocupadas están siempre de su personalidad las literatas de Occidente, será modestia extraña y digna de elogio. Las hijas de la condesa y el conde, su marido, son finísimos y afables, como todos los rusos de cierta clase. Cuando salí de casa de la Rostopchine, á quien hice una larga visita y con quien hablé de mis compatriotas que ella había conocido en el extranjero, recordando ella más que á ningún otro al Duque de Rivas, á quien había conocido en Nápoles y de quien hacía los mayores elo-

© Biblioteca Nacional de España

gios, me dirigí á casa del Sr. Longuinoff, para quien traía yo, asimismo, una carta de Sobolefski.

Todos estos paseos los hacía yo en carruaje. Aquí no habría medio, como en Madrid, de hacerlos á pie, por económico que quisiera ser uno. Las distancias son enormes, gracias á los jardines inmensos, á las extensísimas plazas, á las hermosas alamedas y á la anchura de las calles. Las casas mismas, por lo común encerradas en el centro de un huertecito y separadas unas de otras, ya sean pequeñas, ya grandes, á no presumir de palacios no tienen más que un solo piso, y de cualquiera modo que sea casi nunca ofrecen vivienda á más de una familia: no sucediendo aquí lo que en Madrid, donde vivimos como los arenques, colocados unos sobre otros por capas paralelas. En fin, las distancias son aquí grandes, como en Petersburgo, y para cualquiera persona medianamente decente, un carruaje es un artículo de primera necesidad. El menor lujo y entono que se puede dar es tener en invierno un trineo y un droski en verano, con dos caballos que alternan en el servicio. No tener esto es condenarse á la reclusión, ó condenar uno á los amigos á que lo lleven y lo traigan de gorra á todas partes. No teniendo yo aquí amigos, ni gana de ir de gorra con nadie, alquilé un droski elegante y bonito. No hay mueble, á mi ver, más bonito y ligero que un droski,

© Biblioteca Nacional de España

sobre todo para un hombre soltero y esbelto, que con su gordura y machuchez el viejo hace antítesis con la gracia vaporosa del mencionado carruaje. En él está todo dispuesto por tal arte y tan ingenioso, que, sin querer uno, sin notarlo siquiera, y sin ser coquetón y aficionado á crear en sí mismo la hermosura, y á tomar como si dijéramos posturas plásticas, las toma uno fatalmente en el hecho de sentarse en el droski, y va en él como pintado y para pintado. Un bonito muchacho debe de estar casi tan airoso y garboso en un droski, como á caballo si monta bien, y las muchachas, al verle en droski, han de enamorarse de él. Yo de mí sé decir que una muchacha bonita en un droski, me enamora sobremanera. Todo el cuerpo, desde el asiento á la cabeza, queda en el aire, sin apoyo alguno, y cimbreándose y balanceándose bizarramente con el movimiento. El caballo, por mediano que sea, lleva siempre un trote más airoso y rápido que lo que por ahí se usa. Las cuatro ruedecillas se pierden casi á la vista dando vueltas, y se diría que la dama va en el aire, y, mientras más corre el droski, más elegante es su postura. El viento que se agita en torno y el aire que cruza y parte, le echa atrás y levanta y ahueca el velo y el chal y los rizos, y le da el aspecto de un hada que atraviesa los aires y va al palacio de su reina Parabanú. El cochero, si es

© Biblioteca Nacional de España

feo, puede pasar por un gnomo, ó, cuando es buen mozo, como á menudo sucede, sobre todo en los droski *comm'il faut*, aumenta el ornato de aquella máquina locomotora. El traje del cochero es el traje nacional ruso, pero el traje de majo, como si dijéramos. El caftán de paño azul ó verde con remiendos de terciopelo negro, y franjas en el cuello y bocamangas; golpes de botones de muletilla en ambos lados y faltriqueras, calzones bombachos y botas anchas y plegadas; un sombrerete chico y puesto con coquetería, á veces de medio lado; el pelo, rizo á menudo, y cortado por igual en torno, aunque bastante largo para formar bucles, y una faja brillantísima de tisú de seda, plata y oro, que les ajusta el caftán á la cintura. Mi cochero de Moscou debía ser de los más majos y presumidos, y cada día notaba yo que sacaba faja diferente; la barba la llevaba larga y bien atusada y recortada por igual, y en todos sus movimientos y posturas, al ir dirigiendo el coche, había algo de teatral y estudiado, como de persona satisfecha de sus buenas prendas y que va diciendo á las mujeres: „mirad qué guapo soy". Por lo demás, cocheros, lacayos, rústicos y pilletes rusos, en fin, todo hombre del pueblo parece aquí mil veces más listo, ágil, despierto y divertido que en Alemania Inglaterra y Francia. Para encontrar algo de esta viveza natural, es menester ir

© Biblioteca Nacional de España

á Italia ó á España. Aquí no importa que usted no sepa la lengua. Aquí le comprenden á uno inmediatamente y se hacen comprender no sé cómo. Con vergüenza lo confieso: á la hora esta, no estoy más adelantado en lengua rusa que á los pocos días de llegar á Petersburgo; aun no sé decir más que *na leva, na prava,* y *stoi; stakan vadí,* vaso de agua; *chasca café,* taza de café; *pajalusta,* si usted gusta, y otras ocho ó nueve palabras por el estilo, con las cuales, y con la inteligencia de estas gentes, he ido á todas partes y me he entendido con ellas.

En fin, fuí á casa de este otro caballero para quien Sobolefski me había dado carta de recomendación y no le hallé en casa. Era ya hora de comer y volví á comer á mi posada. Fuerza es confesar que las posadas ó fondas de Moscou son excelentes, al menos en comparación con las de Madrid, y lo que hay mejor es cuartos amueblados con gran lujo, vestidas las paredes de ricas telas, con muebles y vajilla elegantísimos y cuanto conviene á alojar confortablemente á un forastero de distinción que trae bien provisto el bolsillo. En Moscou se halla de todo; pero todo muy caro, singularmente para el extranjero, á quien la gente menuda trata siempre de engañar en todas partes, y más aquí, donde se le suele calificar aún con el epíteto de *niemen,* que, traducido literal-

© Biblioteca Nacional de España

mente, significa „mudo", persona á quien Dios no ha concedido el don de la palabra; y traducido según la significación estricta que á esta palabra da el uso, en contraposición de la voz *slavo*, que significa „palabra", *niemen* quiere decir „alemán", gente que no tiene en Rusia las mayores simpatías.

Comí bastante bien en el hotel, y solo me fuí en seguida á un precioso jardín llamado *L'Hermitage*, propiedad de mi huésped mismo, que es un francés muy buscavida, y donde, por un rublo, tiene uno el derecho de entrar, de pasear y de oir un famoso concierto vocal é instrumental, y de ver, por último, unos maravillosos fuegos de artificio. En este jardín hay un estanque con honores de lago, donde, en invierno, se corren patines, y hay dos montañas rusas, y donde, en verano, se navega en varios barquichuelos muy cucos y pintados. Los árboles y el césped verdeaban agradablemente, y las desigualdades del terreno hacían ameno este jardín. Hay en él, asimismo, varios kioscos, casas y salones, donde la gente entra á oir el concierto cuando hace frío, que cuando hace buen tiempo el concierto se ejecuta al aire libre. Ni faltan vinos, café, té y licores, y aquellos llamativos suculentos y despertadores de la sed, que por donde quiera se usan, como salchichas, anchoas, jamón y otras carnes salpresadas, y fru-

© Biblioteca Nacional de España

tas y helados, y dulces en abundancia. Pero, lo que más llamaba la atención del público y le atraía como por encanto á aquel jardín, era la célebre compañía del ingenioso y nunca bien ponderado Ivan Vasiliewitch, el más gigantesco, así corporal como espiritualmente, de todos los gitanos que he conocido en mi vida. Este gran artista y glorioso patriarca tiene bajo sus órdenes, jurisdicción y protección, por lo menos una docena de ninfas cantadoras, y seis ó siete guitarristas y cantores de los más inspirados de todo el Egipto ó la Bohemia, ó como quiera llamarse á la patria misteriosa é incógnita de esta raza singular y vagabunda. En parte alguna hay más gitanos que en Rusia, ni en parte alguna han llegado á elevarse y á distinguirse tanto por sus cantares, danzas é ingenio. Algunas de las sirenas que componen esta compañía del gran Ivan Vasiliewitch, alcanza tanta fama como la Alboni, al menos en Rusia, y causa más entusiasmo que aquella célebre contralto italiana. Y verdaderamente merecen tanta fama y tanto rendimiento, porque por la voz, el alma y el primor con que cantan, no tienen quien en el mundo se les iguale. Sus canciones son preciosas; las más andan en estampa, y yo tengo ejemplar de ellas; mas el *chic* verdadero, el arte y forma y manera especialísima de estas canciones es incomunicable por escrito, y es menester oir á estas

© Biblioteca Nacional de España

sirenas para comprender hasta qué extremo llega la magia de su canto y de sus salidas de tono, que adquieren más singularidad aún por los gestos, chillidos, suspiros, meneos, danzas y palmadas con que suelen acompañarlos. Sólo los gitanos de España pueden dar una idea de lo que son los de Rusia. Mas, fuerza es confesar que jamás entre nosotros, y perdónenme los aficionados y patriotas, jamás ha llegado el arte gitano á tal punto de elevación y grandeza, á pesar del vito, de la tana y de las playeras.

Aquí ha habido y hay entre los gitanos, verdaderas eminencias artísticas, y para que se vea hasta dónde las aprecian, voy á referir á usted una anécdota, de cuya verdad no respondo, pero que aquí me han dado como histórica é irrefutable, y consignada en los archivos de la Academia de Música, de Ivan Vasiliewitch. Cuéntase, pues, que cuando la Catalani estuvo en Rusia, no recuerdo cuantos años há, había en Moscou una gitana cantadora, cuyo nombre siento también haber olvidado á pesar de lo celebérrimo que debe ser, la cual cantó en cierta ocasión en presencia de la Catalani y delante de un inmenso concurso; y, atónita y entusiasmada de oirla la cantora italiana, dicen que no pudo contenerse y se levantó del asiento y se fué derecha á la gitana, y la abrazó y besó con ternura, y la llamó hermana y maestra y

© Biblioteca Nacional de España

señora, y Dios solo sabe cuántas otras cosas más; y, despojándose de un chal de verdadera cachemira, que una princesa de dicho reino había regalado á un padre capuchino que predicó por allí el Evangelio, y tuvo la dicha y la honra de convertirla al cristianismo, que este padre capuchino cedió luego al Gederal de su Orden, y que éste llevó al Papa de presente, y que el Papa, por último, había regalado á la Catalani, después de oirla cantar el *Stabat Mater* de Rossini, se le dió á la gitana, diciéndola: —"El Padre Santo me dió este chal como á Reina de las cantoras; tú me acabas de vencer y reconozco que eres superior á mí; abdico la corona del canto, que á tí se debe y como signo de esta soberanía te traspaso este magnífico chal, ó regio manto, que nadie sino tú es justo que lleve sobre las espaldas." — Todos los circunstantes aplaudieron mucho este acto de justicia, y se enternecieron y derramaron sendas lágrimas. Mas no ha sido la Catalani sólo la que se ha entusiasmado de tal suerte por la gitanería. A cada artista de nota que acude por aquí y los oye cantar, le acontece lo propio. Liszt el gran pianista, cuando estaba en el apogeo de su celebridad y adorado de las damas, que se desmayaban muchas de oirle y se quedaban traspuestas, y le acataban como á un Apolo larguilucho, Liszt, digo, vino por aquel entonces á Moscou y vió á otra de estas sirenas, y

© Biblioteca Nacional de España

la oyó cantar y se enamoró de su canto y aun de su persona, y estuvo meses y años rendido á sus pies, amándola, chillándola y suspirándola. He visto á esta adorada de Liszt que aun conserva los ojos negros, grandes y vivos que debió tener cuando joven, y el fuego de la inspiración y del amor arde aún en ellos; pero está tan consumida y seca, que asemeja la pitonisa de Eudor.

. . . . . .

Berlín 10 de Junio de 1857.

Héme aquí, querido Mariano (1), libre ya de mis deberes diplomáticos extraordinarios y lejos del ofendido jefe y de mi rival Quiñones. ¡Alabado sea Dios, que así lo ha dispuesto!

Después de haber estado en Moscou, donde he visto tantas y tales cosas, que no son para referidas en cartas sino para contadas muy circunstanciadamente de palabra ó por escrito, volví á Petersburgo, donde empleé los últimos días en despedirme de los amigos que allí dejo y en ver aquellos sitios que no tienen qué ver durante el invier-

(1) D. Mariano Díaz.

© Biblioteca Nacional de España

no y que están ahora hermosísimos con las galas de la primavera. Fuí á Peterhoff, Versailles de aquel Imperio: á Tzarcoe-Selo, cuyos parques y jardines compiten con los de Aranjuez, y á las Islas, que no tienen con qué compararse en el mundo. Son éstas el delta del Neva, que se derrama en el Golfo por diferentes bocas, cortando y separando la tierra que las divide por otros tantos brazos, de los cuales es el menor como diez Manzanares. Las orillas de cada uno de estos pequeños ríos, estériles y yermas cien años há, y morada sólo de los lobos y de los osos, están ahora pobladas de frondosos árboles, elegantes jardines y casas de campo que, á menudo, presumen de palacios. Los árboles se extienden hasta el borde mismo del agua y sus verdes ramas se inclinan para mirarse y reflejarse en ella, que, libre de hielo, corre transparente, *con un manso ruido*, y permite que mil ligeros barquichuelos la surquen en todas direcciones. Muchísimos puentes, de sólida y graciosa arquitectura, unen unas islas con otras, y mil carruajes y droskis discurren por todas con la rapidez de los caballos de por allí, que son los mejores del mundo. Por donde quiera se ven damas y oficiales, y generales con uniformes riquísimos y variados y un calvario de cruces en cada pecho. Yo tengo por indudable que los generales deben contarse en Rusia por miles y las cruces dadas por

© Biblioteca Nacional de España

millones. No hay portero, ni sochantre, ni sotaespabilador de teatro que no tenga alguna cruz. En cuanto á los generales, aunque tantos, no se ha de decir que estén ociosos, pues si no mandan ejércitos son presidentes del Santo Sínodo permanente, y llaman al Espíritu Santo con un redoble de tambor, deciden las cuestiones teológicas más sutiles, y tratan al clero, negro y blanco, á la baqueta. En España se queja la gente de los muchos generales que hay y de que en todo se meten. Á Rusia habían de ir los españoles para quejarse con motivo. Más generales hay que príncipes, y los príncipes abundan por tal manera, que casi se puede afirmar que lo son la tercera parte de las personas que no se alimentan exclusivamente del abominado brebaje llamado *kwas* y de los nauseabundos puches negros y caldo de coles y sebo.

He hecho copiar, y traigo conmigo, el catálogo de los manuscritos españoles existentes en la Biblioteca Imperial de San Petersburgo; y he recomendado al gran Ben Humeya, secretario particular del Duque, á la bondad de mis amigos de la Biblioteca, con los cuales se entenderá para copiar ó hacer copiar cuanto allí hay de curioso, siéndolo, desde luego, para mí, la *Relación del Almirante de Aragón sobre su Embajada á Polonia en 1596*, y noticias que da, no sólo de aquel reino, sino de los convecinos Estados, como v. gr.: de

© Biblioteca Nacional de España

Moscovia y de Transilvania, y de la singularísima República militar de los cosacos del Borystenes, que, según él, eran foragidos de todas las naciones de la tierra, y los había turcos, griegos, tártaros, armenios, caucasianos y hasta españoles, los cuales, ocupados únicamente en el ejercicio de las armas y en mover guerra continua al Kan de Crimea y al Gran Señor, hacían poca cuenta de la religión que cada cual profesaba, con tal de que todos fuesen diestros y aguerridos y valerosos.

Es de notar, asimismo, en esta relación, la pintura que hace el Almirante de los Embajadores del tártaro, que vienen á Varsovia á coligarse con los polacos en daño del turco, del cual fueron antes constantes enemigos, y entonces estaban quejosos; y cómo los polacos los reciben mal en público por miedo de ofender al Sultán, pero secretamente los socorren con algún dinero, aunque poco, á causa de la pobreza de aquel Estado, que el Almirante pondera por demás, acabando por referir cómo trató él mismo con los dichos tártaros y concertó con ellos, con gran recato y prudencia, para que los polacos no lo entendiesen, que la España les daría subsidio y favor con tal de que moviesen guerra al turco y le divirtiesen por el lado de levante. Mas todo este secreto y otros debieron descubrirse en seguida en Polonia, porque la copia de la relación que yo he leído hubo de estar en

© Biblioteca Nacional de España

los archivos de aquel reino desde que la compuso el Almirante, y de los archivos de aquel reino ha pasado á Rusia, como trofeo y despojo de los vencidos, con otras riquezas de todo género que los rusos han traído á su capital de los países conquistados.

He visto en Tzarcoe-Selo una armería preciosa, que allí han reunido los Emperadores. Las armas europeas no son, en verdad, ni muy ricas ni muy bellas, pero lo son por todo extremo las de Asia, y singularmente peregrinas. Hay dos jaeces de caballo, presente del turco, bordados todos de diamantes, y cimitarras, gumías, alfanjes, yataganes, arcos, flechas, rodelas, trajes fantásticos, frenos, bridas, sillas y espuelas, venidos, no sólo de Persia, de Circasia, de la Tartaria y de la tierra de los kirghises errantes, que aun viven de rapiña y le cantan himnos melancólicos y extraños á la Luna, sino del centro mismo del Asia: de Samarcanda y de Bocara, célebre por sus riquezas y por sus madrizos; de Kiva, del Thibet y de qué sé yo cuántos otros puntos, tan citados en los cuentos de *Las mil y una noches,* tan florecientes en lo antiguo, hoy tan decaídos, y donde los rusos ejercen ya influencia grandísima, estudiando las lenguas que allí se hablan, estableciendo escuelas entre ellos, como las hay en Bocara desde los tiempos de Catalina II, y atrayéndolos á la gran feria de

© Biblioteca Nacional de España

Nijni Novgorod, á donde pronto podremos ir en ferrocarril, y á donde pronto acudirán, sin ser inquietadas ni robadas por los kirghises ni por el Kan de Kiva, las caravanas del extremo Oriente, con el té del Catay, los chales de Cachemira y todos los primores de la India. Este camino, de Oremburgo á Bocara, y de Bocara á Cabul, frecuentado por los mercaderes, se allanará y ensanchará, por decirlo así, para que pueda pasar en lo futuro por él un ejército ruso que renueve las conquistas de Baco y de Alejandro.

No sólo he ido á ver en Tzarcoe-Selo esta colección de armas, sino á la bella Princesa con quien me porté tan bizarramente, como ya te he dicho, y á quien he presentado al joven Diosdado, dando á entender á ella, con delicadísimos rodeos, que todos los españoles somos de la misma fuerza y empuje, por donde espero que el joven Diosdado logrará al fin lo que yo logré, si no es muy torpe.

A corta distancia de Tzarcoe-Selo hay otro sitio imperial llamado Pawiowski, también con palacio, parque y jardines, donde hay uno público en el cual se dan de diario grandes conciertos, dirigidos por Strauss, famosísimo compositor hijo del otro aun más famoso. A estos conciertos acude innumerable gente, y yo he estado en ellos á menudo. En las Islas hay también otro jardín por el mismo

© Biblioteca Nacional de España

orden, donde dirige la orquesta Pugni, compositor de bailes, y donde cantan en coro música popular, y bailan algo parecido á la tana y el vito, más de sesenta gitanos de ambos sexos. Pero no llegan, ni con mucho, estos gitanos, á la perfección y á la gracia de los que he visto en Moscou, y de los cuales te prometo hacer una descripción minuciosa.

En estas y otras distracciones he pasado el tiempo desde que salí de Moscou, hasta que, el seis, me embarqué en Petersburgo para Stettin. Hasta Cronstadt fuimos apiñados en una cáscara de nuez más de ciento sesenta pasajeros, entre los cuales había media docena de generales rusos, una docena de príncipes y muchísimos oficiales. Todos éstos han venido de uniforme durante la navegación, y por nada del mundo han querido consentir en descalzarse las espuelas, que á bordo hacían un efecto algo cómico. Con espuelas entraron en los vagones del ferrocarril de Stettin á Berlín, y con espuelas han entrado en la capital de Prusia. En Cronstadt tomamos barco de vapor, más grande, mas no lo suficiente para llevar á su bordo tanto personaje. Así es que, los tres días que hemos pasado en la mar, han sido enojosos, á pesar de la buena sociedad que allí había. Para que nada faltase, teníamos á bordo dos comediantas muy corridas y alegres, una francesa y otra ale-

© Biblioteca Nacional de España

mana, varias señoras de la alta clase rusa, tan discretas y leídas como elegantes y hermosas, y hasta un Príncipe efectivo y no sofístico: el Príncipe de Oldemburgo. Sin embargo, el tener que dormir en el suelo ó en una banqueta y el carecer de un camarote donde vestirme y desnudarme, anublaba á mis ojos todo el placer que aquellas hermosuras y personajes pudieran causarme con su trato y conversación amena. Por esta razón no pude menos de alegrarme de verme al cabo sólo en una posada de Berlín y libre de perpetua compañía.

Bien es verdad que aguardo hoy ó mañana la de Magdalena Brohan, que salió dos días antes que yo de Petersburgo, y viene por tierra. No la acompañé, como pudiera haberlo hecho, tomando asiento en la diligencia, que ella misma me dijo que tenía dos vacantes, por no cargar más al excelentísimo Sr. Duque de Osuna. Por la misma consideración no fuí á despedir á Magdalena, como no fué el Duque; pero ni estos sacrificios ni todas mis dulzuras y amabilidades y rendimientos han podido acabar con el enojado magnate que me perdone no sé qué delito, que he cometido sin saberlo y sin que me remuerda la conciencia. El día que salí de Petersburgo dejó el Duque la casa á las diez de la mañana y se salió á pasear en carretela abierta, con Quiñones, para que no tuviese yo el gusto de despedirme de él, y todas las mues-

© Biblioteca Nacional de España

tras que ha hecho en estos últimos días son de estar más enojado que nunca, ó ya porque le han copiado nuevos párrafos, diciéndole que son de mis cartas á Cueto, ó ya porque no se ha holgado con la Brohan, como si de esto tuviese yo la culpa. Yo no pude hacer más sino retirarme, como me retiré, y dejarle el campo libre, refugiándome primero en Tzarcoe-Selo, luego en Moscou, y por último, en Tzarcoe-Selo nuevamente. Ahora da la maldita casualidad de que el Gobierno francés no quiere dejar á la Brohan en Petersburgo y de que ella vuelve á París casi al mismo tiempo que yo. Ella no ha venido á bordo porque no había lugar para ella. Yo no he ido con ella en diligencia por respetos y consideraciones, no á ella, sino al Duque y al público. ¿Qué tiene más que pedir Su Excelencia? En cuanto á mis bromas, ¿qué he dicho yo que le ofenda de veras? Y en cuanto á lo que seriamente he dicho de él, ¿qué no ha sido en su elogio? Si de mí dependiese y yo tuviese influencia, el Duque sería á la hora esta Embajador, quedando plantado D. Javier, á pesar de su mérito y de sus servicios, ó tendría, por lo menos, el Toisón de Oro, como premio de los prestados á su Reina y á su patria en la misión extraordinaria del Tzar. El Duque, á pesar de sus debilidades, que las tiene, como todo hijo de Eva, hubiera sido mi amigo sin Quiñones y otros chismosos, y las cosas

© Biblioteca Nacional de España

de la Misión se hubieran hecho más discretamente y ni él ni yo hubiéramos tenido disgustos. Mas Quiñones, no satisfecho de que yo le dejase sin chistar el primer puesto después del Duque, en todas ocasiones, oficiales y extraoficiales, ha querido renovar conmigo la antigua y debatida cuestión de la supremacía entre las armas y las letras, y aunque yo no he presumido jamás de representar las segundas, él, como representante de las primeras, me ha revestido de aquel honroso carácter para perseguirme de continuo y triunfar de las letras, venciéndome. Siempre he rehusado el combate, mas á veces he tenido al fin que aceptarle, porque me arrinconaba, y cuando este combate tomaba proporciones científicas y nos entrábamos en el campo común ó neutral, que son las matemáticas, era de ver cómo disparatábamos ambos, porque ninguno de los dos sabemos bien mucho más de las cuatro reglas. En fin, ya salí de aquella casa, de aquella Misión y de aquellas discusiones.

El Duque, huérfano de la Brohan, abandonada la Théric, á causa de los calzoncillos, que la madre no consentía en que se quitase sino por sumas fabulosas, diciendo como el ama del cura: "no decimos misa más barato", y cumpliéndose en ella la sentencia tan verdadera de que la codicia rompe el saco y la fábula de la gallina de los huevos de oro, porque el Duque las ha plantado y se ha

© Biblioteca Nacional de España

acabado para ellas la mina de brazaletes, vestidos, alfileres y otros dijes, é ida la Souvarov Italianski, el Duque, digo, vuelve á sus antiguos devaneos con Mlle. Strattmann, que acabarán, como todos los que tiene con señoritas, en no casarse con ella, y como los que tiene con las comediantas y otras hembras de vida airada.

Estas que han venido conmigo á bordo me han contado tales pormenores de los amores del Duque con la Théric, y cosas tan graciosas sobre los calzoncillos y el cómico Berthon, rival del Duque con aquella ninfa, que otro que yo les hubiera reído los chistes; mas yo me quedaba serio y hasta mostraba ofenderme.

Magdalena Brohan llegará aquí, mas no pienso seguir con ella hasta París, si las cosas no se ponen en punto de caramelo. Ya la volveré á ver en aquella capital, donde me presentará á su hermana, que es notable apunte. Entretetanto iré á Dresde, á visitar antiguos amigos, y á Francfort, donde pienso comprar algunas curiosidades bibliográficas que tengo de antemano encargadas á un librero pintiparado para esto, que se llama Baer.

Tanto en Alemania como en Francia podré detenerme algunos días, y espero que por ello no se me hará cargo en esa primera Secretaría. Si no es así, avísamelo á París, para que yo pida la licencia

© Biblioteca Nacional de España

ó el perdón conveniente y aun permanezca por las tierras extrañas ó vuelva á la patria con la celeridad del relámpago.

Ya he mandado de Petersburgo á Kiel y de Kiel á Málaga, dirigido á la Viuda de Quirós é Hijo, un cajón de libros, de los cuales envié lista á mi madre. Siendo el cajón más grande que es necesario para contener los libros, he incluído en él dos truculentos puñales, unos muñecos de porcelana de Sajonia, ropa, papeles, cortes de babuchas de cuero bordado de oro y otros objetos, de que doy aquí noticia para que pidas licencia de que entren como parte de mi equipaje, sin pagar derechos de aduanas.

Adiós. Da expresiones á los amigos, si los tengo, que lo dudo á fuerza de desengaños, entrega á mi madre la adjunta carta, ponme á los pies de la tuya y créeme tu amigo afectísimo,

JUAN.

© Biblioteca Nacional de España

Francfort 20 de Junio de 1857.

Querido Campoamor:

Empiezo en Francfort esta carta, hoy 20 de Junio, y acaso la lleve yo mismo hasta París y allí la termine. Un siglo há que debo y quiero escribir á usted, mas no sólo me lo impide la pereza, sino lo escarmentado que estoy de escribir cartas y los grandes desabrimientos que me han dado las escritas á Cueto. No imaginando yo que éste había de publicarlas, puse en ellas cuanto disparate se me vino á las mientes, y él, para suprimirlos, las entregó al brazo secular de un censor previo, que no sé quién sería, el cual me las mutiló por tal arte, ó mejor diré, con tan poco arte, que aparecieron en los periódicos tontísimas, no siéndolo ellas acaso en realidad, y no por eso logré libertarme de mil enemigos que estas cartas me han suscitado, porque se leyeron en el Casino tales como las escribí, y alguien ha dicho al Duque de Osuna y á otros sujetos, que yo los trataba mal, ó no entendiendo las bromas y prestándoles una hiel que no tenían, ó poniendo hiel en ellas, para malquistarme y atraerme sinsabores, lo cual, para las personas discretas, no puede ser cierto; pero ya

© Biblioteca Nacional de España

sabe usted que *stultorum infinitus est numeruos.* Por otra parte, aunque mis cartas se hubiesen publicado íntegras ó bien expurgadas de aquellas cosas que no era conveniente ni posible publicar, siempre hubieran disgustado más que agradado al vulgo, que no quiere que le hablen y se presenten á su vista sino con ciertas formas, y no del modo familiar y con el *sansfaçonismo*, como usted diría, que es tan propio é indispensable del estilo de cartas, y que yo no dejaría por nada del mundo al escribirlas. Cuando yo trate de escribir algo muy peinado y florido y atildadísimo, escribiré un libro, ó por lo menos un artículo de periódico; pero nunca disfrazaré con el nombre de carta lo que realmente no lo sea. Por todas estas razones, que si bien explicadas mal, usted entenderá mejor que yo las explico, no he querido que mis cartas á Cueto se sigan publicando, ni quiero ahora que usted publique ésta, ni otra cualquiera que yo le escriba en lo futuro. Cuando vaya á España, que será muy pronto, me pondré decididamente á escribir para su periódico de usted, y, escribiendo para el público, escribiré de otra manera y con todo cuidado, para que no se me escape nada *non sancto*, y con los grandes miramientos y atenciones que se deben á quien lee como juez y no como amigo, y está siempre más dispuesto á zaherir que á elogiar y á buscar razones para con-

© Biblioteca Nacional de España

denarle á uno y nunca para absolverle, habiendo yo notado que, por lo común, el vulgo, mientras más ignorante, es más severo.

Dispense usted que esta carta tenga su prólogo, pero es indispensable, y sin él no me atrevería á dirigírsela á usted. Pero una vez que le digo que, ni en parte ni en todo consiento en que se publique esta carta, voy ya tranquilamente á decirle cuanto se me antoja y á contarle en compendio muchas de las cosas notables que he visto por estos mundos, reservándome el contar algo para el público más detenidamente.

De Petersburgo y de Moscou, no quiero hablar ya sino por extenso, y cuando llegue á esa. Pasemos también rápidamente el golfo de Finlandia y el Báltico, camino de Stettin, crucemos sin mirar siquiera esta ciudad, no nos detengamos en Berlín ni medio minuto, y vámonos derechito á las orillas del Rhin helado, que vió nacer á Guttenberg, como dice Quintana. Aquí, en esta gran ciudad mercantil, desde la patria de Goethe y de Rothschild, se comprende el espíritu del siglo mejor que le ha comprendido Martínez de la Rosa. Aquí está, en el centro de una plaza, la estatua del maravilloso poeta, tendiendo la vista serena sobre los almacenes de comestibles y de géneros ultramarinos, las tiendas de quincalla y las casas de contratación de los judíos, y sacando de todo esto

© Biblioteca Nacional de España

tanta poesía como de los jardines de Siracusa pudo sacar Teócrito, y el glorioso Essiodo de la falda del monte Helicón, donde le visitaron las musas. El ingenio alemán es maravillosamente sintético, y Goethe es el más alto representante del ingenio alemán. Aquí hay ternura de corazón y fuerza digestiva al mismo tiempo. Aquí se hace una ecuación perfecta del jamón de Westfalia y de la miosotis ó *no me olvides*. Estos alemanes van á oir la música á los jardines públicos y se atracan de *butterbrot* y de cerveza bávara, y suspiran, al mismo tiempo, al compás de la música, y sueñan ensueños del cielo.

Goethe hizo bien en nacer en Francfort, y los honrados ciudadanos de esta ciudad libre han hecho bien y rebién en levantarle una magnífica estatua. Las abejas sólo sacan miel de las flores; pero el verdadero poeta saca poesía de cuantas cosas hay sobre la tierra. El verdadero poeta sabe tanto como Boehme *de signatura rerum*, y conociendo este sello, las cosas todas hablan con él y le descubren misterios inefables y le cantan canciones perfectísimas. Para el vulgo estas cosas están mudas: para el vulgo, un par de zapatos no son más que un par de zapatos: para J. Boehme un par de zapatos Dios solo sabe lo que él vería á menudo en ellos cuando los hacía. Dios sabe lo que este par de zapatos le dirían al oído y las revelaciones que

© Biblioteca Nacional de España

tendría por medio de ellos. La estatua de Goethe en la plaza de Francfort es el genio de lo ideal, que se cierne sobre la realidad más prosaica á los ojos del vulgo y la torna poetiquísima y tan hermosa como el primer día, *wie am ersten Tag*, y la canta con un tono inmortal y sublime. ¡Ridículas acusaciones de que este siglo es prosaico! Vengan á Francfort los que tal dicen y contemplen la estatua de Goethe, y váyanse en seguida á casa y lean el elogio del comercio que hace en *Wilhelm Meister*. Seguro estoy de que nunca Píndaro celebró de un modo más alto á los vencedores olímpicos. Yo he venido ahora de Dusseldorf á Maguncia, subiendo por el Rhin, he visto, si no el más hermoso, el más celebrado país del mundo, pintado, litografiado, puesto en cosmorama y en estereoscopo, lleno de castillos, de viñedos, de buques, visitado por las mujeres más bonitas y elegantes, por ladies inglesas, loretas parisienses y bailarinas y cantatrices italianas, y nada de esto me ha parecido todo lo poético que debió parecerme porque venía muy bilioso, y hasta que he visto la estatua de Goethe no me ha parecido bien, ó ya sea porque he tomado dos cucharadas de magnesia.

Las cosas singulares que he notado en este viaje, desde Dusseldorf aquí, no son para escritas en cartas, sino para apuntadas muy detenidamente en un libro que, á tener yo tanto arte para escribir

© Biblioteca Nacional de España

como tengo alma para concebirle, sería libro sublime algunas veces, y divertido las más. Yo compondría un viaje sentimental de Dusseldorf á Maguncia, que haría olvidar el tan encomiado de Sterne. ¡Qué descripciones no haría de aquella escuela de pintura de Dusseldorf, de la catedral de Colonia, de las once mil vírgenes, y del Rhin, y de los árboles y de las flores! Pero, vaya usted á tener tiempo para compaginar y coordinar todo esto y adornarlo con los pensamientos, impresiones é ideas, más ó menos extravagantes, que nacieron en mi mente entonces, y que se agolpan ahora en ella vaporosas é informes y amontonadas, sin acertar yo á revestirlas de una forma *comm'il faut.*

Pasé por el castillo de Oberisel, donde nuestro agudísimo Tirso dió vida é imperio á la hermosa Condesa Diana y la hizo enamorada del más tímido, más hermoso, discreto y valiente de los Girones de entonces, como hijo de la divina fantasía del poeta y no de madre mortal. Allí tuvieron lugar aquellas galantes y graciosísimas escenas de la *Primera parte de El Castigo del Penseque*, que vale más que todas las historias, leyendas y tradiciones que del Rhin se refieren ó andan escritas en prosa y en verso.

Pero lo que, más aún que las ruínas, las antiguallas, los bosques y los viñedos del Rhin, me

© Biblioteca Nacional de España

ha llamado la atención ha sido la iglesia de San Apolinar, en Remagen. Esta iglesia moderna, levantada bajo la dirección de Zwirner, el mismo arquitecto que ha dado la traza y se emplea ahora en llevar á cabo la catedral de Colonia, es de lo más lindo y perfecto que puede imaginarse; es una joya primorosa. Nada más airoso, ligero y elegante; se levanta sobre una colina que corona el lugarcillo, y sus cuatro agujas, agudas y alicatadas, como que se desvanecen y evaporan en el aire más transparente, y se diría que van á perderse en el cielo.

. . . . . .

París 23 de Junio de 1857.

Mi querido amigo (1): Héme ya aquí, en esta insigne ciudad, centro del mundo, escuela de las artes, madre de los ingenios agudos, archivo de las ciencias y de las picardías, templo de Venus y de Baco, y agradabilísima posada, taberna y mancebía para cuantos tienen algún dinerillo de que desprenderse.

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto.

© Biblioteca Nacional de España

Con objeto de sacudir la melancolía que me han dado los enojos del Duque de Osuna, pienso pasar aquí un par de semanas. *Nada más natural, nada más justo*. Espero, pues, que ni usted ni el Marqués, mi jefe, lo llevarán á mal, y mucho menos si consideran que no trato de emplear este tiempo en cosas malas, sino en hacer estudios y observaciones que algún día darán su fruto.

Mi giro y gentil paseo por el río ha sido agradable de veras. Aquellas orillas son un paraíso, del cual me abstengo de hacer la descripción por no cansar á usted; baste decirle que la poesía de la naturaleza, bosques, viñedos, jardines, rocas y montañas; la de los recuerdos, á saber, gnomos, ondinas, espectros, diablillos, duendes ó Koboldos; y la poesía de los tiempos modernos, esto es, amazonas errantes que van á Ems, á Homburgo y á Wiesbaden en busca de aventuras; paladines que las persiguen, como Rugiero á Bradamante, y que de camino juegan á la ruleta y al treinta y cuarenta; judíos ricos de Francfort, con sus tiendas y almacenes bien surtidos, y sin temer ya que los quemen ó les corten las orejas; hoteles donde se come bastante bien, y otras mil ingeniaturas, artificios y primores de la civilización moderna; todos concurren á puto el postre á que aquellos sitios sean visitados por mí y por otras personas de gusto. Como maestro de capilla, como príncipe y di-

© Biblioteca Nacional de España

rector de esta armonía, representante de la síntesis de lo real y lo ideal, del jamón y del *no me olvides,* se levanta en medio de la plaza de Francfort la estatua de Goethe, genio tutelar de aquellos lugares. Tiende la mirada sobre ellos, satisfecha y serena, y parece que de sus labios entreabiertos se escapa el canto de los tres arcángeles. Todo está bien y rebién, como en el primer día. La mano del poeta va á moverse y á echarle la bendición hasta á los demonios más feos y tiznados. No me quedé por allí para recibirla, porque se me acabaron las municiones, y así me vine derechito á París, y gracias que tuve la precaución de tomar anticipadamente el billete.

Me he bañado, me he rizado el pelo, me he acicalado, atildado y hermoseado, y he ido á ver á las personas más queridas, empezando por *La Muerta.* Admírese usted de mi constancia. Aun no he visto á D. Luis de la Cuadra, ni á Magdalena Brohan, y ya he visto á *La Muerta.* Al verla recordé aquella horrible historia de Poe, que usted habrá leído.

Entre tanto, en estas calles, y sobre todo en los *boulevards,* claustro pleno de la Universidad de Amor, se queda uno embobado viendo pasar á las doctoras; y como ellas son *tomistas* y los hombres *escolistas,* según afirma ya de su época el discreto Jacinto Polo, se arman discusiones muy instructi-

© Biblioteca Nacional de España

vas y profundas, é imita uno á Cristo, que también discutió con los doctores; aunque de esta imitación no habla Kempis.

He visto á D. Javier, que vive en el mismo hotel que yo (Hotel Mirabeau) y va caminando á la muerte, que, según las ominosas palabras del Duque de Osuna, le aguarda en Petersburgo, para echarle la mano donde al Tio Patiño, y decirle lo que al Tío Patiño le dijo, y que por sabido y por decoro se calla. ¿Cuándo han inventado, ni cuándo inventarán jamás los alemanes una leyenda más fantástica, más alegórica, más profunda y temerosa que esta del Tío Patiño y de la Muerte? Fuerza es confesar que el ingenio español se adelanta á todos los ingenios. He pasado por Rolandseck, por Remagen, por Drachenfels y quién sabe por cuántos puntos más, y me he aprendido de coro las tradiciones, los cuentos y las baladas y bailidos que de aquellos puntos se cuentan, se cantan y se balan. Nada vale un cuerno comparado con el Tío Patiño. Sólo en Oberwessel, que nosotros llamaremos Oberisel, como el gran poeta cómico español, he quedado satisfecho de la historia, que nadie sabe allí, y que yo me sabía y recordé al punto. De la historia de la hermosa Condesa Diana y del tímido, valeroso y elegante caballero Girón, de las gracias de Chinchilla ó Polilla y primera parte del Castigo del Penseque. Yo

© Biblioteca Nacional de España

también pensé que con la Brohan, y ahora la estoy pagando,

> Yo debía haber sido como roca
> En la descomunal arremetida;

y no se hubieran quedado las cosas donde se quedaron, sino que hubieran llegado á lo vivo. Pero ahora reparo que, sin tener aún carta de usted, y sospechando aún que puedan aburrir las mías, le escribo ésta, á pesar de mis propósitos.

Adiós. Suyo afmo.,

J. VALERA.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LA IMPRENTA ALEMANA
EN MADRID Á XV DÍAS
DEL MES DE ENERO DEL
AÑO MCMXIII

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

OBRAS COMPLETAS
DE
DON JUAN VALERA

De venta en todas las librerías, á tres pesetas tomo.

TOMOS PUBLICADOS

DISCURSOS ACADÉMICOS

I y II.

NOVELAS

III. Doña Luz.
IV. Pepita Jiménez.
V y VI. Las ilusiones del doctor Faustino.
VII. El Comendador Mendoza.
VIII. Pasarse de listo.
IX. Juanita la Larga.
X. Genio y figura.
XI. Morsamor.
XII. Dafnis y Cloe.—Leyendas del antiguo Oriente.
XIII. Mariquita y Antonio.—Elisa la Malagueña.—D. Lorenzo Tostado (fragmentos).

CUENTOS

XIV y XV.

TEATRO

XVI. La venganza de Atahualpa.—Asclepigenia.—Lo mejor del tesoro.—Clopa.—Los telefonemas de Manolita.—Estragos de amor y celos.—Amor puesto á prueba.

POESÍAS

XVII y XVIII.

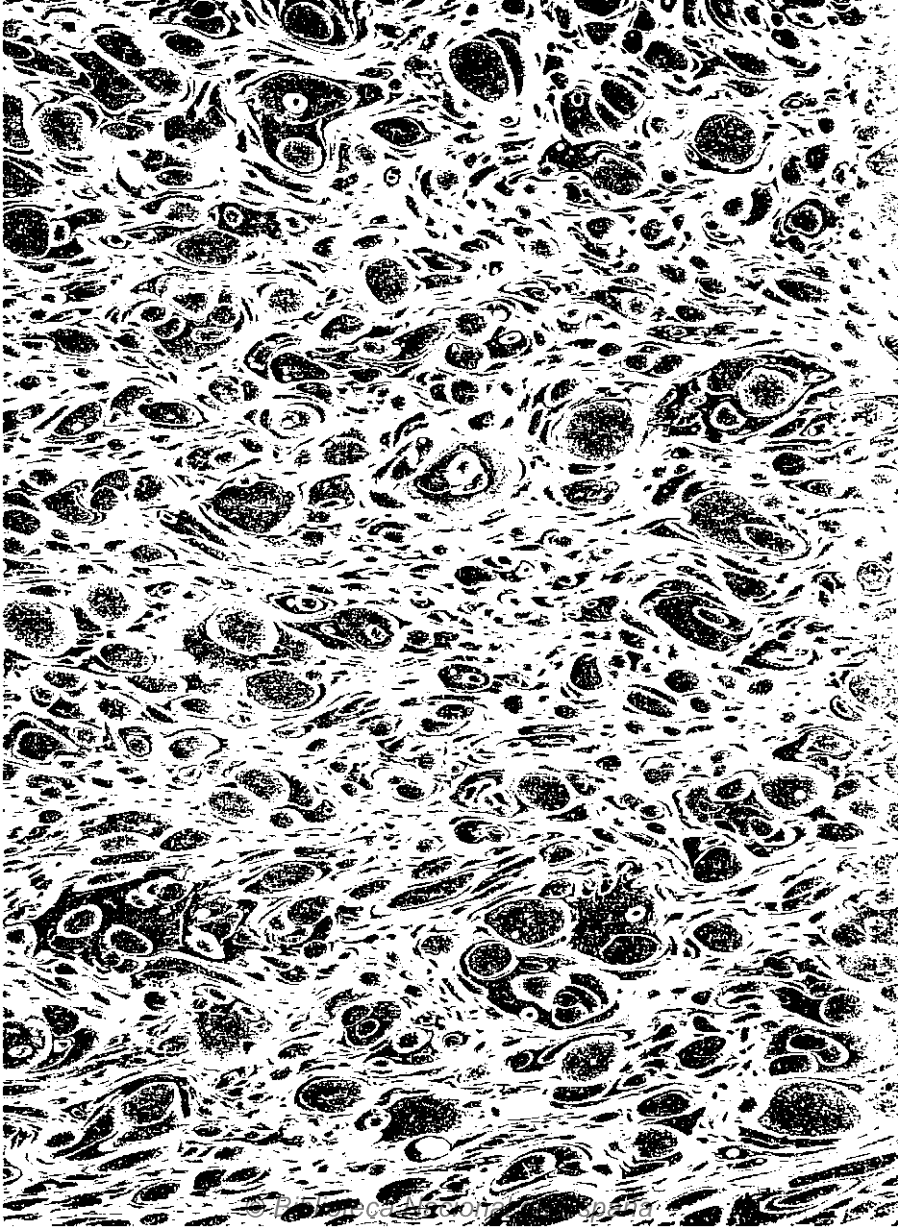
CRÍTICA LITERARIA

XIX, XX, XXI, XXII, XXIII, XXIV, XXV, XXVI, XXVII, XXVIII, XXIX, XXX, XXXI, XXXII y XXXIII.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España



© Rebecca Arcoria Spring

BN
1103036603
85608680538